HAY QUE SALVAR ESE FRESCO

CARLOS PUEYO MONTAÑÉS

HAY QUE SALVAR ESE
FRESCO

Carlos Pueyo Montañés

Contenido

Contenido
SINOPSIS
01.
02.
03.
04.
05.
06.
07.
08.
09.
10.
11.
12.
13.
14.
15.
16.
17.
18.
19.
20.
21.
22.
23.
24.
25.
26.
27.
28.
29.
30.
31.
32.
33.
34.
35.
36.
37.
38.
39.
40.

41.
42.
43.
AVISO LEGAL

SINOPSIS

Tras el reciente fallecimiento de su mentor y amigo, al profesor de arte Tom Shyrup (del Liceo Longbridge para las Artes y las Letras de Stain Harbour) le encargan la misión de seleccionar una persona para el puesto de maestro del taller de pintura. Perdido en la maraña de secretos e intereses personales de cuantos le rodean, y pese a recibir alguna que otra ayuda inesperada, es posible que las consecuencias de sacar adelante esa labor acaben costándole su puesto de trabajo, su prometida y, a la larga, si se descuida... Quizá su confianza y hasta su propia vida.

Ambientada décadas atrás en una América ficticia, *Hay que salvar ese fresco* es una novela amable, emotiva y sencilla; un melodrama ligero con una alma llena de sentido del humor y comprensión por la condición humana.

01.

Estamos a principios de la primavera de mil novecientos cincuenta y siete en Stain Harbour, una ciudad de algo más de medio millón de habitantes al norte de las grandes urbes de la costa del Atlántico. En la bahía de Caldwell, si te sitúa mejor… ¿No? Bueno, si vives aquí, tú no la llamas así, por supuesto.

Por culpa del Rincón de la Fragua, claro. Por la vieja fábrica de cañones.

Hace siete u ocho décadas, en la ceremonia de inauguración, el prelado Rose -que, por cosa de cuidar el medio resfriado con el que cargaba se había tomado una copa de brandy un rato antes- bendijo el lugar y, en un arrebato de exaltación, pidió a lo Alto: "¡…Presta el trueno de Tu voz a estos cañones, para que hagan callar a nuestros enemigos…!"

Aquello impresionó a todos los presentes, ya lo creo. Desde aquel día, los obreros de la fundición (medio en broma, medio con cierto orgullo) empezaron a llamar a su hogar Saint Thunder's Bay. Y con ese nombre se ha quedado.

Sale en los mapas… No en todos, ahora que lo pienso. Sólo en los locales. Pero no es problema; no resulta confuso. Al menos para nosotros, los vecinos del área metropolitana que se organiza alrededor del óvalo roto de la bahía.

Sí, ésta es mi ciudad. Una ciudad viva y alegre que disfruta de una época de prosperidad.

Que nos dure muchos años…

Al sur, desde Lucius Point, están los Burrows, la ciudad vieja; con la fundición (vacía y silenciosa desde que cerró en el cuarenta y seis), las vías férreas de carga y el puerto. Los Burrows limitan con Lydia's Heights (donde prosperan el barrio caro y el parque Bledsoe) y el distrito de Fairsay, el mayor de todos, una enorme cuadrícula que ocupa el centro de la ciudad. Más allá el río Taste se parte en dos ramas antes de llegar al mar, el South Taste y el North Taste, que delimitan las zonas de Windborough (un barrio grande y popular, en el que se ubica Recogida, la Pequeña España de Stain Harbor) y Minton, que corta la curva de la bahía en el faro de White Point y el islote de Deep Sorrow Rock.

Tenemos dos periódicos locales de cierta solera. Está el *Singer's Rehearsal* (o simplemente el *Rehearsal*), fundado por el rico abogado Stephen Bradford Singer. Tiene una línea editorial seria y prudente y a su editor, Bob Raise, jamás se le ocurriría poner la página de las esquelas enfrente de la de las tiras de cómic y el horóscopo como hace su rival, el *St. Thunder's Clap* de Aaron Lily. El *Clap* vende siempre

cinco centavos por debajo del precio del *Rehearsal* y anima a sus clientes a pedirlo en el quiosco de prensa con un enérgico "Give me the *Clap*!" Al principio los quiosqueros aplaudían, pero todo acaba cansando y se deja de lado con el tiempo.

En la redacción del *Clap* la vida se mira de otra manera: si algo no es ingenioso y divertido, no es material para el *Clap*. El diario busca a sus articulistas y columnistas entre cómicos de bar y guionistas de comedias de la radio, sangrando a las plantillas de las emisoras desde Maine a Carolina del Norte. Allí Manny Melchior y Gina Plum -la famosa pareja de cazadores de talentos del *Clap*- han encontrado unas cuantas joyas; si después alguna pierde lustre, siempre se le puede invitar a encontrar otro empleo.

El *Rehearsal*, el *Clap*… Quizá aquí toque contaros… Vale, ¿por qué no? En temporada de béisbol se publica el *OH* (*Our Homerun*), que sobrevive como puede a sus propios gastos de imprenta y a la competencia de la radio y la televisión.

Si lo consigue es por la pasión de todo Stain Harbour por los Old Gunners, el equipo local. Porque el *OH* cada semana sortea un par de entradas para el partido en su campo, el Sunny Diamond, y porque los sábados regala un cartoncito de cromos recortables (guardado entre sus páginas centrales) de los jugadores y de los mejores momentos que van sucediendo durante la temporada.

Los cromos son obra de Izzy y Sol Satszberg, dos hermanos vecinos de Windborough. Les pagan muy poco, pero son incondicionales de los Gunners y pueden ir gratis a todos los partidos que se juegan en casa.

Unos cromos de primera. A los chavales les encantan. Y a sus padres, a sus abuelos… Hasta a los periodistas de fuera que vienen a cubrir el partido.

Doce líneas de autobús y cuatro de metro dan servicio de transporte público por toda la ciudad. Las líneas de metro uno y dos siguen sesenta metros por debajo la Segunda Avenida y la Avenida Winslow respectivamente y comparten la estación bajo la Plaza del Ayuntamiento, en Fairsay. Y sí, estoy de acuerdo: los perritos calientes del puesto de Ben entre los andenes de la uno y la dos son los mejores de Stain Harbour. Su mostaza y su kétchup son caseros, comprados en un colmado en los Burrows; y le tiene tan pillado el punto a lo de cuánto tostar una salchicha que lo ha convertido en un arte.

Las vías del tren elevado aún siguen su circuito desde el norte de Fairsay hasta Windborough y Minton, los barrios al otro lado del río. La estructura de pilastras y vigas de hierro que las soporta recibe la atención continua y callada de los operarios municipales, en lucha contra la sal del mar que quisiera deshacerlas…

Sí, sí, ya sé que no es la sal sino la humedad y el óxido. Sólo me he puesto poético un momento. Será que… Hubo un tiempo en que yo mismo hice el trabajo, la brocha en una mano y el bote de minio en la otra. Los domingos iba a buscar a mi primera novia en aquel tren y desde aquellos vagones traqueteantes mirábamos el mar…

¿Sabéis? Es igual. Si no lo entendéis es vuestro problema. Lo dejamos y tan amigos, ¿vale?

Algo al sur de los Burrows está el Outloop, el aeropuerto de Stain Harbour. Es pequeño, hay que reconocerlo. Cuando se abrió en mil novecientos veintiséis no era más que una torre de control, una pista, un almacén y un edificio de ladrillo a cara vista para recibir a los pasajeros. Dos vuelos a la semana. Una iniciativa privada respaldada por la Junta Municipal: vamos, muchos apretones de manos y un documento notarial prolijo y mejor atado que un novillo en el suelo del rodeo.

Un principio discreto, pero… Querían presentarlo a la población como un logro extraordinario. Comunicar el entusiasmo, la visión de progreso…

Y no se les ocurrió otra cosa que pedirle a Ernie Tingle que lo visitara.

Tingle era una leyenda local. Había luchado en Europa en la Gran Guerra, volando en un escuadrón francés. Se decía que se había estrellado contra el coche que llevaba al secretario del Káiser. ¿Se imaginan? La gente es así.

Lo cierto es que derribó tres o cuatro aviones entre las nubes, sobrevivió a las balas enemigas -y por muy, muy poco a la gripe- y cuando regresó a casa se encontró una recepción desproporcionada, la de un hijo de la Victoria. Y sí, ése era el nombre de su madre. Por favor, no me hagáis hablar.

Conque está de vuelta y se dedica a ayudar a su padre a sacar a flote su negocio de tapicero. Es un muchacho amable, pero hace poca vida social. Bueno, ninguna, para decir las cosas por su nombre. El caso es que un día aparecen por su casa un grupo de políticos entusiasmados. “Sí, hemos abierto un campo de aviación. Y pronto vamos a conectar Stain Harbour con Nueva York, con Toronto. Rayos, con Minneapolis. ¿No es fantástico?”

Tingle se calla que sería más sencillo y mucho más barato coger el tren a Nueva York. Que no se le ocurre ninguna razón para salir volando a Toronto. O a Minneapolis, ya puestos. Trata de ser amable, pero aquellos tipos no sólo parecen venir de una fiesta: son extremadamente persuasivos y no hay forma humana de que se larguen y lo dejen en paz.

Así que sí, de acuerdo, accede a pasarse algún día por ese

bonito campo de aviación. "¿Cómo, qué dice de algún día? Vayamos ahora mismo. Si hemos dejado champán frío en una caja con hielo." Le ponen una chaqueta y lo meten en el coche del alcalde antes de que se le ocurra escaparse al cuarto de baño y echar el pestillo.

Al llegar al campo se encuentra con que no han hecho las malditas cosas a medias. Hay periodistas y fotógrafos y está Miss Stain Harbour –la segunda elegida en la historia de la ciudad- y un grupo de caballeros vestidos de traje azul cruzado que le aseguran vienen en nombre de la recién creada Unión de Comerciantes de la ciudad.

Así que Miss Stain Harbour se le coge del brazo y los fotógrafos lo deslumbran con sus flashes y todo el mundo le da la mano y le hace una pregunta tras otra, tan seguidas que no puede responderlas. Hasta que, en algún momento, el ritmo decae y un tipo orondo le pregunta que qué le parece el aeropuerto.

Y a Tingle, sobrepasado por todo aquel teatro, se le escapa lo que piensa. Vamos, lo obvio:

-It's a plain airfield ("Es un campo de aviación, liso y laso").

Hay un juego de palabras encerrado ahí, pero no voy a aburriros explicándolo.

Los periódicos del día siguiente le dedicaron la portada. El titular del *Rehearsal* decía "Witty and for the future" ("Ingenioso y por el futuro"). Mientras que el *Clap* se limitó a dedicarle un "Well, duh" ("Toma, pues claro") en mayúsculas aún más grandes.

Es lo que tienen los mensajes cortos. Hay sitio de sobra para escribirlos como se merecen.

Tingle sobrevivió al chismorrerío popular del día siguiente… Y a nadie se le ocurrió volver a invitarlo a nada. A nada llamativo, quiero decir. El teatro Millstone le dio entradas gratis para el día en que abrió sus puertas. Y también el teatro Canary. Un buen muchacho local, nada de discursos: sonríe a la cámara, Ernie.

Hablando de cines, queda un buen montón en Stain Harbour. Algunos han cerrado, otros han abierto… Es la vida. Tenemos el Golden King, que se inauguró dos meses después de la sensacional noticia del descubrimiento de la tumba de Tut-Ankh-Amon. Y el Rainbow, apenas un mes después de aquel temporal de tres semanas en mil novecientos veintiocho. Un buen nombre y muy celebrado en su momento, porque el sol siempre sale después de una tempestad; pero a veces, en medio de la desazón del mal tiempo, se nos olvida.
Están las salas pequeñas de barrio: el Nowadays, el Sharpe, el Grant, el Palace, el Coolidge… Y luego el New City Theater, nos dejamos de bromas, con un aforo de ochocientas personas. La primera vez que se tapizaron esas butacas lo hicieron los Tingle, padre e hijo. Alberga el concierto anual de la Stain Harbour Orchestra la primera noche de

verano desde hace siete años. También viene Larry Diculous con su Show del Pavo Despistado la semana antes de Acción de Gracias. Ah, y Dan Temptee y su Big Band para San Valentín. Las parejas con asientos de pasillo se levantan y salen a bailar, tan acarameladas como si años y años de dura vida doméstica no hubiesen hecho ninguna mella en aquella pasión con la que antaño aprendieron a mirarse…

La parte de atrás del New City Theater da a un callejón. Si le preguntas a la gente, nadie tiene ni idea de cómo se llama. Te dirán que nunca se les ha ocurrido pensar que tenga nombre.

La otra pared del callejón es la parte de atrás de una sede de la Biblioteca Pública de la Ciudad. Es bastante reciente. Allí antes había un taller de cometas. Eran unas cometas bastante buenas, pero dejaron de estar de moda hace tiempo y el taller quebró. Hoy en día los críos tienen otros intereses. Gustan las historias de vaqueros y tiros, y de romanos y espadas; y, si no hay otra cosa, todavía las de detectives y lugares en la sombra donde lo mismo el bueno que el malo pueden esconderse. Las cometas tendrán que esperar que vuelva su buena suerte. No es demasiado problema si uno es paciente, claro. Todo vuelve. O eso dicen.

El callejón se llama Day of Miracles. Si miras un buen plano de la ciudad, por ejemplo el callejero oficial en los archivos del Ayuntamiento, está allí. Lo pone. En letras diminutas. ¿A qué viene ese nombre? ¿A quién se le ocurrió…?

Es un misterio.

En el callejón no ha pasado nunca nada. Ni nadie importante por él, ya puestos. El acceso para los artistas y los utilleros está en otro lado del edificio del teatro. El teatro tiene una salida de emergencia que da al callejón, pero lleva cerrada ni se sabe cuánto tiempo...

Lo mismo con la biblioteca. Una salida de emergencia, casi enfrente de la del teatro. Tanto si te apetece leer una novela rosa como si trabajas prestando libros, se entra y se sale por la puerta principal, que para eso está. Un arco grande, lleno de luz, directo a la sala de lectura y a los estantes con los libros… ¿Para qué te vas a complicar?

Ese callejón. El lugar menos importante de la ciudad. Con un nombre desconcertante.

Si lo sigues en línea recta, después de cruzar la calle te encuentras con una cafetería. Se llama Alice's Alley. El dueño de la cafetería le puso ese nombre porque salía en el estribillo de su canción favorita de cuando era un chaval. Y le hacía gracia.

No es que quiera calentarte la cabeza, pero…

En fin. Tenemos la Comisaría número uno de la Policía Local en los Burrows, la dos en Fairsay (cerca del Hospital de la Bahía) y la tres en Windborough, donde guardan la prensa para hacer las placas

de los agentes. A nadie se le ha ocurrido poner una en Minton.

Tampoco un cuartel de bomberos; el más cercano está al otro lado del último puente del río North Taste. Quizá porque hace muchos, muchos años allí se cayó un ciclista al río y estuvo agarrado a una pilastra durante un rato, pero nadie llegó a tiempo de rescatarlo. Y hubiera hecho falta. El pobre hombre sabía nadar, pero fue arrastrado por la corriente hasta el islote de Deep Sorrow Rock, donde pasó horas empapado y medio muerto de frío.

Se salvó… O algo así.

Creyó que había cambiado su suerte cuando conoció a Verna, una muchacha muy agradable a la que parecía hacerle tilín. Se casó, se compró un número de lotería, le tocó el premio y extravió el billete antes de poder cobrar.

Dicen que eso lo trastornó sin remedio. Lo de la lotería, no lo del matrimonio. Bueno, su cuñado le ganaba siempre a los bolos y le chinchaba delante de sus amistades, pero eso es una de las prerrogativas de ser cuñado y no vamos a profundizar más en el asunto.

Hay un pequeño campus de estudios superiores en la periferia de Lydia's Heights, casi en las afueras de la ciudad, donde se imparten Matemáticas, Química y un par de asignaturas de Física (Óptica y Cinemática). A Sid Pelaiah se le ocurrió allí su teoría de la Luz Lenta. Pero era mil novecientos cuarenta y cuatro y cualquiera con un mínimo interés por las profundidades más profundas de la física teórica estaba demasiado ocupado en Los Álamos, así que nadie le prestó ninguna atención.

Pelaiah anunció a bombo y platillo una conferencia revolucionaria en el aula magna del campus para dar a conocer su teoría al mundo. Fue un desastre: su coche pinchó y llegó media hora tarde. Para entonces, ya no lo esperaba ni el gato. A uno de los seis alumnos que se habían molestado en acudir se le ocurrió montar un picnic sorpresa en el parque y los demás decidieron que no parecía mala idea; especialmente si el guapo del grupo se pasaba por la casa de las Kappa Omega Phi, a ver si se querían apuntar. Había un periodista sentado con cara de aburrimiento en la primera fila. Tras quedarse solo, miró el reloj, suspiró y se fue a redactar su artículo. "Magia disfrazada de ciencia: Pelaiah desaparece", aseguraba el *Clap* en su página 32 al día siguiente.

Deprimido, el profesor dejó la investigación para abrir un pequeño estudio de fotografía. Tampoco es que ganara mucho con él, pero le daba de comer. Ironía de ironías, de vez en cuando hacía algún trabajito que otro, bien para el *Rehearsal*, bien para el *Clap*. "Se pasa horas en aquel cuarto oscuro, revelando tonterías" solía decir su esposa con un mohín de disgusto.

Qué se le va a hacer. Nos cuesta ver lo extraordinario en la gente que tenemos alrededor y en las pequeñas cosas que hacen o se les ocurren. Este es un mundo duro. A veces, de corazón y, sobre todo, de entendederas.

Si lo que uno pretende estudiar en Stain Harbour no son las ciencias, sino las artes, tiene que acudir a otro sitio…

Y allí también ocurren historias, claro.

02.

Es un jueves por la mañana, una mañana de finales de marzo. De 1957, no sé si estabais prestando atención antes. En Stain Harbour hace más frío del que debería para esta época del año. Corre el viento y está empezando a chispear. Las gentes que otros días casi llenan las aceras de lado a lado hoy se apresuran para llegar a donde quiera que vayan, arrebujadas en sus abrigos, la vista baja.

Mientras tanto, en un aula del Liceo Longbridge para las Artes Clásicas y la Literatura –una prestigiosa institución docente de casi un siglo de antigüedad-, una declaración de amor al Arte llena el aire en penumbra.

El número escrito en la puerta del aula es el 25. No es que importe. La mayoría de las aulas en el edificio son iguales: amplias y de techos altos. Los ventanales del aula, que llegan prácticamente hasta el techo, están ocultos ahora mismo tras unas pesadas cortinas opacas. Sobre la pared blanca del fondo de la clase, la luz de un proyector muestra el color algo desvaído de la foto de una vieja pintura mural.

-Jesús Niño hablando en el templo, obra creada para el refectorio del monasterio de Tavarnonne. Un trabajo piadoso y, a la vez, es imposible negarlo, rebosante de humanidad. Permítanme que se lo muestre en detalle… -comenta Tom Shyrup, el profesor al cargo.

Es un hombre cercano a la treintena, alto y flaco, algo desgarbado, con gafas pequeñas y redondas pasadas de moda. La diapositiva cambia, clic clac. Tom se acerca a la pared y luego, sonriente, se gira un poco hacia sus alumnos.

-Miren esto- dice el profesor de Arte señalando con su dedo índice los detalles de la imagen. -Miren el brillo de los ojos del pequeño orador y la curvatura de la boca al hablar… Y el resto de las líneas del rostro. Tiene que ser un retrato. Es muy concreto. ¿Lo ven? Miren cómo baja la línea de los pómulos hacia las mejillas y se remata en la barbilla…

Tom se vuelve a echar un vistazo fugaz a la reacción de la clase y se le escapa una sonrisa de complicidad.

-Se ve natural. Realista. Un trabajo cuidado, lo adecuado para la figura principal, la que protagoniza la escena… Y, detrás suyo, la Virgen María y San José. Un poco más lejanos, más simples, resueltos con unas cuantas manchas... Pero siguen teniendo personalidad. ¿Sí? ¿Lo ven? Parecen evocar a personas concretas. ¿Por qué?

La clase entera contiene la respiración.

-Porque es importante. Si parece real, es mirarlo…

Tom se gira con los brazos abiertos hacia la proyección en la

pared, como si la presentara.

-…E involucrarse en la escena.

Se queda unos segundos mirándola.

-En la siguiente imagen…

Clic clac.

-…Otra pizca de genialidad del fresquista: el toque de los pajarillos posados al lado de Jesús en el basamento de piedra, mirándolo y atentos a sus palabras llenas de sabiduría. Sin importarles el resto de los personajes que los rodean.

-Qué bonitos –se le escapa a alguien en la oscuridad.

-Sí, son bonitos. Un detalle de una belleza sencilla, muy simpático. Y una muestra de habilidad narrativa, de hacer de lo inusual algo completamente creíble. También de la intención didáctica que suele acompañar a la pintura religiosa…

Se oye un ligero murmullo cerca suyo. Tom señala con el dedo hacia uno de los alumnos y dice:

-Exacto, predicar con el arte. Y, atento todo el mundo, fíjense. Qué bueno: un carbonero, dos gorriones, un jilguero. Todos pájaros silvestres, cantores y piadores. Los cuervos, aves de mal agüero, están al fondo, desdibujados, apenas unas manchitas de pintura negra aquí…

Señala sobre la pared y la luz le pinta la mano, el brazo, media cara y más de media chaqueta

-…Y aquí. Detrás de los fariseos de gesto desconfiado…

Los alumnos susurran entre ellos al darse cuenta.

-Y, si aún quieren más, recreémonos en las caras de los Doctores de la Ley… Por favor, señor Rawlings, siguiente imagen –le dice al becario despistado, apostado junto al proyector de diapositivas.

Rawlings, un joven con pinta de poder estar acabando la universidad, de pelo anaranjado y gesto duro, se apresura a clicar en el mando del aparato. Pero se hace un lío: retrocede a la imagen anterior, luego intenta avanzar pero se pasa tres planos, se le medio salta una de las tres diapositivas, jura entre dientes, la recoloca en el tren de entrada, resopla y de casualidad llega justo a la diapositiva que le pedían. Uf.

-Gracias. Perfecto -dice Tom. Pasa la mano por encima de la pared dibujando un triángulo, los colores de la pintura adornando su manga, su espalda y su rostro medio vuelto. -Los Doctores de la Ley: uno dudoso, otro asombrado, el tercero reflexivo. Uno, dos, tres, el ritmo del pensamiento humano.

El profesor de Arte se aparta un instante del molesto haz de luz en sus ojos.

-Se nos da bien recordar hasta tres. Hasta tres, el cerebro se siente cómodo… De ahí las Tres Gracias, los Tres Mosqueteros, los

Tres Cerditos…

-Ketchup, mostaza y perrito –dice alguien desde la impunidad del aula en penumbra.

Los alumnos ríen.

-Sí, vale. Buen ejemplo. Tres, tres, tres. Somos simples. No nos da para mucho más. Nos perdemos enseguida…

Una alumna levanta la mano en la segunda fila.

-¿Sí, Miss Laurie?

La joven se aclara la garganta, se recoloca las gafas y pregunta:

-Señor Shyrup, ¿de quién es este trabajo?

Tom se para un momento y cierra los ojos, poniendo cara de hacer memoria.

-Hay una carta, amarilla por los años y expuesta en un urna junto al mural en el claustro del monasterio. Es difícil de leer… A su lado, la leyenda actual no explica tanto como sería de desear. La carta parece ser un contrato entre el entonces abad de Tavarnonne y el taller de un tal Antonio Settemattine. Parece firmado en Siena, pero… La letra no es muy clara. Raro.

-Y ¿qué otras obras se conocen de este Setemotinni?

-Settemattine. Siete Mañanas, literalmente… No lo sabemos, Miss Laurie. Verá, fue un encargo. Bellamente ejecutado, estará de acuerdo conmigo. Pero ¿de quién estamos hablando? De un desconocido para los manuales de arte. Vasari no lo menciona, ni se conocen hoy en día otras obras sujetas a ese nombre.

Tom suspira y niega con la cabeza.

-No lo sé. Nadie lo sabe con seguridad, es así de simple. Quizá se trate de un pseudónimo o quizá ésta sea una obra única… Vaya usted a saber. El estilo evoca un poco al de Perugino, pero no es suficiente para establecer una conexión.

Otro alumno levanta la mano en la primera fila, ansioso. Tom le señala.

-¿Sí, señor Cavalli?

-Profesor, no acabo de entenderlo. Corríjame si me equivoco, pero… ¿No ha dicho que este fresco, esta pintura, se hizo en la pared del refectorio del monasterio?

Tom deja salir otra vez su sonrisilla tímida.

-Eso es correcto.

-Pero, pero… Acaba de decir que actualmente el mural y esa carta, el contrato, se hallan expuestas *en el claustro* del monasterio.

-Cierto, sí.

Cavalli pone cara de estupor.

-No lo entiendo, señor.

Tom se frota las manos, disfrutando del momento.

-No se preocupe, señor Cavalli. No es un gran misterio. Verá,

el refectorio quedó dañado por la explosión cercana de una bomba en 1944.

-Oh.

-Sí. Después de la guerra, muy preocupado por si había peligro de derrumbamiento, el abad pidió ayuda y consejo a los superiores de su orden, lamentándose de la más que probable pérdida de la pintura que durante cuatro siglos había visto ir y venir a sus hermanos y los había acompañado a las horas de comer. Los superiores, conmovidos, enviaron un par de expertos que coincidieron con el abad en que convenía derribar las paredes más dañadas… Pero también le dieron la alegría de explicarle que un fresco, si se hace con cuidado, se puede arrancar de una pared y colocarlo en otra.

Cavalli se queda atónito. El silencio en el aula es absoluto.

-¿Se puede arrancar…?

-Sí.

-¿No se pinta, uh, sobre el yeso fresco de una pared recién revac…? ¿Rev…? No me sale cómo se dice…

-Recién revocada. Sí, y de ahí le viene el nombre, por supuesto: pintar al fresco es pintar sobre yeso fresco. Se puede arrancar… Si las circunstancias lo permiten, claro. Si la curvatura de la superficie no lo impide, si no está demasiado dañado, si… Cada caso es cada caso, seguro que usted lo entiende.

Tom se vuelve hacia el becario y le hace un gesto vago.

-Queda un poco lejos, pero… ¿Cree que podría buscar y ponernos el plano número 226, señor Rawlings?

El joven se queda helado un instante. Luego, busca en el maletín donde se guardan las diapositivas mientras Tom sigue hablándole a la clase.

-Se trata de otro ejemplo de fresco arrancado y guardado. Con algo menos de suerte, si me permiten el comentario. Un trabajo algo posterior a éste, en una capilla en el sur de Francia. Creo que les gustará… Ah, gracias, Rawlings -dice Tom.

Se acerca a la pared iluminada y, casi por instinto, mira el reloj. Le quedan menos de diez minutos de clase. “No va a haber tiempo suficiente”, piensa. Y suspira. La lucha de todos los días.

Tom se deja llevar por la belleza de esta nueva pintura y se pierde en sus explicaciones en voz alta.

03.

El timbre que marca el fin de la última clase del día suena alegre a eso de las dos menos cuarto. Tom y su allegado, el becario Henslaw Rawlings, recogen el aula y la abandonan en medio del guirigay de alumnos y docentes que llenan los pasillos de la segunda planta del Liceo.

La intención es abrirse camino hasta el despacho de Tom –un cuarto en la planta de más arriba- pero eso es tarea difícil. Rawlings carga con celo con el pesado proyector de diapositivas, protegiéndolo como buenamente puede de los codazos y empujones accidentales de los despreocupados alumnos.

Tom lleva en la mano izquierda las asas de dos maletines (el de las diapositivas y otro más, donde guarda sus cuadernos personales, unas plumas y un par de tinteros bien cerrados) y un buen puñado de libros cogidos bajo el brazo derecho…

Que casi se le van al suelo cuando alguien a su espalda le echa un brazo pesado sobre su cuello y su hombro derecho y le aferra éste con fuerza. Tom se para de golpe, sobrecogido.

-¿No te has enterado? –suena un susurro feroz en su oído.

Tom se gira y trata de enfocar el rostro del intruso. No es que le haga falta, esa voz es inconfundible…

-Drake.

-Fuentes ha muerto.

Una sensación de horror frío recorre la espalda de Tom. Drake le mira fijamente, a un palmo de su propio rostro, y luego se vuelve para dedicarle la misma mirada seca al becario que, algo más adelantado, acaba de girarse al oír a Tom.

-En paz descanse -sentencia Drake con el mismo tono cortante.

-En paz descanse -repite Tom, con un hilo de voz.

El becario se abraza con más fuerza al proyector. Su cara pierde algo de color.

Drake suelta un poco la presa del hombro de Tom. Sus dedos duros resbalan unos centímetros y lo cogen ahora por el lado del cuello.

-Una eminencia en lo suyo –dice Drake, algo perdido. Eso es nuevo. Tom nunca ha oído a Drake pareciendo perdido.

Entonces, una sonrisa desganada alegra un poco el semblante de Drake.

-Van a vérselas en figurillas para encontrar un sustituto para la cátedra de Arte Renacentista.

Y se queda mirando a Tom. Esperando. Tom no sabe muy bien qué.

-¿Han dicho algo del entierro…?

-Mañana por la tarde, creo. No estoy muy seguro de la hora. Prudence no sabía nada más.

Prudence. Prudence Ogilvy, la administrativa de la Secretaría del Liceo Longbridge. Entonces, todo es cierto.

-Un gran hombre. Alguien debería leer una buena elegía… -dice Drake, dejando que su brazo se deslice fuera de la espalda de Tom como una serpiente acabando de bajar de un árbol. Le echa una última mirada y se va pasillo adelante, sin perder esa sonrisa lánguida. Pasa junto al becario…

-Rawlings.

-Profesor Drake.

Lo miran marchar. Unos segundos después, se ha perdido tras la esquina de las escaleras que llevan al piso de abajo.

Tom se acerca al becario. Éste parece nervioso.

-Sabe mi nombre.

-Ya me he dado cuenta –replica Tom. "Los demás ni se molestan en darte los buenos días, pero Drake sabe tu nombre. Es esa clase de persona. Se fija en los detalles…", piensa. Pero prefiere no decirlo en alto.

Quedan cada vez menos alumnos. Algunos grupitos, conversando con alegría. Unos pocos despistados. El pasillo se va despejando…

-Perdóneme un momento, Rawlings.

Tom deja con cuidado los maletines en el suelo y se recoloca como puede el montón de libros debajo del brazo derecho, sobre todo el grueso volumen de los "Fundamentos de la Pintura del Renacimiento Europeo" del propio Fuentes.

"Si éste se cae, irán todos detrás", piensa Tom. Y, al instante, se da cuenta del doble sentido y se siente culpable de que se le haya ocurrido.

Con los libros más o menos seguros debajo del brazo, se agacha a por los maletines, que reposan de lado sobre la pernera izquierda de su pantalón.

-Ya está. Vámonos. ¿Puede usted con eso…?

-Sí, señor.

-Bien.

Suben un par de pisos por la escalinata del lado oeste del edificio (la misma por la que ha bajado Drake) y llegan a la última planta, la cuarta. Rawlings avanza a pasos cuidadosos. Arrastra algo el pie derecho: está intentando que no se le caiga el proyector.

A Tom le inquieta, pero procura no hacérselo notar. "Mientras lleguemos…"

Pronto están delante de la puerta del despacho. Rawlings deja

el aparato en el suelo, para alivio de Tom. El profesor deja los maletines a su vez. Se saca la llave del bolsillo de los pantalones, abre y entra rápido dejándole el camino libre a su ayudante.

-Ugh –gruñe Rawlings cuando apoya por fin el proyector sobre una mesita dentro del despacho.

-Gracias –dice Tom, casi sin darse cuenta. Ha dejado los maletines al lado de su escritorio y trata de ir colocando los libros en su sitio.

-Profe, ¿me necesita para algo más…?

-No. No, gracias. –Tom se fuerza a sonreír. –Marche tranquilo. Nos vemos mañana por la mañana.

-Hasta mañana, entonces.

-Hasta mañana.

Rawlings asiente y se va. El joven deja la puerta abierta. Tom escucha alejarse sus pasos por el pasillo y luego lo oye bajar rápido el primer tramo de la escalinata.

El despacho apenas tiene de ancho lo que da de sí el metro cuarenta que suman las hojas del ventanal que le toca por ese lado de la fachada exterior, más lo justo para poner unas estanterías a los lados. Cierto es que goza de la misma distancia de la puerta a la ventana que las aulas que tiene debajo, casi seis metros; conque, a ojo de buen cubero, es un despacho de unos diez u once metros cuadrados… En el que tampoco queda mucho sitio para revolverse. Eso sí, disfruta de los mismos techos altos de todos los pasillos y estancias del edificio. Aire para respirar.

Las estanterías cubren las paredes laterales, pero son insuficientes para albergar la enorme cantidad de libros y álbumes de fotos que ha llegado a guardar Tom allí. Hay libros en cajas en el suelo, sobre las cajas, algunos sobre el escritorio (con señaladores asomándose entre sus páginas) y unos pocos libros más sobre una de las dos sillas que tiene delante de su escritorio. Sí, sí, la mayoría de los libros del despacho ya estaban allí cuando contrataron a Tom, hace seis años… Pero él ha traído muchos desde entonces. Libros y otros materiales de trabajo de su propiedad. Manidas revistas de arte y de arqueología. Postales. Más diapositivas y su colección de fotos de viaje. Un par de tratados viejos, difíciles de encontrar. Casi todo lo que posee que tenga que ver con su amor a la pintura y su oficio de profesor…

Éste es su refugio.

Aparta los largos visillos translúcidos y mira al exterior a través del ventanal. Allá fuera, la calle está mojada por la lluvia que ha caído durante la mañana. El cielo sigue turbio con nubes tan grises como sus pensamientos.

“¿Una elegía? ¿Hablabas en serio, Drake?”

Y después de un largo suspiro:

"Pobre Fuentes".

Es hora de comer, pero antes tiene algo que hacer.

-Lo primero es lo primero –dice en voz alta, aunque está solo.

Abre su maletín personal, saca un cuaderno de cubiertas rojas y apunta unas cuantas notas. Quién ha participado en las clases, quién ha dicho algo interesante… La pregunta de Ms. Laurie; y, desde luego, la de Cavalli, que le ha permitido hablar sobre lo de poder arrancar un fresco y volverlo a colocar en otra pared.

Vasari, el gran biógrafo de los artistas, estaría orgulloso de cómo ha ido esa sesión. Tom sabe que él mismo está contento.

Aún no ha terminado cuando Lou, el bedel del Liceo, se asoma por la puerta abierta:

-¿Profesor? Tiene una llamada abajo…

En un minuto, están ahí. Tom musita un "Gracias" para el bedel que le sostiene abierta la puerta de la Secretaría, cediéndole el paso. No se ve a la señorita Ogilvy. Habrá salido a comer, claro.

La Secretaría del Liceo Longbridge tiene un mostrador largo de madera de roble. En un extremo, hay un teléfono descolgado.

-¿Diga?

-¿Tom?

-Ah, Sophie –dice Tom. Su prometida. Guapa a rabiar y una mujer con carácter. A Tom le gustan las mujeres con carácter, o eso dice cuando habla de Sophie.

-¿Qué tal tu día, querido?

Sólo con oír la alegría en su voz se siente mejor.

-Bien. Bien.

-¿Dándoles la tabarra a tus pobres alumnos…?

-Cielos, no. Intentando enseñarle a la gente algo que merezca la pena.

-Hablando sin parar, seguro.

Tom se ríe y carraspea.

-Qué bien me conoces…

-¿Cuándo va a ganarse un buen informe ese ayudante tuyo…?

Aquí llega.

-Oh, me ayuda mucho. No te haces idea. ¿Cómo es que me has llamado, tesoro?

Sophie chasquea la lengua. A Tom esos chasquidos no le gustan nada, nada, nada.

-He hablado con Smith, el contratista.

-Ya.

-Podemos pasar a ver la casa de muestra mañana por la tarde, entre las cinco y las seis.

"Rayos", piensa Tom.

-¿Querido? ¿Oye?

-¿Mmm?

-Le he dicho que sí, por supuesto. Según el señor Smith, el mes pasado vendió cuatro de esas casas a parejas a punto de casarse…

-Claro. Entiendo.

Y comete el error de callarse.

-¿Hay algún problema? –la voz al otro lado de la línea se ha vuelto un poco más dura.

-No. Sí, veras. Es Fuentes. Ha fallecido, y…

-¿Quién?

-Emilio Fuentes. El catedrático. Lo entierran mañana por la tarde. Bueno, lo tendría que consultar con Prudence, esto, la señorita Ogilvy…

Un resoplido largo y lento de impaciencia al otro lado.

-Tom, querido, será la segunda vez que aplazamos lo de la visita.

-Lo sé, perdona. Es que…

"Drake dijo algo de leerle la elegía que merecía".

-Alguien tendrá que decir unas palabras.

-¿Y tienes que ser tú?

"¿Cómo es posible que me esté metiendo en este lío?", piensa. Y después: "Claro que Fuentes lo merece".

-Fue mi mentor.

Una pausa.

-Ahora que lo pienso… Quizá te he oído mencionar su nombre alguna vez.

-Cuando me contrataron aquí en el Liceo, hace unos años. Era un buen hombre.

"Una eminencia", repite Drake en su cabeza.

-Una eminencia – repite Tom sin más. Y luego piensa: "Cállate, Drake".

Un par de segundos de silencio.

-¿Un catedrático, dices? ¿Y tú eras su protegido?

-Hace años. Sí.

Otro breve silencio calculador.

-Tendrán que nombrar a otro catedrático…

"Se las verán en figurillas para encontrarle un sustituto…"

-Oh. No. No, no, no, no, no. Qué va. Hay otros profesores mayores aquí, en el Liceo, con más experiencia y…

-¿Qué sepan más que tú? –dice Sophie con tono burlón. –Lo dudo. ¿Qué dice al respecto ese compañero tuyo…?

Tom se queda en blanco.

-¿Quién?

-Ese tan atento, tan educado. El de los modales elegantes…

"¿En serio, Sophie?"

-¿Drake?

-Sí, Drake. ¿Qué opina…?

Tom no se lo puede creer.

-Fue idea suya –dice, y se le corta la voz.

Tom casi puede ver asentir a Sophie.

-Claro que sí. Claro que sí. No te preocupes, querido. Tú ve mañana al entierro y habla sobre tu viejo profesor. Yo llamaré a Smith y le diré que iremos la semana que viene…. El lunes. Vaya, ahora que lo pienso: será uno de abril. Espero que no piense que todo esto es una broma. Oye, ¿no tendrías que ir a comer? ¡Un beso, cielo!

Tom oye colgar a Sophie.

Se queda con el auricular en la mano. De repente, un ruido del exterior le llama la atención.

Ha empezado a llover otra vez. Con fuerza.

04.

En su pequeño estudio, apenas la habitación del fondo del piso de sus tíos en Recogida (la Pequeña España de Windborough, Stain Harbour), Lucía Martínez está absorta en pintar.
La ventana del estudio da al patio de luces: con sus cuerdas de ropa tendida, los restos secos y apagados de las voces de las vecinas y, de cuando en cuando, el olor de algún guiso suculento haciéndose. Por suerte, el piso de los Martínez está en una planta alta -la penúltima- y la joven tiene luz de sobra para pintar, hasta en un día tan gris como éste.
Lucía (o Lucy, que es como la llaman casi todos los que la conocen) se echa un par de pasos atrás para contemplar su trabajo... Y advierte la presencia del hombre que se está anudando la corbata negra en el umbral de la puerta abierta de la habitación. Es un hombre muy delgado de alrededor de sesenta años y rictus serio. Sus ojos son dos grietas estrechas y oscuras, perfectas para mirar mal el cuadro.
-¿Tú qué crees, tío Justo?
-Humpf. Que llegamos tarde. Recoge todo, arréglate un poco y vámonos.
Lucy mira el reloj y da un respingo. Si es que el tiempo vuela. Cierra los tubos de óleo, mete la brocha que estaba usando en un bote con dos dedos de aguarrás y se limpia las manos con un trapo. Frota, pero aquello no se acaba de ir.
-Rayos.
-Ya, ya. Siempre "Rayos". ¿Dónde está mi alfiler de corbata...?
Lucy resopla, contrariada. Se quita el mandil manchado de pintura, lo cuelga en su perchero y marcha al cuarto de baño, a lavarse las manos.
A poco, el tío Justo sale de su alcoba al otro lado del piso sujetándose la corbata a la camisa con un sobrio alfiler de corbata plateado. Tose sin razón, un golpe de tos yerma y floja. Una filfa de tos.
Lo hace siempre que quiere atención, o eso dice tía Eulalia.
Se abrocha el chaleco y se pone la americana. Casi sin pensar, con cuatro gestos ligeros, comprueba lo que lleva en los bolsillos.
Ya en su habitación, Lucy se quita la bata y se saca con dos puntapiés las zapatillas de fieltro de andar por casa. Se pone medias negras y un vestido gris oscuro algo viejo, pero que le gusta mucho. Coge sus zapatos de calle y antes de ponérselos les da un cepillado rápido que no es que los deje brillantes, pero algo los mejora. En fin, tendrá que valer.
-¿Cómo vas? –dice el tío Justo.
-Cinco minutos –dice Lucy, volviendo a entrar al baño.

En cuatro y medio sale de ahí, ya arreglada. Un ligero toque de color azul en los párpados, un repaso de lápiz de labios, un pellizco en las mejillas. Hasta se ha peinado y recogido el pelo de otra forma. El tío Justo no tiene ni idea de cómo ni le preocupa demasiado. Una que la hace aún más atractiva y ya está.
-Ya estoy –dice en voz bien alta. -¿Tío Justo...?
Lo oye volver a toser al fondo del pasillo.
Está en el taller, su silueta enteca recortándose contra la luz de la ventana, mirando el trabajo de Lucy. Lleva el abrigo doblado en el brazo izquierdo y el sombrero en la mano derecha.
Ella se asoma a la puerta del taller. Adora ese cuarto: las estanterías llenas de libros, la corchera con dibujos y estudios de color, las cajas de pinturas, las carpetas amontonadas a un lado. Y el pequeño tocadiscos, hoy callado por las circunstancias.
-Ya podemos irnos... -dice Lucy.
El hombre la mira un momento con sus ojos duros, luego le echa otro vistazo al cuadro y cabecea.
-Tío Justo...
Él suspira.
-Veo lo que haces, querida. Y no te mentiré: es bonito, maldita sea. Aunque no sea lo tuyo. No me gusta esto del arte abstracto, pero tú le das algo de gracia, al menos...
Lucy traga saliva y cuenta hasta diez. Ya han tenido esta conversación unas cuantas veces.
-Los amigos de Ronnie van a pagarlo bien.
-Sí, sí, no paras de decir eso. Lo bien que lo van a pagar.
-Son de fiar. Tienen dinero...
El tío Justo se echa a reír. Es una risa jasca, brusca y cortante.
-Tío -le avisa Lucy.
Él levanta las cejas hasta que casi se adivina el blanco de sus ojos y levanta y menea el dedo índice de su mano libre.
-No es lo mismo...
-Tío –le repita ella, ahora más severa.
-No es lo mismo -y para con el dedo y lo baja. Un suspiro, un acto de rendición. -Ya te darás cuenta.
-¿Nos vamos?
-Sí, anda, vámonos.
Lucy se pone el abrigo y se coloca un bonete en la cabeza. Coge un paraguas por si acaso, abre la puerta del piso y sale a apretar el botón de llamada del ascensor. Oye el motor y ve moverse los cables del ascensor delante suyo. Mira el reloj. Rayos.
El tío Justo sale también y antes de cerrar, busca otra vez las llaves en su pantalón. Sólo por si acaso.
Llega el ascensor. Lucy abre la puerta y deja pasar al tío Justo. Ella

entra después y cierra la puerta de la jaula y los portines de madera barnizada del ascensor. El hombre aprieta el botón de la planta baja.
-Dame eso –dice Lucy, quitándole el sombrero. Le peina un poco con la mano el pelo lacio y escaso ignorando sus débiles protestas y lo vuelve a cubrir. Luego, le recoloca un poco el abrigo sobre los hombros y termina dándole unas palmaditas de fingida aprobación sobre las solapas.
-Así, más guapo.
-Humpf.
El ascensor llega abajo. El refunfuñar del tío Justo se convierte en un grito de dolor que se pierde por el portal de la casa y calle afuera cuando, al querer cerrar los dos la puerta del ascensor, no se entienden y Lucy le golpea por accidente la mano derecha.
Su mano de coser.

05.

-Estamos aquí reunidos, bajo la mirada de Dios Todopoderoso, para decir adiós a nuestro hermano y amigo, Mario Emilio Fuentes…

Un grupo de hombres vestidos de luto frente a una fosa abierta en el verdor del cementerio. La ciudad, al fondo, queda lejos y sus pequeñas prisas ya no importan.

La tarde del viernes sigue con el cielo revuelto. Se ha levantado algo de viento. Allá arriba, en el cielo, se lleva los oscuros nubarrones hacia las tierras del interior. Vuelve a lloviznar. Si parará o caerá un chaparrón, sólo está en manos de Dios…

"…Como nosotros mismos", piensa Tom.

No hay mucha gente. Una decena escasa de profesores del Liceo Longbridge con el director McRae a la cabeza (y Drake, siempre Dimas Drake, entre ellos). También un librero bien conocido de la Avenida Winslow y otros dos más humildes, libreros de viejo; todos ellos amigos personales del finado. Su hermano, un anciano de mirada perdida a quien lleva sujeto del brazo un tipo grande de rostro basto, quizá un sobrino de Fuentes (o quizá no). El padre Brendan, que no podía faltar y se encarga del servicio; y un tipo menudo de modales nerviosos. Nada más verlo, a Tom se le ha pasado una palabra por la cabeza…

"Pintor."

Sobre el ataúd que espera junto a la fosa alguien ha colocado una rosa roja. Además, apoyadas en un lado de la caja y sobre la hierba mojada hay varias coronas de flores tocadas con sus largas cintas negras, con inscripciones graves en letras doradas, muestra de esmero y elegancia. Dignas. Tristes.

Unos metros más allá, los dos enterradores charlan de sus cosas en voz baja. Mientras, el padre Brendan sigue la liturgia con el temple sereno que dan los años…

-Creo que el señor Shyrup desea pronunciar unas palabras en nombre de los aquí presentes. ¿Tom…?

Y Tom camina hacia la cabecera de la fosa. A ocupar el lugar desde donde hablaba el sacerdote, que se ha hecho un par de pasos a un lado.

El profesor de Arte saca una hoja de papel del bolsillo de su abrigo. Nada más desplegarla, las gotas de lluvia empiezan a humedecerla.

Tom levanta la cabeza y mira a los demás.

-No tengo demasiada experiencia en despedidas…

Algunos le observan, atentos. Otros bajan la mirada y asienten.

-Ni mis palabras serán tan bellas como las del señor Fuentes.

Qué hombre tan culto y bondadoso… Fue mi maestro y mi guía cuando empecé a enseñar. Y me maravillaba… No sólo cuánto rato podía hablar de una pintura, sino cómo lo hacía. Entusiasmado. Creo que ésa es la palabra, entusiasmo, y cuantos conocieron al señor Fuentes estarán de acuerdo. Él era así. Se entusiasmaba y desgranaba cada detalle y cada acierto de las pinceladas con asombro y diversión. Con un amor inmenso, desbordante. Amor por la pintura en cuestión y por el artista; y sospecho que por la humanidad misma y por la vida. Una vida que él apreciaba y celebraba con generosidad en su trabajo de cada día. Disculpen…

Tom para un momento. Necesita coger aire. La llovizna sigue cayendo con suavidad. Quizá no dure mucho rato.

-Era el mejor de todos nosotros. Hoy brindaremos por él. Y, mientras nos quede un atisbo de sensatez, de vez en cuando lo recordaremos y le hablaremos de su amor al Arte a quien no lo conoció. "Era un gran hombre", les diremos.

Tom levanta la vista. Hace distraído una bola con la hoja del discurso, emborronada y reblandecida por la humedad, y se la queda en el puño cerrado mientras se acerca al ataúd. Emocionado, pone su mano libre sobre la tapa de la caja.

-Gracias, señor Fuentes –termina, con voz quebradiza.

El padre Brendan le da una palmadita afectuosa en el brazo y retoma el servicio.

-Oremos, hermanos…

Tom se aparta del oficiante y levanta la vista. A través de un jirón entre las nubes, una luz más clara trata de llegar al mundo.

Del puño que guarda la bola de papel mojado caen unas gotas de agua al suelo sin que nadie las advierta.

El servicio avanza y por fin concluye. El padre Brendan les hace una seña a los enterradores para que se acerquen y bajen la caja.

El tipo grande, el que parece ser el sobrino de Fuentes, echa una palada de tierra. Lo mismo el pintor y los tres libreros. Luego les toca el turno al Director McRae y a alguno de los profesores.

Drake va a hacerlo, pero duda y mira a Tom, para dejarle hacerlo antes. Algo apartado de la fosa, Tom declina con un gesto de la mano. Drake lo acepta con un encogimiento de hombros; después, toma la pala y echa su montoncito de tierra.

Los enterradores proceden a echar el resto, palada a palada. Los familiares le dan las gracias al padre Brendan y se marchan, despacio. El pintor le da la mano al sacerdote y con un "Buenas tardes a todos" se va igualmente.

Los demás se quedan unos minutos, charlando en voz baja. Al principio, de sus recuerdos de Fuentes. Más tarde, la charla derivará hacia otros temas, como pasa siempre en estas circunstancias; pero, de

momento…

Drake se acerca a Tom y le da la mano.

-Un buen discurso.

-¿Quizá excesivo? –dice Tom.

-No, no. Ha sido honesto. Bien hecho.

-Gracias.

Drake asiente y se marcha callado.

Tom se queda ahí, algo alejado del resto, mirando como acaban la faena los enterradores.

"Para esto son los funerales. Para dejar las cosas como deben estar."

Se frota un momento el cuello. La garganta le sabe amarga.

"Y luego, olvidar y seguir adelante".

Está dejando de lloviznar. Apenas chispea ahora. Hace fresco y algo de luz directa del sol toca la ciudad fuera del cementerio. Una promesa frágil en esta primavera incierta.

El director McRae se acerca a Tom.

-Shyrup. Buen discurso.

-Gracias, señor. Supongo que a él le habría gustado.

-Bien hecho -le dice el director, cogiéndolo del brazo. -Demos un paseo.

Y se lo lleva aparte, caminando despacio.

-Una gran pérdida.

-Sí, señor.

-Para todos. Para el mundo y, desde luego, para nuestro amado Liceo…

Tom asiente, cansado de tantas palabras.

-…Es procedente un tiempo de luto, claro. Quizá esperar unas semanas. Hacia final de curso podríamos empezar a pensar en un nuevo Catedrático de Arte Renacentista pero, por ahora…

"Se las verán en figurillas", dijo Drake.

-No me veo capaz de pensar en quién, señor.

-¿Mmm? Cierto, muy cierto. Si será alguien de la plantilla o, tal vez, alguien de fuera… Pero eso ya se verá. De momento, la Junta ya se está ocupando de buscar un sustituto para las seis semanas que quedan de clases. Alguien con nombre, claro… Y respecto a lo de la Tercera Silla, pues eso, quizá a finales de mayo…

La Tercera Silla. Así llaman en el Liceo a la Cátedra de Arte Renacentista y Barroco. Seis Cátedras de Arte, Seis Sillas. Antiguo y Medieval las dos primeras; Moderno y Contemporáneo la cuarta. Hay una quinta para la Literatura y una sexta para la Música.

-…Habrá que ser sensatos y pensarlo despacio. ¿No le parece, Shyrup?

-Desde luego, señor McRae.

-Hum. Sí. Bien. Como comprenderá, tenemos otros asuntos en qué pensar, ¿sabe? Supongo que ha oído hablar de que la Junta también tiene intención de contratar al menos un nuevo profesor para el taller de pintura. Ya tenemos dieciocho solicitudes para el empleo…

-No sabía nada.

-…Y está lo del intercambio con esa academia de Arte en el área de los Grandes Lagos. Ni siquiera se va a esperar a fin de curso. Qué barbaridad… Pero eso no me preocupa. Lo peor va a ser lo de las obras para llevar agua a las dos plantas superiores. Aunque sea para el verano, ya me empieza a quitar el sueño. ¿Se lo puede creer?

-Claro –dice Tom. "¿Qué quiere McRae?"

-Todo el Liceo sabe que es usted tremendamente popular entre los alumnos. Los profesores lo respetan, hasta ese cascarrabias de Rossi. Y hoy, bueno, ha dado un paso adelante con esas amables palabras para Fuentes. Todos se lo agradecemos.

"Huy. Huy huy huy…"

-…A sugerencia mía, hace unos días la Junta decidió que se ocupe usted de revisar las solicitudes para el puesto en el taller de pintura.

Tom traga saliva. "Ya está."

-Después de la elegía a Fuentes, ha dejado usted claro que es un acierto. No sólo tiene el conocimiento, sino también la sensibilidad para reconocer la dedicación artística necesaria que queremos en un hombre de nuestro Liceo…

-O mujer, claro –se le escapa a Tom.

McRae se detiene, algo sorprendido.

-Hay excelentes pintoras que muestran esa, cómo era, *dedicación* de la que usted hablaba hace un momento. Puestos a buscar lo mejor… -dice Tom, bajito, con voz cansada.

-Hum. Lo mejor, sí. Aunque, de momento, creo que esas dieciocho solicitudes corresponden a sendos caballeros…

-Ya veo. Imagino que habrá alguna solicitud más…

-La Junta ha dado de plazo hasta finales de la semana que viene para acabar de recogerlas. Luego, alguien deberá leerlas, valorarlas… Por supuesto, entrevistar a los candidatos más prometedores, si fuese necesario.

-¿Entrevistar…?

-…Y, como le decía, ahí es donde entrará usted. Podrá dedicarse a ello por las tardes. Por supuesto, se le pagarán las horas extras y todos le agradeceremos su excelente servicio para con nuestra institución…

-Va usted a complicarme la vida con mi prometida, señor –dice Tom, aunque sabe que ésta ya es una batalla perdida.

-¡Oh, no, no! -dice McRae, haciéndose un poco el dolido. -¡Sólo un par de horas cada tarde durante dos, como mucho tres semanas! Estoy seguro de que ella apreciará tanto la recompensa económica como la buena posición en que todo esto le deja a usted… Un órgano de consulta y recomendación, nada menos…

"Que es como no decir nada. Pero, si me niego y alguien le va con el cuento a Sophie…"

Por algún motivo, Drake aparece en su pensamiento. "Sólo necesitaría toparse con ella y, quizá, medio minuto de conversación."

-…Y, de momento, la semana que viene todavía tendría las tardes libres, como acabo de decirle.

Tom piensa en la cita para ir a ver la casa de muestra y traga saliva. "Al menos, eso estaría resuelto…"

-Así pues, entiendo que puedo contar con usted, ¿no es así, muchacho? –dice McRae y le extiende la mano.

Tom suspira, saca una sonrisa de no se sabe muy bien dónde y le estrecha la mano al director

-Sí, señor. Por supuesto. Lo haré lo mejor que pueda.

-¡Excelente! ¡Excelente! ¡Ah, ja ja…!

El Director le suelta la mano y lo mira, tan contento y ya satisfecho.

-Entonces, le veré el lunes, Shyrup.

-Sí, señor. Buen fin de semana.

-Claro, gracias. Me espera un coche. ¿Le acerco a alguna parte?

-No, gracias, señor. Voy a caminar un poco. Tengo muchas cosas en que pensar…

"Y tanto", se dice Tom.

El coche de McRae arranca y una bandada de gorriones aterrados sale volando hacia el cielo.

06.

-No me acaba de gustar el color de las paredes –le dice Sophie a Smith, el tipo de la inmobiliaria.
-Siempre las dejamos en blanco en la casa modelo.
-Pues a mí no me gusta en blanco. Me parece tan frío…
-Es por motivos prácticos –tercia Tom.
Sophie se lo queda mirando.
-Bueno, querida… El blanco ayuda a que la casa parezca más grande y luminosa. Además, si luego quieres pintarla de otro color, ya tienes una base limpia sobre la que hacerlo.

-Vaya. Veo que lo tiene claro, amigo.
-Mi prometido es un experto en paredes pintadas –dice Sophie, con un ligero retintín de contrariedad.

Tom saca una sonrisa algo forzada.
-No esta clase de pinturas, pero… Algo de eso hay.
Smith se encoge de hombros.
-No, no, si tiene razón. Las pintamos en blanco porque queda más limpio.

-A mí me gusta –dice Tom.

-Sophie, ven a ver la planta de arriba – la llama Gertie, su hermana mayor.
Sí, a la visita se han sumado la madre de Sophie y sus dos hermanas. Es una oportunidad excelente para cotorrear. Se han presentado sin avisar; si Sophie sabía que tenían intención de venir, no ha dicho nada.
Tom procura ser amable. A lo mejor es una de esas cosas que hacen las madres y las hijas. Mejor no darle vueltas.

-Y en cualquier otro color sigue siendo una casa con espacio de sobra y mucha luz. Espere…

Smith abre la carpeta que lleva bajo el brazo y saca unas muestras de colores. Escoge una cartulina de un tono claro entre crema y amarillo y la pone sobre la pared.

-Éste es bonito… ¿Se imagina toda la pared del mismo color? Para un hogar cálido y acogedor.

-Como el plumón de un pollito –dice Sophie con cierto disgusto.

-No, no, es… Éste es un amarillo más sutil, más suave. Más elegante. Nos lo piden mucho para el acabado final… Espere, déjeme que le enseñe otras opciones.

Smith rebusca en la carpeta de las muestras de colores.
Sophie decide ignorarle y se va escaleras arriba. Smith, con un par de cartulinas de colores en la mano, se la queda mirando subir. Luego se vuelve hacia Tom.

-Estos colores también gustan mucho…
-A mí me gustan más o el blanco o el amarillo que nos ha enseñado antes.
-Ya –dice Smith, con las muestras en la mano. -¿Qué le ha parecido la planta de abajo?
Tom sonríe, superado.
-¿Comparado con el apartamento en el que vivo ahora? Que tiene un buen salón y una buena cocina…
Smith se le acerca un poco y le dice, cómplice:
-Pues entonces el piso de arriba le va a encantar. ¿Subimos?
-Claro. Quiero echarle un vistazo.
-Ay, Thomas. Esta casa es perfecta –le dice la señora Blaine a Tom desde el barandado del piso de arriba.
Tom sube los últimos escalones. A Smith, que le va a la zaga, se le dibuja la esquina de una sonrisa.
-Me alegra que le guste, señora.
-Perfecta, señor Smith. Se lo decía a mi Gertie y a mi Millie. Tiene sitio de sobra para una familia. Y ese cuarto de baño tan grande…
Smith se echa a reír.
-Al principio pensamos que era una broma del aparejador. Pero luego ha resultado ser un éxito…
-…Y queda sitio de sobra para otros tres dormitorios.
-Y el desván –aprovecha Smith.
-Y un desván.
-Si no tienen muchos trastos, pueden aprovecharlo para otra cosa. Tiene una ventana grande en la caída del tejado hacia la parte trasera de la casa. Dirección nordeste. Luz de sobra, nunca molesta. Quizá otra habitación, si llega a hacer falta, o un cuarto de juegos…
-O un estudio –se le iluminan los ojos a Tom.
-O un estudio, sí. Un lugar donde estar tranquilo, lejos del trasiego del resto de la casa…
Sophie se fija en la mirada de ensoñación en los ojos de Tom. Se acerca y se coge de su brazo. Un momento de intimidad, todo lo que se pueden permitir ahora mismo, con Smith y las otras Blaine.
-¿A qué se dedica, señor Shyrup?
-Tom, por favor. Soy profesor de Arte…
-Y lo van a hacer catedrático –se le escapa a la señora Blaine.
-No, no, Blanche. Eso no es así…
Smith se vuelve hacia la madre de Sophie.
-Vaya. Señora, su futuro yerno es un buen partido…
-No, no –dice Tom. –Se ha producido una baja en la plantilla, pero no quiere decir que me tengan en cuenta…
-Qué dices, Tom. –Dice Millie. –Sophie nos ha contado que fuiste el ayudante del viejo catedrático. Y que los otros profesores hablan de ti

con respeto…
"Oh, oh", piensa Tom. Esto no se le debe ir de las manos.
-No quiere decir nada, Millie. Es lo normal dentro de una institución con la solera del Liceo Longbridge.
-Venga, Thomas. Entiendo que prefieras ser precavido pero, por lo que Sophie cuenta, es algo prácticamente hecho. Ya nos ha contado que te felicitaron por ese discurso que diste el viernes. Y que te han confiado la selección de otro profesor para el curso próximo…
-Sólo soy un profesor de Arte, Blanche. Uno más. Y con ese sueldo habré de pagar nuestra casa…
-…Y yo sólo digo que está muy claro que aprecian tu trabajo y mucho. Se lo dije ayer a mi Bufford, le dije: "Parece que a ese chico lo valoran como se merece". ¿Y qué me contestó?
-Pues…
-Me dijo: "Claro, querida".
La señora Blaine se queda mirando a Tom como si eso fuera la prueba definitiva.
-Bueno, claro que me valoran. Pero…
-No te preocupes, mamá. Tom es así. Siempre demasiado prudente –dice Sophie, cogida del brazo de Tom y apretándose un poco más a él.. –No le apures más.
-Está bien, está bien. No quiero ser una suegra pesada –dice la señora Blaine.
-Sophie dice que lo sabes todo de lo tuyo –se empeña Gertie.
-Seguro que te darán el puesto –remata Millie. Millie trabaja en unos grandes almacenes y es buenísima siguiéndoles la corriente a los clientes. Hoy es su día libre y aquí está…
Tom va a abrir la boca, pero nota cómo Sophie tira un poco de su brazo. Se vuelve y la ve, sonriéndole a un palmo de su propio rostro. Y mirándole con embeleso con esos ojos suyos tan bonitos…
-¿Me querrás si sólo soy un profesor, cielo? Ya sabes que estoy colado por ti, pero yo sólo soy yo. Nada más.
-Nada más y nada menos –dice Sophie y le estampa un beso rápido.
A Millie y Gertie se les escapan unas risitas incómodas.

Smith les dice adiós y cierra con llave la puerta de la casa piloto. Tom y las Blaine caminan acera abajo, pasando por delante del solar donde se hallan las casas en construcción.
-Blanche. Señora Blaine.
-¿Sí, Thomas?
Sophie aún lleva a Tom del brazo, mirándolo con cariño.
-De verdad que no piensan en mí para lo de la cátedra. Usted lo sabe, ¿verdad?
-Claro, claro. Lo que tú digas, querido.
Gertie y Millie sonríen. Millie le da una palmadita a Tom en el hombro.
-Es que da la sensación de que no quieren creerme. No es que no les agradezca la confianza, pero… Sencillamente, no creo que vaya a ocurrir. No esta primavera ni en unos años, al menos…
A Gertie le da la risa. En serio que le parece cómico ver a Tom tan apurado por algo como aquello. Y la risa se les pega a sus hermanas.
La señora Blaine se le acerca y le pone los dedos en la cara. Es casi una caricia.
-No te preocupes, Tom –le dice, bondadosa.
Pero Tom sí está inquieto y, visto lo visto, parece que tiene motivos. Porque su prometida y su futura suegra están seguras de ese ascenso que a él ni se le pasa por la cabeza.
-Sophie, a ti no te importa tanto, ¿verdad?
Ella le contesta con un simple "Calla, tonto" y le da otro achuchón… Para diversión de Gertie y Millie, que se vuelven a reír con esas risitas bobas suyas. Como si no tuvieran nada mejor que hacer con sus vidas.
Van todos juntos a coger el metro. La señora Blaine, Gertie y Millie se bajan antes. Tom y Sophie siguen un par de paradas más, sin hablar porque mirándose tienen todo lo que necesitan.
Cuando salen del subterráneo, Sophie está de un humor excelente y, sin comerlo ni beberlo, quince minutos después están en la taquilla de un cine. La siguiente hora y media es una comedia y Tom se ríe y se ríe y se olvida de los frescos en peligro y de Fuentes y de los malos augurios; del proyector de diapositivas –que un día de estos se le va a acabar escurriendo de entre las manos a Rawlings-, de lo angosto de su despacho, de McRae, de las horas extras, de Drake, de todo.
Al salir del cine, se van a cenar algo y después, Tom acompaña a Sophie a casa. Se siente más ligero y mejor. El mundo ya no parece tan urgente.
Se besan en el portal.

Y luego él se va, calle abajo, feliz.
La noche trae de vuelta los pensamientos de inquietud. Tom se duerme, pero se despierta a la media hora; y esta vez, el sueño lo elude. A las dos y media, todavía sigue despierto. A eso de la tres, cae rendido.
A las seis y media de la mañana del martes, suena el despertador.
Las clases del martes pasan lentas. Tom se ve inseguro. Ha perdido su plan del día, cosa que no le había ocurrido nunca. ¿Cómo ha podido ocurrir? Lo prepara al final de cada jornada y lo guarda en su maletín. ¿Dónde lo ha podido meter? Y la falta de sueño lo hace algo más lento de reflejos en el aula. No responde tan rápido como otros días. Se equivoca al poner ejemplos. Dos veces, en dos aulas distintas, y se da cuenta al instante y se corrige a sí mismo y pide disculpas. "Será la primavera", dice; y los alumnos, que lo han visto alguna vez con su novia, se echan a reír sin darle más importancia. Pero a Rawlings le inquieta.
Tercera sesión… Nos toca en la 27, ¿verdad?
Un silencio.
-No, señor. Es en la 22.
Otro silencio. Y Rawlings ve la duda pintada en la cara de Tom.
-¿Seguro?
-Sí, señor. Martes, tercera sesión. La 22.
Casi puede ver los pensamientos de Tom tratando de hacer encajar la información, de buscar dónde no casan las cosas…
-¡Claro! Martes. La 22. Qué cabeza, cómo no me habré dado cuenta… Vamos para allá.
El miércoles, Tom se pasa por la Secretaría.
-Buenas tardes, señorita Ogilvy.
-Ah, es usted, señor Shyrup -contesta la administrativa, risueña.
-Supongo que le dijo el señor McRae que…
-Sí, sí. Va usted a revisar las solicitudes para el puesto del nuevo maestro del taller de pintura. Si le digo la verdad, es un alivio.
-¿Y eso?
-Lo digo porque seguro que usted verá rápido quién vale y quién no.
-Bueno…
-Al menos, elegirá bien. A alguien que merezca la pena.
Tom no sabe qué contestar.
-Haré lo que pueda. Uh, ¿cuántas tenemos ya…?
-De momento, noventa y seis…
"Unas dieciocho", dijo McRae tras el entierro de Fuentes. Sí, claro. Las primeras.
-…Y aún quedan mañana jueves y el viernes hasta las dos de la tarde. Como las recogemos aquí, y yo salgo a las tres…
-Ya.

-¿Quiere que le mande luego a Lou el bedel de día con las carpetas que tenemos ya…?
-¿Eh? No, no, no. Gracias, señorita Ogilvy. De momento, no. Creo que las recogeré el lunes. Ya me pasaré con Rawlings…
-Ah, su profesor adjunto. Claro, si tiene ayuda… Pero... No sé yo. Ese montón de carpetas pesa lo suyo. Si cambia de opinión, Lou puede llevar el transportín y subirlas en el montacargas. Piénseselo de aquí al lunes…
A Tom le queda el talento justo para callarse un momento y darse cuenta.
-Creo que… Tiene razón, Prudence. Lo pensaré. Gracias. Hasta mañana.
-Hasta mañana.
Antes de marcharse a casa, Tom se asegura de escribir su programa de sesiones para el día siguiente y de guardarlo en el maletín. Se le han ocurrido un par de ideas interesantes; así que busca, selecciona y echa unas cuantas diapositivas de más al maletín. Y luego se escribe una nota a sí mismo en una hoja de papel grande, para no despistarse.
Sale con Sophie por la tarde. El tiempo ha mejorado de la semana pasada a ésta. Van a tomar un batido y dan un paseo. La tarde va alargando. Tom lo disfruta mucho.
Por la noche, sigue costándole dormir. Incluso después de tomar una decisión simple, una que le alivia: "Voy a hacer el trabajo. Lo haré como siempre, lo mejor que sepa. Y ya está. Que sea lo que tenga que ser."
El jueves, a Rawlings se le atasca tres veces el carro de las diapositivas en el proyector durante la primera sesión. Tom pierde su sonrisa habitual.
-Lo siento, profesor Shyrup.
-No importa, señor Rawlings. Nos puede ocurrir a todos. A mí, últimamente…
Pero se interrumpe. Y continúa diciendo:
-…Aquí está. Como les decía, el estilo compositivo de Rafael…
A la salida, Drake los aborda de nuevo.
-Eh, Shyrup. ¿Te acuerdas de ese brindis por Fuentes que sugeriste el otro día? McRae le ha propuesto a toda la plantilla ir a comer a Barney's y hacer el brindis tras los postres.
-Cómo, ¿hoy…?
-Sí. Te veo luego.
La mañana se hace larga hasta la hora de comer. A Tom le parece que el becario intenta manejar el proyector con más cuidado. Cuando no usan el proyector, el sol se desliza despacio a través de los ventanales altos y sobre el embaldosado y los pupitres de las aulas.
Una mañana lenta. A veces las hay.

En Barney's, junto con los postres, los camareros traen copas y sirven un chorrito de brandy en cada una. Mannings, el especialista en arte bizantino, pide un vaso de zarzaparrilla. Para su sorpresa, se la sirven enseguida.
McRae se pone en pie y levanta su copa.
-Por Fuentes. Uno de los grandes. No será olvidado.
-Por Fuentes –dicen todos. Y beben.
La charla empieza a recuperarse, pero McRae, que sigue en pie, hace un gesto pidiendo silencio.
-A ver, caballeros…
Carraspea un poco.
-Me complace anunciarles que la Junta ha encontrado ya un sustituto para las clases de nuestro añorado Fuentes. El señor Ellis Dunham…
-¿"Big Cat" Dunham? -se le escapa a Rossi. –Pero si está retirado…
Una oleada de murmullos brota de entre los asistentes. McRae levanta la voz para hacerse oír.
-En efecto. Pero, tras escuchar los ruegos de la delegación que enviamos a su casa este fin de semana pasado para tratar de convencerle, el señor Dunham ha accedido a impartir las clases del señor Fuentes hasta finales de trimestre. Un erudito reconocido, recientemente retirado de la actividad docente…
-Hace ya dos años, ¿no? –intenta decir Ingels por lo bajo sin conseguirlo.
-…Recientemente, digo. No son más que diez horas a la semana, Ingels, déjelo ya. Para finalizar el curso sin sombra de reproche a la calidad de la educación que se ofrece en nuestro amado Liceo…
Hay algún otro comentario de descontento, pero es poca cosa.
-Por otra parte, tenemos un modelo de los exámenes de Fuentes del año pasado. Y el profesor Drake se ha ofrecido amablemente a corregir cuanto haga falta…
Eso parece animar al grupo. Mejor él que yo, ese tipo de cosas. Incluso se oyen unos aplausos espontáneos que se apagan enseguida.
-..Es un detalle. Gracias, señor Drake –y el aludido las acepta con una leve sonrisa, agachando un poco la cabeza y levantando la mano, como diciendo: "No es nada."
-Nos vemos mañana, señores –termina McRae.
Esa tarde, Sophie está más guapa que nunca. Pero Tom piensa en Fuentes. A media tarde, Tom y Sophie discuten por una tontería. Ella se va a casa, enfadada. Tom acaba dando un largo paseo hasta la Central de la Biblioteca Pública de Stain Harbour, en la calle 19 con la Avenida Winslow, y tras sacar un par de libros se sienta en uno de los bancos junto a la puerta a ver pasar a la gente.
Por la noche, Tom piensa en las noventa y seis solicitudes que había en Secretaría el día anterior. ¿Cómo va a poder procesarlas en dos

semanas?
Y luego piensa en cómo va a ser posible juzgar con el mismo ánimo al séptimo que al cuadragésimo cuarto. Y la inquietud aumenta.
El sueño tarda. Una hora. Dos. Tres…
El viernes por la mañana, a Rawlings se le escurre el proyector. Lo coge antes de tocar el suelo, pero Tom decide igualmente tener una charla con el becario.
-Hay que llevarlo con seguridad. Y tomarse pequeños descansos. Porque si nos permitimos cometer un solo error, se caerá y se romperá…
Rawlings no dice nada, salvo "Sí, profesor" un par de veces. Se le ve muy serio y afectado. Tom acaba la charla intentando animarlo, pero la impresión que le queda es la de no haber conseguido nada.
Son casi las dos cuando Tom se acerca a Secretaría. La señorita Ogilvy atiende a un par de personas, una mujer joven y un hombre mayor con una mano vendada. Están entregando una carpeta grande, un portafolio.
"La última solicitud. Por los pelos", piensa Tom.
Al ir a salir de la Secretaría, la mujer joven mira a Tom un instante y trata de componer una sonrisa.
Al instante, se han marchado.
La señorita Ogilvy resopla y mira el reloj.
-¿Cuántas? –pregunta Tom.
-Creo… Ciento doce.
Tom asiente en silencio.
-Tiene usted por delante unas semanas interesantes, señor Shyrup.

08.

Tom se marcha del Liceo preocupado. Desearía haberse llevado a casa las ciento doce solicitudes. Habría podido empezar a revisarlas con tranquilidad y hubiera tenido una excusa perfecta para no tener que pasar por el trago de arreglar las cosas con Sophie.

Cuando las cosas se tuercen con Sophie… Volver a la normalidad suele ser largo e incómodo. Con esa forma suya de sentirse ninguneada, como si él hubiese querido quitarle la razón. Lo cierto es que Sophie casi siempre tiene razón. O, al menos, con esa impresión se acaba quedando Tom cuando pasa la tormenta.

Ciento doce. Podría haberle mandado unas flores y una nota. Algo así como…

"…Me siento mal por la forma en que salieron las cosas ayer. Y, aunque sólo pienso en volver contigo y hablarlo, me veo obligado a quedarme en casa. Verás, las cosas se han complicado bastante. No son dieciocho solicitudes, sino ciento doce. Ciento doce, qué barbaridad… Y no puedo dejar que se me lleven un mes por delante; el director McRae fue muy claro cuando dijo que la Junta y él mismo ponían su confianza en mí para resolver esta cuestión. Que está muy bien y nos viene muy bien, pero ahora mismo me deja en una situación muy delicada, desbordado ante todo lo que tengo por hacer…"

La verdad, claro. Pero quizá no toda la verdad.

Y Tom no quiere poner las cosas más difíciles con Sophie.

Está dolido por lo que ella le dijo, pero está inquieto y la echa de menos. O, al menos, echa de menos la Sophie dulce y cariñosa, la que suele ser la mayor parte del tiempo. Y cuando no... Bueno, Sophie es más despierta y entiende el mundo mejor que él. Al menos, eso dice: "No entiendes a la gente, querido".

Llevan casi un año saliendo. En casa de los Blaine han sido muy pacientes. Está claro que Tom les gusta: saben que va con buenas intenciones… Que tenga un empleo decente y sea bueno en lo suyo también ha ayudado bastante, el cielo lo sabe.

Conque Tom se acerca a buscar a Sophie a su casa. Cuando ella le abre la puerta, Tom dice un "Lo siento" y ella lo abraza. Empiezan su paseo callados pero, poco a poco, la tarde va saliendo adelante.

El sábado, a media mañana, Tom y Sophie se ven más felices. Han ido a pasar el día a la feria de primavera, en Minton. Se han montado juntos en los autos de choque y en el tiovivo y en la noria. Sophie lleva una cámara fotográfica y se van haciendo fotos el uno al otro… Tom dando con el mazo a ver hasta dónde sube el marcador que mide la fuerza, Tom disparando en la caseta de tiro, Sophie con

un tigre de peluche grande… Y, de vez en cuando, le piden a alguien que parezca de fiar que les tome una foto a los dos juntos: comiendo algodón de azúcar, apoyados en una barandilla con el azul del Atlántico detrás…

A la hora del almuerzo, el hecho de masticar con educación le da un respiro a la conversación.

En esos momentos, a Tom se le pasa por la cabeza: "Ya podría haberme leído quince o veinte carpetas. Llevaría un poco de ventaja…"

Un pensamiento de intranquilidad y disgusto, un intruso molesto. Pero Sophie le sonríe y le pide un poco de su ensalada y todas esas preocupaciones se desdibujan y se desvanecen.

Es un sábado de sol y buen tiempo. Vuelven al centro, a Fairsay, y dan un largo paseo. A eso de las seis, Tom deja a Sophie en la puerta de su casa. Están exhaustos. Millie los oye llegar y avisa a voces a su madre. Sophie le chista, Tom se apura… En un instante, Blanche Blaine está con ellos.

-¿Habéis pasado un buen día?

-Sí, ha sido estupendo. ¿Verdad, querido?

Tom asiente, como corresponde.

-Bufford y yo hemos estado hablando y nos encantaría tenerte con nosotros para la comida de mañana domingo, Tom. ¿Podrás venir?

-¡Sería estupendo…! –dice Sophie.

-Claro –les asegura Tom.

La noche del sábado, Tom se duerme pronto. Se permite levantarse tarde a la mañana siguiente, descansado como no se ha sentido en varios días.

Tiene suerte. No se acuerda de lo que ha soñado.

El domingo, en casa de los Blaine, es un día fácil. Nadie saca lo de la cátedra. Comen, charlan, ven la tele, juegan a las cartas. Sophie despide a Tom en la puerta con un beso rápido pero apasionado.

A Tom le cuesta dormirse un poco la noche del domingo al lunes. Y la cantinela vuelve: "Ciento doce".

"Quizá con echarles un vistazo por encima sabré quién es la mejor opción. O, a lo mejor, con hacer una lista de quienes me parecen los mejores diez candidatos, la Junta elija. Para que todo salga a su satisfacción…"

A eso de la una de la mañana, Tom se despierta. Sale al baño y piensa: "El curso próximo tendremos un excelente maestro en el taller de pintura…" Y se acuerda de McRae y le da la risa: "O una pintora…"

Vuelve a la cama y tarda un rato en volver a dormirse.

El lunes por la mañana, el becario aparece con un ojo

amoratado.

-¡Rawlings! ¿Qué le ha ocurrido…?

-Nada, no se preocupe. Poca cosa. Un bocazas. El típico imbécil que se equivoca…

Tom, aún algo alarmado, no puede sino preguntar.

-¿Qué se equivoca? ¿En qué?

-En creer que ganará si razona a puñetazos.

Tom se queda sin habla.

-No se preocupe, profe. Todo salió bien.

-Ya veo…

Los alumnos han debido de estar comentándolo, porque en cuanto Rawlings pisa el aula para la primera clase lo reciben con un jaleo de aplausos y vítores.

-Muy bien, muy bien, ya está. Déjenlo ya… -pide Tom, sin demasiado éxito.

En la segunda sesión, pasa lo mismo. Y en la tercera.

Cuando entra en la 23, para la cuarta sesión, Tom le levanta el brazo a Rawlings, como si lo declarara vencedor de un combate de boxeo. Y la pequeña multitud se vuelve loca, aunque sea durante un minuto y pico…Uno de los profesores, Abe Stansfield, que justo pasa por allí, se asoma extrañado. Que Tom se le quede mirando y se encoja de hombros no le acaba de aclarar nada, por supuesto.

Todo se ha vuelto un poco más divertido, un poco más loco. Y así sigue hasta el final de la mañana…

-Me voy a comer –dice Rawlings. -¿A qué hora empezamos?

-¿Qué?

-Sí, que a qué hora volvemos al despacho. Para empezar a mirar lo de las solicitudes.

Tom se queda de piedra.

-¿Quiere usted ayudarme…?

Rawlings lo mira como si estuviese loco.

-No se me pasa por la cabeza dejarlo aquí solo con esa avalancha de carpetas. Y, la verdad, profesor, si no le importa que se lo diga… Piensa usted mejor cuando le está contando las cosas a alguien.

-Es… Es genial, de verdad. Pero quiero que lo sepa: no tiene ninguna obligación y esto van a ser un montón de horas…

Rawlings se echa a reír. A reír.

-Bah. La compañía es buena y es un trabajo tranquilo. Lo haré encantado. Sólo prométame que no se encallará mirando una sola carpeta.

Tom lo mira. Con admiración.

-Si me encallo, sáqueme de ahí.

-Se lo prometo.

-A puñetazos no, entiéndame.

-Ni se me ocurriría.

"Un aliado. Tengo un aliado. Tengo ayuda. No me lo puedo creer…", piensa Tom.

-Bueno, en ese caso… Todos estos días las comidas van por cuenta mía. No, ni una palabra. Que a mí sí me van a pagar las horas extras. Y, si no le parece mal, antes de irnos a comer, querría subir las carpetas al despacho.

-No vamos a caber allí.

-Oh, cabremos. Apretados, pero cabremos. Y, si no, nos buscaremos un aula grande y vacía. También del piso de arriba.

Rawlings sonríe.

-¿Ve? Ya está empezando a pensar como a mí me gusta.

Tom le da una palmada en el hombro.

-A Secretaría. Miss Ogilvy tiene un regalo para nosotros…

-*Timeo Danaos et…*

Nada más verlos aparecer, la administrativa se deshace de quienquiera que tuviese al teléfono y les hace una seña para que se acerquen.

-Ah, señor Shyrup, qué bien que ya esté aquí. Y con el señor Rawlings, nada menos… Ya nos han contado lo que hizo usted el fin de semana pasado… -dice, y le guiña un ojo al becario, que se hace el loco tanto como puede.

A Tom todo esto lo sigue descolocando un poco. Pero se rehace muy rápido.

-Venimos a por las carpetas.

-Todo resuelto. Lou, coge el transportín, que ya están aquí… Por favor, acompañen a Lou al montacargas. Y, señor Shyrup…

-¿Mmm?

-Tenga –y le entrega una hoja. –Son las bases de la convocatoria para la solicitud del puesto, tal y como las redactaron desde la Junta. Para que pueda usted revisar si falta algo de lo que se debía aportar.

-Oh.

¿Una lista? Ni se le había pasado a Tom por la cabeza que hubiese una lista de exigencias. En fin…

"Ah, pero ahora tengo ayuda. Tengo a Rawlings. Que lo mismo se mete en una pelea a puñetazos y gana que sabe buscar el cuadro concreto que le pido en un carro de diapositivas… Esto va a salir adelante."

Tom y el becario se afanan por seguir a Lou el bedel de día, al que todos llaman así en el edificio para diferenciarlo de Lou el guarda de noche, Lou el cartero y Lou el camarero del Café Pompadour, a media manzana del Círculo.

Lou viste con su uniforme de bedel: pantalón, chaqueta, gorra y corbata grises y la camisa blanca. Es un hombre de cierta edad para quien cuidar su línea es disfrutar del siguiente bocado. Empuja un transportín en el que ha atado con un buen montón de cuerda las ciento doce carpetas: cartapacios grandes, como el que llevaban aquellas dos personas del viernes, el hombre de la mano vendada y la mujer de los ojos oscuros… Y, por algún motivo, el pensamiento le resulta algo incómodo y hace lo posible por sacárselo de su cabeza.

Lou fuma. Levanta la verja de la planta baja del montacargas de servicio y les cede el paso a los dos hombres de letras, que rompen la complicada nube de humo del cigarro y se ponen a un lado para dejar al bedel sitio donde colocar el pesado transportín. Lou toca el botón de la cuarta planta y el montacargas arranca con una sacudida que, para horror de Tom, hace caer un poco de brasa y cenizas del cigarro sobre las carpetas. Pero el bedel las sacude con un par de gestos rápidos de su enorme mano izquierda para echarlas al suelo y luego las pisotea a conciencia. Y acto seguido se gira y mira a Tom.

-Tranquilo, profesor, que aquí los ramos de flores siempre llegan enteros.

Tom asiente en silencio, guardándose la preocupación.

La parada en la cuarta planta es igual de difícil de pasar por alto que el arranque en la planta baja.

-Y allá que nos vamos –dice Lou, subiendo de un tirón largo la puerta del montacargas en lo alto del edificio. Luego, dándole un ligero empujón con la puntera de su bota, pone en marcha el transportín y enfila el pasillo hacia el despacho de Tom.

Y sí, lo habéis adivinado: el bueno de Tom se tiene que echar una carrerita para llegar el primero, sacar la llave y abrir el despacho dándoles paso al transportín y a Lou, con su cigarro humeante como una locomotora de las de antes.

-¿Dónde se las dejo? –dice el bedel, alegre.

-Aquí mismo, en el suelo. En dos o tres montones, si no le importa, Lou, para que sea más fácil manejarlas.

-Ahora mismo –le replica, y se pone a desatar la complicada maraña de nudos con la que había atado la carga. Mueve la cuerda con soltura, un larguísimo trozo de cuerda; algo pelada, por cierto. Usada y requeteusada cien veces.

Entre Tom, el becario y el bedel colocan en un santiamén tres montones de cartapacios contra las estanterías del despacho.

-A mandar –se despide Lou. Y sale con su transportín, su gris indumentaria y el juguetón humo de su cigarro de vuelta al montacargas.

Tom y el becario se quedan allí mirando las carpetas, desarmados por un momento.

-Vamos a comer –dice Tom. –A Barney's, que cargan bien el plato. Nos va a hacer falta para afrontar esta faena.

09.

El Barney's es un local grande y lleno de gente a las horas de comer y de cenar. Normal, lleva años ofreciendo una enorme variedad de platos calientes y fríos a muy buen precio. Como cae a una manzana de distancia del Liceo Longbridge, Tom es un cliente habitual.

Hoy será lunes, pero hace un día estupendo de abril y ahora mismo a la enorme cantidad de personas que abarrotan las mesas del restaurante se les han olvidado hace rato las legañas y el sueño de primera hora de la mañana y comen y charlan con alegría.

Tom y Rawlings tienen que esperar unos minutos hasta que les limpian una mesa recién desalojada y pueden sentarse a leer la hoja del Menú del Día con la prisa que da el hambre. Con echarle un vistazo rápido la boca se les hace agua y un camarero les pregunta de pasada si ya saben lo que quieren, así que sin perder ni un minuto más el becario pide el plato del día de succotash. A Tom le tira la crema de almejas, pero finalmente se decanta por una buena bandeja de pollo frito con puré de patatas y verduras. Tom va a pedir agua, como de costumbre; pero el becario pide una cerveza bien fría.

-¿Tiene usted la edad? –le pregunta el camarero.

Rawlings saca un permiso de conducir, para sorpresa de Tom: "Arrea". El camarero gruñe una afirmación.

-¿Y usted?

-Otra para mí –deja cae el profesor de arte. –Y una botella de agua, por favor.

-Marchando.

En algún lado hay una radio encendida, pero el ruido de las conversaciones y el trajín de platos, cubiertos y tazas la ahogan.

Un raro calorcillo le aligera el ánimo a Tom. Quizá sea el saberse apoyado por el becario, quizá sean los nervios antes de ponerse a resolver la enorme tarea que tienen por delante. También el sentirse bien acompañado. A fin de cuentas, Rawlings no es más de seis o siete años más joven que él y otro amante del arte. Las cervezas llegan y Rawlings levanta su copa:

-Por esa enorme pila de carpetas que nos espera.

-Por las carpetas. Por los artistas y sus sueños. Y por nosotros, pobres. Por que llegue mayo pronto.

Entrechocan sus copas, felices, y beben. Rawlings casi se atraganta; cuando coge aire, se echa a reír.

-Y nos hemos dejado a Lou el bedel de día. Que su cigarro y cuerda larguísima le duren cien años.

-O, al menos, hasta la jubilación.

-O, al menos, hasta la jubilación, sí.

Beben y llega la comida. En Barney´s el servicio es así: rápido. Y vaya tamaño el de los platos.

-Madre mía, esto huele de maravilla.

-Pues al ataque, compañero.

Y comen. Los siguientes cinco minutos sólo los dedican a eso. Había buena gana…

-Profe.

-¿Sí?

Rawlings se toma unos instantes antes de atreverse a preguntar.

-¿Qué opina del arte moderno?

A Tom le viene la risa y casi se atraganta. Consigue acabar tragando, pero pasa un mal momento…

-Vaya. El arte moderno. A ver, ¿de qué me habla en concreto?

El Barney's está a tope. Es hora punta. El becario se esfuerza en levantar la voz, intentando hacerse entender.

-¿Qué opina de, no sé, Kandinski?

Tom acaba el bocado que lleva en la boca y traga.

-Caramba. Tirando con bala.

-¿Qué le parece?

-Mire, Rawlings, el Arte es como todo. Cada cual tiene sus gustos y todos son muy respetables…

El becario menea la mano, negando.

-Naaah. No cuela. Hoy toca mojarse, señor. ¿Le gusta o no?

Y a Tom se le escapa una sonrisa y cabecea.

-No demasiado. A ver, es un artista interesante. Se metió con ganas a explorar la abstracción y tiene esa obsesión por el color…

-Pero no es lo suyo.

-No. No es lo mío.

El becario calla, su cara un poema de decepciones. Casi parece costarle encontrar fuerzas para volver a meter la cuchara en el plato. Todo teatro, por supuesto.

"Estamos jugando", se da cuenta Tom.

-Ya me ha visto en clase. A mí me va más la pintura de italianos y españoles entre el quattrocento y el settecento. Del Renacimiento al Barroco… Leonardo, inmenso. Miguel Ángel. Rafael. Botticelli. Tiziano. Murillo. El Greco, no me mire así, ya sé que nació en Creta pero acabó en la corte española. Y el más grande, Velázquez. Los grandes artistas de la Europa de la Edad Moderna…

-Sí, sí, sí. Ya. Mondrian.

Tom abre muchísimo los ojos.

-¿Qué?

-Mondrian. Idolatrado en el mundo entero.

Tom rezonga a través de su sonrisa.

-Mondrian, qué cosas. No es lo mío. Veo lo que quiere hacer,

pero… Yo eso lo veo más en una vidriera, ¿sabes?

-Madre mía, profesor. Eso es casi herejía.

-No, no, si me parece un artista interesante…

-Eso mismo ha dicho de Kandinski. Se le acaban las excusas…

-Yo soy más del figurativo…

-Vale. Picasso.

Tom resopla.

-Me quiere poner contra las cuerdas, ¿verdad?

-Ni hablar, sólo es un ejercicio de aula. Cien palabras acerca del genio español. Vamos.

-Malagueño, en concreto…

-Ya lleva tres. Adelante.

Tom se siente atrapado. Pero sí, es divertido.

-No sé, demasiado cercano…

-Pues espérese a lo que me he pensado para después. Estamos con Picasso.

Tom resopla.

-Un hombre con una técnica clásica impecable y un enorme deseo de buscar algo nuevo. Un hombre con muchas ganas de pintar. Curioso, experimental. Creo que experimental siempre. Un hombre que escapó al rigor de la guerra…

-Ya, bueno. Y Miguel Ángel de la supervisión del Papa y Caravaggio de la mucha gente de la que no supo hacerse amigo, precisamente. No me venga con datos y vaguedades. Mójese.

-Pues… Pienso en Las Señoritas de Avignon. Y también en el Guernica. Dos intenciones distintas, pero claramente el mismo hombre. Apasionado y valiente en los dos; y en el Guernica, desgarrado y gris. Lo del gris y el blanco y el negro me parece tan personal como los trazos que dibujan la pintura. Un hombre intenso. Como le digo, no es mi forma de ver la vida. Hablaba usted de Caravaggio…

-Sí.

-Es que cada cual somos como somos. Y sí, ya lo sé: suena a excusa. Pero es la verdad.

-Bueno, venga, se lo admito. Jackson Pollock.

-Otro pintor que disfruta con su trabajo. Tengo la impresión que mucho. Creativo e innovador, las dos cosas van juntas…

-Todos los grandes disfrutan.

-O sufren. A veces me pregunto si no son dos formas de la misma cosa.

-Lo intenso que sienten y cómo les va el día…

-Supongo que sí –trata de cerrar el asunto Tom.

Llega el camarero a retirar sus platos. Les canta la retahíla de los postres disponibles y los dos profesores piden tarta.

-No crea que hemos terminado. Magritte.

-Yo es que no acabo de pillarle la gracia que pueda tener a eso de los hombres con traje y bombín, lejos o de espaldas…

-Increíble, profe –cabecea el becario.

-No, si a mí me gusta cómo juega con el lenguaje y las ideas. Sí, es reflexivo e inteligente. Eso me gusta de verdad, pero usar la pintura así… Es más el fin que el medio. A mí me gusta un poco más de equilibrio…

-Se va a salir por la tangente con todo el mundo, ¿a que sí?

-Pues…

-¿Dalí? ¿Miró? Rayos, ¿Munch?

Tom le mira fingiendo severidad.

-Oh, son tan distintos entre sí…

Por suerte, llega el camarero con los postres. Vaya, qué raciones de tarta tan grandes…

-Salvado por la proverbial campana –dice Rawlings.

-Puede venir a sonar cuando quiera –replica Tom.

Y atacan las tartas. Es lo que tienen las tartas. Cuando tienes una buena porción delante y una cuchara en la mano, te centras en eso… Hasta que sólo quedan las migas –o ni siquiera las migas- y una cuchara bien repasada.

-Entonces, ¿quién le gusta? Quiero decir, de los últimos cien años…

Tom se para a pensarlo un poco, pero no es algo demasiado difícil.

-Me gusta Sorolla. La luz, la sensibilidad, los planos largos. Me gusta Alphonse Mucha.

-El cartelista…

-Oh, hay mucho que decir de los cartelistas. Fíjese, Rawlings: los entendidos aúpan a Toulouse-Lautrec y me parece bien, pero no le dedican tanto esfuerzo a Mucha. Y tanto por buen gusto, como por habilidad y dedicación, se merece un lugar importante en la historia del arte… Es uno de mis favoritos. Sin dudas.

-Bien, ya vamos llegando a alguna parte. ¿Quién más?

-Los ilustradores.

-¿Los ilustradores? Ah, ya veo…

-Sí, los ilustradores. N. C. Wyeth. Dios mío, Frederic Remington…

-Me encantaba Remington. Mis abuelos tenían guardadas en un cajón un montón de revistas…

-…Y el resto de los artistas de New Rochelle. Booth y los Leyendecker y Norman Rockwell… ¿Sabe, Rawlings? Me ha preguntado quién es mi artista moderno favorito. Pues bien, no tengo ni idea de si habrá otro en este ancho mudo alcanzando tanto como él

las alturas de lo excelente… Pero, para mí, Rockwell es ahora mismo el más grande artista vivo.

-Guau –dijo el becario.- Ya hemos llegado.

-Sí, lo confieso –dice Tom.- Un hombre del pueblo, un contador de historias, un gran técnico. Oh, no se deje engañar por sus escenas acarameladas. Ese hombre sabe ver el mundo. Además, es prolífico, porque le tira y porque lo ha aprendido con el oficio. Y de eso se trata. ¿Todos esos ilustradores geniales? Son mis favoritos. Ellos ejercen su oficio, el oficio de pintor. Grandes artistas de nuestro tiempo. Trabajando con fecha de entrega para darle a las revistas tanto cubiertas como ilustraciones interiores y sin necesidad de rendirse al capricho de los críticos… Quizá al de su editor. A ver, esto sólo es mi punto de vista, recuérdelo. Lo mismo en las revistas caras como en los pulps… Encuentras pequeñas joyas aquí y allá. Y también los dibujantes de los periódicos. Hal Foster. Me gusta Foster. Que devoción por el detalle. Y Disney y su estudio de animadores… Cartelistas, portadistas, ilustradores, narradores de historias. ¿Por qué me mira así? ¿No quería que me mojara?

-Sí, sí. Menudo chapuzón. Gracias. Esto es fantástico.

Tom asiente.

-No, gracias a usted. Esta última hora y media ha sido estupenda. Gracias, en serio.

-Pues ahora nos esperan otras dos horas muy diferentes… ¿Vamos a por ellas?

10.

Salen contentos de Barney's y vuelven paseando al Liceo. Pues sí que ha mejorado el tiempo… Se quitan las americanas y se las echan al hombro.

-No es más que lunes por la tarde.

-Pero es un buen lunes –dice Tom, echándose algo hacia atrás su viejo sombrero.

Lou el bedel de día ya ha vuelto de comer. Su hora del almuerzo va entre las dos y las tres, aprovechando que está la señorita Ogilvy con la puerta de Secretaría abierta cerca de la entrada. Hasta ahora, nunca ha habido problemas. Lou se ha encendido uno de sus cigarros, tiene la radio puesta y está leyendo el *Clap*.

-Lou.

-Señores… ¿Van a trabajar mucho rato?

-Me pidió el director McRae que me quedara un par de semanas de tres a cinco. Ya sabe, por lo de las carpetas que nos ha subido esta mañana –le dice Tom.

-Ah, bien. Mire, yo me voy a eso de las cinco más o menos. Para entonces, me toma el relevo Lou, el guarda de noche. Él cierra todo el edificio y se queda solo hasta eso de las doce… Ya sabe, hace unas rondas para asegurarse de que todo va bien.

-En ese caso, procuraremos bajar como mucho a eso de las cinco menos cinco para no causar molestias.

-Tarden lo que necesiten. Se lo diré a Lou. Siempre puede quedarse aquí, vigilando la puerta un rato.

-Bueno, si llegara a ser necesario… Pero intentaremos evitarlo.

-Como usted quiera, profesor.

Tom y el becario suben por las escaleras hasta la cuarta planta. Abren el despacho y contemplan los tres montones de cartapacios.

-Uf –se le escapa al joven.

-Nada –dice Tom - Ánimo, Rawlings. Vamos a organizarnos… ¿Dónde está esa hoja de solicitud que nos ha dado la señorita Ogilvy…?

Tom busca un poco a su alrededor… Sí, sobre el pequeño escritorio, bajo un pisapapeles.

-Muy bien, veamos… Datos personales. Nombre, dirección, un número de teléfono… Ah, vaya. Piden una foto personal. Eso es una buena idea.

-No lo sé, profesor. A veces, a la gente la contratan por su aspecto. A mi primo lo contrataron en la fábrica de caramelos porque le vieron pinta de espabilado. Y menos mal que no se acerca a la maquinaria peligrosa…

Tom se queda meditándolo.

-Quizá tenga razón. De todos modos, si llevamos a cabo alguna entrevista, a nosotros nos servirá para identificar rápidamente al artista. A ver, qué más… Hay un apartado para indicar si tienen algún título académico, universitario o del tipo que sea… "Apuntar si ha llevado a cabo alguna exposición de sus obras indicando lugar, fecha y, si es posible, adjuntando folleto o reseñas". Vaya, pues sí que… También pide fotos de las obras personales realizadas o copias de bocetos, estudios o proyectos…

El becario se le acerca y lee desde un lado.

-Menudo modelo de solicitud. Imagino que debió de costarles un buen rato escribirlo… ¿Qué pone al final?

Tom se queda perplejo.

-Otros méritos.

-Otros méritos… Ah, bueno. Debe de ser si han dado clases como maestros de taller antes en alguna otra parte.

-Será eso –acuerda Tom. - Pues con todos estos datos… Tenemos que organizarnos. Pensar cómo lo vamos a hacer.

-No entiendo.

-Mire, Rawlings: si la Junta ha puesto todos estos apartados, es que le parecen importantes y quiere que se tengan en cuenta. Así que habrá que asignarles una puntuación…

-Ya, entiendo. Pero tampoco deja de ser cierto que el trabajo se lo han dado a usted sin más indicaciones.

Tom suspira.

-En realidad, el director McRae dijo que confiaban en mi buen criterio…

-A eso me refería.

-…Y mi buen criterio me dice que no nos queda otra que darle un valor a cada uno de estos aspectos, amigo mío. Y eso no es lo peor.

-¿Ah, no?

Tom dibuja una sonrisa forzada.

-No. Lo peor es que, aunque no sabe cuantísimo agradezco su ayuda y su compañía, lo cierto es que creo que todas las solicitudes tienen que pasar mi escrutinio. Las ciento doce.

El becario resopla.

-Vaya. Así, que aunque nos repartamos la faena…

-…Al final las tengo que revisar todas, sí. Pero mírelo por el lado bueno: podemos repartirnos las carpetas, establecer unas puntuaciones para cada apartado y valorar todo lo que veamos tomando unas notas escuetas que luego pondremos en común. Así será más ameno. Y dos cabezas piensan más que una y la decisión que le pasemos a la Junta será más sensata, aunque sólo sea por haberlo mirado dos veces y porque podré equilibrar mi opinión con la suya.

-Rayos. Odio admitirlo, pero tiene sentido.

Tom se encoge de hombros.

-Eso pienso yo.

-Pero… ¿Qué nota le ponemos a cada apartado?

-Bien, son cuatro apartados: 1) títulos, 2) exposiciones, 3) fotos y copias de la obra personal y 4) lo de los otros méritos. Lo que hemos dicho de si habían dado clase antes…

-…O si tienen cartas de recomendación de esos mismos centros…

-¿Mmm? Vaya. Sí, claro. Bien pensado, Rawlings.

-Gracias, profe.

-Debemos tenerlo en cuenta. Lo dicho, son cuatro apartados y podemos puntuar sobre 10… Pues le pondremos como máximo un dos y medio a cada apartado. Y luego…

-¿A todos igual? ¿No quiere ponerle más puntuación a cómo pintan que a tener un título de una escuela de arte? ¿Qué dirían Sorolla y Velázquez…?

Tom se muerde los labios.

-No sé qué dirían. Bueno, quizá me lo imagino, como usted. Pero no quiero traicionar la confianza de la Junta ni, mucho menos, decepcionar a McRae.

-Ay.

-Es lo más difícil del arte, mi buen Rawlings. Hay que ceñirse a las condiciones que se nos imponen…

El becario baja la cabeza, frustrado.

Tom le da una palmada en la espalda.

-…Y, muchas veces, son justo esas complicaciones las que terminan por encaminar al artista a alumbrar una obra genial. No se aflija, muchacho. Nos irá bien.

-Ya. Vale. De acuerdo.

Tom se vuelve hacia el largo ventanal.

-Hay más, claro. Cada uno de esos apartados… Cada uno tendrá aspectos que ni nos hemos imaginado hasta ahora.

-¿Eh?

-Sí, quiero decir… ¿Cuánto vale un título en Bellas Artes? ¿Y el del taller de un pintor de cierto nombre comparado con el de un completo desconocido? ¿Vale lo mismo tener un título que dos? ¿Hay que darle la misma puntuación a quien ha hecho una exposición que al que ha hecho cinco o seis? Entiendo que no, entonces… ¿Ponemos un mínimo de puntuación para una sola exposición y luego vamos incrementando? Por ejemplo, ¿ponemos un punto para la primera exposición y luego añadimos, digamos, 0'5 por cada exposición de más…? Con cuatro exposiciones tendríamos el máximo, los dos puntos y medio del apartado "Exposiciones"…

El becario asiente, grave.

-Esto es mucho más complicado de lo que me esperaba, profesor.

Tom le sonríe.

-No pasa nada. Lo único que tenemos que hacer es ponernos de acuerdo ahora. Preparar una tabla sencilla pero completa que contemple estos aspectos y alguno más que se nos ocurra. Y luego, ceñirnos a la tabla. Créame, sin ese ancla nos volveríamos locos… Y eso que, a veces, uno lleva hechas siete u ocho valoraciones y de repente se da cuenta de que hay algo que no ha tenido en cuenta. Y hay que rehacer la tabla y revisar todo lo que pensaba que ya había terminado… Pero bueno, lo haremos. Saldrá bien. Por ejemplo, ¿qué tal si…?

No quiero aburriros. La siguiente hora la pasan tomando notas y tratando de acordar puntuaciones para cada aspecto que se les ocurre. Se trata de cuadrar las cosas hasta crear una tabla de referencia. Y luego hacer una copia para el becario.

Para cuando lo consiguen, son las cuatro y media de la tarde.

-Muy bien. Nos queda media hora hasta las cinco. Intentemos acabar antes de las cinco menos cinco, para bajar a tiempo de marcharnos con el Lou de día y que pueda cerrar el Lou de noche. ¿Qué tal si cogemos una carpeta cada uno y empezamos…?

El becario rebufa.

-Lo que usted diga.

-Ande, ponga el proyector de diapositivas en el suelo. Al menos tendrá una mesa para apoyarse…

-Sí. Buena idea. Voy.

Conque Tom coge la carpeta de más arriba del montón y se sienta en el escritorio con un lápiz y su copia de la tabla de referencia. Abre la carpeta, saca la hoja de solicitud y ve que lleva algo, un añadido detrás cogido con un clip. Lee el nombre en un susurro.

-Lucía Martínez…

Tom mira por detrás de la solicitud. Es una foto. Una foto de la mujer que vio el viernes en Secretaría, entregando *in extremis*, acompañada por aquel hombre con la mano vendada.

La mujer de los ojos oscuros.

11.

-¿Qué ocurre?

-Esta mujer… Estaba en Secretaría el viernes pasado a última hora, cuando bajé a preguntarle a la señorita Ogilvy cuántas solicitudes se habían recibido.

Al becario le pica la curiosidad.

-A ver…

La foto que sostiene Tom muestra a una mujer joven, veintitantos largos. Más o menos de su edad. Y sí, tiene unos ojos grandes de iris oscuros; una mata de pelo castaño oscuro, ni muy corto ni muy largo, pero que da la sensación de no dejarse peinar con facilidad; y una bonita sonrisa, amplia y limpia. Está posando delante de un cuadro, con una paleta y un pincel en sus manos, vestida con bata de faena (salpicada de pequeñas manchas de color) sobre una blusa verde sombra.

-Un plano medio –dice Tom en voz baja. -Un buen encuadre.

-La foto no la ha hecho ella –apunta el becario.

-Ya. Quizá la ha elegido o la ha cortado…

Rawlings se encoge de hombros.

-Puede ser. ¿Importa?

Tom hace un gesto vago con la cabeza, quizá negando.

-No se ve el cuadro.

-Toma, claro: lo está tapando casi por completo. Ésta es su foto, profe. La de ella.

-Sí, su foto. Lo sé.

Se quedan mirando la foto callados durante medio minuto.

-¿No la conocerá usted…?

-¿Mmm? No, no. No la había visto antes del viernes.

-Que usted sepa.

Tom se gira a mirarlo. Y luego vuelve su atención a la foto, y después al resto del papeleo en la carpeta.

-¿Qué más hay por aquí…?

El becario coge de encima del escritorio la hoja de la solicitud.

-Lucía Martínez… De Recogida.

-Vecina de Stain Harbour –replica Tom automáticamente. Está hurgando en los papeles de la carpeta. Vuelve la cara hacia el becario. –Estoy buscando sus títulos. Ya sabe, por la lista.

-Ah, la lista.

-Sí. La lista. El ancla. –Se para un momento y hace un gesto de impaciencia. -¿Dónde tengo la cabeza…?

Tom coge su lápiz y el de más arriba de un montoncito de cuadernos en blanco que tiene sobre el escritorio. Abre el cuaderno y,

en la primera página, escribe: “Solicitudes para el puesto de maestro de taller de pintura del Liceo Longbridge. Abril de 1957.” Después, pasa de hoja dejando la página de detrás en blanco y en la siguiente impar, arriba, escribe un número 1, lo rodea y anota a su lado: “Lucía Martínez”.

Se detiene un momento. Está luchando con las ganas de apuntar: “La mujer de ojos oscuros que vi en Secretaría”. Masculla algo, lo deja correr y suelta el lápiz encima de la mesa. Mira en la carpeta de nuevo.

-A ver qué tenemos por aquí… Ah. Ah. ¿Ve, Rawlings?

Tom escribe en su cuaderno: “TITULACIONES”. Se gira hacia el becario con media sonrisa de triunfo…

-Sigo la lista. Uno, dos, tres… Tres años en el Taller de Arte Stern.

-¿Dónde está eso?

-Windborough, pone aquí. Tenemos estos papeles… No son exactamente títulos. ¿Ve? En cada uno pone que la señorita Martínez asistió a clases durante tal o cual año. Del cincuenta y dos al cincuenta y tres, del cincuenta tres al cincuenta y cuatro, del… Esto es raro, del cincuenta y cinco al cincuenta y seis.

-Se salta un año.

Tom asiente.

-La vida. Y luego, en todos: “…Aprovechando las clases y mostrando grandes progresos en su habilidad como pintora.”

El joven ayudante del profesor consulta la lista de referencia.

-Habíamos adjudicado un punto para el título universitario de Bellas Artes y cero coma tres para otras titulaciones… Supongo que podemos ponerle un 0’9.

-No es que podamos, debemos –le corrige Tom, mientras apunta la calificación en su cuaderno. Y escribe debajo: “EXPOSICIONES”. –Hay una nota aquí: dice que nunca ha expuesto antes, pero que desea hacerlo pronto con los cuadros que ya tiene. Y que está preparando otros...

-En ese sobre grande pone “CUADROS”.

Tom abre el sobre grande y saca un buen puñado de fotos. Las mira una por una y se las va pasando a Rawlings.

-Es figurativa. Como a usted le gusta.

-Mmm.

-¿Y eso que había debajo, dentro de la carpeta…? Porque se parece mucho a esta primera foto.

Tom se fija entonces en el siguiente paquete de hojas. Son hojas de papel acuarela, se ven algo baqueteadas y amarillentas y van cogidas con una goma elástica grande y más bien floja. Tom quita la goma y hojea el paquete…

-Estudios. Son estudios de composición y color para estos cuadros.

-No están mal… Todos estos cambios. En tonos tierra y gris y sepia en ésta… En distintos azules y verdes… Ah, vaya. En marrones y violetas…

Tom se encoge de hombros.

-Es parte del trabajo. Saber cuál queda mejor. En realidad, es un "Cuál me gusta más".

-Ya veo. Oh. Caramba, caramba. Vaya, vaya, vaya…

-Ya. Ya la he visto.

En la última foto, Lucy posa delante de un enorme cuadro abstracto.

-Parece que se está pensando si se pasa al enemigo –dice Rawlings con una sonrisa.

Hay una pequeña flecha en lápiz en la parte de abajo a la derecha, en el marco en blanco que rodea la foto. Tom le da la vuelta. "Encargo para los Case de Lydia's Heights. Marzo de 1957."

-Y ha sido hace muy poco –remata el becario.

-Ha vendido un cuadro –dice Tom. –Ese es el oficio. Pintar para ganarse la vida.

Rawlings le mira, pícaro.

-¿Se me está ablandando, profe?

-Me limito a ser lo más objetivo posible… Las cinco menos cuarto. Tenemos que ir acabando aquí. Ah, maldición. Se nos ha pasado ponerle la calificación en "Exposiciones"… Tiene cuadros pero aún la está preparando. No me parece bien ponerle más de cero con veinticinco, por la nota. En "Obras"… Allí sí: hay fotos y estudios. Y me gusta lo que veo. Le voy a poner un dos de los 2'5 posibles.

-¿Qué más queda en la carpeta? Será para eso de "Otros méritos"…

Tom coge una carta manuscrita.

-Julius y Mabel Stern. Con ese nombre, deben de ser los dueños del Taller de Arte de Windborough. "…Su buena disposición…", "…Mano para las pinceladas más finas…", "… Prometedora…"

El becario se rasca la cabeza.

-En fin. Pues sí, una carta de recomendación. La ponen bien y ya está. ¿Y ese sobre de ahí?

-Será otra recomendación.

Tom coge el sobre, le da la vuelta y lee lo que pone allí. Se queda sin respiración.

Mira a su ayudante. Lucha por encontrar algo con que sacar la voz.

-Es de Fuentes.

Rawlings se queda pálido y da un paso hacia atrás.

Tom le enseña el sobre.

-"Para su consideración, de parte de Emilio Fuentes". Es su letra. Estoy seguro.

-¿Cómo es posible…?

-No lo sé. No entiendo nada. –Tom abre el sobre y saca una hoja de papel de carta. –"Mi muy querido amigo…"

El becario abre los ojos como platos y se tapa la boca con las dos manos.

A Tom se le quiebra la voz, pero sigue como puede…

-"…le presento a Lucía Martínez, una estupenda pintora. La conocí hace ya muchos años por causa de su tío, que es mi sastre. Cuando pasaba por la sastrería, solía enseñarme los dibujos de Lucía. La he visto crecer como artista. Yo mismo, ocasionalmente, la aconsejaba y la animaba. Le recomendé a su tío que la enviase al taller de mis buenos amigos, los Stern, en Windborough. Hay personas que aprenden escuchando de quien sabe y viendo cómo se hace. Otras aprenden probando. Lucía es de éstas últimas: una autodidacta a ultranza. Todo lo que sabe, lo ha aprendido estudiando la obra de otros pintores e, ilusionada, echando horas y más horas sobre sus propios cuadernos de dibujo y sus lienzos. Se maneja bien con el lápiz, el carboncillo, la acuarela y el óleo. Por algún motivo, el pastel no le gusta demasiado y la impaciencia no le ha dejado progresar con esta técnica. Sé que, como tantos artistas, ha roto mucho; he intentado quedarme de lo suyo tanto cuanto he podido. Tengo una carpeta entera de dibujos que ella tenía la intención de tirar… Ahora son míos y créame, no pienso dárselos al Liceo. A cambio, me ha parecido oportuno avisar a Lucía de esta excelente oportunidad: la de la plaza de maestro de taller de pintura en nuestra algo rancia institución. Le llevé una hoja de solicitud y la animé a que recopilara todo el material que pudiera y lo mejor que pudiera para su portafolio de presentación. También le di esta carta. Con tanto universitario con título que anda suelto por ahí, me pareció que le vendría bien un poco de respaldo, aunque sólo fuera el mío. Si mi palabra pesa algo para usted, sepa que Lucía Martínez es no sólo una buena pintora para su edad, sino una buena persona; y, por lo que me dicen los Stern, podría abrir su propia academia… Conque imagino que también una buena maestra. Para cualquier consulta al respecto, quedo a su disposición. Dios le acompañe a usted y le guíe en este trance. Gracias por su consideración, Mario E. Fuentes, catedrático de Arte."

Se hace el silencio en el despacho. Tom siente que le fallan las fuerzas y, despacio, se hunde en su silloncito, delante del escritorio.

-Creo que podemos ponerle un dos y medio en méritos –deja

caer el becario.

Tom asiente y apunta la calificación en su cuaderno. Luego, sin decir más, lo cierra y se lo queda mirando.

De repente, mira el reloj.

-Madre mía, las cinco y diez. Rápido, vámonos. Lou ya estará esperándonos, impaciente.

Dejan todo como estaba, de cualquier manera, con las carpetas mal amontonadas contra las estanterías. Salen, Tom cierra y luego bajan deprisa las escaleras. Lou, el guarda de noche, está colgando su abrigo en la percha, dentro de su puesto. El otro Lou…

-Hale, profes, que se quedan dentro –dice Lou, el bedel de día, sujetando la puerta de la calle.

-Lo siento, Lou. No volverá a pasar.

-Qué dice. No se preocupe usted…

-Hasta mañana –dicen Tom y Rawlings, apretando el paso.

-Hasta mañana –se despide el bedel, campechano.

Los dos profesores caminan juntos un par de manzanas.

-Una tarde, una carpeta. No es que vayamos tan mal –deja caer el becario.

-Mañana empezaremos a cogerle el ritmo.

-Por la cuenta que nos trae…

Se separan con un saludo rápido.

Tom no puede dejar de pensar en el final de la carta de Fuentes: “Dios le acompañe a usted y le guíe en este trance…”

-Por la cuenta que nos trae –repite Tom para sí.

12.

-Lo siento, Tom. Sophie no está. Ha ido a casa de Libby Tanner a contárselo…

-¿A contarle qué? –dice, Tom, confuso.

-Ah, pero ¿cómo? ¿No te lo ha dicho? Oh, igual quería que fuese una sorpresa. Igual hemos metido la pata…

-¿Decirme qué, señora Blaine?

Gertie está poniendo esa cara pícara de cuando se lo está pasando realmente bien. Y la verdad, el apuro de su madre tiene su gracia.

-Quizá debas pasar primero y sentarte, Tom. A fin de cuentas, si habíais quedado en que pasarías a recogerla, no puede tardar ya demasiado.

-Si usted lo dice… Ah, hola, señor Blaine.

-Tom –dice Bufford Blaine, a guisa de saludo. A estas alturas, quizá ya os habréis imaginado que es un hombre de pocas palabras. Está sentado en su sillón, leyendo el *Rehearsal*, bien envuelto en su bata de andar por casa y con los pies dentro de unas cómodas pantuflas gastadas. Si frunce el entrecejo es porque no le gusta lo que lee. Y, para estar seguro de ello, no deja día sin leer su periódico de cabo a rabo. "Por algo lo llaman diario", suele decir.

-Buenas tardes –dice Tom mientras se sienta. Nunca está seguro de cuando han acabado los saludos con el señor Blaine. Mr. Fido Primero, el perrillo salchicha de los Blaine, se acerca a olisquear a Tom.

Tom nunca ha oído ladrar a ese pobre perrillo. Nunca. Ni una vez.

-Bueno, bueno. ¿Qué tal por el trabajo, Tom? –dice Gertie, sin cambiar ni un ápice su mirada de travesura.

-¡Gertie! –la reprende la señora Blaine.

-Ay, Blanche, por amor de Dios. Deja que le chica le dé un poco de conversación a Tom.

-¿Tú también, Bufford?

-Bah –dice el marido. Y sigue leyendo. Tom calcula que debe de andar por la sección de deportes.

-Mamá, por favor. Déjame que le cuente a Tom lo primero que se me pase por la cabeza… -y se le escapa una de esas risitas de chiquilla.

-Gertie, ¡basta! –salta la pobre señora Blaine. Mr. Fido, leal, ladra para apoyarla. Un ladrido corto, agudo y seco.

"Mira", piensa Tom. "Otra novedad que ha traído el día".

-No sería nada descabellado, mamá…

-¡Gertie!

-No acabo de pillarlo, Gertie. ¿Lo que se te pase por la cabeza…? –dice Tom, despistado. Y a Gertie le sigue pudiendo la risa.

-Oh, entre tu padre y tú, tú y tu padre… -se sofoca la señora Blaine. -Y ¿dónde se ha metido tu hermana? El único sensato en esta casa es el perro.

Suena el timbre de la puerta y Mr. Fido ladra otra vez, excitado. ¡Gertie sale corriendo a abrir y el perrillo la sigue!

Tom se gira y se levanta… Sí, es Sophie.

-¡Hola, querido! ¿Ya te lo han contado?

-¿Contarme qué?

Sophie se queda pasmada.

-¿No te han dicho nada?

Tom se encoge de hombros, la viva imagen de la ignorancia.

Blanche Blaine gime, deseando que se acabe ya este Calvario. A Gertie le da la risa otra vez. Mr. Fido Primero se restriega contra los zapatos de Sophie…

-¡Tengo un trabajo!

"Guau". Ése es Tom pensando, por cierto. Mr. Fido ya ha dado de sí todo lo que tenía por dar.

-Es estupendo, Sophie.

Sophie finge cara de reproche.

-Bueno, profesor Shyrup, va a ser nuestra casa. Si hay que pagarla, yo también quiero contribuir…

"Vaya", piensa Tom. Esto también es nuevo.

-¿Te parece mal?

-No, no, qué va. Es genial. Caramba, un trabajo. ¿Y en qué vas a trabajar?

Sophie levanta la cara para ponerla a la altura de la de Tom, se lo acerca tirándole de la corbata y le da un beso corto. Tom, que ya está enseñado desde hace días, sabe dejarse llevar para no resentirse las cervicales.

-En una sombrerería.

-Va a confeccionar unos sombreros muy elegantes –se burla Gertie. "Oh oh" piensa Tom, "¿Eso es envidia?"

-Ñaña ñaña ñaña ña, hermanita. Ríete todo lo que quieras. No, querido. Voy a estar de dependienta. Según el señor Benson, el dueño, soy justo lo que estaban buscando. Con modales y ganas de vender.

-¿Cómo ha ocurrido esto? –dice Tom.

-¿Te parece mal?

-No, qué va. Me parece muy bien. Sólo es curiosidad.

-Bien, si quieres saberlo… Me acerqué a mirar el escaparate de la sombrerería y vi un anuncio. "Necesitamos dependienta". Y pensé,

"¿Por qué no?"

-La mejor pregunta que podría uno hacerse en esas circunstancias –se le escapa rezongando a Bufford Blaine.

Tom capta la pulla, pero tiene el sentido común de no mostrarlo. Luego, se le va por la boca lo que su cabeza ha ido hilando por lo discreto…

-Sombrerería Benson.

-En la 12 Sur. Cerca de la Segunda –dice cantarina Sophie.

-¿No es la de Carson Square?

-Qué va.

-Pues ni idea –dice Tom, en blanco.

-Oh, querido. Vas a pasar a buscarme taaaaaantas veces por allí.

Gertie se acerca a la señora Blaine y le da un abrazo.

-Perdona, mami. Te he hecho rabiar un buen rato. Es que te pones muy divertida cuando te indignas…

La pobre Blanche suelta un suspiro largo y lastimero.

-Deberías ser más amable con tu pobre madre, no diré más.

-Pues es una suerte. Ahora, con Millie vendiendo lámparas y Sophie adornando las cabezas de medio Stain Harbour, yo soy la hija que no hace nada… ¡La oveja negra de la familia! Mmm… ¿Sabes? Estoy pensando que yo también debería encontrar un empleo. Imagina: una gasolinera, eso estaría bien…

-¡Cielo santo! –se le escapa a Blanche. Bufford Blaine se limita a gruñir.

-¡Gertie! Deja en paz a mamá. Pobre mamá… -Dice Sophie y se acerca zalamera a Blanche.

-Vamos, mamá. Vería de cerca los coches caros… Bueno, también los baratos…

Mr. Fido nota el buen humor de Gertie y se le acerca, juguetón y con la lengua fuera. A unirse a la fiesta.

-O podrías batear para las ligas menores –se le ríe Sophie.

-¡Ja! Soy demasiado buena para las ligas menores. He nacido tarde, ¿sabes? Durante la guerra hubiera sido una estrella…

-Eso me hubiera gustado verlo –rezonga el señor Blaine tras la falsa protección de su tabloide. –La semana pasada te pedí que me tiraras las llaves y le diste a la puerta.

-Siempre puedo enrolarme en un barco mercante y ver mundo –dice Gertie.

-¡Escondeos, marineros!

-¡Oh, sois sencillamente imposibles! –estalla la pobre Blanche, marchándose de la habitación. Las jóvenes Blaine se limitan a reír.

Tom se acerca a Sophie.

-Entonces… ¿Te apetece todavía ir a dar un paseo?

-Claro. Me muero de ganas de contarte todo.

13.

-¡El Gato! ¡El Gato está aquí! –avisa un alumno excitado. Se oye un correr de sillas mientras casi toda la clase se apresura a sentarse en sus sitios.

Es martes por la mañana. Fuera, en el pasillo, Tom –que va detrás de Rawlings, su guía fiable, de camino al aula que le toca en la segunda sesión- ve acercarse al viejo Ellis Dunham con paso lento y pesado.

-Señor Dunham, es un honor. Me alegro de volver a verlo –dice, extendiendo su mano en saludo.

El viejo erudito se detiene y se la estrecha mientras afila los ojos detrás de las gafitas minúsculas. Como si intentara reconocer a quien diablos sea que le esté saludando.

-Humph, espere, espere, no me lo diga… ¿Sanders?

-Shyrup.

Dunham asiente, manteniendo el apretón de manos un poco más.

-Shyrup. Sí, me acuerdo de usted, me acuerdo de usted. Era el hombre de confianza de Fuentes, ¿me equivoco?

-No, señor. ¿Qué tal se encuentra?

Dunham suelta su mano sin prestarle atención.

-Agh. Humph. Viejo, pero aún me tengo en pie, hah…

-Nos dijo McRae que estaría usted unas semanas con nosotros.

Dunham se le acerca y le habla en susurros poco disimulados.

-Vinieron a verme a casa con el cuento de que no tenían a nadie… Por el cañón que cebaba mi abuelo en la guerra, ¿se lo puede creer? Dando coba, empingorotados y muy zalameros. Con McRae, ese pelota. Humph. Mi mujer, con los ojos como platos y brillando, sacándoles café y té y galletas… En fin. Y, si no llega a ser por ella, que se dio cuenta al día siguiente de que no me había tomado las pastillas para el corazón y al otro pasándolas con un sorbo de brandy… Oh, me estuvo atormentando hasta que dije que sí. "Así saldrás de casa y andarás un poco y te dará el sol" me soltó, y con eso zanjó el asunto. Humph. Agh.

-Vaya.

-¿No estará usted casado?

-¿Yo? No, de momento no, pero llevo intención…

-Créame que lo siento. –Mira a un lado, a otro, comprueba el número del aula que tiene delante y le vuelve a dar la mano a Tom. -Muchacho, si me disculpa, mejor entro a cantarles la lección. O me van a poner falta.

-Sí, perdone. A nosotros también. Encantado de tenerle por

aquí.

Y asintiendo con otro "Humph" a modo de despedida, Dunham se gira y entra en el aula. "Buenos días. Abran ese libro por la última página que han leído, a ver si dice algo interesante…"

La mañana pasa a su ritmo. Si en algún momento a Tom o al becario se les hace lenta, es pensar en las ciento once carpetas que aún quedan por revisar en el exiguo despacho de la cuarta planta y rápidamente hacen lo posible por prestar más atención a lo que sea que estuviesen discutiendo con la clase…

Rawlings no lo nota al principio. Entre lecturas y diapositivas y preguntas y debates y apuntes en el cuaderno de notas, se le escapa.

Pero luego, esperando la comida en Barney's, acaba por darse cuenta.

Tom se evade. Que se le va el santo al cielo, vaya.

Muy discretamente, apenas unos instantes cada vez. Pero algo le ronda la cabeza y se despista…

"Para todo tenemos", piensa el becario. Y prefiere callar. La piel alrededor de su ojo amoratado empieza a cambiar de color, girando a verdosa y amarillenta.

Mientras están dando cuenta del postre del día, Mannings y Stansfield, que debían de estar unas mesas más allá, los saludan desde lejos.

-Profe –dice Rawlings, señalándoles.

-Ah –se da cuenta Tom y saluda a su vez. Cuando se gira hacia el becario, sigue teniendo su sonrisa fresca e inteligente. El mismo Tom de siempre. Y se acaba su enorme porción de tarta con la misma alegría del día anterior…

De vuelta al despacho toma las riendas del problema con decisión.

-Vale, vamos a hacer esto bien. Lo he estado pensando y, lo primero: ¿dónde está la lista de valores por puntuar? Ah, sí…

Y abre el cartapacio de Lucía Martínez. Que está apoyado sobre el lado de la estantería, separado de los demás…

-Aquí está. Y además… -saca un viejo reloj despertador que se ha traído de casa.- Esto ayudará… ¿Qué más, qué más...? Cada uno coge tres carpetas. Al contenido de cada carpeta le dedicaremos un máximo de diez minutos, incluyendo revisar, valorar y anotar la puntuación. Tenga, un cuaderno en blanco. A la media hora, puesta en común rápida. ¿De acuerdo?

-De acuerdo.

-Una última cosa –dice Tom y abre el ventanal. La luz de la tarde y un aire de temperatura muy agradable llenan el despacho.

-Así da gusto –aprueba el becario.

-Pues vamos allá.

Se ponen manos a la obra. Su atención se pierde en la tarea…

-Media hora ya. ¿Cómo va?

-Todavía no, necesitaré… Deme cinco minutos.

-Yo estoy igual –musita Tom.

Los cinco minutos se convierten en diez.

-¿Puesta en común?

-¿Quién empieza?

Juntan los asientos delante del escritorio; Tom abre una de las carpetas que tiene allí y le enseña el cuaderno a su ayudante…

Se afanan en ser claros y directos. Apenas discuten, lo justo para acordar lo que ya se había dicho. Pero se les van otros veinticinco minutos.

-Las cuatro y cuarto –dice Tom.

-No nos da tiempo a hacer otras tres…

Y el rostro de Tom se endurece, siquiera un poco. Lo había estado sopesando y ha tomado una decisión…

-Sólo una más cada uno y las ponemos en común.

-Pero…

-Confíe en mí.

Rawlings no dice nada más. Toma otra carpeta, la siguiente del montón que tiene más cerca, y se pone a trabajar. Tom hace lo mismo.

Doce, trece minutos.

-¿Está ya? –dice Tom.

-Casi.

-De acuerdo. No hay prisa –remata. El joven lo mira un instante y se esfuerza por volver a meterse en la revisión de la carpeta que tiene abierta sobre las piernas.

Las cuatro y media pasadas.

-Vale, vamos a repasar –dice el becario.

Se nota que están cansados. Se trabucan, es necesario decir las cosas más de una vez, o revisar de dónde ha salido tal o cual puntuación. Otros diez minutos largos…

-Van a dar las cinco menos diez. Vale por hoy –dice Tom.

-Sólo hemos hecho ocho carpetas…

-Ya son ocho más que ayer. Hágame un favor, Rawlings: ponga estas carpetas, las que ya hemos revisado, de pie y planas detrás de la puerta. Que no se caigan al abrirla.

-Lo que usted diga, profe.

Pero, cuando el becario va a coger la de Lucía Martínez, Tom lo detiene.

-Ésa no.

Una vez más, Rawlings calla.

-Hale, hora de marchar.

Tom cierra y bajan la escalera.

-¡Hey! Hoy acaban pronto -dice Lou, el bedel de día.

-Yo me quedaré un rato más. ¿Ha llegado ya Lou?

-Eh, espere un momento, profesor… –quiere protestar el becario. Pero Tom se pone firme.

-Hasta mañana, amigo mío.

Frustrado, Rawlings abre los brazos mientras se vuelve hacia la salida y luego los deja caer.

-Hasta mañana.

Y se marcha cabizbajo.

-Lou debe de estar a punto de llegar.

-Bien. Si no le importa, le esperaré. ¿Qué ha pasado con el partido?

Una enorme sonrisa cruza la cara de Lou, el bedel de día.

-Victoria para los Gunners, señor.

-Como debe ser.

-Como debe ser.

En unos minutos llega Lou, el guarda de noche.

-Hola, Lou. Voy a quedarme un rato trabajando, si no le importa…

-No, señor. Como usted quiera. ¿Tiene llave?

Tom se rasca la nuca.

-La verdad es que no. Tendré que molestarle un momento cuando me toque la hora de irme…

-Hasta mañana –se despide Lou el bedel de día.

-No se preocupe. Usted baje y ya está. Si no estoy aquí, estaré haciendo la ronda y en unos minutos, le abriré y arreglado.

-Muchas gracias, Lou –dice Tom.

-No se merecen, señor. Da gusto estar acompañado para variar –le replica, amistoso, el guarda.

Y Tom sube y abre el despacho. Le tienta el cartapacio solitario, pero intenta no pensar en él. En su lugar, se centra en otra carpeta, una nueva. La abre y abre también su cuaderno de notas. Página nueva, número, nombre, "TÍTULOS"…

Tom está cansado. Todo le sale más despacio. Pero ¿qué prisa hay? Sophie sale de la sombrerería a las ocho y veinte.

Cuando termina esa carpeta, abre otra nueva. Y otra vez a revisar, siguiendo el procedimiento…

No ha acabado de mirar las fotos y los apuntes a mano de los cuadros cuando el peso del trabajo del día le gana y se queda mirando al exterior del ventanal.

Es una bonita tarde de abril. Aún queda un buen rato de luz en el cielo sobre Fairsay. Tom oye los ruidos -más cercanos o más lejanos- de la ciudad ahí afuera. Pero no le molestan…

Es un momento de paz. Una pausa en mitad del trabajo, de un trabajo tranquilo.

Tom respira despacio y profundamente, casi sin darse cuenta. Y así se le van diez minutos más, en silencio, con la vista perdida en la calle.

Luego, la carpeta se le mueve, inestable en sus manos y sobre sus piernas. Y vuelve a revisar y apuntar notas hasta que termina con ella.

Se levanta y deja los dos cartapacios que ha hecho a solas junto con los otros, los que hay apoyados tras la puerta abierta. Se le han hecho las seis…

Después, cierra una de las hojas del ventanal. Es un intento no muy consciente de intentar centrarse en la tarea.

Mira la carpeta de Lucía Martínez.

La abre. Lee la carta de Fuentes. Y la relee una segunda vez.

-Qué tranquilo está todo, ¿verdad? –dice Lou el guarda de noche desde la puerta abierta del despacho. Tom se sobresalta, sentado en su sillón tras el pequeño escritorio. Tiene la carta de Fuentes en las manos.

-Sí. Muy tranquilo.

-Le dejo trabajar.

-Gracias, Lou.

"¿Qué estoy haciendo?"

Mete la carta de Fuentes en su sobre y el sobre en el cartapacio.

El cartapacio que deja a un lado del escritorio. A mano.

Tom se fuerza a abrir una carpeta nueva y una nueva página en su cuaderno. Lee la solicitud. Metódico, busca los títulos y las fotos y las notas manuscritas y dibujadas… Piensa, calcula. Repasa, maldice entre dientes, borra en el cuaderno y anota la cantidad correcta.

Piensa en volver a sacar y leer la carta de Fuentes.

"Basta. ¿No ves toda la faena que te queda por hacer?"

Se levanta y deja el cartapacio de Lucía Martínez detrás de la puerta. Con los demás.

El primero, pegado a la estantería.

Y vuelve a la carpeta que lleva a medias.

Antes de dar la entrada por terminada, repasa otra vez todos los cálculos. Mira el reloj despertador. Son las seis y media largas. Cierra el cartapacio y lo deja encima del escritorio.

-Mañana por la mañana, si tengo un rato, le doy un repaso. Hoy ya no me da la cabeza para más… -vocaliza para sí.

Cierra la segunda hoja del ventanal y echa las cortinas. Se vuelve y el despacho es un caos que no puede recoger…

Conque sale al pasillo y cierra. Bajando las escaleras, le va llegando cada vez más claro el sonido de la radio que Lou tiene

encendida.

"Mejor".

Tom se desvía en la primera planta para ir al aseo de profesores.

"Con suerte, acabo aquí y llego abajo antes de que empiece la siguiente ronda."

Se lava las manos, se las seca y sale.

-"…Porque es la crema de cacahuete ideal…"

-Hora de irme, Lou.

El guarda le abre y se despiden.

Tom da un largo paseo, haciendo tiempo y tratando de despejar las ideas. Se para a tomarse un sándwich y una soda en un bar de la calle 15.

Para cuando Tom se acerca, la luz de la sombrerería se apaga. Sophie sale a la calle seguida de un hombre mayor. Tom se acuerda de Dunham. "Con la edad…"

-Hasta mañana, Sophie.

-Hasta mañana, señor Benson… Ah, hola, querido.

-Hola.

Sophie le apoya una mano en el hombro y con la otra trata de colocarse bien el zapato izquierdo.

-¿Qué tal tu día? –le pregunta, distraída.

-Bien –dice Tom. -¿Y el tuyo?

-Estoy muy cansada. ¿Me acompañas a casa?

-Claro.

No han dado diez pasos y Sophie le mira y le dice:

-¿Sabes? Si te dan la cátedra, no me importaría dejar el trabajo. Pero mientras, pienso venderle un sombrero a cualquier tipo que entre por esa puerta, allá atrás.

Y, después de pensárselo mejor:

-Por lo menos, a los guapos.

14.

Los días pasan. Clases por la mañana, revisión por las tardes, ir a buscar a Sophie a la sombrerería y acompañarla a casa. Tom es un hombre de rutinas.

El señor Aguirre, que viene a limpiar a primera hora –antes de las clases-, al tercer día mueve un poco las carpetas para poder pasar la escoba. Al rato, Tom llega al despacho y se lleva un buen susto. Por suerte, no las ha revuelto.

Al día siguiente, Tom procura llegar temprano para charlar con él. Le ruega que durante unos días no toque nada…

-Sólo será un par de semanas, Marcial.

Y el limpiador suspira.

-Muy bien, profesor. Si acaso, ya les pasaré el trapo del polvo…

-Pero que no se caigan.

Y Aguirre vuelve a suspirar.

-Se lo pasaré con mucho cuidado.

-Gracias, Marcial.

-Aunque esos montones de carpetas están puestos un poco de cualquier manera. ¿Quiere que se los cuadre, para que se sostengan mejor…?

-¡No, no, no, por favor…!

-De acuerdo, de acuerdo. Sólo lo decía por ayudar…

Tom revisa de vez en cuando la carpeta de Lucía Martínez. Rawlings, el becario, no le ha visto hacerlo; pero se ha dado cuenta de que no está precisamente alineada con el resto del montón. La recoloca de vez en cuando, sólo para encontrarla fuera de sitio la tarde siguiente… No mucho; lo justo para darle una pista de lo que hace Tom.

El muchacho está preocupado, pero de momento calla. Le cuesta mucho.

Cae la tarde del viernes de esa primera semana de revisiones. Sophie sale de la sombrerería con cierto brillo relampagueante en los ojos.

-Ha venido ese amigo tuyo. El de los modales finos.

-Ah. Drake. ¿Te ha dicho qué quería?

-¿Qué va a querer? Pasaba por la calle, ha visto unos sombreros nuevos y ha entrado a preguntar…

-Ya.

-No se decidía, así que he estado dándole conversación. Ya sabes, a ver si al final se llevaba alguno… Es un encanto. Tendríamos que salir un día a cenar con él y su mujer.

-No está casado, que yo sepa. Y no sé si sale con alguien.

-¿No lo sabes?

Tom se remueve, incómodo.

-No voy por ahí preguntando esas cosas.

-Qué antipático eres.

-¿Yo? No.

Sophie resopla, impaciente.

-Ya. Casi me compra uno de los que se ha probado. Ha dicho que quizá vuelva otro día. –Y sonríe. –Lo hará, ya verás. Creo que lo tenía convencido, pero… Ya me ha pasado un par de veces. Algunas personas son así. Toman la decisión y de repente les entra la duda. Pero vuelven.

El lunes de la segunda semana, Tom vuelve a abrir la carpeta de Lucía Martínez cuando se queda solo. La idea de hablar con ella se vuelve cada día más urgente.

Llegado el martes, Rawlings decide sacar el tema.

-Profesor, ¿cuántas veces ha leído la carta de Fuentes?

-¿Mmm?

-La carta de Fuentes.

La vista de Tom se pierde en el vacío.

-No lo sé.

Hay un silencio.

-¿Y cuántas veces se ha quedado mirando la foto de Lucía Martínez? Entiéndame, salta a la vista que es una mujer atractiva, pero…

Tom parece pensárselo unos instantes. Después niega con la cabeza.

-Vamos, amigo mío; una carpeta más cada uno y las ponemos en común antes de las cinco…

El becario refunfuña por lo bajo, pero obedece.

Tom lo mira. Apenas queda un leve rastro de amarillo verdoso alrededor del ojo del ojo del joven.

Pronto llegan las cinco.

-Hasta mañana, Rawlings.

-Hasta mañana, profe. Lou. –Y apenas cinco segundos después, puertas afuera: -¡Ah, adiós, Lou!

Y el guarda de noche levanta la mano, siempre con sus gestos suaves y una sonrisa bajo su bigote blanco.

Tom se ha acostumbrado a contar las horas según las rondas de Lou.

Algunos días dan de sí más que otros.

El jueves por la mañana, a Tom le parece oír una discusión al pasar por delante de Secretaría.

-Señorita Ogilvy, ¿qué ocurre?

La administrativa le hace un gesto para que se acerque más al mostrador, se inclina hacia él y le dice bajito, con voz de urgencia:

-Se ha dormido en el aula…

Tom se queda perplejo.

La puerta de McRae se abre y por ella sale la rotunda humanidad de Dunham, su rostro congestionado.

-¿Profesor…?

-Estaba escuchando a aquel muchacho y cerré los ojos un momento para escucharle mejor. Al momento, esas risitas…

Y de repente, Tom ve la situación entera.

-¿Está usted bien…?

Dunham hace un movimiento de cabeza hacia la puerta del despacho de McRae.

-Humph. Se lo he explicado. ¿Y qué hace él? Ha llamado a casa. Y se lo ha contado a mi mujer…

-Déjeme traerle un vaso de agua –dice la señorita Ogilvy, preocupada.

-No se preocupe, Prudence. Ya lo acompaño yo a la sala de profesores… -dice Tom.

-Como usted vea mejor...

Esa misma tarde, Tom revisa la carpeta número cien antes de dar por acabado el trabajo.

-Es la hora –vocaliza en alto.

Y entonces se da cuenta de que no habla sólo de salir. Saca la solicitud de Lucía Martínez de su carpeta y copia su nombre y dirección en una hoja en blanco que arranca del cuaderno de revisiones. Se queda unos minutos contemplándola, leyéndola una y otra vez hasta que prácticamente se la aprende de memoria. Luego la dobla un par de veces y se la guarda en la cartera.

Son la siete. No hay tiempo. Quizá en otra ocasión…

Un rato más tarde, Tom va a recoger a Sophie.

-Hola, tesoro –dice él.

-Hola.

-¿Qué tal ha ido…?

-Mira, no estoy de humor.

-Como quieras.

Van callados hasta el hogar de los Blaine. Al despedirse, ella lo besa y le dice:

-Perdona.

-¿Un mal día con Benson…?

Sophie desvía la mirada y se encoge de hombros. Lo besa otra vez y se mete en casa.

Al final de la mañana del viernes, camino del despacho de McRae, Tom ve pasar a Drake con un sombrero nuevo. Lo levanta a

modo de saludo simpático para despedirse de Lou el bedel de día antes de salir del edificio a la libertad de un nuevo y flamante fin de semana. Tom lo mira alejarse a través de la cristalera de la puerta.

-¿Le puedo ayudar, profesor Shyrup?

-¿Mmm? No, no. Gracias, Lou. Tengo que… -y se gira y señala hacia la Secretaría y el despacho de Dirección.

-Como usted diga –dice Lou. Se fija en lo mal que suena la radio y juega un poco con la antena y la rueda del dial, a ver si la sintoniza mejor…

La puerta del despacho de Dirección está abierta. Desde fuera, Tom oye a McRae hablando por teléfono. Decide esperar un poco hasta oírle colgar.

Se acerca al umbral del despacho y da un par de golpes en la puerta.

-¿Se puede?

-Shyrup. Adelante, adelante… ¿Cómo va ese asunto del maestro para el taller de pintura…?

-De eso le quería hablar…

-…Imagino que Payne y Parnell están en lo más alto de su lista, ¿no es así?

Tom no se esperaba eso.

-¿Quién?

-Payne y Parnell. Ya sabe.

Tom está en blanco.

-No he podido revisar aún todas las solicitudes, señor McRae.

El semblante del director pierde calidez.

-Han pasado ya dos semanas.

-Sí, señor. Pero verá, no eran dieciocho las solicitudes, sino ciento doce. Y eso lleva tiempo. Incluso con la ayuda del señor Rawlings…

-Ah, ¿le ayuda su adjunto?

-Sí. Se ofreció y no hubo forma de convencerle de lo contrario. Un gran sentido del deber…

-¿Y ni aún así han terminado?

-Me he estado quedando todas las tardes. No ya las dos horas de más que hablamos hasta las cinco, sino hasta alrededor de las seis y media o las siete. Ayer, antes de salir, llegué a la que hace el número cien…

McRae niega con la cabeza.

-Sabe que no podemos pagarle más de dos horas cada tarde. Es lo que me permitía ofrecerle la Junta. Supongo que lo entendió cuando lo hablamos…

"Sí, tras el entierro de Fuentes. Me acuerdo a la perfección. Todo fueron vaguedades."

-No pretendo cobrar más.

-…Y la verdad, me sorprende usted, Shyrup. La Junta piensa reunirse el viernes próximo. Esto no es lo que esperaba. A estas alturas…

-Lleva tiempo, señor. Estamos haciéndolo lo mejor posible.

McRae se levanta de su sillón y se pone a pasear con cara de disgusto por la habitación. Alrededor de Tom.

-Ya, ya. Quizá sea culpa mía. Al hablar de cuán bien los consideramos a usted y su trabajo, quizá le he estado obligando a ser más minucioso de lo necesario…

Tom se quiere morder la lengua, pero no le sale.

-Sólo intento ser lo más objetivo posible, señor. Eso es todo.

McRae lo mira, calculador.

-¿Y aún no ha visto a Payne ni a Parnell?

-Empezamos por el final, señor. Por la parte de arriba del montón de solicitudes. Era lo más natural.

-Ya veo.

"¿Quiénes son Payne y Parnell?", piensa Tom. Le resulta molesto. E inquietante…

-¿Y se ha estado quedando hasta las seis y media, dice?

-O las siete, sí. Puede preguntarles a los Lous.

-No al cartero.

Tom se sujeta como puede.

-No, señor.

-Sólo queremos un informe con los candidatos más prometedores. Y no es que no se lo esté poniendo fácil, Shyrup, ¿no cree? ¿Lo tendrá listo para el viernes que viene a primera hora?

Tom está agotado. Las últimas semanas han sido difíciles de muchas formas: la pérdida de Fuentes, los cambios de humor de Sophie, la sobrecarga de horas de trabajo. Y… Ah, sí. "No soy capaz de entender por qué me pone tan nervioso cruzarme con Dimas Drake. O que alguien mencione su nombre, ya puestos."

-El viernes a primera hora. Sí, señor. Tiene mi palabra.

McRae parece alegrarse con eso.

-Cuento con usted. No me fallará, ¿verdad?

-No, señor. ¿Es todo?

-Buen fin de semana, Shyrup.

-Gracias, señor.

Tom y el becario se sientan a la mesa que tienen reservada en Barney's. Tom está que echa chispas, pero el joven no ha conseguido sacarle mucho de la conversación que ha tenido lugar en Dirección. En fin, habrá que echarle un vistazo al menú…

-Creo que hoy voy a pedir el filete de cerdo a la parrilla con judías y ensalada.

-Sólo nos quedan doce carpetas.

El becario lo mira, algo perdido.

-Ya. En un par de días lo sacaremos adelante, profe. No se preocupe.

-Pienso acabarlas hoy.

"Vaya. Pues sí que han debido de ir mal las cosas ahí adentro…", piensa Rawlings.

-¿Todas?

-De una forma u otra.

-Pues en ese caso, me quedo con usted hasta el final.

Tom lo mira.

-Y es definitivo. –dice el becario. –Y lo del filete de cerdo también, ya puestos…

Una pequeña pausa, llena con el alegre guirigay cotidiano del Barney's a la hora de comer.

-No sabrás quiénes son Payne y Parnell, ¿verdad? –dice Tom.

-Ni idea. ¿Escriben canciones para Bing Crosby?

Tom sonríe. Una sonrisa feroz.

-Creo que lo sabremos en un rato, nos guste o no.

15.

Algo de esa ferocidad les acompaña durante toda la comida: un cierto ímpetu con el que atacan entrante y plato principal. Sopa de tomate y Pollo estilo Rey para Tom; el becario mantiene su filete a la parrilla, sí, pero en el último momento decide cambiar la ensalada por unas zanahorias hervidas en mantequilla. Para postre, eligen el especial del día. Cómo resistirse: un rotundo Eggcream para cada uno. Está delicioso.

Tom paga y salen de vuelta hacia el edificio del Liceo.

-Un banquete, profe. Me siento lleno.

-Ahíto es la palabra.

-Puestos a coleccionarlas, imagino que sí.

-Vamos a acabar con esas doce carpetas.

-Usted manda.

Entran en el edificio. Tom le sostiene la puerta al becario para que pase. No se ve a Lou el bedel de día por ninguna parte.

-Lou no ha regresado aún de su hora de comer –dice Rawlings.

-Ah. Por cierto… -Tom se acuerda de algo. -¿Señorita Ogilvy? Señorita Ogilvy, ¿sigue usted allí?

En media docena de zancadas se planta delante del largo mostrador de madera de Secretaría. Su ayudante aprieta el paso para no quedarse atrás.

-¿Ocurre algo malo? –dice la buena mujer, sobresaltada.

Tom se apoya cruzado de brazos en el mostrador y trata de componer una sonrisa más amable. No acaba de salirle.

-Prudence. Hola.

-Hola, señor Shyrup. ¿Va todo bien?

-Todo como de costumbre.

La señorita Ogilvy parece perpleja. Mira a Rawlings, que se ha quedado un paso o dos por detrás. Como si aquello no acabara de ir con él…

-Dígame, Prudence.

-¿Sí?

-Fue usted la que recogió todas las solicitudes para eso del puesto de maestro del taller de pintura, ¿cierto?

La señorita Ogilvy frunce levemente el ceño.

-¿Sí…?

-¿No está segura…?

La administrativa, desconcertada, asiente.

-No, no. Yo las recogí todas.

-Atendió personalmente a todos esos pintores.

-Claro.

-Los ciento doce.

-Sí, los ciento doce, sí.

Tom relaja un poco la sonrisa tensa.

-Entonces atendió también a Payne y Parnell.

-No. Las suyas me las trajo el chófer de la señora Blackwell.

Tom y el becario se miran.

-Me temo que nos hemos perdido.

-No entiendo… -dice la señorita Ogilvy.

-Lo siento. Lo siento un montón, la verdad –dice Tom. -Por favor, discúlpenos, Prudence. Es su hora de ir a comer y la estamos retrasando. A usted, que no ha hecho más que ayudar…

-Bueno, es lo que intento –dice ella.

-Es que el señor McRae me ha metido prisa esta mañana, ya sabe, con todo este asunto de las carpetas por revisar… Menuda pila de carpetas. Sabe, vamos a intentar apretar un poco esta tarde. Avanzar todo lo que podamos allá arriba, en el despacho. Nos quedan sólo doce…

-Sólo doce –dice el becario, levantando las dos manos y separando los diez dedos. Un desastre.

-…Pero nos faltan por mirar todavía las de Payne y Parnell. El señor McRae los ha mencionado esta mañana: "¿Qué le han parecido Payne y Parnell…?"

-No hemos llegado aún a Payne y Parnell –aporta el becario.

-No, no hemos llegado aún a Payne y Parnell. –dice Tom, más serio. –Por lo visto, nos vendría bien haberlo hecho. Prudence…

-¿Sí…? –dice la señorita Ogilvy.

-¿Podría decirme quiénes son Payne y Parnell?

-Por favor –musita Rawlings.

-Sí. Por favor.

"Porque llevo dos semanas trabajando un montón de horas en una revisión que, por lo visto, de repente cuenta con un par de favoritos", piensa Tom.

-Bueno… Son dos sobrinos de la señora Blackwell. Ya saben, de la Junta.

Se hace un silencio tremendo.

Tom no está en la Junta, pero sabe quién es Rhea Iphigenia Blackwell. Una dama de rostro adusto. Una persona con poder.

-Han pasado muchos años en París. Estudiando y pintando. Un poco de vida bohemia, supongo… -dice la señorita Ogilvy.

-Pero ahora han vuelto –intenta Tom.

-No sabría decirle.

-Pues interés está claro que muestran, profe.

-¿Mmm?

-Porque si no hemos visto sus carpetas es que fueron de los

primeros en traerlas. Habrá que apuntárselo en “Otros méritos”...

Y a Tom le viene de repente. Una idea como el principio de un dolor de cabeza de los malos, de esos que no se van ni a tiros. Señala al becario con su dedo índice favorito, moviéndolo arriba y abajo, como si eso pudiera servir para poder enganchar el hilo de la idea y verbalizarla lengua y boca afuera…

-Prudence…

-¿Sí?

Pero se lo guarda. ¿Para qué hacernos más daño?

-Muchas gracias, Prudence. Tenemos que subir al despacho.

-Lo siento si yo…

Se vuelve hacia ella, le coge la mano que apoya en el mostrador y le dice:

-No se preocupe. –Entonces, se le ocurre. Se acerca y le da un beso rápido en la mejilla. –Es usted un encanto. Gracias.

Tom sale de Secretaría con paso decidido. Detrás suyo y sin que importe demasiado, suenan los goznes de la gran puerta del edificio del Liceo.

-Buen fin de semana –añade Rawlings, amable. Y sigue como puede al profesor de Arte.

Lou el bedel de día tuerce la esquina de su puesto justo a tiempo de ver al becario perderse escaleras arriba. Luego se acerca al umbral de la puerta de Secretaría y ve a la señorita Ogilvy, apoyada en el mostrador.

-Vaya prisa llevan esos dos.

-No sabría decirte, Lou –responde ella, algo triste.

Tom se vuelve en el rellano de la escalinata entre el segundo y el tercer piso y le dice bajito, casi en confidencia, al becario:

-¿No te preguntas si las carpetas de esos dos caballeros están abajo del todo, haciendo de base del montón que nos queda por mirar?

-No apostaría a lo contrario ni mis calcetines malos.

-¡Hah!

Y, otra vez, al llegar al tercer piso:

-¿De dónde sale esta forma de hablar tuya?

-¿De qué forma de hablar me habla?

Una vez en el despacho, se ponen manos a la obra.

Dos semanas de procedimiento les han dado rapidez y precisión. Trabajan en silencio, centrados, siguiendo la lista de aspectos a valorar. El ancla, que dice Tom.

Las puntuaciones de los últimos dos días han sido altas. Y las de esta última tarde, también. Quizá las más altas.

Una carpeta tras otra.

Lou el bedel de día y su eterno cigarro pasan a despedirse hasta

el lunes. Y una hora más tarde, un amable y sereno Lou, guarda de noche, les saluda desde la puerta cuando hace la primera ronda. El montón de carpetas se ha ido deshaciendo a ojos vista…

Por fin llegan a las dos últimas. Las abren y… Sí. Son las de Payne y Parnell.

-No se apellidan Blackwell. Su apellido es Malloy… -dice por lo bajo el becario.

-Hermanos. Mire, Rawlings. Aquí lo menciona.

-Ah, pues sí.

Tom se sienta de vuelta en su silloncito y deja la carpeta sobre el escritorio. Y lo que lee le impresiona bastante.

-Madre mía, profe. Este tipo… Estos tipos…

-Lo sé.

Títulos de Bellas Artes. Exposiciones, por lo general junto a otras personas. Pequeños pasquines de esas exposiciones. Un buen puñado. Y unas pocas reseñas, breves, humildes. Pero allí están.

Fotos posando delante de los cuadros. Muchos dibujos, muchísimos, demasiados. Y fotos. Con los cuadros, con otros artistas… "Vida de bohemia", ha dicho la señorita Ogilvy.

Durante años…

-¿Esto son cartas de recomendación en francés?

Tom las lee por encima.

-Algo así.

-¿Cómo que algo así?

-Cartas en las que se mencionan… A ver, charlas en una galería… Un taller de pintura de una semana en Normandía, en el verano del 55 y… Es igual. No se preocupe. Anótelo.

-¿Qué no me preocupe? No, si no me preocupo. Pero podíamos haber empezado por estos dos personajes…

-La lista. Hay que seguirla. Piense la puntuación adecuada y anótela.

-¿Adecuada…?

-Puesta en común en cinco… En diez minutos.

-No van a ser suficiente.

Tom levanta la vista de los materiales de la carpeta de Parnell Malloy.

-Desde luego, hay mucho material. Es… Casi abrumador. Y sí, tienen títulos y papeles y llevan muchos años pintando.

-¿Pero?

-No, sin peros.

El becario resopla.

-En esas… ¿Cuántas son? Ciento diez. En esas ciento diez carpetas hay muestras de pintores que tienen… Vale. Menos material, sí. Pero en algo serán mejores…

Tom le comprende.

-Quiere decir que algunas de esas personas muestran mejor sentido de la composición. O mejor gusto a la hora de usar la paleta de colores. O un trazo más delicado.

-¿Quizá Lucía Martínez? –le quiere tentar el muchacho.

-Es buena en trazo, color y pincelada, sí. Pero no tiene la experiencia o, quizá debería decir, la inmensa producción de estos dos caballeros. Me temo que, por cantidad, Payne y Parnell Malloy pueden sacar la puntuación más alta o, al menos, quedarse cerca. Eso no quiere decir que sean mejores en todo. Sólo que su experiencia está a la vista. Son buenos.

-Ya. Buenos.

-Y podrían dar clase aquí, en el Liceo Longbridge.

El becario se lo queda mirando, incrédulo.

-No me mire así, Rawlings. Vamos, sea justo. Por supuesto que podrían –parece enfadarse un poco Tom. –Y, puestos a seguir siendo justos, también un buen puñado de las personas que trajeron esos otros cartapacios.

-Entonces… ¿Qué ha pasado aquí? ¿De qué va todo esto?

Tom suspira y abre los brazos.

-Todo está en orden. La Junta ha decidido sacar una plaza más para un maestro de taller de pintura. Y han pedido un informe para respaldar su decisión. Punto.

-Pero la señora Blackwell…

Tom se impacienta.

-Oh, no sé. Quizá el hecho de que sus sobrinos estén de vuelta en el país ha ayudado a que la Junta se decidiera a sacar la plaza, ¿no cree?. Pero eso… La verdad, no lo sabemos. Y, verdad también, no importa.

El becario se queda patidifuso.

-¿Qué no importa…?

-Rhea Blackwell tiene una posición de poder dentro de la Junta. Si hubiese querido que se contratara directamente a Payne y Parnell Malloy, no creo que hubiese encontrado demasiadas dificultades para conseguirlo. Esta es una empresa privada. Pueden elegir a quien quieran. Y, visto el curriculum de los Malloy, podrían haberle dado el puesto a cualquiera de ellos sin pensarlo dos veces. Algo dijo McRae de "…Quizá dos…". Qué sé yo.

Tom se levanta de la silla y se dirige hacia la puerta. Echa un vistazo al pasillo. Allá abajo, lejos, suena la radio de los Lous.

Se sienta en el suelo, junto al becario.

-Pero han hecho algo mejor. Han hecho lo correcto. Piense. ¿Por qué?

-Porque… Como usted ha dicho, ¿porque pueden hacer el

trabajo?

-Eso es. Pero hay más.

-¿Más?

-La Junta hará lo que le parezca, pero abrió un periodo para recibir las solicitudes de cualquiera que se considerase preparado para ocupar el puesto. Y luego, hizo que un profesor del centro revisase esas solicitudes y emitiese un informe…

-Oh, Dios mío –dice Rawlings. –Aún hay que sacar conclusiones y escribir un informe. Esto no ha terminado.

-No, no ha terminado.

-Ay. Ay, ay, ay…

-Ahora no importa. Vuelva conmigo al proceso por un momento. Para la plantilla, quienquiera que venga tendrá un buen informe mío. Emitido por uno de los suyos. Lo dijo McRae, "...los otros le respetan."

-Ya.

-Y para los hermanos Malloy… Bueno, ¿cómo molestarse con su tía si se elige sólo a uno de ellos? El centro emitió un informe acerca de los candidatos y toda la Junta lo debatió…

-Ay.

-Ya se lo he dicho, mi querido amigo. Hicieron lo correcto. Todos ganan. Un maestro más para el taller de pintura, bien para nuestros alumnos. Alguien conseguirá un empleo estupendo. Y las cosas salen como se espera de ellas. No es el fin del mundo. Sólo es la vida.

Tom hace una pausa. Cabecea, cierra los ojos y se pinza la parte alta de la nariz con dos dedos.

-Y yo he sido un idiota. Me enfadé ayer con McRae porque manejó el asunto de la cabezada de Dunham como lo hizo. Y me lo guardé en vez de dejarlo correr aunque, admitámoslo, a un perro viejo como Dunham sólo lo puedes atar en corto con la ayuda que viene de casa. Me equivoqué. Me supo mal y no me di cuenta...

El becario se ve frustrado.

-Estamos cansados, profe.

-Sí, ésa es otra. Y hoy, cuando McRae me ha metido prisa para acabar, me ha molestado que él supiese lo de Payne y Parnell…

"…Y el sombrero de Drake. Que Sophie no dijese ni pío ayer por la tarde…"

Tom se para un momento a recuperar el aliento.

-…Pero la verdad es que no importa. Sí, McRae sabía lo de Payne y Parnell. ¿Y qué? No tenía ni idea de todo lo demás. Ni que teníamos que revisar ciento doce carpetas, ni el rato que lleva cada una, ni que Fuentes ya nos había recomendado a alguien.

El muchacho sigue mirando al vacío cuando responde.

-Si Fuentes lo dijo, seguro que Lucía Martínez podría ocupar la plaza del taller de pintura y daría unas clases geniales. Y aquí le apuesto mis calcetines buenos, el par nuevo.

-Ella y muchos de los demás. Pero usted lo ha dicho. Estamos cansados. Y yo me he dejado llevar por una rabieta de crío. Perdóneme, Rawlings. Créame que lo siento.

-No pasa nada –dice el becario, casi se diría que vencido...

Y cinco segundos después:

-Y ese vaso grande de jarabe de chocolate estaba para chuparse los dedos.

A Tom le puede la tensión y se echa a reír.

-Eso es verdad. Eso es verdad –se rinde. –Al final, sólo es trabajo.

El profesor de Arte se levanta del suelo.

-¿Por qué no va a verla?

-¿A quién?

-¿Cómo que a quién? Ya sabe a quién…

Tom mira la carpeta descolocada.

-…Se lo está comiendo por dentro. Y, a fin de cuentas, una vez que ponga las puntuaciones y recomiende a quien recomiende, es su informe. Puede añadir un par de líneas donde crea conveniente. "… Lucía Martínez no tiene tanta puntuación, pero fue recomendada por nuestro antiguo catedrático de Arte Renacentista y Barroco, el señor Mario Emilio Fuentes". Sabe Dios que a mí me haría sentir mejor.

Tom cabecea. Piensa en la dirección que lleva apuntada en un papel doblado dentro de la cartera.

-No lo sé. Quizá.

Rawlings se pone en pie.

-Oiga, llevo unos meses con usted. Lo bastante para conocerlo bien. Y es el hombre más honesto del mundo. Por eso McRae lo metió en este berenjenal…

-Ya. Eres muy amable, pero…

-Puestos a dejar las cosas en su sitio. Piénselo al menos.

Tom asiente, agotado. Por no discutirlo más.

-Vamos a tener que cobrarles el alquiler –dice con buen humor Lou, el guarda de noche, abriendo con cuidado la puerta del despacho.

-No creo, Lou –dice Tom y suspira. -Me parece que, por hoy, hemos terminado.

16.

Es la hora de cerrar para la sombrerería Benson. Por la puerta sale Dimas Drake, de lo más ufano con una sombrerera nueva en sus manos. Tras él, Sophie acabando de abotonarse la chaqueta. La luz de la tienda se apaga. El señor Benson cierra la puerta y se despide hasta el día siguiente…

Tom no se lo cree. ¿En serio, después del día que ha tenido…?

-¡Eh, allí estás…! –dice Drake sonriendo bajo su sombrero nuevo. El del día anterior. Da igual, se que lo habéis pillado.

Un Tom desconcertado se le acerca y acepta la mano que le tienden. La mirada de Sophie es de acero colado; igual, igual que su rictus serio.

-Hola.

-Hola –le dice Sophie y le da un beso fugaz como un parpadeo, mirando hacia otro lado.

-Un sombrero nuevo –le dice Tom a Drake, señalando la caja grande, cilíndrica y con un lazo sencillamente precioso que su compañero de fatigas lleva en las manos.

-¡Ah! ¿Esto? Para los días de fiesta. –Y se inclina hacia Tom de buen humor, como si le estuviese haciendo una confidencia y nadie más fuese a enterarse… -Como el que llevo, pero en blanco. Y la cinta verde oscuro, igual, igual que éste…

-Ya te dije que volvería- dice Sophie mientras se arregla el pelo por detrás y se recoloca su propio sombrero, un elegante gorrito color limón.

-No sabía con cuál de los dos quedarme y se le ocurrió a ella: "El gris es más para el día a día, y el otro..." ¡Ja!

Tom sonríe lánguido.

-Ya veo. No, no. Es una buena idea.

-Claro. Es mía. No sé de qué te sorprendes –dice Sophie.

-Pues…

Vista la situación, Drake intenta quitarle hierro al asunto.

-Y he pensado: me lo voy a comprar también, pero esperaré a última hora. Así podemos ir todos juntos a tomar una copa, ¿qué os parece? ¡Vamos, es viernes por la tarde…!

Una sutil sensación de horror irreal empieza a desdibujar la sonrisa de Tom.

-Oh, no sé. Yo estoy agotado. Acabo de salir del Liceo…

-¿Ah, sí?

-Sí, ya sabes. Estoy revisando las solicitudes para el puesto del maestro del taller de pintura. Uh, con Rawlings, mi becario. Y McRae me ha dicho esta mañana que corría prisa y necesita el informe para el

viernes que viene. Conque nos hemos dicho: “Mejor nos quedamos esta tarde y le damos un empujón.” Au. Aaaaau…

En efecto, el codazo disimulado de Sophie en las costillas del pobre Tom venía de paseo con un hermanito.

-¿Qué? –le replica Sophie.

-¿A qué ha venido eso?

Drake mira a Sophie y mira a Tom y vuelve a mirar a Sophie.

-Claro que iremos a tomar esa copa, señor Drake –le asegura ella.

-Dimas, por favor –dice éste. -¿Dónde os apetece ir? El Café de Río está por aquí cerca. O podríamos dejarnos caer por Emery’s Bar, tampoco queda mucho más allá…

-Imagino que Sophie también estará cansada –intenta colarles Tom.

Y ella se enoja.

-¿Por qué iba a estar cansada?

-Ayer lo estabas.

-Qué tonterías dices. Creo que prefiero el Café de Río. Me gusta la música de allí…

-Fantástico –dice Drake. –Al Café de Río, entonces. –Y a Tom: -Es un gran sombrero. Tu prometida tiene buen gusto.

-No en todo, ya querría yo –deja caer ella, y que duela donde deba.

-Eso no me lo creo –dice el feliz dueño de dos sombreros.

-Chicos, la verdad es que no sé si ahora mismo quiero una copa –insiste Tom.

-A mí me va haciendo falta –dice Sophie.

-¡Y a mí! –se suma Drake. -¡Qué coincidencia!

-Y también me apetece bailar –deja claro Sophie, mirando a Tom de medio lado. Si encuentras un libro sobre Cosas Duras del Mundo, no creo que pases del capítulo tres sin encontrarte con esa mirada de Sophie.

-Bueno. Entonces habrá que ir… -empieza Tom, intentando arreglarlo.

Sophie se detiene y se le encara.

-¡Ah, mira! Como si fuera por obligación. ¿Tanto sacrificio te supone venir y bailar conmigo?

-Naaaah, es un bromista. –dice Drake. Y mira a Tom: -Se lo decía esta mañana a Lou. Le he dicho: “Sí, a veces se pone muy solemne. Pero este Shyrup es un bromista de cuidado….”

-¿Qué te ocurre? ¿Qué es lo que he hecho mal? –se molesta Tom.

-Oh, no sé. Tú sabrás, don sabihondo. Siempre te sigo la corriente, ¿y tú eres incapaz de venir a tomarte una copa?

-Vamos, ¡es viernes…! –intenta arreglarlo Drake.

Tom niega con la cabeza.

-Hoy no. Así no. Lo siento.

-Sí. Sueles sentirlo –dice Sophie con desprecio.

Tom se gira para marcharse.

-No me lo creo –dice Sophie. -¿Sabes qué? ¡Que te zurzan, bobalicón!

-Oh, vamos. Shyrup –lo alcanza Drake y le coge por el brazo.

Tom se suelta con delicadeza.

-Cuida de ella, ¿quieres, Drake?

Y el otro hombre se lo queda mirando, ahora ya serio.

-Claro. Como tú digas, amigo.

-Adiós.

-Adiós.

Empieza a caminar, intentando no apretar el paso.

-No me lo puedo creer. Eres un completo idiota, ¿sabes? ¡Vete al infierno…! –lo increpa Sophie.

-Sssh –le oye decir a Drake. - Vale, por favor…

A Tom le da vueltas la cabeza. Nota un fuego en el pecho, subiéndole garganta arriba. Lucha por no mirar atrás. Lo cierto es que ya se le ha pasado el primer impulso, el de marcharse, y se muere por volver ahora mismo y disculparse con Sophie. Pero se resiste.

Se resiste porque la conoce y sabe que no va a encontrar ni rastro de simpatía en sus ojos.

Y se aleja hacia una noche difícil.

Media hora después se ve delante de un bar y entra a comer algo. Pide un sándwich sencillo. Le sabe gris.

-Sin gracia –musita. Pide un vaso de agua y se lo bebe de un trago largo. Deja un billete en el platito de la cuenta y sale del bar.

Es viernes, desde luego. La gente ha tomado las calles. Tom pasea cabizbajo entre una multitud de extraños. Al rato, sin rumbo y cansado, vuelve a su piso. Se acuesta y trata de leer un rato, pero la cabeza tiene sus propios tiempos y esta noche todo son pensamientos funestos.

Apaga la luz. Quizá si se acerca mañana por la mañana a la sombrerería y puede hablar con Sophie…

El sueño tarda horas en venir.

17.

-Me preguntaba a qué hora llegarías… Oh, cállate ya, Mr. Fido Primero –dice Gertie Blaine tras la puerta entreabierta. Se hace a un lado y deja pasar a Tom.

-He ido a la sombrerería de Benson.

-Ya me imagino –dice Gertie. Sobre el pijama de falso raso nacarado lleva una bata fina con un estampado de arabescos. En la mano, un cigarrillo a medias. Hace un gesto hacia el saloncito. -¿Nos sentamos?

-Gracias.

-De nada.

El tocadiscos desgrana las notas de cierta bella obra de Rimsky-Korsakov. Tom se sienta en el sillón donde el viejo Bufford suele leer el diario hasta la desesperación. Gertie se recuesta en el sofá, las largas piernas recogidas lejos del suelo. Mr. Fido se sube y se acomoda a su lado.

-Por lo visto se ha tomado un día libre. El viejo Benson estaba bastante enfadado conmigo.

-Pobre señor Benson, solo en la tienda un sábado de primavera –se burla Gertie, y le da un beso terso al filtro de su cigarrillo.

-Pero ya veo que Sophie no está aquí.

-No queda nadie aquí.

-Excepto Mr. Fido y tú.

-Muy observador.

-Y Scherezade y Simbad…

-Al parecer, es un buen día para ir de picnic en familia.

-Y, sin embargo, aquí estás.

Gertie asiente mientras exhala una larga vaharada de humo gris claro.

-¿Has sacado la pajita más corta?

Gertie busca en el bolsillo de su bata de andar por casa hasta que lo encuentra.

-Era un tallarín. Pero, ¿sabes qué?

Tom se encoge de hombros.

-¿Qué, Gertie?

-Hice trampa. Rompí mi trocito de tallarín.

-¿Y eso por qué?

-Para darte una oportunidad. Me caes bien.

-Vaya, muchas gracias.

Gertie hace una pequeña reverencia cómica.

-Vale, recapitulemos. Sophie se toma un día libre. Luego se va con la familia a pasar el día a, no sé, pongamos que la playa en

Minton, a cien yardas frente a Deep Sorrow Rock… –dice Tom.

-Unas buenas vistas.

-No me lo puedo creer. ¿He acertado?

-Yo no he dicho nada.

-Pero dejan alguien atrás. Una mujer con estilo.

-Con estilo oriental. Ta-chaaaán.

Tom sonríe por primera vez desde que se ha despertado esta mañana.

-Ya lo había notado.

-Oh, a Mr. Fido también le gusta esta música. Y Katchaturian.

-Sois un par de románticos.

-Es una forma más dulce de vivir –dice Gertie. Da una última calada al cigarrillo y lo deshace contra el cenicero mientras echa el humo al aire.

-Eso ya no lo tengo tan claro.

-Tú mismo. Eso que te pierdes.

-¿Qué pasó con lo de subirte a un barco y salir a ver el mundo?

-No me urge. De momento. Aunque nunca se sabe…

-¿Cuál es ese favor que se te ha ocurrido hacerme?

-A ti, a Sophie… No lo tengo demasiado claro. Oye, no me mires así. Es una mandona, pero es mi hermana…

-…Y la quieres.

-No, ése es tu campo. Pero es mi hermana.

Tom baja la vista.

-Vale.

Y luego:

-¿El favor?

-Me han dejado el anillo. Para devolvértelo.

Tom se calla. Está intentando encajarlo.

Gertie se levanta de repente y se acerca al tocadiscos. Mr. Fido se acurruca más en los cojines del sofá.

-Les va el drama más que a un tonto un palo. No te preocupes, tengo un plan. No, medio plan. Algo.

Gertie quita el disco del compositor ruso y pone otro distinto. La música vibrante de una Big Band llena el saloncito.

-¿Qué he hecho, Gertie? ¿Tan malo es?

Gertie saca otro cigarrillo de un paquete que tiene en la mesita a su lado y lo enciende.

-Se les ha acabado la paciencia, supongo. Y, tal como habla mi queridísima hermana de ese colega tuyo, Drake, me da que puedes tener competencia.

-Drake.

-Bueno, tiene nombre de corsario. Pero no creo que sea tanto cosa suya como cosa tuya.

Tom la mira, confuso.

-¿Por qué?

-Lo que te he dicho. Tardaste en ver la casa, te preocupa más ese encargo que te han hecho en el trabajo que llevar a bailar a tu novia…

-Oye, no quería cargar con don Sombrero Nuevo. Y tampoco mentía con lo de la mala semana…

-Oh, cierra el pico.

Él obedece. Gertie se recoge el pelo detrás de las orejas y da un sonoro bufido.

-Mi medio plan va más o menos así: tú decides ser listo y no llevarte el anillo. Yo les digo que has llamado, pero que no has venido. Que se te notaba hundido al otro lado de la línea.

Tom sigue en silencio. Impresionado, aunque trate de no mostrarlo.

-Tablas, para entendernos. Y ganamos un poco de tiempo, quizá unos días. –Ahúma el cielorraso del techo. –Hasta que los dos recuperéis un poco de sensatez.

-Vaya.

-Y, a lo mejor, hasta espabilas. Falta te hace, chico.

-¿No vas a darme el anillo?

Gertie lo mira, con ojos centelleantes.

-No me tientes. ¿No has escuchado nada de lo que te he dicho?

-Sí.

-Bien.

Mr. Fido Primero da un ladrido seco.

-Y el perro te da su aprobación. Buen chico.

No queda claro a quién le dice eso Gertie.

-¿También le gusta el swing?

-Tiene buen gusto, eso está claro.

-No te lo voy a discutir –dice Tom. Suspira, se levanta y se encamina a la puerta. Gertie, que lo acompaña, le coge de la manga de la chaqueta.

-Oye, ya sé que Sophie es difícil. Nadie lo sabe mejor que yo, créeme. Pero… No sé. Quizá esto es una oportunidad. Tú piénsatelo, ¿vale?

Tom cabecea, inseguro.

-Adiós, Gertie.

-Adiós, Tom –dice ella. Se queda en la puerta entreabierta viéndolo marchar. Luego, cierra y se apoya en la puerta, mordiéndose un dedo.

El perrillo ladra alegre a sus pies, tres o cuatro golpes de voz seca.

-No sé, Mr. Fido Primero. Cuando algo se rompe, a veces no se

puede arreglar. Oh, no me mires así, claro que tenía que dejarle marchar. Un hombre herido, hubiese sido tan fácil… Es la típica cosa de la que te acabas arrepintiendo.

El perrillo ladra otra vez y ella lo levanta del suelo y lo coge en brazos.

-Tengo una idea. Me cambio en unos minutos y nos vamos a dar un paseo. ¿Sí? ¿Sí? Pues trato hecho. Me parece que a mí también me hace falta…

18.

Se guarda otra vez el papel con la dirección en la cartera. El portal no está cerrado. Busca el nombre en los buzones; sí, allí está. Tom toma el ascensor hasta la penúltima planta y toca el timbre del piso.

-¿Sí?

-Buenas tardes. Perdonen que me presente sin avisar. Querría hablar con Lucía Martínez, si es posible…

-¿Quién es usted?

-Me llamo Tom Shyrup y soy profesor de Arte en el Liceo Longbridge para las Artes Clásicas, en Fairsay.

-¡Dios mío…! ¡Pase, pase, por favor…!

-Gracias.

-¡Lucía! ¡Lucía, ven rápido!

-¿Pero qué ocurre…?

Sale de la cocina al pasillo vestida con una bata de andar por casa y un delantal. Lleva unas zapatillas blandas muy desgastadas. Pero es ella, sin lugar a dudas.

-¡Este señor es del Liceo!

-¡Ay!

Se escapa deprisa y se oye un portazo. También cómo habla para sí, nerviosa, buscando algo que ponerse para recibir a una visita inesperada.

Se cierra un grifo. Una mujer mayor, más bajita y de rostro redondeado sale de la cocina. Su atuendo es muy similar al de Lucía. Mira al hombre de la puerta sin saber a qué atenerse.

-Mi señora, Eulalia Rueda. Yo soy Justo Martínez –dice el hombre de la puerta, ofreciéndole su mano.

-Encantado. Señora.

-El caballero es de la escuela de Arte –le dice él en voz baja.

La mujer da un respingo, llevándose la mano a la boca.

-Lucía no tardará nada. Pase y siéntese con nosotros, por favor.

-Son muy amables.

"Madre mía. Tengo la impresión de que creen que vengo a decirle que tiene el trabajo. Y no es así…"

Lucía los encuentra a todos sentados en la salita, esperándola. Tom se pone en pie.

-Buenas tardes, señorita Martínez.

-Buenas tardes. –Se la ve muy nerviosa. –Perdone el desorden. Es que no esperábamos a nadie…

-Me hago cargo.

Lucía coge una silla y la pone cerca de la de Tom.

Y, es gracioso, le coge de la manga de la chaqueta y tira de ella

mientras se sienta. Sentándolo a su vez.

Se da cuenta de lo que está haciendo y le sale un asomo de media risa nerviosa.

Tom no puede sino devolverle una sonrisa amplia.

-Ya conoce a mis tíos…

-Sí.

-Bien. Bueno. Usted dirá…

Tom intenta ordenar sus ideas, ¿cómo se lo dice? Por suerte, esa enorme sonrisa limpia sigue allí.

-No sé por dónde empezar.

-¿Viene por lo del trabajo? –dice doña Eulalia, ansiosa.

-¡Tía...!

-Sí y no, señora. Verá, es que… Soy el encargado de revisar las solicitudes. He pasado las últimas dos semanas leyéndolas. La primera que vi fue la de su sobrina…

Don Justo asiente.

-Fuimos los últimos, seguro. Cuando se acababa el plazo.

-Así es.

-Usted estaba allí, ¿verdad, profesor?

-Sí, señor. Nos vimos en la Secretaría del Liceo. Recuerdo que usted ya llevaba la mano vendada.

Doña Eulalia no aguanta más.

-¿Le han dado el puesto a Lucía…? –y mira a su marido. -¿Qué? Todos queremos saberlo…

-No, señora. Lo siento.

La decepción salta a la vista en las caras de los Martínez.

-Siento haberles dado esa impresión.

Lucía traga saliva antes de volver a hablar.

-No pasa nada –dice.

-Es una pena… -se le escapa a doña Eulalia.

-…Y es muy amable por venir a vernos –dice Lucía, poniéndole una mano en la rodilla a su tía.

-Si me permiten explicarme… -dice Tom. –Hay más de cien personas que quieren esa plaza del taller de pintura. La verdad es que muchas de ellas podrían hacer el trabajo. La señorita Martínez podría ser una de ellas…

Las caras de Lucía y doña Eulalia se iluminan.

-…Pero hay un puñado de personas entre todos esos pintores que además de haber dado clase en alguna ocasión, tienen títulos de Bellas Artes y han hecho varias exposiciones y... Está muy reñido, ¿saben? Por lo que yo he podido ver, la plaza va a ser para otra persona casi con toda seguridad. Créanme que siento venir y tener que decirles esto.

Hay un momento de silencio en la salita de los Martínez.

-He venido porque sentía curiosidad.

-No entiendo –dice Lucía. Su tío, don Justo, daba la impresión de estar a punto de abrir la boca un momento antes.

-Es por la carta de recomendación que incluyó usted en su cartapacio. La que le escribió el señor Fuentes.

-Ah.

-El señor Fuentes fue mi mentor cuando entré a trabajar en el Liceo, ¿saben? Y cuando vi su firma, que la carta era suya…

Tom hace una pausa.

-Murió hace muy poco.

Y se le apaga la voz.

-Él y yo nos conocíamos desde hace mucho tiempo –dice don Justo, por darle un respiro a Tom. -Casi desde que nosotros tres llegamos a América, hace veinte…Casi veintiún años. Yo pude entrar a trabajar en la sastrería de Palacios; y él se hacía los trajes allí.

Es una de esas historias de familia, que se cuentan una y cien veces. Tom habla como buenamente puede:

-Su carta… La he leído varias veces estos días. Es una carta sencilla y hermosa. Está claro que el señor Fuentes los consideraba sus amigos. Y le gustaba cómo dibuja usted, señorita Martínez…

-Creo que sólo quería ayudar –dice Lucia.

-Yo no lo veo así –le asegura Tom. –Y… Bueno, han sido unos días difíciles. Mucho trabajo y mucha responsabilidad. También para mi ayudante. Hablo de… Es un muchacho, un becario. Se llama Rawlings. Él y yo… Hemos estado mirando las carpetas y hablando y apuntando todo lo que se nos ocurría…

Tom intenta tragar saliva. Últimamente carraspea más de lo que querría.

-El caso es que Fuentes decía que es usted una buena persona y cómo le hubiera gustado salvar sus cuadernos de dibujo…

La mira. Lucía asiente, escuchando.

-…No sé, supongo que quería venir a conocerles y saludarles. Por Fuentes. Y quería ver sus dibujos y sus cuadros y hablar con usted de pintura, Lucía. Si tiene un rato. Si no es molestia. –Tom se levanta. –Cuando a usted le venga bien.

-Esta tarde tengo un compromiso, pero… ¿Quiere que nos veamos mañana domingo por la mañana?

19.

Algún pájaro desconsiderado ha manchado el elegante cartel sobre la puerta de la galería de arte de Ronnie Berenson en la calle 4 Sur de Fairsay. Lucy no se da cuenta de eso. Lleva otras cosas en la cabeza.

-Llegas tarde, tesoro –le dice el galerista, juguetón.

-¿Ha ido todo bien?

-Claro. Ya te dije que les encantaría.

Lucy sigue nerviosa. Se quita la chaqueta del conjunto que le regaló Ronnie hace unas semanas para ocasiones como ésta y la deja doblada sobre el mostrador principal. También deja allí su bolso a juego y su bonete blanco.

El galerista saca un sobre de un cajón, lo pone sobre el mostrador y se lo acerca, arrastrándolo con tres dedos de su mano derecha.

-Tu parte. Setecientos dólares.

Lucy se queda con la boca abierta. Coge el sobre rápidamente y se lo apoya contra el regazo, como si lo protegiera.

-¿Lo has vendido por mil cuatrocientos…?

-Te dije que iría bien. A los Dipson-Dwight les encantó.

Su segundo cuadro de arte moderno. Pensado y pintado en unos pocos días, vendido por ese montón de dinero…

Él levanta la mano y le recoloca el pelo tras la oreja.

-Luego podemos ir a cenar a para celebrarlo.

-No sé, Ronnie. Tengo…

-¿Qué? ¿En un sábado por la noche? ¿Has visto que ahí fuera es primavera en la ciudad?

-No es eso.

A Lucy toda esta situación le empieza a dar vértigo. Empezó como una apuesta con un Ronnie a quien no conocía, no realmente. "Yo podría pintar uno mejor que ése…" Lucy es la clase de persona que no suele dejarse llevar con un desconocido, pero se trataba de pintura. Una pequeña fanfarronada que quizá no lo era tanto.

Y ahora que el tío Justo está curando la mano y la sastrería está al pairo, mejor si puede llevar dinero a casa. Por mucho que tía Eulalia se empeñe en que con su nuevo trabajo pueden ir tirando…

-Pues he reservado mesa en Chez Antoinette –dice Ronnie, saliendo de detrás del mostrador y acercándose a ella.

Lucy chasquea la lengua, incómoda.

-Oh, vamos. Sé cuánto te gustan sus dulces…

-No todo en la vida son dulces.

-Por eso hay que aprovechar y comérselos cuando te los ponen delante.

Ronnie es un zalamero y viene jugando a irse acercando desde hace cuatro o cinco semanas. Es guapo, hay que reconocérselo. Tendrá unos seis o siete años más que ella, pero tiene buena planta y dinero con que adornarla.

Allá donde va, las chicas lo rondan en cuanto lo ven aparecer. Nunca le faltan. Y a él le encanta tener su atención.

Lucy lleva esas semanas intentando no dejarse llevar por su encanto. Cada vez le cuesta más…

-Es que tenemos que celebrarlo, Lucy.

-Lo entiendo, está muy bien. Pero…

Ronnie hace un gesto impaciente, negando a saber qué.

-No, no lo entiendes. Verás, Keith y Vera Marnell estaban allí. Le dije a Andie Dipson que se los trajera para darles envidia y funcionó a la perfección. Keith me pilló luego a solas y me rogó… No, no, espera; me *exigió* que le consiguiera algo como mínimo así de bueno para su sala blanca. O mejor. Algo para presumir, vaya.

Lucy da un paso atrás y se lleva la mano justo debajo del cuello. A la medalla oculta. Un recuerdo de su madre, que se quedó atrás, hace años.

A la que tanto ha echado de menos…

Oh, tío Justo y tía Eulalia han sido maravillosos con ella. Afectuosos, protectores, siempre cuidándola con un amor desbordante.

Pero Lucy piensa cada día en su madre y en su hermana, Aurora. Y musita bendiciones también para su padre, que quizá la siga desde algún lugar, por allá arriba…

-Puedes ir pensando en cómo vas a llenar esa pared, cielo.

-La pared de la sala blanca de los Marnell…

-Algo grande frente a una cristalera con las mejores vistas de la ciudad.

Lucy se separa de él y camina despacio por la sala, sin prestar ninguna atención a los cuadros que cuelgan de sus paredes.

La gran pared blanca de los Marnell. Una pintura grande, superficie de sobra para soltarse…

-…Y lo quieren para el jueves que viene –deja caer Ronnie, como si de repente se acordara de un detalle menor.

Lucy se vuelve hacia él con los ojos como platos.

-¿Qué?

-Será el cumpleaños de Vera y piensan hacer una fiesta…

Lucy no se lo puede creer.

-Ronnie, son seis días. Para una pintura nueva. Y grande. No puedo…

El galerista vuelve a su gesto de cambiar de tema.

-Claro que puedes. Ya me has dado dos cuadros estupendos: refrescante y completamente distintos. Sólo plantéate esa estupenda

pared sin adornos y deja que tu imaginación haga el resto…

Lucy vuelve a deambular por la sala, ahora con paso nervioso. Urgente.

-Pero son seis días.

-Confío en ti.

Lucy se pone el bonete y trata de coger su abrigo.

-Tengo que irme.

-¿Cómo?

-A casa. A pensar en todo esto.

-Ni hablar. Nos vamos a cenar y es definitivo.

-Pero Ronnie…

El galerista pone cara de no querer escuchar ni una palabra más al respecto.

-Te vendrá bien. Pensar en otra cosa, pasar un buen rato, disfrutar de la vida.

Lucy niega con la cabeza, mirando al vacío.

-No lo tengo claro…

-Yo sí. Hazme caso. Así, déjame ayudarte a ponerte ese abrigo. Una manga…

Lucy ya no se fija en nada más. Ni en cómo se pone la otra manga, ni en cómo Ronnie se pone su propio abrigo, le abre la puerta y salen. Lucy camina en automático porque detrás de sus ojos sólo hay un mural enorme y una escena que se desdibuja sobre un fondo blanco en líneas dinámicas y manchas de paleta discreta… Algunos marrones oscuros, un poco de violeta y carmesí, veladuras de gris y azul hielo. Un arte casi transparente para coronar tanta blancura.

Mientras caminan por las concurridas aceras de la gran ciudad, Lucy se evade en un ensueño de maravillas, planeando una gran obra. Una que ha de alumbrar con prisas.

20.

-Estos son mis cuadernos de biblioteca –le dice a Tom con una sonrisa de complicidad mientras los deja encima de la mesa. Es una buena pila de cuadernos.

-¿Qué quiere decir eso, "Cuadernos de biblioteca"?

Es domingo por la mañana y Tom ha vuelto temprano a Recogida. Están en el piso de los Martínez, en el cuarto que Lucía usa como taller de dibujo y pintura.

-Lo que quiere decir es que la Biblioteca Pública de Stain Harbour tiene montones de libros de arte con ilustraciones a color. Y se pueden consultar en sala. Me llevo un cuaderno y lápices y copio, copio y copio durante tantas horas como me puedo permitir.

-Vaya.

-Fue un consejo de Emilio Fuentes. Me dijo que lo hiciera cuando apenas tenía siete años –Lucía se echa a reír. –No podía ir sola y mis tíos tenían otras obligaciones…

Tom coge el cuaderno que está en lo alto de la pila.

-Pero, de alguna manera, encontraban una o dos horas a la semana para acompañarme. Primero aquí, en Windborough; un par de años después, en Fairsay. Se sentaban conmigo en la sala, buscábamos algo interesante que dibujar y luego se quedaban allí, a mi lado, mientras yo me empeñaba en copiarlo lo mejor que podía. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo…

Tom abre el cuaderno y va pasando páginas despacio, disfrutando de los dibujos.

-Ése es de los últimos. Los tengo apilados por antigüedad.

"Como mi montón de cartapacios, allá en el despacho del Liceo", piensa Tom.

-Es bueno.

-¿Le gusta?

-Ya lo creo.

Lucía se echa a reír.

-Espere a que llegue a los de la parte de abajo del montón…

Dibujos grandes, pequeños. Bosquejos que a veces se repiten, intentando encontrar la línea correcta para conseguir el parecido.

-Hay algunas imágenes que no me salen. Lo miro, como me decía el señor Fuentes; pero no siempre lo acabo de ver tal y como es. "Insiste", me decía. "Mientras te diviertas, insiste hasta que te salga. O hasta que no te pueda salir mejor" –vuelve a sonreír y niega con la cabeza. –Con algunas, en algún momento no queda otra que abandonar.

-Ya, lo entiendo –dice Tom.

Y Tom conoce todas, o casi todas, las figuras que aparecen en los cuadernos de la pintora.

-Está claro que ha ido aprendiendo a mirar.

Lucía se pone de pie, incómoda.

-Sí, bueno… Es lo que tienen los años de práctica. Y haber atacado la misma imagen una y otra vez. La que no salía ni a tiros. La volvemos a encontrar y probamos, un intento más… Hay días en que una se dice "¿En qué libro salía la foto de aquel cuadro…?" De algunas, no tenía dudas. Sabía exactamente dónde estaban. Pero otras, las que atacaba por segunda vez… ¿En qué revista estaba aquella portada…?"

Aquello aún le gusta más a Tom.

-¿También ilustradores de revista…?

-Claro. Portadas, anuncios… Los artesanos de hoy.

Con ese comentario gana rápidamente puntos a ojos de Tom. Y también a cada página del cuaderno que pasa.

-Está claro que le gusta dibujar, señorita Martínez.

-Por favor, llámeme Lucy.

-Soy Tom.

-Lo sé. Gracias, profesor. Digo, Tom.

-Mejor.

-De cuando en cuando, también me acerco al Museum of Lesser Masterworks. Ah, y al museo de Historia… Deme un minuto, tengo esos cuadernos por aquí…

-¿Otro consejo de Fuentes?

-Unos años después. Cuando vio que había ganado algo de mano.

-Más difíciles que copiar de una foto –deja caer Tom.

-Ni se lo imagina. Mucho más rico, claro. El color de verdad, el volumen de verdad, la luz haciendo de las suyas. Sobre lienzos, sobre figuras de piedra, en estancias llenas de tesoros.

-A elegir un ángulo o un encuadre. A definir la profundidad…

-Eso fue una pesadilla que me costó años vencer. Oh, no se crea. Qué presumida. Aún me cuesta, a veces. Empezar con fotos es básico, pero luego saltar del esquema plano y de los pequeños trucos a la representación libre…

Tom asiente.

-¿Rompe mucho, Lucy?

-Huy, barbaridad. Casi todo lo que dibujo en hojas sueltas. Los cuadernos los guardo, no sé por qué. Tengo una carpeta en alguna parte con dibujos en hojas sueltas que me gustaban un poco más y se salvaron. Pero tiro casi todo lo que hago en suelto…

-¿Es cierto entonces, hay que romper para avanzar…?

Lucy lo mira como si le hubiera preguntado cuántas son dos y

dos.

-Es la única manera.

La mirada de Tom va de los cuadernos al rostro iluminado de Lucy, encantada de contarle cómo empieza un dibujo. O sus dificultades, sus defectos como artista, sus pequeños logros…

-Cuando llegué al taller de los Stern no sabía qué hacer con la pintura que había en la punta de un pincel. Sólo me salían manchurrones. Me volvía loca, no entendía nada. Pensaba: "Yo puedo hacer dibujos que las chicas del colegio no saben hacer. Pero esto es imposible. Ellos son pintores y yo no…". Por supuesto, me equivocaba.

-Es la práctica –dice Tom.

-Es probar y probar y echarle ganas. Por pura curiosidad, "A ver qué me sale". Y el tiempo… Eso es un accidente. Va aparte, por su cuenta. No tiene nada que ver con lo que se lleva el artista entre manos…

-Menos para los encargos.

Lucy resopla. No quiere pensar en esa pared en blanco; ahora no.

Y luego sigue con sus confidencias: sus miedos a estropear una pintura que está saliendo bien, a equivocarse con el contraste de colores, a perderse en sombras demasiado pronto y que aquello no tenga arreglo.

También los buenos consejos, como garabatear para buscar el camino del dibujo y darle volumen. O los descubrimientos, como la primera vez que vio un trabajo de Rockwell en la portada del Saturday Evening Post…

Es decirlo en alto y a Tom le viene a la cabeza la réplica estándar de esas películas románticas que tanto gustan por ahí: "¿Por qué no se casa conmigo?" Pero claro, el rostro de Sophie le sigue a la velocidad del pensamiento, que es la cosa más rápida del Universo. Una Sophie enfadada. Y se arrepiente y se siente culpable y querría que se lo tragara la tierra.

Su ánimo se ensombrece, sus ojos ya no miran las páginas del cuaderno que tiene en las manos.

Tarda un poco, pero la voz de Lucy, despacio, casi sin sentir cómo, lo va trayendo de vuelta a la realidad.

Los pequeños secretos de qué y quién son sus favoritos: sus temas favoritos, sus obras de arte favoritas, los artistas que prefiere. Y a Tom ya no le extraña que nombre a su admirado Sorolla tras el innovador Jackson Pollock.

-¿Le puedo enseñar un par de lienzos…?

El tiempo, como decía Lucy, sigue a su aire una hora tras otra.

21.

-Profesor, ¿por qué no se queda a comer con nosotros? -lo invita la tía Eulalia.

-Oh, me encantaría. Pero tengo un compromiso que debo atender...

-Otro día, entonces.

Tom asiente, amable.

-Por supuesto. Muchas gracias, señora Rueda.

-A usted.

Cuando la buena mujer los deja solos, Lucy le dice en voz baja a Tom:

-Aún intenta conseguir su favor…

-Ya me he dado cuenta.

-Y quizá lo conseguiría. Tiene muy buena mano para la cocina, mi tía –se ríe Lucy.

Tom niega, triste.

-Me temo que no va a ser posible. No soy yo quien tiene que tomar la decisión.

Hay un momento de silencio incómodo.

-Claro. No se preocupe. No pasa nada.

-Es tarde. Debo marcharme –intenta arreglarlo Tom.

-Gracias por venir a ver mis dibujos y mis telas –le dice ella con una sonrisa de compromiso y un brillo suave en sus hermosos ojos almendrados.

-Ha sido un placer, señorita Martínez.

Ella se acerca, le coge la mano con las suyas y le dice en confidencia:

-Soy Lucy, ¿recuerda, Tom?

Los dos sonríen, algo tensos.

-Claro. Perdone, Lucy.

-Le acompaño a la puerta.

-¡Justo, deja eso ya, que vamos a comer…! –dice desde el fondo de la casa la tía Eulalia. Apenas se oye la respuesta que es la tos seca del sastre.

Lucy abre la puerta del piso. Tom se vuelve y le tiende la mano, torpe.

-Espero volver a verla.

-Cuente con ello –dice la pintora.

Tom sale a las animadas calles de Recogida en este domingo resplandeciente de sol y esperanzas inquietas. Da un largo paseo hasta Barnum Street para coger el metro de vuelta a Fairsay. La cabeza gasta esas bromas: no se sabe muy bien cómo, el pensamiento

se le va a la deriva y acaba acordándose del mal rato del viernes por la mañana, de lo de los Lous y McRae dudando si ha de preguntar al cartero acerca de las horas extras de Tom de estas últimas dos semanas. La sombra de un disgusto pasado.

El tren urbano se precipita en la oscuridad de los túneles, llevando a Tom de vuelta a su soledad y su inquietud.

Después de comer, el profesor de Arte se acerca a la sombrerería de Benson. Sabe que estará cerrada y no hay demasiado peligro de toparse con Sophie por ahí. Ahora mismo, quizá es lo único que se puede permitir.

Gertie tenía razón. A veces, un poco de distancia ayuda.

Aunque duela…

Se queda un rato largo delante de la cristalera del escaparate de la tienda cerrada y sin luz. Para cualquiera que pase a su lado, no es más que un hombre curioseando el precio de los sombreros.

Tom ni siquiera los ve. Son un estorbo de claridad borrosa delante del fondo en penumbra, donde se imagina a Sophie dándole conversación a alguna clienta. Tan atractiva y segura de sí misma como siempre.

Tom suspira para sí. "Más segura que yo, desde luego. En todo y para todo…"

Un leve desasosiego le hace darse la vuelta y apartarse del escaparate de la tienda. Con paso lento se marcha de allí.

El resto del día es tan vacío y sin dirección como se puede temer. De noche, el sueño vuelve a tardar en llegar.

La mañana del lunes empieza despacio; pero parece que el mero hecho de volver a las clases le trajese un soplo de vida a Tom. Volcado en comentar las diapositivas olvida sus temores; las preguntas de sus alumnos son conversación ligera y la rutina del tránsito entre las aulas, un alivio. Ni siquiera importa cuando, después de la cuarta sesión, se cruza en el pasillo con Drake y se saludan con un levísimo movimiento de cabeza… Un gesto en silencio, la persona pasa, el camino sigue. Y Tom se maravilla de la facilidad con que puede limitarse a seguir a Rawlings un paso tras otro hacia la puerta del aula 24. Tan simple como eso.

"Estos son los días difíciles. Pero irán pasando y, para cuando me quiera dar cuando, de una forma u otra los habré superado."

-Por favor, abran los Fundamentos de Fuentes por la última página que vimos…

Cuando llega la hora de salir a comer y pasa con el becario por delante de la Secretaría abierta, el profesor de Arte levanta la mano para saludar a la señorita Ogilvy.

-¡Buen provecho, señor Shyrup y compañía!

A ella le llega un "Gracias, Prudence" desdibujado por el giro

de la esquina y el sonido de los goznes de la gran puerta del edificio del Liceo.

En Barney's, mientras esperan la comida, brindan por la luz al final del túnel.

-Esta tarde deberíamos hacer una lista en borrador de las diez solicitudes a las que les hemos puesto las mayores puntuaciones.

-¿Por orden…?

-Sí, por orden. Y con notas breves, indicando la mejor cualidad de cada persona. "Gran producción", "Bastantes exposiciones", "Experiencia docente demostrada"… Algo de donde tirar para escribir un párrafo de dos o tres líneas máximo.

Rawlings lo pilla al vuelo.

-Vaaaale. Para pasarlo a limpio mañana. Y lo que sale es el informe que se entrega a la Junta…

-Ésa es la idea.

-¿Quién ha pedido la Sopa de Lentejas con Salchichas…? –pregunta el camarero, cargado con sus platos.

-Mía. Para mí –dice el becario, cogiendo su plato.

-Y aquí tiene sus Spaghetti sobre Lonchas de Pavo a la Brasa, señor.

-Gracias. Mmm, qué buena pinta…

Atacan su almuerzo con ganas. No insistiré más en ello: hay un límite para la paciencia de un lector a la hora de imaginar gente comiendo. Especialmente si ahora mismo tienes hambre…

-¿Postre?

-Sí. Yo quiero la Compota de Frutas. ¿Rawlings…?

-Para mí, Tarta de Manzana estilo Abuela. La ración, grande, que a mí mi abuela me quiere mucho…

Sí, sí. Vale. Ya lo dejo. Porque quede claro cuándo siguen hablando, nada más.

-Bueno, ¿y qué pasa con Lucía Martínez?

-¿Qué pasa con ella?

-¿Fue a verla?

-¿Que si fui a verla?

Rawlings pone cara de no creerse que Tom le esté dando largas.

-¿Qué? Venga ya. Con todo lo que le insistí. Si se moría usted de ganas…

A Tom se le escapa una sonrisa grande, forzada, mientras intenta mirar hacia otro lado.

-Aaaaah. Pillado. Sí que fue a verla. Cuente, cuente… ¿Se puede contar?

-Su Compota. Y la Tarta de usted, con tenedor grande y cuchillo grande –dice el camarero.

-Justo como a mí me gusta.

-Que lo disfruten.

-Gracias –termina Tom. Y mete la cuchara en el cuenco de la Compota. Haciéndose el loco, para pasmo de su compañero.

-No me lo puedo creer –resopla el becario, fingiendo indignación. Un poco, al menos.

Pero lo que suele ocurrir con los postres es que se acaban; por lo general, más pronto que tarde. Y allí ya no hay donde esconderse.

-Me enseñó sus dibujos –confiesa Tom.

-Ahí va –sigue jugando el becario, como si le escandalizara oírlo.

-Es buena.

-Ya lo dijo Fuentes –remata el otro. –Y ahora, ¿qué hacemos con ella?

Tom suspira, la vista perdida en el cuenco vacío.

-Nada. Lo que hemos dicho. Seguimos el plan.

-¿Y ya está?

-Cuando acabemos esta tarde, la verdad es que había pensado acercarme al Taller de Arte de los Stern.

Rawlings intenta hacer memoria.

-¿Los Stern son…?

-Le enseñaron. Creo que ha impartido algunas clases allí… Tengo la dirección.

El muchacho asiente.

-Quiere saber.

Tom se encoge de hombros.

-La nota está puesta ya. Siento curiosidad, eso es todo. Y eran amigos de Fuentes. Sospecho que…

-¿Qué?

-No importa.

Tom le hace una seña al camarero para que le traiga la cuenta.

-¿Puedo ir?

-¿Mmm?

-¿Puedo acompañarle? Lo quiera o no, yo también soy parte de este pequeño drama…

-No sé yo –dice Tom.

-Qué barbaridad, qué falta de consideración para con uno… -se hace el dolido el otro.

De vuelta en el pequeño despacho de Tom en el Liceo, se ponen en marcha. El tiempo tira noble y callado del trabajo que tenían planeado hacer. Para cuando Lou el bedel de día mira el reloj a ver si llega la hora de marchar, Tom y el becario se asoman a la puerta de su cubículo.

-Nos vamos, Lou.

-Ah… ¿Ya han acabado con eso de las carpetas?

-Sí –dice Tom. Y, quizá por el hecho de pararse a reconocerlo, siente un ligero subidoncillo de euforia.

-Muy bien. ¿Quiere que me pase mañana a recogerlas? No me cuesta nada. Agarro la cuerda y el transportín y…

Tom y el becario se miran. Librarse de las carpetas…

-Claro. Sí, Lou. Por favor. Muchas gracias.

-Pues cuente con ello –dice Lou, mandando de viaje el cigarro inextinguible a la otra punta de la boca con un experto meneo de lengua, zas.

-¿No ha venido Lou aún?

Lou vuelve a mirar el reloj. ¿Por qué miramos el reloj incluso cuando sabemos qué hora es o cuánto falta para algo…?

-Cosa de diez minutos. Hasta mañana, profes.

-Hasta mañana, Lou.

-Adiós, Lou.

Tom y Rawlings tienen una breve discusión acerca de si coger el metro o el tren elevado para ir al taller de los Stern en Windborough. Cosa de medio minuto. Esas cosas son importantes en una ciudad grande.

Las paradas pasan rapidísimas, una tras otra. La gente se sube y se baja. El tiempo se desliza, discreto. El mundo avanza hacia el futuro sin que lo notemos… O lo notemos demasiado, al menos. No tanto como para tomar cartas en el asunto.

El Taller de Arte Stern se halla en un primer sótano con ventanales alargados que rasan a la altura de la acera. Hay un cartel, desde luego. Y unas escaleras que bajan de frente hasta la entrada. Es media tarde y las amplias puertas no están cerradas con llave.

-¿Hola?

A primera vista, es un local muy grande repartido en varios espacios. Nada más entrar, a su izquierda se ve una sala abierta con las luces encendidas. Una mujer con una bata blanca (llena de ecos diluidos de salpicaduras de pintura de muchos colores) supervisa los trabajos de un puñado de chicos sentados en un círculo de sillas alrededor de una mesita sobre la que han colocado unos cuantos objetos. Dibujo de bodegón. Una cesta, unas frutas, un par de tazas, una jarra de cristal.

Tom sonríe. La jarra de cristal es la prueba de cuánto ves y cuánto sabes representar…

La mujer al cargo del taller los ve y se les acerca.

-Buenas tardes, ¿es usted quizá la señora Stern…?

Ella asiente, mirando al uno y al otro. “Menos mal que el moratón del ojo de Rawlings ha desaparecido por completo”, piensa Tom.

Un hombrecillo menudo se asoma también a la habitación. Es

Julius Stern.

-Queríamos hablar con ustedes sobre Lucía Martínez.

-¿Lucía? Está ahí adentro, trabajando en su cuadro…

El becario se gira hacia Tom con una enorme sonrisa de felicidad surcando su rostro.

Stern se fija en Tom, como si le sonase su cara.

-Eh, yo a usted lo conozco. Usted estaba…

-…En el entierro de Fuentes. Me alegro de conocerle, señor Stern –dice Tom, extendiendo su mano.

El pintor se la estrecha a gusto. También al becario, que se apunta a lo que salga.

Mabel Stern empuja con delicadeza a su marido.

-Julius, que tengo una clase de dibujo en marcha.

-¿Mmm? Ah. Claro. Perdonad –dice al grupo de chicos. Ninguno le contesta. Están todos tratando de resolver el bodegón. De alguna manera. Como sea.

Stern mira a Tom y a Rawlings. Le pone una mano en la espalda a Tom y trata de guiarlo fuera del aula de dibujo.

-Acompáñenme, por favor, señor…

-Shyrup. Tom Shyrup.

-Del Liceo Longbridge, ¿verdad?

-Eso es –dice Tom. –Mi becario, el señor Rawlings.

-Es un placer.

-Lo mismo digo –contesta el muchacho, que parece estar pasándoselo en grande.

Stern sigue tratando de hacerles avanzar por el pasillo del sótano, iluminado con fluorescentes. Las paredes están llenas de láminas y pósters y cuadros en un ejercicio de *horror vacui*. Tom coge del brazo a Stern, intentando retenerlo aunque sólo sea un momento.

-Leímos la carta de recomendación de ustedes.

Stern se para.

-¿Para la solicitud de ese empleo en el Liceo? Por Lucía, encantados.

Tom asiente, como si estuviese de acuerdo.

-También había una del señor Fuentes. Entiendo que eran ustedes amigos…

-Desde hace muchos años. Pobre Emilio… -cabecea Stern, disgustado.

Los tres hombres se quedan en silencio por respeto al viejo catedrático.

En ese momento, Lucy se asoma al pasillo desde uno de los espacios del fondo del sótano.

-¿Julius? Me ha parecido… ¡Tom Shyrup!

Tom le dedica una sonrisa dulce.

-Lucy. Encantado de volver a verla.

-¿Qué hace aquí?

-He querido acercarme a conocer a los Stern, sabiendo que eran amigos del señor Fuentes.

-Entiendo –dice ella. Va de faena, como los dueños de la academia… Entonces, Tom se da cuenta de que alguien le tira discretamente de la manga de la americana.

-Ah. El señor Rawlings, mi ayudante –dice, señalando al becario.

-Señor Rawlings…

-Señorita Martínez. Dice el profesor que le encantaron sus cuadernos de dibujo –dice alegre el becario. Tom intenta asestarle un codazo estilo Sophie, pero falla y lo único que consigue es perder pie durante medio segundo.

-Nos encantaría ver ese cuadro –le asegura.

-Oh, bueno… Claro. Pasen por aquí.

-Gracias. Oh, señor Stern…

-Detrás de usted, señor Shyrup –dice Stern. También le cede el paso al muchacho.

-Me han hecho un encargo, un cuadro grande para una pared grande –les explica Lucy. –Para el jueves. O el miércoles por la tarde, si les entra la prisa por colgarlo antes… Y no tenía tanto sitio en el piso, así que les he pedido a Mabel y Julius que me dejaran este cuarto durante un par de días…

Cuando Tom entra en aquel rincón del vasto sótano, se queda sin habla.

Apoyados en la pared principal hay un bastidor con lienzo grande, sumando una superficie de unos tres metros y medio de largo por otros dos de alto. Y está claro que Lucy le está dando una base de color blanco sobre la que trabajar…

…Pero otra de las paredes de la estancia está cubierta con estudios de lo que quiera que piense hacer Lucy.

Tom se acerca para verlos mejor.

Montones de hojas de papel pequeñas, pruebas hechas con barras de pintura al pastel.

-Creía que no le gustaba mucho usar el pastel –murmura Tom, medio para sí mismo, medio para Lucy.

-La verdad es que no, pero necesitaba una herramienta blanda y rápida con colores muy concretos para probar a ver cómo quedaba cada intento y…

-Entiendo –se le cierra la voz a Tom.

"¿Qué está intentando hacer?", piensa. Es tan extraño…

Hay láminas que recuerdan estudios lineales de cuadros de viejos artistas; apenas parte de las siluetas de las figuras y casi nada

del fondo…

Y sobre eso, ha ido probando. Un fondo blanco con fragmentos de líneas difuminadas de colores oscuros, muy oscuros: un marrón, un violeta, negro intenso.

Varios intentos. Combinando líneas y pequeñas manchas. Combinando colores, pero con una clara intención…

-Debió quedarse usted a comer ayer con nosotros, Tom. Mi tía Eulalia preparó un cocido completo sencillamente delicioso.

-¿Cómo…?

-…Y, de postre, nos sacó una tarta. Cubierta de nata y con largas tiradas curvas de chocolate espeso cruzándola...

Tom sigue la evolución de los bocetos, uno tras otro, hasta su inevitable conclusión. El becario, fascinado, se pone a su lado para verlos bien.

"Madre mía", piensa Tom.

-Ha resuelto el problema fijándose en un postre –se le escapa.

-En la vida –le corrige Rawlings. Y, volviéndose hacia Lucy: -Es una imagen extraordinaria, señorita Martínez.

-Oh, no sé. ¿Tom…?

El profesor de Arte quita el clavillo con el que Lucy ha sujetado el estudio definitivo en la corchera de la pared de aquel estudio improvisado en el sótano de los Stern. Se vuelve y lo pone delante de los enorme lienzos pintados de blanco y trata de hacerse una idea de cómo quedará una vez terminado.

-Parece una buena idea.

Lucy se muerde los labios. Esperaba algo más… No; algo mejor.

-En fin. Debo seguir trabajando –dice, cogiendo el boceto de manos de Tom.

-Sí, claro. Lo entiendo.

-¿Puedo venir el miércoles, a ver cómo ha quedando…? –dice el becario, sin disimular la ilusión en su voz.

-Me encantaría, señor…

-Rawlings.

-Me encantará tenerle aquí. ¿Le parece bien, Julius?

-Venga cuando quiera –dice Stern.

-Debemos irnos –dice Tom. –Gracias, señor Stern. Lucy…

-Adiós, Tom.

Ya en la calle, Tom y Rawlings caminan de vuelta a la boca de metro. No llevan una manzana cuando el becario rompe el silencio.

-Esa mujer… Esa pintura.

-¿Sí?

-No se parece a nada que haya visto antes.

Y ya no dicen nada más durante un buen rato. Para cuando se

dan cuenta, están de vuelta en la salida de la estación de la plaza del Ayuntamiento.

-Hasta mañana, profe.

-Hasta mañana, amigo mío.

Tom se siente perdido. No sabe cómo reaccionar ante la pintura de Lucy o la admiración de Rawlings por ella.

Sin darse cuenta, se encamina hacia la calle 12 Sur y la sombrerería de Benson. La tarde pierde luz en lo alto. Y, como una visión cumplida, cuando llega allí se aproxima a curiosear el escaparate y ve a Sophie, más guapa y elegante que nunca, atendiendo a un matrimonio.

En ese momento se da cuenta de cuánto la echa de menos. Pero teme quedarse allí. Teme una mala reacción si la encuentra cansada o de mal humor. Teme…

Teme que lo vea allí.

Y sí, Sophie se gira y lo ve: un atisbo fugaz de un hombre triste y vencido, dándole la espalda y marchándose.

22.

-Ni se ha molestado en esperarme –les dice una dolida Sophie a sus hermanas mientras se quita la chaqueta y la cuelga en un perchero, al que corona con su bonete.

-Eso es que le das miedo –se ríe Millie, sentada en el borde de la cama.

Gertie, la mayor, fuma y calla apoyada en una de las jambas de la puerta abierta del cuarto de Sophie.

-Podía haber entrado. Al menos, decir "Hola". Podía haberme esperado fuera si no quería hablar con Benson…

-Podía haber dado la cara estos días –cizaña Millie. El señor Fido Primero, merodeando a sus pies, ladra nervioso su apoyo.

-Pero no. Ni sábado, ni domingo. Y lo de hoy…

Gertie se tiene que morder la lengua para no recordarle a su querida hermanita que el sábado se marchó fuera todo el día, loca por eludir a Tom. Y que le dejaron a ella el anillo para devolvérselo y quitárselo de encima si a Tom se le ocurría aparecer por *chez* Blaine.

-¿Cuándo vas a volver a salir con ese tipo? El del Café de Río –se interesa Millie.

-¿Dimas? Algo dijo de si el fin de semana…

-¿El que viene?

Sophie se impacienta con Millie.

-Qué tonterías tienes, pues claro. No va a ser el que ya se ha pasado.

Gertie no puede más.

-Y te lo estás pensando.

-Vaya. Vaya. ¿A ti qué te importa? -se revuelve Sophie.

Ladra Mr. Fido Primero y vuelve a ladrar y luego se queda gruñendo. Un gruñido bajo, sostenido, a la expectativa.

-Cállate, Mr.Fido –le replica Sophie, malhumorada. Se vuelve hacia su hermana mayor. -Como si a Tom le importara mucho lo nuestro. No pone nada de su parte…

-Fue a ver aquella casa en la obra –dice Gertie.

-No parece que le importe cómo pagarla –dice Sophie, desdeñosa. –No va a luchar por ese puesto de catedrático. Cogí el trabajo de la sombrerería para hacérselo entender, pero ni aún así.

Gertie sopla una bocanada de humo.

-Él ya tiene un trabajo. ¿No decías que ha estado echando más horas estas semanas?

-Haciendo recados –replica Sophie, con todo el desprecio del que es capaz.

Gertie pone los ojos como platos.

-Wow. Y eso lo dice la vendedora de sombreros…

Sophie explota.

-¡Cállate! Cállate ya, ¡no tienes derecho! ¡No haces más que ladrar, como Mr. Fido Primero!

Blanche Blaine se asoma al hueco de la escalera, alarmada por las voces de Sophie.

-¡Niñas! Pero ¿qué está pasando allá arriba…?

-Nada, mamá. Tu hija, que se cree demasiado buena para su novio –dice Gertie en alto, mirando desafiante a Sophie.

-Estúpida. Desgraciada. Inútil. Vete a hacer señales de humo al tejado… -se le encara la otra.

Gertie le sostiene la mirada un poco más y luego niega con la cabeza, suspira y se queda mirando el cigarrillo.

-Si sirvieran para algo…

Se da la vuelta, ve el pequeño cenicero en la mesita apoyada en la pared del pasillo de arriba de la casa, justo a su lado, y apaga el cigarrillo con saña.

-Eres una rara. Por eso no te quiere nadie…

Gertie baja las escaleras sin volverse.

-Lo que tú digas, reina de las rabietas.

Oye el portazo de Sophie. Resopla, paciente. Al pasar junto a su madre, le pone la mano unos momentos en la mejilla, comprensiva. Luego la deja, negando con la cabeza, y se va al saloncito a rebuscar entre sus discos.

La mañana del martes pasa tranquila en el Liceo Longbridge.

De camino a otra clase, siguiendo a su becario, Tom ve a Dunham y Stansfield charlando en voz baja en el pasillo. Les da los buenos días y ellos, con cortesía, le devuelven el saludo. Un rato más tarde, Tom se fija en lo poco que queda por ver de los libros. "Normal. Abril va avanzando…"

Tom procura volcarse en su labor en las aulas. Allí, entre perorata y perorata sobre los logros de los grandes artistas de la historia, el cansancio le pesa menos.

Al final de la mañana, Tom baja a preguntarle a Lou, el bedel de día, cuándo puede pasarse a recoger las carpetas revisadas con el transportín.

-¿Va usted a quedarse esta tarde?

-Sí. Tengo que terminar ese informe…

-Pues, si le parece bien, me acercaré después del almuerzo.

-Gracias, Lou. Ah. ¡Prudence! ¡Señorita Ogilvy!

La administrativa, de vuelta a su puesto tras el mostrador de Secretaría, se detiene un momento.

-¿Sí, señor Shyrup…?

Tom se acerca deprisa a ella.

-Verá, debo redactar ese informe para la Junta. Ya sabe, lo del puesto del maestro de taller de pintura…

-Entiendo.

-Me preguntaba si puedo usar su máquina de escribir. Me quedaré esta tarde para que no le suponga una molestia…

La señorita Ogilvy parece pensárselo un momento.

-Por mí bien… Pero no es necesario. Hay una vieja Remington debajo del mostrador. Funciona bien. La uso a veces, cuando toca llevar al taller la máquina que uso todos los días.

A Tom no se le ocurre cómo puede estropearse una máquina de escribir, ahora que se para a pensarlo. Pero los talleres de reparaciones para máquinas de escribir existen, así que…

-Puede cogerla ahora, si quiere, y llevársela a su despacho. Imagino que allí se encontrará más cómodo.

-Es una idea excelente. Gracias, señorita Ogilvy.

-El timbre que indica el fin de línea suena un poco fuerte para mi gusto. Pero, aparte de eso, le servirá.

-Estoy seguro. ¿Puedo…?

-Claro. Mire, ahí la tiene… ¡Lou! ¡Lou!

Tom saca la máquina. Vaya, cómo pesa esa cosa.

-¿Sí, señorita Ogilvy?

-¿Puede acompañar al señor Shyrup en el montacargas?

-Ahora mismo.

"Es divertido", piensa Tom, mientras sube en el montacargas. "Es como aquella vez que fui de visita a Nueva York y me dio por subir al Empire State a disfrutar de las vistas. Bueno, con este peso en las manos, no sea que se me lleve el aire. Anda. Empiezo a pensar como Rawlings…"

El montacargas para sin demasiada brusquedad. Lou abre la salida y le cede el paso a Tom.

-Cuando termine con esa máquina, dígamelo. Que yo recuerde, pesa más o menos como la bola de presidiario de mi tío Melvin. Ya se la devolveré yo a la señorita Ogilvy.

-Lou, es usted nuestro ángel de la guarda –dice Tom, agradecido de corazón.

-Uno con gorra y horario de nueve a cinco… -le oye replicar alegre mientras cierra la caja del montacargas.

Dejar la máquina en el pequeño despacho de la cuarta planta no es tarea fácil. Tom intenta apoyar la máquina contra la puerta y sostenerla un poco con una pierna para sacar las llaves, pero cuando se empieza a meter la mano en el bolsillo la máquina, mal equilibrada, se inclina más de la cuenta y está a punto de írsele al suelo. Todo ocurre muy, muy rápido. El carro se va de lado, el timbre suena con un "Ping" tremendo y Tom, por instinto, se aprieta bruscamente

contra la puerta. Eso es algo que jamás le recomendará a usted su médico. Dolido, termina de sacar la mano del bolsillo como buenamente puede y vuelve a sujetar con fuerza la máquina antes de separarse con muuuuuucha precaución de la puerta. Visto lo visto, se agacha despacio y deja la máquina en el suelo del pasillo. Luego, se agacha otra vez y centra el carro desplazado.

Suspira.

Saca las llaves, abre la puerta, echa un vistazo. No queda más remedio que despejar un poco el escritorio…

El ventanal está abierto. Mientras aparta a un lado cuadernos y papeles varios, la puerta se cierra dando un portazo de campeonato.

Algunos papeles se caen al suelo. Tom los deja en la mesa.

Un soplo de aire vuelve a tirarlos.

Tom los vuelve a recoger y los deja a un lado. Luego lo piensa mejor y les pone unos libros encima.

Como ya parece todo en orden, abre la puerta y sale al pasillo a recoger la máquina. Cuando se agacha para recogerla, la puerta se vuelve a cerrar de golpe. El susto casi le hace soltar la máquina, que le pilla los dedos contra el suelo. No hay Ping del fin del mundo, pero lo hubiera preferido.

Tom deja otra vez la máquina en el suelo junto a la puerta. Se sopla los dedos. Abre, entra y cierra. Le da un empujoncito para asegurarse de que la ha cerrado. Y luego otro y otro más fuerte. Antes de volverse para ir a cerrar la cristalera, se queda mirando la puerta con desconfianza.

-Hum –le espeta, al más puro estilo Dunham.

Se acerca al ventanal y lo cierra. Corre los largos visillos. Bien. Se queda allí un momento, como desafiándolo a que se abra… Pero no. Todo, todo bien. Ventana cerrada y escritorio despejado. Ahora todo saldrá como debe…

Tom abre la puerta del despacho. Cuando mira al suelo, la máquina de escribir ha desaparecido.

Mira a un lado del pasillo. Mira al otro. No ve a nadie. Se acerca a las escaleras que quedan a su derecha.

-¿Rawlings?

-¿Profesor? –dice el becario, casi desde el rellano de la primera planta. -¡Alguien nos ha dejado una máquina de escribir en la puerta del despacho!

-¿En serio?

-Y parece que no, pero pesa lo suyo –dice el muchacho, vuelta a tirar escaleras arriba.

-Ya.

El profesor de Arte espera a que su becario llegue al último tramo de escalones. Después, despacio y con valor, como Lewis y

Clark hacia el oeste desconocido, se dirigen al despacho, ignorantes de a qué pruebas los querrá someter a continuación el Destino.

No debería ser algo complicado: el plan es volver a Barney's para su último almuerzo juntos. Una vez que consigan dejar la máquina de escribir en el despacho, si es que se deja. A ver. Puerta, llave, girar, clic-clac…

Sin hacer ni un comentario –no sea que se tuerza la suerte- Tom y Rawlings vuelven a bajar los cuatro pisos de rigor. Y aún nos preguntamos por qué nuestros abuelos estaban en tan buena forma.

Y salen, claro, ante la entrada a Secretaría y el despacho de Dirección.

McRae está allí, despidiéndose de un par de caballeros.

-¡Shyrup! Realmente tiene el don de la oportunidad, muchacho. ¿Me permite presentarle a los señores Payne y Parnell Malloy…?

A Tom, con todo lo que ha pasado estos últimos días, el cansancio del final de la mañana y la guinda de la aventura con la vieja máquina de escribir, esto le pilla con la guardia baja.

-Ah, *les frères parisiens! Comment allez-vous, messieurs…?* –dice mientras le ofrece la mano a uno de ellos y luego al otro.

-En realidad, somos de Albany –replica Parnell Malloy, algo descolocado.

-¡No me diga!

-Shyrup, siempre me sorprende. Esa facilidad para los idiomas… -dice McRae.

"En realidad, no. Ahora mismo, tengo el francés en los talones. Y se nota. En fin…"

-¿Y cómo ustedes por aquí? –les dice Tom, con algo más de entusiasmo de lo que pide la situación.

-Sólo nos hemos pasado a saludar al señor McRae…

-¿No es estupendo? Oh, esperen. ¡Drake! ¡Drake!

Dimas Drake acaba de bajar la escalinata. Mira hacia el grupo, sin saber muy bien de qué va todo aquello.

-Señor McRae. Shyrup –les saluda, llevándose la mano al ala del sombrero nuevo de diario, que lleva puesto algo levantado sobre la frente.

-Permíteme que te presente a los señores Payne y Parnell Malloy. El señor Dimas Drake, profesor de Arte aquí, en el Liceo…

Hay un intercambio de saludos inseguros entre ellos.

-Encantado de conocerles, señores –dice Tom, levantando la mano a modo de saludo y saliendo del edificio.

-Woah, profe –le dice el becario, apretando el paso para no perderlo. –Los ha dejado usted con un palmo de narices.

Tom se detiene en seco. Mira al muchacho. Se encoge de

hombros y sigue caminando.

-No sé usted, Rawlings, pero yo tengo hambre.

-Barney's está hacia ese otro lado.

-Rayos, tiene razón. Vamos para allá.

En medio del bullicio del local, lo cierto es que en Barney's se come con tranquilidad.

-Por el final del trabajo –propone Tom levantando su vaso.

-Amén a eso –dice el muchacho, tocándolo con el suyo.

Y beben.

-Han sido un par de semanas de locura…

-Más de dos semanas.

-Es que intento no pensar demasiado en ello.

-¿Postre, señores?

-¿Queda tarta de manzana de la de ayer? –pregunta Rawlings.

-No, señor –dice sorprendido el camarero. –Hoy tenemos una tarta nueva…

-Pues nada, ya sabe usted cómo me gusta…

-Y un helado para mí, gracias –termina Tom, conciliador.

Vuelven contentos (es lo que tiene ir bien comidos) al trabajo. Saludan a Lou el bedel de día, se despiden de la señorita Ogilvy y tiran escaleras arriba. En su despacho de la cuarta planta les espera en silencio una máquina de escribir de metal pintado de verde, grave como ella sola.

Tom se asegura de cerrar la puerta. Sin ruido.

-Hora de ponerse serios –dice Rawlings.

-Acabemos con esto.

Tom se sienta ante la máquina de escribir y mete una hoja en blanco en el rodillo.

-¿Dónde está ese borrador que hicimos ayer…?

Las teclas de la máquina de escribir repiquetean deprisa sobre el papel. Para sorpresa del muchacho, Tom sabe escribir a máquina.

-Empiece a darme nombres y números. No se deje nada.

Rawlings dicta. Y Tom apunta todo mientras, en su imaginación, recuerda las caras de los solicitantes para el puesto de maestro del taller de pintura. Le vienen una a una, con la mención del nombre completo haciendo eco apenas un segundo después de que se lo diga el becario y, a veces, medio segundo antes.

Perdidos en el hacer del informe, Tom y Rawlings se desentienden del reloj, su tictac apenas una molestia leve bajo la tormenta del ruido de las teclas de la máquina de escribir acribillando el papel a impresiones de tinta violácea, haciendo avanzar cada línea, tejiendo los párrafos; sacando la hoja y dándole la vuelta cuando llega el momento. Fuera, el viento va trayendo algunas nubes rotas, medio blancas medio grises. Quizá una advertencia. Pero, en el fragor de la

redacción, ellos no la advierten.

Tras unos cuarenta minutos, Tom cierra el escrito.

"A los efectos que deba tener. En Stain Harbour, a 26 de abril de 1957, el profesor encargado de la revisión, Tom Shyrup."

Tom resiste la tentación de sacar la hoja del rodillo dándole un tirón. En su lugar, gira las ruedas de los lados. Con cuidado. Un anticlímax.

-Ya está –musita el becario.

-Todavía no.

Tom destapa una pluma y firma el documento con un par de trazos largos y amplios.

-Ahora sí.

El becario coge la hoja y la lee en silencio.

-Es impresionante –dice cuando acaba. Luego deja la hoja del informe sobre el escritorio.

Se quedan callados medio minuto. Por fin, Tom coge la hoja y la guarda en el cajón de arriba del escritorio.

-¿Cuándo se lo va a dar a McRae?

-Me lo pidió para el viernes, pero no tengo ningún deseo de esperar tanto. Se la daré mañana por la mañana.

El muchacho asiente mirando al suelo.

-¿Vendrá usted mañana al taller de los Stern a ver qué ha hecho la señorita Martínez?

Tom suspira.

-No creo, Rawlings. Me temo que ayer no supe estar a la altura…

-Es un buen cuadro. Lo que quiero decir es que la idea era buena.

-Estoy seguro de ello. Es sólo…

-¿Qué?

Un instante de duda.

-Nada. –Tom se levanta. -¿Nos vamos?

Unos minutos después, no queda nada de su calor en el despacho.

23.

Tras la última clase de la mañana del miércoles, Tom llama a la puerta del despacho de Dirección.

-¿Se puede?

-¡Ah, Shyrup! Es usted… -dice McRae.

-Traigo el informe para la Junta.

-¡Excelente, excelente! Pase y tome asiento, ¿quiere?

Tom se acerca y se sienta en una de las sillas frente al escritorio del director.

-Deme un momento…

McRae termina de leer lo que tiene encima de la mesa, lo dobla y lo deja en una bandeja que tiene a su derecha. Entonces mira al profesor de Arte y extiende la mano. Tom le pasa el informe. McRae le echa un vistazo rápido, primero una carilla y luego la otra.

-Todo parece en orden.

-Eso espero.

-Estupendo.

El director saca de un cajón una carpeta algo gastada con una etiqueta en la cubierta en la que escribió hace ya mucho tiempo "Junta de Gobierno" a pluma y con letra cuidada. La abre, mete dentro el informe de Tom y vuelve a guardarla en su sitio.

Después se levanta, va hasta la puerta y se asoma buscando a la administrativa.

-Señorita Ogilvy…

-¿Sí, señor director?

-Estoy reunido. Diez minutos.

-Por supuesto, señor.

McRae cierra la puerta del despacho y se sienta en su sillón, acercándolo a la mesa. Luego apoya en ésta los codos y entrelaza los dedos de las manos, mirando al profesor de Arte.

-Tengo noticias para usted.

Eso no se lo esperaba Tom.

-Verá, ayer la Junta se reunió en sesión extraordinaria y con carácter de urgencia. Había que resolver un par de asuntos. Está eso del intercambio con la Academia Watterson, en Poet City. Está… No estoy seguro ahora mismo del estado. En el área de los Grandes Lagos. Creo que se lo mencioné a usted hace unas semanas…

"¿…En el cementerio, tras el entierro de Fuentes, quizá?" quiere recordar Tom. Y, de repente, tiene la impresión de que algo va terriblemente mal…

-…Para los meses de mayo y junio. Aquí en el Liceo tendremos el placer de recibir al señor –McRae coge una carta que tiene abierta

encima del escritorio- Alvin Thaddeus Jameson, al parecer un experto en arte helenístico y renacentista. Son sus dos grandes pasiones, tengo apuntado. Actuará como profesor visitante en el día a día hasta final de curso. Habrá un acto de bienvenida la semana que viene…

"Ay, ay, ay…"

-…Y, por nuestra parte, la Junta lo eligió a usted, Thomas Goodwin Shyrup, para representar a nuestro amado Liceo. No podemos enviarles a Fuentes, como se acordó en su día, pero les mandamos a su protegido. No se apure. Muéstrese tan comedido y encantador como es su costumbre; con eso será suficiente.

-Pero ¿mayo y junio? ¿Mayo? Eso está a la vuelta de la esquina…

-Sale usted del Outloop, el aeropuerto de Stain Harbour, el próximo viernes a las siete de la tarde.

Tom se queda petrificado.

-Por lo que se acordó con la señora Blackwell, a estas alturas de la mañana ya habrán emitido y puesto a su nombre los billetes de ida y vuelta en un sobre. Para que los recoja en el mostrador de la aerolínea antes de embarcar…

-No, no, no, no. Señor director, no puedo hacer esto.

McRae pone cara de enojo ante la interrupción.

-¿Qué intenta decirme?

Tom se coge las manos, nervioso.

-Verá, señor, ahora mismo me pilla en un momento muy malo. Quiero decir, con mi prometida…

McRae resopla, disgustado.

-Le recuerdo, Shyrup, que la cláusula decimonovena de su contrato deja muy claro que queda en manos de la dirección del centro la función de asignarle sus funciones y designar los espacios en los que desarrollará las mismas. Sencillamente, podemos mandarle a usted de viaje si nos parece que eso sirve a los mejores intereses de nuestro centro de enseñanza.

-Pero…

-Su negativa, en especial en un asunto delicado como éste en que podría dejar en entredicho la buena reputación del Liceo, podría considerarse motivo suficiente para despedirle.

Tom se frota la nuca, intentando pensar deprisa.

-¿Qué va a ser, Shyrup?

Pero no ve salida.

-Tengo que ir a ese sitio, entonces. Poet City. Un par de meses.

-Eso está mejor –dice el director, mascando las palabras.

Tom se hunde en la silla, vencido. McRae sigue hablando, pero él ya no escucha…

-…Madison, el albacea de la Junta, quedó en que enviaría un

telegrama a los de Watterson esta misma mañana hablando de usted y de ese trabajo que publicó hace un par de años, en aquella revista…

-Tengo dos días –se da cuenta Tom.

McRae calla, sorprendido.

-Tengo dos días para… No sé, hacer un plan con las clases del mes de mayo. Preparar unos exámenes para fin de curso. Dios mío, tengo que escribir el informe de Rawlings… ¿Quién va a dar mis clases?

-La mayoría el señor Jameson, claro está. Tengo entendido que es un orador notable. Y el resto entre Stansfield y Brown. La señorita Ogilvy se encargará de pasarles sus nuevos horarios. Creo que deberá usted quedarse un par de tardes más a terminar esas tareas que mencionaba hace un momento. Arréglelo con los Lous.

McRae se levanta.

–Creo que eso es todo. Buenos días, Shyrup.

Tom sale del despacho.

Rawlings, que lo estaba esperando en el hall del edificio, se da cuenta de que algo ha ido mal.

-¿Qué ha dicho McRae? ¿No le ha gustado el informe?

-Se lo ha guardado para pasárselo a la Junta…

-¿Cómo, ni siquiera le ha echado un vistazo?

Suenan los goznes de la puerta principal.

-No, él…

-Tom.

Es Sophie, seria. Con Gertie detrás suyo.

Rawlings se gira y mira a las dos mujeres sin saber qué está ocurriendo.

-No te he visto salir y he pensado… -dice Sophie. Luego se quita el anillo y se lo tiende a Tom.

Es como una pesadilla. Tom extiende su mano y coge el anillo.

-¿Qué nos ha pasado?

-Debí darme cuenta antes. He esperado demasiado. Demasiado de ti. Demasiado tiempo.

-Sophie, yo…

-No tengo nada más que decirte.

Sophie se vuelve despacio, segura y fuerte, y sale por la puerta afuera.

-Lo siento, Tom. Lo siento muchísimo –dice Gertie, antes de seguir a su hermana. –Adiós.

-Gertie…

Tom se queda allí, de pie, mirando el anillo. Lou, el bedel de dia, se ha levantado de su silla y su cojín viejo y se ha quitado la gorra y se la ha apretado contra el pecho, sobrecogido por la escena. La señorita Ogilvy mira al profesor de Arte desde la entrada de

Secretaría, callada, la boca tapada con la mano izquierda y los ojos muy abiertos a punto de lágrima. Y Rawlings le pasa un brazo a Tom por el hombro y lo sacude, cariñoso.

-Vamos, profe. Hoy invito yo a comer.

24.

-¿Por qué no me acompaña esta tarde?

-¿Mmm? ¿A dónde?

-A Windborough. Al taller de los Stern. A ver cómo va el cuadro de Lucía Martínez.

-No sé, Rawlings. Creo que no.

El ruido de fondo del Barney's es tan vivo e imposible de entender como siempre; y por ello, incapaz de distraer a Tom de sus pesares.

-Va a ser algo digno de verse, eso seguro.

Tom diría que puede que sí, pero de entrada lo único que le sale es un jadeo cansino y un encogerse de hombros.

-Ahora mismo soy lo último que necesita Lucy.

El becario, atento, atrapa de paso y al vuelo la última palabra.

-Ésa es otra. Veo que se tutean, que la llama Lucy…

-Del día en que me estuvo enseñando sus dibujos –trata de zanjarlo Tom, una explicación lo bastante buena para cualquiera. Pero el becario se está lanzando…

-Dos amantes del Arte, un profesor y una pintora, disfrutando de unos dibujos. Comentando lo que más les gusta.

-Sí, bueno. Eso.

-Una cierta simpatía, por así decirlo.

-Déjelo ya, Rawlings.

-Solamente digo que se animaría un poco…

Tom saca el anillo de Sophie del bolsillo de su americana y lo planta sobre la mesa de golpe.

-Este aro dice que no. Ahora mismo no me voy a animar con nada. Ahora mismo…

Y, un poco más contenido:

-Ahora mismo lo que tengo que hacer es volver al Liceo y ponerme a ordenar el trabajo de los próximos dos meses en una tarde. Es lo que toca.

El becario mira por la cristalera del Barney's hacia la calle y aprieta una mueca alrededor de su boca cerrada.

-Pues ya estamos tardando.

A Tom le cuesta un instante digerir eso.

-Oh. No, no, no. No es necesario, amigo mío. Ya ha hecho más que bastante…

-No se esfuerce, profe. Como le dije, no voy a dejarle tirado con toda esta faena por hacer, mucho menos hoy. Y es mi última palabra.

-No me quedan fuerzas para discutir –dice Tom con una sonrisa

triste. -Gracias, Rawlings.

-Ni lo mencione. ¿Nos vamos?

-Claro, vámonos.

Al llegar al Liceo, Lou el bedel de día los está esperando.

-Si le parece, profesor, les acompaño ahora en el montacargas con el transportín y me bajo ya ese montón de carpetas para dejarlas aquí en Secretaría.

-Claro. Gracias, Lou.

-No es molestia.

Conque ahí van los tres hombres (y una cuerda larga y vieja y un transportín) hueco del montacargas arriba. Las luces y las sombras van alternándose sobre sus rostros de mirada perdida. Van callados por las circunstancias y sumidos en el sonido del motor del que se apartan y en el discreto frotar de los cables de los contrapesos al deslizarse a lo largo de las acanaladuras de las poleas.

Tom se da cuenta de que el habitual cigarro de Lou ha desaparecido como por algún hechizo inesperado. Pero decide no hablar de eso. Abre la puerta del despacho y la sujeta para facilitarles el paso a Lou y su transportín.

Poco les cuesta apilar las ciento doce carpetas y atarlas a conciencia sobre el transportín.

-Profesor, ¿quiere que suba luego a por la máquina de escribir? –dice el bedel.

-No, Lou. Gracias, pero la necesitaré mañana.

"Para escribir el informe sobre Rawlings. El que se ha ganado", piensa Tom.

-Cuando acabe, hágamelo saber.

-De acuerdo.

El bedel se marcha con su carga. El rodar del transportín se hace más grave pasillo adelante hasta que deja de oírse.

-Durante un momento, he pensado que iba a quedarse la carta de Fuentes… -"Y alguna foto", se calla el muchacho.

-Es de los Martínez. Podrán pasar a recoger su cartapacio en unos días.

Rawlings se quita la chaqueta y se remanga.

-Bien, profe. ¿Cómo hacemos esto?

Tom suelta un resoplido largo mientras intenta ordenar sus ideas.

-Cogemos los libros, vemos lo que queda por tratar con cada grupo y repartimos los contenidos en las semanas de aquí al final del mes de mayo.

-Vale. ¿Y con eso, ya estará?

-Tengo los exámenes del año pasado por ahí, en alguna parte… Espere. Sí, aquí están –dice Tom, sacando una carpeta azul oscuro. –

Al menos, son un punto de partida. Los leemos, nos apuntamos en un papel aparte las preguntas que nos valen, cambiamos las que queramos, ponemos algunas nuevas si nos parece adecuado y luego lo pasamos a limpio. Es el camino rápido…

-Pues vamos allá.

La tarde pasa. En el despacho, los dos profesores van sacando adelante la faena que tienen entre manos. Fuera, el viento va trayendo nubes al cielo de primavera.

Para cuando Tom y Rawlings acaban, Lou el guarda de noche ya se ha pasado a saludar.

-Entonces, ¿qué? ¿Se viene conmigo a Windborough?

Tom duda.

-¿No la va a ir a ver antes de irse al exilio?

-Creo que me iré a dar un paseo. Uno largo.

El becario se rinde.

-Como quiera.

Tom intenta arreglarlo, como si se pudiera…

-Salúdela y deséele buena suerte de mi parte…

-No va a ser lo mismo. Hasta mañana, profe.

Tom levanta la mano a modo de despedida.

-Adiós, muchacho.

"Voy a echarlo de menos."

Tom empieza a andar. En algún momento, se da cuenta de que en realidad enfila sus pasos hacia la 12 Sur, a la sombrerería de Benson.

"No tengo nada más que decirte". Las palabras de Lucy resuenan en su memoria. Junto con la impaciencia y los desencuentros y la mala suerte…

Tom busca en su bolsillo y toca el anillo rechazado. Sí, ahí está.

-Demasiadas pequeñas cosas –se le ocurre y vocaliza para él mismo. -La he perdido.

Se para un minuto, la vista en el suelo.

"¿Qué vas a hacer ahora con tu vida?", piensa. "Está claro, Shyrup. Vas a pasar una temporada en Poet City, la ciudad que mira al lago. Ni siquiera sé a qué lago. Gracias, señor McRae…"

Tom niega pesaroso con la cabeza y cambia de rumbo hacia el sur de Fairsay, donde la multitud y el tráfico puedan distraerle. Hacia Lydia's Heights y luego al parque…

25.

Tom no duerme casi nada esa noche. A eso de las siete y media de la mañana, sale a la calle y llama a casa de los Blaine desde el primer teléfono público que se encuentra.

Tiene suerte. O esa es su primera impresión, claro. Sophie coge el teléfono.

-¡Sophie! Por favor, Sophie, tenemos que hablar. Yo…

-No hay nada que hablar. No vuelvas a molestarme.

Y cuelga.

Más monedas. Vuelve a marcar el número de los Blaine.

-¡Sophie…!

-Tom, soy Gertie. ¿Estás bien…?

-¡Gertie! ¡Hola! Oye, por favor, pásame con Sophie…

Ella se toma un momento antes de contestar.

-No creo que sea una buena idea, Tom. Ya no esperaba que la llamaras y se ha enfadado…

-Por favor. Tenemos que hablar, tenemos que resolver esto…

Hay un ruido de voces detrás de Gertie.

-No sé, se ve furiosa de verdad. Me temo que no tiene arreglo. Y tú… Mira, tengo que colgar. Cuídate, Tom.

-¡Gertie, no...!

Y cuelga.

Tom rebusca en el bolsillo del pantalón y encuentra un par de monedas más. Ojalá sea suficiente…. Marca y espera.

-¡Sophie! ¡Escucha, por favor…!

-¿Shyrup? Soy Bufford Blaine.

-¡Señor Blaine! Por favor, ¿puede pedirle a Sophie que se ponga al teléfono medio minuto…?

-Mi hija le ha dejado muy clara su opinión, Shyrup –dice el padre de Sophie. –No nos moleste más.

-¡No lo entiende! Verá, para mí es lo más impor… -y oye cómo se interrumpe la línea. Le han colgado. Por tercera vez.

"No quiere que la llame. No tengo más monedas. Tengo que ir a clase…"

Tom encuentra un taxi y le da al conductor la dirección del hogar de los Blaine. Diez minutos después está allí.

Le abre Gertie.

-¡Tom! No, debes irte…

-¡Sophie! Por favor, habla conmigo…-le ruega Tom a través de la puerta entreabierta.

Pero le interrumpe un airado señor Blaine, que aparta a Gertie con pocas contemplaciones.

-¡Esto no puede ser! Lárguese, Shyrup. Y no vuelva a molestarnos ni a mí, ni a mi hija ni a nadie de mi familia. ¡O llamaré a la policía!

Detrás suyo, Blanche Blaine está llorando, asustada. Oye a Sophie increparle desde el interior de la casa y a Gertie tratar de calmarla.

Algo se rompe dentro de Tom.

-¡No quiero volver a verle por aquí! –dice Bufford Blaine, justo antes de cerrar la puerta de un portazo. Tom le oye seguir despotricando dentro de la casa, y a la madre de Sophie tartamudear algo, lastimera.

Tom se da la vuelta y se aleja unos pasos de la puerta de los Blaine. Se gira un momento al oír más voces discutiendo dentro de la casa. Niega con la cabeza y se aleja un poco más. Se mira los zapatos, pensando. Al fin, levanta la cabeza, echa un último vistazo al hogar de los Blaine y se marcha despacio.

Vaga un rato andando por la ciudad. Dolido, triste, confuso. Impotente.

Nota que tiene hambre. Entra en un bar. Pide un café y unas tortitas. Se lo toma. Paga. Con el cambio, le dan unas monedas. Casi tiene la tentación de cogerlas para llamar otra vez, pero de algún modo decide dejarlas como propina en el plato.

Sale a la calle. Empieza a notar otra vez la presencia de la gente. Gente hablando, gente de camino al trabajo, vendedores de periódicos.

Tom se da cuenta de que de verdad tiene que ir a clase.

Le cuesta un buen rato llegar al Liceo. McRae lo ve entrar por pura casualidad.

-¡Shyrup! ¿Ahora llega…? Señorita Ogilvy, ¿usted sabía algo de esto?

-No, señor –dice ella, inquieta por el aspecto de Tom. -¿Se encuentra bien, profesor?

-He pasado mala noche –dice Tom, un poco a regañadientes.

-Esto no puede ser –dice el director. -¿En qué aula tenía usted clase?

-Creo que en la 22.

McRae se lo queda mirando un momento, como si le resultara difícil de aceptar lo de “Creo que…”.

-Sígame.

Suben a la segunda planta. Cuando abren la puerta de la 22, se encuentran con Rawlings proyectando unas diapositivas al grupo.

-Como pueden ver, el trabajo de Brunelleschi… Oh. Buenos días, profesor. Señor director…

McRae se queda perplejo.

-Bueno, al menos todo parece estar bien. –Y volviéndose a Tom: -Shyrup, esto no puede repetirse.

-No, señor.

McRae lo mira de arriba a abajo, dubitativo.

-¿Y se ve usted en condiciones de retomar las clases, o…?

-Sí, señor. No se preocupe.

McRae se queda en el quicio de la puerta, a ver qué sucede a continuación.

Tom se acerca al becario, que le susurra algo al oído y le enseña un par de páginas de libro.

Y, como si no hubiera ocurrido nada de nada, Tom recoge el testigo de la explicación que estaba dando Rawlings y luego empieza a preguntar a los alumnos y a comentar sus respuestas.

Unos minutos después, McRae sale del aula y cierra la puerta. Para alivio de todos los presentes.

La mañana pasa sin más incidentes.

Después de la última clase, Tom baja a Secretaría.

-¡Señor Shyrup! Tom, ¿se encuentra bien? –le dice la señorita Ogilvy.

-Sí, Prudence. No se preocupe. Le traigo esto…

La administrativa coge el manojo de papeles.

-Es… Bueno, un poco de planificación para las próximas semanas. Y los exámenes para cada grupo… ¿Se lo podrá dar, por favor, a ese profesor que ocupará mi lugar?

-Jameson.

-Sí, a él. O… A Stansfield, o a quien sea.

-Claro. Espere, déjeme que lo guarde…

La señorita Ogilvy toma una hoja de cartulina y la dobla en dos, a guisa de carpeta. Luego escribe una nota en lo que ahora es la portada y mete los papeles de Tom dentro.

-Ya está. Por cierto, no le pregunté ayer. ¿Qué tal le fue con la Remington?

La cabeza de Tom tarda un segundo o dos en pillar el hilo.

-¡Ah! ¿La máquina de escribir…? Bien. Bien. El informe para la Junta… Ya se lo di a McRae. Pero tengo que hacer otro informe acerca de mi becario antes de marcharme. Por eso me he quedado la Remington, porque de momento….

La buena mujer asiente, comprensiva.

-Mire, me voy a comer –dice Tom. -A la vuelta, me pondré manos a la obra. Y… La verdad, no creo que me lleve mucho rato. Si está Lou todavía, ya le diré que la baje esta misma tarde, antes de irse.

-Gracias. Oiga…

-¿Sí?

-La vida… En fin, a veces nos hace esto. Y una no entiende

nada, pero…

-Gracias. Prefiero no… -y se echa un par de pasos atrás, retirándose del mostrador. Como para salir en cualquier momento.

-Todo irá bien. Ya lo verá –dice ella.

-Gracias. Tengo que irme. Luego la veo.

-Que coma usted bien –le desea la buena mujer, aunque ya no lo tiene delante. Y al momento, oye los goznes de la puerta de la calle.

La gente que acude a almorzar al Barney's los jueves hacen el mismo ruido de fondo que el resto de la semana.

-Hoy viene usted solo –dice el camarero, con esa forma de evitar una pregunta que ya usaban a la perfección los oráculos de la antigüedad.

-Sí, solo –dice Tom.

-Aquí tiene el menú de hoy, aquí tiene la carta. ¿Qué le traigo para beber?

-Una copa de cerveza, por favor.

-Marchando .

Rawlings ha protestado un poco cuando Tom lo ha mandado a casa con un "Ya vale de hacer horas gratis", pero ha acabado cediendo. A disgusto. Y no muy convencido.

-Al final, el que más se preocupa por mí es el becario –musita mientras coge la hoja del menú. Pero se arrepiente al instante: tanto la señorita Ogilvy como los Lous no han hecho más que ayudarle de buena gana todo esto tiempo.

"Debería sentirme agradecido por tener toda esta buena gente de mi parte", piensa.

Recuerda a Sophie y los Blaine (¿a que suena a banda de moda?) y un regusto amargo le viene a la boca. Pero entonces, se centra en Gertie y siente otra punzada de arrepentimiento más. Gertie, que se quedó atrás cuidando de Mr. Fido Primero y, ahora es evidente, de él mismo. Injusto meterla en el mismo saco…

-Su cerveza, caballero- dice el camarero, haciendo la entrega casi en vuelo rasante.

Gertie.

Sophie.

Tom le da un trago largo a su cerveza.

-Hala, Tom –se dice. -Échale un vistazo a la hoja del menú y pídete algo rico.

Más tarde, el camarero, sin preguntar, le trae de postre una ración de tarta de manzana. Una al estilo Rawlings, enorme como el cariño que le tenía su abuela. Tom se echa a reír a carcajadas: una risa fresca, liberadora.

-¿Le traigo algo más al señor?

-No, no. No es cuestión de tentar la suerte…

"Ya puedes dejarle una buena propina a este hombre", piensa.

Por la tarde, los dedos de Tom casi vuelan sobre el teclado de la vieja Remington. Aprendió a mecanografiar hace años, cuando aún estaba en la escuela secundaria.

-Es el futuro –le aseguraba su madre. Y él, obediente, hacía sus ejercicios.

El informe de Rawlings casi se escribe solo. "Buena disposición", "voluntarioso y muy trabajador", "dedicación indiscutible", "mucho interés", "un gran colaborador", "claramente atiende a su vocación…"

Tom ha hecho bastantes escritos en sus años como docente. Conoce el estilo de los papeles oficiales y le sale bien tanto ser minucioso como ir al grano. Ha metido dos hojas de papel en blanco en el rodillo de la máquina con un papel de calco de por medio. En poco rato, las saca de allí para firmarlas. Luego las guarda en el primer cajón. Tiene la intención de entregárselas a la señorita Ogilvy al día siguiente, casi *in extremis*. O sin casi. Tampoco es que le quede más tiempo…

"Pienso como un condenado a muerte", se le ocurre mientras se le dibuja una sonrisa tensa en el rostro.

Algo dentro de él lucha. "Tampoco será para tanto", tiene ganas de decir en alto.

Pero al momento recuerda a Sophie, furiosa con él esa misma mañana…

"Ay."

En esas cavilaciones se debate mientras baja las escaleras.

-Lou, le he dejado la máquina de escribir junto a la puerta del despacho.

-Ahora me acerco y la bajo –dice el bedel de día. –Hasta mañana, profesor.

Tom corre para llegar al banco. Saca un buen puñado de billetes. Luego se acerca a casa de su casero.

-¿Mr. Woods?

-Ah, joven. No le esperaba a usted hasta dentro de unos días. ¿Qué pasa, ha saltado alguna otra tubería…?

-No, no, señor. Verá, voy a estar fuera un par de meses.

-Vaya. –El casero, indeciso, calla un momento. -¿Quiere pasar y me lo cuenta…?

-No, para qué. No hay mucho que contar. Es por trabajo. Me envían a dar clase un par de meses a una academia en el área de los Grandes lagos.

El casero sabe que Tom es profesor de Arte. Bueno, Tom se lo dijo en su día, hace años. Lo que el hombre recuerde es otra historia.

El caso es que el casero le ofrece esa sonrisa suya de “Me faltan la mitad de los dientes” y le da la mano con entusiasmo.

-Hay que ver, es usted un hombre con suerte…

Tom prefiere no entrar ahí.

-Sí, bueno. Venía a pagarle esos meses. Bueno, este y los dos siguientes, si le parece bien. Por si acaso. Para no retrasarme. Como no voy a estar en Stain Harbour…

Un ligero brillo de codicia alegre reluce en los ojos del casero.

-Ya sabe que siempre le cobro a mes vencido y me da un poco de apuro cobrarle por adelantando. Pero si se va a sentir usted mejor…

-Lo prefiero, la verdad. –Tom le pasa un puñado de billetes. –Puede usted contarlo: abril, mayo y junio. Y, si no es mucha molestia, ¿sería tan amable de hacerme el recibo correspondiente…?

-Seguro –dice el casero mientras cuenta el dinero. –Deme un par de minutos…

El señor Woods tarda una eternidad en buscar primero el talón de los recibos, arrancar una hojita y luego encontrar un lápiz con la punta en condiciones para escribir los cuatro datos y firmar.

-Ese sitio debe de ser bonito en primavera, ¿no?

Tom se queda pasmado. Aquello ni se le había pasado por la cabeza.

-Imagino que sí.

-Pues nada, aquí tiene su recibo. Buen viaje, joven. Oiga, ¿se va con usted esa novia que tiene…? ¿Cómo se llamaba…?

Tom hace lo que puede por despedirse y salir de allí cuanto antes.

Enseguida está en la calle y buscando una boca de metro. Se asegura de qué número de línea necesita y coge el primer tren que pasa hacia Windborough.

No sabe cómo va a disculparse por su torpeza del otro día… Ni si le va a decir que se marcha. Pero aprieta el paso hacia el taller de arte de los Stern para preguntar por Lucy.

-No está aquí –le dice Mabel Stern. –Se ha marchado hace un rato en el camión de los transportistas. Los compradores han venido a verlo esta misma mañana y lo quieren en su casa cuanto antes... Esa gente tiene prisa, qué quiere que le diga.

-¿Qué tal ha quedado?

-Precioso. Espero que esos snobs le paguen un buen montón de billetes. Lo merece. Ayer estuvo ese ayudante de usted, el pelirrojo…

-Rawlings. Sí. Me ha dicho que se acercó.

-¡Un muchacho muy agradable!

-Sí, eso pienso yo también.

-¿Quiere usted la dirección de los compradores? Lucy la ha

apuntado antes en el cuaderno que está junto al teléfono. Quizá, si se da prisa, aún pueda encontrarla…

Tom duda.

-No sé, señora Stern. Me imagino que estará ocupada preparando el cuadro y lo único que haré allí es estorbar. ¿Sabe qué le digo? Ya la veré más adelante.

-Como a usted le parezca…

-Gracias de todos modos.

Las cosas no siempre salen como uno quiere.

Tom coge el metro de vuelta a Fairsay. Cena algo por ahí y después de un paseo para aprovechar la última hora de luz de la tarde, se va a su pequeño reducto en Quincy's Place.

Una vez en casa, baja las dos maletas viejas que tiene en lo alto del armario y se pone a preparar el equipaje. Camisas, calcetines, alguna corbata, cepillo de dientes y navaja de afeitar… La lista se hace más larga de lo que esperaba en un principio.

Cuando cree que ya tiene listo el equipaje, se sienta, cansadísimo, delante de la tele. Pilla a medias una peli de Bob Hope. Se acuerda de todos los chistes buenos y los ve venir, pero se ríe igual. Al rato, apaga y se va a la cama.

La falta de sueño de la noche anterior le ha estado pasando factura todo el día. Tom cae dormido enseguida y sólo lo despierta la luz de la mañana siguiente por debajo de la persiana.

Es viernes, el gran día. Por llamarle algo…

Cargado con sus dos maletas, Tom llega temprano al edificio del Liceo. Tiene unas cuantas cosas que necesita dejar resueltas y no quiere que se le pase por alto ninguna…

Sube a su despacho de la cuarta planta y allí se encuentra con el hombre de la limpieza.

-Se lo he dejado como una patena, señor Shyrup.

-Gracias, Marcial. Al fin nos hemos deshecho de ese montón de carpetas… ¿Ve? Todo llega.

-Todo llega, profesor. Cuánta razón tiene…

El buen hombre mira los libros que tiene Tom dispersos por la estancia y suspira.

-No se preocupe, Marcial. Ahora mismo les busco un sitio a esos libros. Habrá que dejarle el despacho en condiciones al nuevo…

-¿Qué?

-Los libros, digo. Tampoco son tantos. A lo mejor… -deja las dos maletas al lado del escritorio y coge un par de esos libros que tiene fuera de sitio.

-A ver, éste y éste los dejo aquí. Y éste otro… Ya sé. Aquí mismo. Los de la silla los voy a pasar a los huecos de los estantes de la estantería del fondo, mire… Así y… Uno más… Y éste grandote

aquí. Listo.

El hombrecillo se queda mirando en silencio a Tom, que está ahí plantado, tan satisfecho.

-Tengo que limpiar el despacho de Brown… -dice, señalando hacia la pared.

-Claro, perdone. Vaya, vaya.

-Tantos meses tirados por ahí, con lo poco que costaba guardarlos. En fin –rumia para sí Marcial mientras empuja el carrito de la limpieza.

Tom baja a Secretaría con el informe del becario, pero no ve por ninguna parte a la administrativa.

-Buenos días, profesor.

-Ah, Lou. ¿Ha visto a la señorita Ogilvy?

-No. No ha debido de llegar aún… ¿Le digo algo de su parte cuando llegue?

-No. Déjelo. Mejor bajo luego, si encuentro el momento. A media mañana. Y si no, cuando se acaben las clases. No pasa nada.

-Usted manda.

"No demasiado", piensa Tom. Los goznes de la puerta principal no paran de sonar, es la hora en la que llega todo el mundo…

-Hey, profe.

-¡Rawlings! Buenos días.

-Se acuerda de que es mi último día, ¿verdad?

Tom le pone la mano en el hombro.

-Y el mío, muchacho. Vamos a por los trastos y a clase, ¿le parece?

La mañana va pasando tranquila. Al final de la tercera sesión, Tom recoge cuanto antes para aprovechar el receso de media mañana y bajar a Secretaría. Al salir del aula, ve a unos cuantos de los profesores acercándose a charlar con Drake. Parecen contentos.

-¿Y a esos que les pasa? –se extraña el becario.

-Ni idea. Ya me contarás. ¿Me esperas en la 22 con los libros? Tengo que bajarle estos papeles a la señorita Ogilvy.

-Es en la 27. Madre mía, profe. Le voy a tener que atar una cuerda al pie para que no se me pierda.

-Mientras no te la preste Lou… -le oye decir a Tom antes de torcer la esquina para bajar las escaleras.

En un periquete el profesor de Arte se planta delante del mostrador de Secretaría.

-Buenos días, Prudence.

-¡Tom! ¿Cómo se encuentra hoy?

-Nervioso, para qué le voy a mentir. Y eso que he podido dormir algo esta noche…

-Me alegra saberlo. ¿Qué lleva usted ahí?

Tom pone la carpeta con los informes encima del mostrador.

-El informe de Rawlings. Y copia. –Y después: -Huy. No me he quedado ninguna para mí, Prudence.

-No se preocupe que no se ha de perder. Me lo guardo ahora mismo.

-Gracias. En fin, me subo. No sé si ir a la 22 en vez de a la 27…

-¿Mmm?

-No es nada, una broma entre Rawlings y yo. Luego la veo, ¿sí?

-Aquí estaré.

-Ánimo, que ya es viernes –dice Tom antes de tirar escaleras arriba hacia la siguiente sesión de su horario.

En el segundo piso, el grupito de profesores sigue charlando animadamente. Rawlings está esperando a Tom en la puerta de la 27 con cara de haberse tragado un vaso de vinagre.

-¿Se ha enterado ya?

-¿De qué?

El becario intenta calmarse lo imprescindible para contárselo.

-Parece que la Junta se reunió hace dos o tres días…

-Sí, me lo dijo McRae…

-…Y por lo visto, se estuvo hablando de lo adecuado de tener un catedrático joven –suspira el muchacho. –Y también, insisto, según parece… Se estuvo barajando el nombre de Drake como el mejor candidato para la Tercera Silla.

-¿Qué? –dice Tom, incrédulo.

-No es… No es algo definitivo, por lo visto. Aún no. Alguien se ha ido de la lengua antes de tiempo –dice Rawlings. –Lo siento, profe.

Tom titubea, sin saber por dónde salir. Sabía que no podía ser para él, pero…

-En fin.

-Menudo último día.

-Ya.

-¿Entramos y empezamos? –dice el becario.

-Será lo mejor –suspira Tom.

La mañana sigue. El grupo de la 27 está cansado por el trabajo de toda la semana y a Tom le cuesta lo suyo tenerlos pendientes de la lección. De repente, entre diapositiva y diapositiva, una idea le envenena los pensamientos.

“Espera. Si alguien se fue de la lengua el mismo lunes y se lo dijo a Drake y Drake se lo dijo a Sophie…”

-¿Señor Shyrup?

-¿Mmm?

-¿No acaba de hacer un Dunham? –susurra alguien al fondo de

la clase. El becario le dedica una mirada dura. Una muy, muy larga.

Los alumnos intentan esconder las sonrisitas, algunos sin demasiado éxito. Una joven de la segunda fila levanta la mano.

-¿Puedo comentar la siguiente imagen?

-Sí, claro, señorita Hollis. Adelante.

"No importa. Ya no. No tiene que ver conmigo…"

Tom sigue distraído un rato. Rawlings le echa un cable de vez en cuando, por aquello de que las cosas no se les vayan de las manos. Hacia el final de la sesión, Tom decide hacer algo inusual.

-Disculpen si hoy estoy… Algo despistado.

La clase ríe, agradecida de poder soltar la tensión.

-Pero hoy me resulta difícil tener la atención al cien por cien en los libros. Verán, salgo de viaje esta tarde. La dirección del centro me envía un par de meses en un programa de intercambio a dar clases a otra academia.

Los alumnos, que no sabían nada, empiezan a mirarse entre ellos. Incómodos.

–Así que es mi último día de este curso aquí, en el Liceo.

Los alumnos no pueden más y se ponen a parlotear. Alguien levanta la mano en la primera fila.

-Entonces… ¿Nos van a mandar a otro profesor de Arte?

-Sí, eso es, señor Dorsey. –Tom hace una pequeña pausa para ganarse la atención del grupo. –Espero que le traten a él tan bien como lo han hecho conmigo durante todo el año. De hecho, quiero darles las gracias. Son ustedes un buen grupo. Y han hecho un gran trabajo.

Se hace el silencio en el aula.

-Les deseo lo mejor de todo corazón. ¿Rawlings? –dice Tom.

Y acto seguido, coge sus maletines y sus libros y, sin prisa, se dirige a la puerta y sale del aula.

-¿Se han asomado a vernos marchar? –susurra para el becario.

-Como si hiciera falta volverse a mirar –replica el otro, no mucho más alto.

-¿Cuál nos toca ahora?

-La 26.

-O sea, que me acabo de pasar de puerta.

-Pues sí.

-No digas nada y sigue caminando –dice el profesor de Arte, tirando hacia las escaleras.

26.

El timbre que anuncia el fin de la última clase del viernes suena alegre y un poco más largo de lo habitual, cortesía de Lou. Se acabó la semana lectiva.

El rumor acerca del futuro ocupante de la Tercera Silla se ha ido extendiendo: de una persona a otra, reafirmándose para quien ya lo conocía. En cuanto Dimas Drake sale al pasillo de la segunda planta, alguien le llama y se acerca a darle la mano. Y no la ha soltado aún cuando ve otra más delante suyo y alguien sonriente le palmea la espalda. Igual que una hora antes. Igual.

Como las primeras secreciones de nácar alrededor de un grano de arena.

Como nata cuajando en la superficie del tazón de leche.

Un "Dejà Vu" molesto, una pequeña pesadilla recurrente, un cuñado pasando sus segundas navidades con nuestra familia.

-Ya veremos –le dice un Drake muy sonriente y feliz al último felicitador espontáneo antes de ver a Tom y Rawlings acercándose a él, inevitables. -¡Eh, Shyrup!

-¿Es cierto lo de la Tercera Silla?

Drake se encoge de hombros.

-Si así lo quieren, no pienso quejarme.

Tom asiente en silencio.

-Bueno, ¿y tú, qué? ¡Menudas vacaciones te esperan! -y, visto que los otros profesores a su alrededor ponen cara de no entender a qué viene eso, se explica.

-Se va dos meses de intercambio al área de los Grandes Lagos, el muy suertudo.

La pequeña nube de celebrantes se vuelca en Tom.

-¡Hombre, enhorabuena!

-¡Muy bien, muchacho!

-¡Bien merecido, ya lo creo!

-No, si yo… -intenta terciar Tom. Como si pudiera.

-¡Se acabó el curso!

-¡Fantástico!

-Buena suerte, Shyrup… –le dice Drake, aprovechando la situación para soltarse del grupo y acercarse a las escaleras sin dejar de mirarle.

Y, al fin, durante un momento, se le escapa. Una ligera sonrisa maliciosa en la cara del (más que posible) futuro ocupante de la cátedra libre.

-…Y buen viaje.

Pero sólo dura un momento. Porque justo cuando está a un

paso de las escaleras, alguien surge de ellas. Es McRae, charlando con otra persona. Distraído.

Y, como a cámara lenta, Drake se vuelve para encarar la escalera y apenas le da tiempo a cambiar de gesto a otro de estupor vacío antes de darse un tremendo cabezazo con el director del Liceo… Quien se inclina hacia atrás con un gemido de dolor, el equilibrio perdido, y rueda escaleras abajo.

Todo el mundo corre a socorrer al desgraciado. Todos menos Drake, sentado en el suelo y cogiéndose el lado izquierdo de la cara, su sombrero nuevo tirado boca arriba sobre las baldosas del pasillo.

-Madre mía: eso va a dejar marca seguro –se le escapa al becario de un tirón.

Mientras un par de profesores levantan a McRae, éste (molido por la caída) no sabe qué parte del cuerpo sujetarse. Lo mismo se echa una mano a la cabeza que se lleva la otra a los riñones. Intenta dar un paso y se le escapa un respingo, doliéndose de su pierna derecha.

-¿Está usted bien…?

-¡Ay! ¡No diga tonterías, Stansfield…!

Algún alumno, menos decoroso, pasa por un lado. Total, es hora de irse a casa…

-Habría que llevarlo al hospital –dice uno de los profesores, especialmente pálido. Qué queréis, en este mundo hay de todo; también gente impresionable.

-Lo que habría que hacer es acercarle a la puerta del montacargas y que baje con Lou.

-¿Dónde prefiere coger el montacargas, señor? ¿Bajamos a la primera planta o volvemos a subir…?

-¡Suéltenme, maldita sea…! ¡Ay! Agh…

Al final, accede a bajar a la primera planta. Lou se ha acercado al oír el vocerío y se apresura a llamar al montacargas. Cinco minutos después del topetazo, la escalera se ha despejado y quien más, quien menos, se ha ido a donde sea que debiera ir.

No hay ni rastro de Dimas Drake. Lo cierto es que para entonces se encuentra ya fuera del edificio y se encamina despacio (con una mano en la frente y otra frotándose la rabadilla de cuando en cuando) hacia el Barney's, a pedir un filete frío que ponerse en la cara. Uno que más tarde le cobrarán, bien asado y con patatas.

Mientras, Tom y su becario han subido al despacho de la cuarta planta.

-Menudo día, profe –dice el muchacho.

-Ya lo creo.

Tom mira el despacho con tristeza.

-Aún me maravillo de lo estrecho que es –dice tras un suspiro.

–Creo que lo voy a echar de menos.

-¿Con todo lo que hemos pasado aquí en las últimas semanas?

A Tom le da la risa.

-Sí. Incluso así. –Extiende la mano hacia el becario. -Gracias por todo, Rawlings.

-Encantado. La verdad, yo me lo he pasado bastante bien.

Se vuelven a reír.

Tom le echa un último vistazo a la habitación. Ventanales cerrados, cortinas corridas, todos los libros en las estanterías y el suelo tan limpio como lo ha dejado Marcial esa misma mañana. "Listo para mi sustituto, desde luego", piensa el profesor de Arte.

-Creo que es hora de marchar.

Tom coge las maletas, deja salir al becario y luego cierra con dos vueltas de llave. No se resiste cuando Rawlings le quita la carga de una de las maletas. Es curioso: se da cuenta de que bajan las escaleras con cuidado. Después del susto de antes…

-Hay que despedirse de Prudence y Lou.

-Eso pensaba yo.

Cuando se asoman a Secretaría, la administrativa los ve y deja lo que está haciendo para salir de detrás del mostrador.

-Ay, Dios mío. Vaya susto con lo del señor McRae. ¿Se han enterado?

-Sí, estábamos allí.

-Pero ¿cómo ha podido pasar algo así?

-Mala suerte, supongo. Iban distraídos…

La pobre mujer aún se ve algo desasosegada.

-A su edad, caerse rodando por las escaleras. Ay… Pobre hombre, pobre hombre. Brown quería acompañarlo al hospital… Pero no.

-¿No?

-No. Ha dicho que se iba a casa. Él solo, ha sido bastante claro al respecto.

-Vaya.

-Pues sí. ¿Y ustedes?

-Todo se acaba –dice el becario. –Sólo hemos parado a decirle adiós, señorita Ogilvy.

-Buena suerte, muchacho –le dice ella.

-Gracias. Voy a despedirme de Lou. Adiós, profe –dice, pasándole la maleta que llevaba.

-Adiós, Rawlings.

El muchacho le devuelve el saludo con un movimiento de la cabeza y sale de allí. La administrativa suspira.

-Les vamos a echar de menos.

-Y yo a ustedes.

-¿Cómo lo lleva, Tom? Lo de su novia…

Él resopla una sonrisa forzada.

-Como puedo.

Ella asiente, callada.

-En fin. Tengo que coger un taxi y marchar ya para el aeropuerto…

-Oiga, Tom.

-¿Mmm?

La señorita Ogilvy se le acerca un poco.

-Nunca se sabe. Antes o después, la mala suerte se da la vuelta y desaparece.

Tom le sonríe.

-Es usted muy amable. Gracias, Prudence.

-Sólo le digo que no se preocupe demasiado. Intente estar bien, por favor. ¿Me lo promete?

-Haré lo que pueda. Adiós, Prudence.

Ella le da un abrazo rápido. "Hombre con maletas recibe muestra de afecto".

-Adiós, Tom.

Y nuestro hombre sale de la Secretaría, una maleta en cada mano. La señorita Ogilvy le oye despedirse de Lou y sonríe, bondadosa.

Después, los goznes de la gran puerta del edificio del Liceo rechinan cuando se cierra tras el profesor de Arte. ÑiiiieeecBam, se acabó.

27.

Estimada señorita Martínez,
No sé que la sorprenderá más, si recibir esta carta o ver de dónde procede. Para mí también ha sido algo inesperado, pero el Liceo me ha enviado a Poet City, en el área de los Grandes Lagos, como parte de su nuevo programa de intercambio. Voy a pasar un par de meses trabajando aquí, en la Watterson Academy of Fine Arts. Mayo y junio. Vamos, lo justo para acabar el curso.
Creo que esta buena gente esperaba a Fuentes y lo que les ha llegado soy yo. Son muy amables, considerando las circunstancias.
Su profesor estrella, un tal Alvin Jameson, impartirá mis clases en el Liceo Longbridge. En cierto sentido, la Junta ha conseguido una ganga. La señora Blackwell estará contenta… Ahora que lo pienso, usted no sabrá quién es. La verdad es que yo tampoco la conozco; en persona, no. Madre mía, qué desastre de carta.
Un poco como yo mismo, sospecho. Lo siento mucho.
Porque de eso quería hablarle. Me temo que la última vez que nos vimos no supe estar a la altura. Usted estaba creando aquella extraordinaria pintura y luchando contra la fecha de entrega y yo me quedé helado en vez de respaldarla con el mayor entusiasmo posible, que es lo que merecía de un amigo.
Hablé unos días después con Mabel Stern. Espero que la venta de la pintura fuera un éxito: que les encantara el cuadro y que lo pagaran como se merecía.
Pienso en eso y me hace sonreír. Es un alivio cuando ocurre.
Incluso ahora, mientras escribo estas líneas, no hago sino buscar excusas. Que si he pasado un mes de abril terrible, por la pérdida de nuestro amigo y mentor; con las dificultades que me supuso aquel informe para la vida diaria, y…
Ah. También he perdido a mi prometida. No se lo había dicho. Algo tan personal y doloroso, pero ¿qué más da? ¿De qué me sirve ocultarlo?
Disculpe. Para mí son días turbios. Intento entender y encontrar un camino, pero me cuesta. Me cuesta mucho. Me cuesta dormir. Se me hacen las tantas cada noche y al día siguiente todo es cuesta arriba…
A ratos, ando abatido; otros, siento un enorme alivio por estar aquí, lejos de todo. Y paso de sentirme triste a sentirme culpable.
Sólo quiero esperar de su bondad que lo entienda y me perdone. Por favor, perdóneme. Por mi torpeza, por mi necedad. Por haberle fallado entonces y… Oh. Vaya.
Por robarle ahora estos minutos de su tiempo. No se me había ocurrido.

Quizá mandarle esta carta sea un error. Ya no sé ni qué hacer…
A lo mejor si le cuento algo más ligero, más agradable, lo pueda arreglar…
En fin. Déjeme intentarlo, a ver qué tal me sale.
No sé si conoce Poet City. Es bastante más pequeña que Stain Harbour; quizá pase de cien mil habitantes, pero lo dudo. Por ahí le debe de rondar.
Parece un lugar agradable para vivir. La gente se ve ocupada, pero no parece tener tanta prisa como en una gran metrópolis de la costa Este.
Hay pequeños jardines repartidos por la ciudad. Y un parque que se asoma a uno de los lagos. Le parecerá increíble, pero aún no sé de cuál de ellos se trata. Es grande y tiene mucha agua, no me da para más. Seguro que usted averigua en quince minutos en la sede de Windborough de la biblioteca pública lo que yo no he aprendido en los cinco o seis días que llevo aquí.
Las calles de esta ciudad están dibujadas como una cuadrícula, así que no hay manera de perderse… O eso podría uno pensar. Lo cierto es que he salido a pasear por las tardes y quizá sea cosa de mi cabeza, que no suele estar a lo que celebra (mi natural despistado, podríamos decir), pero lo conseguí. Hubo momentos en que no tenía ni idea de por dónde andaba. Los patos en la orilla del lago lo tenían más claro que yo.
Eso es divertido y espero que la haga reír, aunque sea un poco.
No es para tanto, claro. Si desandaba mis pasos o buscaba alguna avenida principal, me volvía a orientar. Bueno, más o menos. Lo justo para que esta falta de rumbo mía no llegue a parecer preocupante.
No es lo mismo en el día a día de la Academia. Oh, echo de menos a Rawlings. Ya lo intuía entonces, pero ahora me doy cuenta de cuánto llegué a apoyarme en él en esos días de abril, tan difíciles.
Verá, me organizo lo mejor que puedo. Preparo mis clases del día siguiente por costumbre. Y creo que tengo una idea intuitiva de hacia dónde va el curso, algo a lo que me puedo aferrar.
Pero casi antes de cada sesión debo sacar el horario que llevo en el bolsillo de la americana para saber qué clase me toca en la hora siguiente. He dedicado unos ratos a aprendérmelo, pero nada. También me he hecho un croquis sencillo en un papel con la situación de las aulas. Y lo mismo. Lo saco y lo consulto y lo vuelvo a consultar.
En los pocos días que llevo, esas pobres hojas de papel han sido dobladas y desdobladas un montón de veces, manoseadas y malmetidas de vuelta dentro del bolsillo. Mi tarea más importante para este fin de semana va a ser hacer unas copias nuevas para utilizarlas la semana que viene sin pasar por la vergüenza de que los papeles se me caigan de las manos, hechos pedazos.
Los profesores de aquí me paran en el pasillo para presentarse y

charlar, o para darme los buenos días y preguntarme si me voy haciendo al centro. Deben de notar lo perdido que ando... Pero como ya le he dicho antes, todo el mundo es muy amable.
Ha sido una semana complicada. No se lo va a creer, pero la cosa se torció nada más llegar.
Verá, después del avión hube de coger un autobús para acabar mi recorrido. En la estación de Poet City me estaban esperando el director de la Academia y su señora, los Rooney. Habían venido a recibirme. Qué detalle, ¿verdad? Y cuando se estaban presentando, solté mi maleta para darles la mano y se le cayó a la señora Rooney encima de un pie.
Huy.
Que si ay, no sabe cuánto lo siento, que si no se preocupe, ha sido un accidente, un fallo lo tiene cualquiera y estará usted tan cansado…
Resulta que el alojamiento del profesor visitante es parte del acuerdo entre el Liceo y la Academia. Para mí, perfecto, claro: un problema menos.
Me tenían preparado un bonito apartamento a dos manzanas del edificio de la Academia, pequeño pero acogedor. Un acierto. Vamos para allá y cuando estamos entrando al patio de la casa, me acuerdo demasiado tarde de cederle el paso a la señora Rooney pero me giro para intentarlo; me doy de narices con la puerta y la pobre mujer, que venía detrás mío, se da a su vez de narices con mi hombro.
Le aseguro que no sabía dónde meterme. A mi nariz se le pasó el golpe en un rato; a mí, el apuro me duró más.
Y, unos días después, se me cayó el proyector de las diapositivas.
En clase. Delante de mis nuevos alumnos. Justo después de pensar "Apóyalo bien en la mesa. Que no pueda volcarse. Acuérdate de cuánto le costaba a Rawlings…"
Y va, me falla y se me va al suelo.
A ver, entiéndame: lo cacé al vuelo y apenas tocó con una esquina en la baldosa. Hizo un ruido seco y sordo, ya está. El medio minuto que me costó volver a ponerlo en su mesita, encenderlo y comprobar si funcionaba bien se me hizo infinito. Hubo suerte.
Los chicos me han puesto un mote simpático que prefiero no escribir aquí.
Supongo… No, estoy seguro. Porque hace años que me dedico a esto. Estoy seguro de que los otros profes lo conocen. Y se lo contarán de unos a otros.
Todo se pasa. Cuando me conozcan mejor…
Por las tardes me acerco al parque y miro al lago. Ya tengo un banco favorito en el que sentarme debajo de unas acacias. Las palomas se acercan en busca de migas, pero no tengo nada que darles.
Hoy hasta he llegado a fingir que rebuscaba en mis bolsillos para que

luego me dejaran en paz. Entonces he sacado la cartera y me he acordado del papelito que llevaba con la dirección de usted.
Lo he buscado y me lo he quedado mirando un rato. Las palomas han soltado unos arrullos de decepción y se han ido a buscarse el almuerzo a otra parte. Yo me he marchado a comprar algo para escribir y un sobre y un sello para mandarle esta carta. Ya he encontrado una pequeña papelería que me gusta. Ah, y una biblioteca cerca de mi nuevo piso. En ese aspecto, la vida me sonríe.
Y ésa es toda la historia.
Siento no estar allí para ver sus cuadros y decirle lo buenos que son. Cuídese mucho y cuente siempre con mi simpatía y apoyo. Y salude a sus tíos de mi parte, por favor.
Un saludo de su amigo, que lo es
Tom Shyrup.

28.

¡Hola, profe!

Soy yo, Rawlings. Vaya sorpresa, ¿eh?

El caso es que lleva ya usted diez días fuera y quería ponerle al tanto de cómo van las cosas aquí por casa…

La primavera en la costa sigue tan loca como siempre: por cada dos o tres días de lluvia, siguen cuatro de sol. Precisamente he aprovechado que hoy no llovía demasiado para darme una vuelta por el Liceo y preguntar si sabían algo de usted.

Lou no estaba en su puesto, al lado de la puerta de entrada. Me he imaginado que andaría arreglando algo por los pisos de arriba. Total, que he entrado en Secretaría y allí estaba la señorita Ogilvy. ¡Qué maja es! Se ha alegrado mucho de verme y me ha estado dando conversación un rato.

Le he preguntado por ese tal Jameson, el erudito que ha venido a sustituirlo a usted. Nuestra Prudence, con su bondad habitual, lo ha definido con dos palabras: "jovial" y "muy familiar". Vale, eso son tres palabras. Ya sabe usted que yo aprendí a contar jugando a las canicas en la calle con los otros críos de los Burrows, así que, por favor, no me lo tenga en cuenta.

Le he preguntado si, ahora que no nos oía nadie, podía acercarme a saludarlo un momento. McRae tenía la puerta abierta, pero sonaba a que le estaba soltando una perorata a alguien por teléfono, conque la Ogilvy me ha chistado alarmada, me ha tapado el pico con la mano y acto seguido, se me acerca en plan confidencial y me susurra: "Claro que sí, pero él no tiene por qué enterarse". Eso, señalando con la cabeza hacia el despacho de Dirección.

Yo me echo un poco para atrás, asiento, le dedico una sonrisa de oreja a oreja y le devuelvo el susurro: "Ni siquiera estoy aquí".

Es lunes por la mañana, hora de ir acabando la segunda sesión y estoy seguro de que nos tocaba en la 27. Cojo las escaleras hasta la segunda planta y me acerco a la puerta del aula. Suena el timbre y espero a que salga el buen señor.

Cuando aparece por la puerta, no me lo puedo creer. Jameson es Dunham. Bueno, Dunham con veinte o veinticinco años menos: bajito, recio, con el pelo rubio repeinado a raya en medio, las gafas minúsculas ante los ojos estrechos… Hasta dice "Hum". No me extraña que la señorita Ogilvy lo encuentre familiar. Eso sí, tiene una sonrisa continua en su cara redonda. Me presento y me da un apretón de manos enérgico y largo, como si bombeara agua de un pozo. Charlamos sobre la asignatura un par de minutos y me pregunta por usted. Yo le pongo a usted a caer de un burro, digo, lo pongo por las

nubes. Ya disculpará, pero no he podido resistirme a darle el susto. Me dice que espera poder conocerlo a usted antes o después. Que le encantaría haber tenido la oportunidad de comparar notas antes de salir corriendo para acá. Y que antes o después piensa dejárselo caer a McRae y a su director… ¿Rodney? ¿Looney? Algo así, ¿verdad?

No lo entretengo demasiado, que sé que le toca la 25. Le digo que ha sido un placer y me voy deprisa para evitar un encuentro desafortunado, usted ya me entiende.

Desde el rellano de las escaleras saludo a Stansfield y Brown, que bajaban de la tercera planta. Vuelvo a Secretaría, me asomo y, por lo que se ve –la puerta cerrada del despacho de Dirección- McRae se ha ido o está tratando algún asunto en privado. Aprovecho para preguntarle a la señorita Ogilvy si tiene la dirección de usted en Poet City…

Por cierto, Poet City. Suena como un sueño y más en primavera. Dígame que eso no le sirve de nada, profe, y no le creeré.

¿…Por dónde iba? Ah, sí. Que si tenía la dirección de usted, y se me queda mirando un momento, calculadora, y me dice: "Déjeme hacer una llamada". Rebusca en su agenda, coge el teléfono y ya lo creo, marca con decisión el número de la Academia Watterson ésa. La conversación es algo muy, muy de nuestra Prudence: amable casi hasta lo zalamero, pero tan directa al grano que asusta. En menos de un minuto está tomando nota de su dirección, da las gracias, se despide y cuelga.

"¿Es la dirección del profe", le digo. "Ya lo creo. Ahora se la copio en un papel…"

Pues nada, que le doy las gracias y salgo de ahí tan contento, con la dirección de usted en el bolsillo y silbando.

Ya se sabe que la alegría dura poco en casa del pobre. No he hecho más que cruzar el umbral de Secretaría y veo entrar por la puerta a Lou, el bedel de día. Con cara de disgusto.

Me paro a hablar con él. "¿Por qué esa cara tan larga?"

Me pide que lo acompañe a su puesto, abre un cajón y saca su cuerda de siempre, hecha un ovillo. Pero… Da la sensación de que no hay tanta como debería. Es cierto, luego rebusca un poco más en el cajón y saca otro ovillo de cuerda más pequeño. De la misma cuerda.

"Se me ha partido esta mañana a primera hora. La tenía desde hace veinte años…"

"Si es que hoy día, las cosas no duran nada".

"Desde luego que no. Lo peor es que he ido a comprar otra igual… Y no la encuentro en ninguna parte".

"¿Qué me está contando?"

"Como lo oye. Más fina o más gruesa. Más lisa o más áspera.

Más verdosa o más grisácea… Alguna parecida, pero muy corta: no quedaba un trozo de cuerda lo bastante largo."

"¿Y no podría apañarse con alguna de esas?"

"Es que ésta mía era perfecta. Ya me había acostumbrado a ella y me servía para todo. Y ahora…"

"¿Y no podría anudar los dos trozos que quedan y ya está?"

"No, hombre, no. ¡Qué barbaridad! La cuerda no correría bien, tropezaría en el nudo. O el nudo se podría soltar. Y encima, nunca llegaría hasta donde tiene que llegar…"

"Pues es una pena."

Nos hemos quedado callados, meditando la cosa. Lou se ha sacado el OH del bolsillo de la chaqueta y lo ha dejado sobre su mesa, con los mil y un zarrios que tiene siempre ahí. No tanto por desorden como por disponibilidad, ya sabe.

Entonces, me he acordado.

"¿Sabe, Lou? Conozco una tienda en los Burrows que casi seguro tiene cuerda como la suya. Se llama Bennett's Hardware, ¿sabe de cuál le hablo? Lleva allí tantos años que parece que el barrio haya crecido a su alrededor. Podríamos ir…"

Lou, ansioso, duda. Luego niega con la cabeza.

"Ya he pasado una hora larga preguntando por medio Fairsay. No quiero que salga McRae y no me vea por aquí…"

"Ya."

Se me ocurre una idea. Pero no sé si Lou estará dispuesto a…

"Deme un trozo de su cuerda, Lou."

"¿Qué? Ni hablar."

"Pero, hombre. Una muestra, lo justo para que el viejo Bennett la vea."

Lou se resiste como si lo obligaran a caminar por la plancha.

"Usted me dice cuántos pies quiere y yo se la traigo…"

Y sigue negándose y rezonga y trata de disuadirme y echarme de ahí. Pero ya sabe usted, profe, que le gané a aquella recua de mulas en el concurso de cabezonería del año pasado.

No vea qué cara de remilgos ha puesto Lou cuando ha sacado el ovillo pequeño, lo ha soltado y ha puesto las tijeras abiertas al paso del cabo que queda suelto… ¡Si ha cerrado los ojos y todo, para dar el tijeretazo!

"Doce pies y dos pulgadas, por favor", me dice al entregarme el trocito de cuerda. "Las dos pulgadas son para quemar yo por los extremos y que no se me deshilache…"

Y suspira. Ay, qué suspiro tan sentido.

Me voy de ahí antes de emocionarme yo también.

Pillo un autobús para los Burrows, la línea que más cerca puede dejarme de la tienda de Bennett. Enseguida estoy allí y le

pregunto al viejo ferretero.

"No, como ésta ya no me queda. Pero le puedo enseñar otras…"

"Lo siento, es que no es para mí. Es un encargo."

El buen hombre abre la boca en un "¡Ah!" y no dice nada más. Entre entendidos…

Paso yo también otra hora larga, igual que Lou, preguntando por todos los sitios que se me ocurren en los Burrows.

Al final, encuentro la cuerda en una tiendecita que hay cerca de casa. Una a la que no entraba desde que era un crío.

Eso pasa mucho: uno busca por todas partes hasta la desesperación. De repente, es dejar de buscar y encuentra lo que buscaba en el sitio más simple posible. Cosas como… No sé. Como la dentadura postiza de mi abuelo, el anillo de bodas de mi Tía Úrsula y el bocadillo de pollo que me dejé ayer preparado en casa, a la espera de la hora de comer. Tendríamos que escribir un libro sobre el tema. Aunque no me imagino un título para algo así. Nos haríamos ricos, por supuesto.

Sería la una y media recién pasada cuando he cruzado la verja exterior del Liceo. Lou me ha visto y ha salido a mi encuentro, incapaz de esperar más. He sacado el trocito de cuerda de muestra del bolsillo izquierdo de mi chaqueta y del bolsillo derecho el lío de cuerda nueva recién comprada, la prueba del éxito. Como si mi cara de felicidad no fuese ya prueba suficiente.

El pobre Lou ha cogido en sus manos temblorosas lo uno y lo otro y se ha puesto a comparar las cuerdas: igual de gruesa, igual de basta, mismo color (desgaste aparte).

"¿Doce pies y dos pulgadas…?", me dice.

Y yo: "Medidos con solemnidad."

Se ha echado a reír y me ha dado un abrazo largo, largo y le corrían las lágrimas mejillas abajo, humedeciéndome el cuello y la oreja. A mí me ha dado por echarme a reír con él.

He visto a McRae asomarse por la ventana de Dirección. Ha puesto cara de no entender nada y luego se ha dado la vuelta. He visto a Prudence, la señorita Ogilvy, guiñarme un ojo desde la puerta entreabierta del edificio y hacerme el signo de OK con la mano derecha.

"Esto hay que celebrarlo. Hay que celebrarlo", ha dicho Lou.

"Me acerco esta tarde a las cinco y nos tomamos algo."

"Hecho."

Qué quiere que le diga. Ha sido un día bonito.

Y, quizá, profe, podríamos ponernos filosóficos y decir que, cuando un hombre está en un apuro, sólo necesita que le den algo de cuerda. Sencillo, simpático y sensato.

También se puede pensar que tenemos buenos amigos y eso es una suerte.

Sólo quería recordárselo. Sé que no lo está pasando bien, pero nos tiene a nosotros. Quizá a algo más de mil quinientas millas, pero nos tiene.

No nos olvide.

Su ex-ayudante y siempre su amigo,

Henslaw Rawlings.

29.

Tom Shyrup está derrumbado, más que sentado, en un butacón en el centro del despacho del director Rooney.

Es un bonito despacho, todo hay que decirlo. Del estilo que le gusta a Tom: amplio y luminoso, con el techo alto y un ventanal abierto por el que entra la brisa fresca de una mañana de mitad de mayo.

Tom siente una punzada de nostalgia al acordarse de su reducto allá lejos, muy lejos, en la cuarta planta del Liceo Longbridge…

El director está sentado tras su escritorio, leyendo algo en silencio. Encima del escritorio un montón de papeles, algún libro, una figurilla de Venus (a imagen de la del famoso cuadro de Botticelli) que casi hace sonreír a Tom y un retrato de la señora Rooney, con su rostro altivo de patricia.

No, la señora Rooney no se llama Patricia, sino Daisy. Lo siento, buscadores de coincidencias. Aquí y ahora, no.

La butaca en la que se sienta Tom reposa sobre una imitación de alfombra persa algo gastada. En las paredes, un puñado de fotos y otro de títulos oficiales enmarcados en negro o dorado. En un rincón de la estancia, una bandera pendiendo de un mástil vertical y, por tanto, bastante recogida.

El director Rooney levanta la vista de lo que sea que estuviese leyendo y estudia a Tom. Tom casi le oye devanarse los sesos. El director le cae bien, y casi podría decir que el sentimiento es mutuo. Se imagina el esfuerzo que debe de estar haciendo el pobre hombre para encontrar una razón por la que no devolverlo a Stain Harbour de un plumazo. Un intento de comprender, de justificarlo. Se le ve en la cara.

Pero claro, no le conoce. No de verdad. O quizá sí. Quizá éste es el verdadero Tom. Patético, torpe y de aspecto descuidado: un hombrecillo sin dignidad. El tipo que llega tarde y al aula equivocada, que pierde los libros por el camino en cuanto se agacha a atarse los zapatos, que olvida las láminas y las diapositivas. Un tipo al que, por cierto, se le fundió ayer mismo la lámpara del proyector al encenderlo, nadie sabe muy bien por qué.

Un tipo con una increíble capacidad para hacer algo equivocado y acabar ofendiendo de una forma u otra a la señora Rooney, a las esposas del resto del cuadro académico y a los caballeros y damas con dinero que donan fondos a la Academia. Es tropezarse con una de esas personas y el desastre está servido.

(Aunque está el marido de una de esas damas, un tipo con

grandes bigotes. A ese señor le da por reírse con sus meteduras de pata, una risa incontenible y no exenta de júbilo. Para mayor confusión del pobre Tom…)

El director suelta un resoplido largo.

-Menuda la ha liado usted con el portero, señor Shyrup.

-Sí, señor –se limita a contestar Tom.

-A ver si nos entendemos… El bueno de Stu, que es cumplidor como el que más, asegura que iba cargando con un botellón de repuesto para la fuente de agua del pasillo de la planta baja cuando se ha chocado con usted, que al parecer no sabía por dónde iba…

-No podría negar algo así –dice Tom, consciente de que su fama de desorientación está alcanzando cotas legendarias entre los alumnos y profesores de Watterson.

-Ya. Dice que usted soltó un grito, que él también dijo algo…

"Lo que se llama jurar, básicamente. Pero no se lo puedo reprochar…"

-Y hubo algún tipo de… Una especie de baile de tira y afloja. Que usted se agarró al botellón a su vez y acabó estampándose de espaldas contra la columnita y el busto de Walt Whitman…

-Correcto –dice Tom, cerrando los ojos y frotándose la cara.

-…Busto que ha acabado cayendo al suelo y haciéndose pedazos.

Tom suspira. El director también y niega con la cabeza.

-Mire, señor Shyrup. Si le digo la verdad, esperaba que esta desafortunada situación se resolviese por sí sola…

-¿Desafortunada?

-Sí, por supuesto. No crea usted que nos chupamos el dedo, ¿eh? No, no. Nuestra Thelma ha hablado con la administrativa de ustedes. Y nos ha puesto en antecedentes…

"Prudence. La señorita Ogilvy. Si ella se lo ha contado…"

-Entiendo –dice Tom mientras se hunde todavía más en la butaca.

Rooney siente lástima por el pobre desgraciado.

-Mire, no tengo más que buenas palabras acerca de usted en la carta de presentación que nos envió el director McRae… Tenga, mírela. Eso es. Y, debo decirlo, cuando nuestros profesores supieron que venía usted, se alegraron mucho. Sólo tenían alabanzas para usted. Conocen su artículo. El de aquella revista profesional de Historia del Arte, tan bien hilado y a la vez, tan desenfadado. "Un tipo estupendo", decían.

-Son muy amables –susurra Tom.

-Obviamente, esa opinión se ha deslucido en los últimos días…

Tom no tiene nada con lo que replicar a eso.

-Perdone, volvamos con Thelma. Por lo visto, la prometida de

usted rompió por sorpresa su compromiso justo, justo, justo el día en que le dijeron a usted que venía a hacer el intercambio…

Tom suspira. Le ha dado mil vueltas y no soporta darle ni una más.

-…Vamos, que lo comprendo: ha perdido a su novia y encima lo han alejado de ella, evitándole cualquier posible intento por recuperarla. ¿Quizá es aún posible…?

No –le corta Tom. Dentro suyo, el inocente asustado que siempre ha sido grita "¡Sí!" con un anhelo desesperado. Y entonces, se oye con otra voz interior, una más ronca y serena. "No veo cómo y ni siquiera sé si debo. O si quiero. Espera, ¿qué…?"

Hay unos segundos de silencio en aquel despacho.

-Entiendo que las circunstancias han sido… Adversas, por decirlo de una forma educada.

-Muy educada, gracias –musita Tom.

-¿Duerme usted bien?

-La verdad es que no mucho.

-Ya veo. En fin, no siento sino… Simpatía por su situación, pero… -deja en el aire el director.

"Ya está", piensa Tom. "Hola, fondo. Aquí estamos".

-Lo de la lámpara del proyector no será problema. Ese proyector nos lo vendió un primo segundo mío y nos va a poner una nueva por cuatro perras. Pero el busto que ha roto usted hoy…

-Eso ha sido un accidente. Yo nunca…

El señor Rooney hace un gesto rápido con las dos manos.

-No, no, por supuesto. Pero verá, nos lo donó la señora Losey, una de nuestras benefactoras. Temo que alguien le haya ido ya con el cuento –suspira. –Y entre eso, lo del día en que volcó aquel termo de café caliente sobre el profesor Davidson y uf, no quiero ni recordar los choques con la propia señora Rooney el día en que lo recibimos… Entenderá que me están presionando.

-Sí, señor.

-Claro. Mire, Tom –se le acerca el director para hablarle en confidencia-, creo que es usted un buen muchacho. Y yo, yo voy a ayudarle, ¿sabe?

-Como a usted le parezca –se rinde Tom.

El director deja en su escritorio la carta de McRae y busca algo más entre los papeles. ¿Un periódico…?

-Aquí lo tiene. Su oportunidad –le dice con los ojos brillantes.

-¿Ah?

Es el periódico de hoy. Hay una noticia rodeada con lápiz: titular, foto y dos columnas cortas.

-En Samson's Fields, el barrio este de la ciudad. Ayer, un camión cargado hasta los topes chocó con la pared de una iglesia.

Creen que el conductor tuvo un ataque al corazón y se desplomó hacia delante, sobre el volante y pisando a fondo el acelerador. No desde muy lejos, pero… Parte de la pared lateral se ha derrumbado y hay grietas grandes.

-No entiendo… -intenta terciar Tom. Pero Rooney está lanzado.

-El superior del párroco me ha llamado a casa a primera hora. Ya han retirado el vehículo y visto que la pared está muy dañada, parece que lo más aconsejable sería derribarla. Pero hay un problema…

Tom lo mira ansioso. "¿Qué tiene eso que ver conmigo…?"

-…En el interior de la pared, hay una pintura. Una pintura, ¿entiende? Nos piden consejo. Hay que actuar rápido.

-Me… ¿Me está hablando de un fresco estropeado?

-Sí. Está roto, partido por la grieta principal. Pero el resto parece haber resistido bien al choque.

-Si esa pared está tan mal, hay que arrancar ese fresco –dice Tom. –Si se puede. Depende de los daños…

-Mire, lo que yo creo es que si usted se va para allá, le echa un vistazo a esa pintura y resuelve la papeleta en unos días… Es una oportunidad. Bueno, yo mientras hablaré con el cuadro académico, con las benefactoras… Hasta con la señora Rooney, fíjese. Sacaré la carta de McRae. Tengo por aquí ese artículo que publicó usted. ¿No tendrá una foto de, ejem, su antigua novia…?

Tom se queda pasmado.

-¿Qué?

-Para tocarles por dentro. "Mire qué muchacha tan bella, y lo dejó colgado sin más explicaciones justo antes de coger el avión…" La gente no es de piedra, ¿sabe? Es cuestión de… Dejar caer unas palabras aquí y allá, lo justo, y entenderán ellos también. ¿Quién sabe? Quizá, sobre todo si consigue usted una victoria, podrán olvidarlo todo.

Silencio.

Despacio, Tom se saca la cartera del bolsillo, la abre y hurga en uno de los compartimentos. Lleva su carnet de la biblioteca, un calendario de mano que regalaban en una librería de viejo de Fairsay, la dirección de Lucía Martínez en un papelito doblado tres o cuatro veces, quince dólares, el recibo del encargo para la tintorería que se olvidó de pasar a recoger la semana que dejó Stain Harbour… Y una bonita foto en blanco y negro de su ex novia, Sophie.

-Perfecto –dice Rooney cuando se la coge de entre los dedos.

A Tom le cuesta un momento recuperarse de esta nueva pérdida. "Vamos, Tom, basta. Céntrate en la noticia del periódico."

-¿Quién es el autor de esta pintura?

-Ah. Muy bien, muy bien. Ya vuelve usted a pensar como un profesor de Arte. Es la Iglesia de Santa María, en Haven Square. Cerca de Reuben Avenue. La pintura es de un artista local, un tal Henry Windcolt.

-Windcolt... No lo conozco.

-Trabajaba en publicidad. Falleció hace años. Oiga –se agacha junto a él y le pone una mano en el hombro-, no se me ocurre nada más. Si no sale bien… En fin.

El director mira su reloj.

-Son las diez y cuarto pasadas. Déjeme llamar por teléfono al párroco para avisarle de su visita. Si coge el nueve, se puede plantar allí en media hora.

-Pero mis clases…

-Pondremos a alguien en su lugar cuando haga falta. Son cosas que pasan.

Tom, impotente, lo mira sin verlo, los ojos velados.

-Quizá funcione. Sólo hay que seguir a Vasari…

-Muy bien, eso es –dice Rooney. Mira su agenda, levanta el auricular y marca un número. Espera. Charla y cuelga un par de minutos después. Escribe algo en una ficha de cartulina…

Tom se levanta de la butaca. Duele verlo.

-Listo. Ésta es la dirección. Y tenga, unas tarjetas de visita de la Academia. Para cuando se presente. Me ha dicho el párroco que también está allí un concejal del Ayuntamiento. Me da que lo esperan a usted con ansiedad. Téngame al tanto.

Tom se guarda las tarjetas en un bolsillo de la americana. Le da la mano a Rooney.

-No sé cómo pagarle… -y se le rompe la voz, los ojos enrasados de lágrimas.

El director le devuelve el apretón y le susurra con urgencia:

-Corra. Rescate esa pintura. Salve su vida.

30.

Tom se baja del autobús de la línea 9 en Florence Boulevard, en Samson's Fields, a las once menos cuarto. A unos bloques de distancia, suena la campana de la iglesia de Santa María, llamando a las gentes del barrio.

"No sé si es buena idea", piensa Tom. "Esa vibración tan definida, cerca de una pared dañada…"

Samson's Fields es un barrio de gente humilde. Las casas no son demasiado altas; cuatro, cinco o seis plantas. Hay viviendas con rejas en las ventanas de la planta baja de la mayoría de los edificios. Otra cosa que le llama la atención a Tom es la cantidad de macetas con flores que se ven en esas ventanas, y en las de las plantas más altas. Parece que el sol llega a todas partes.

Es una estupenda mañana de mayo. Hay unos jirones de nubes blancas en el cielo, una ligera brisa y árboles con hojas de un verde nuevo en sus alcorques en el borde de las aceras.

Dentro de un rato habrá que aflojarse la corbata y quitarse la americana…

Es un barrio con muchas personas venidas de lejos. Muchos de ellos, atraídos por la presencia de una iglesia católica, buscaron una vivienda cercana: franceses, portugueses, españoles, italianos, irlandeses, argentinos, mexicanos, polacos. Otros porque aquí tenían un familiar lejano, un amigo, algo a lo que sujetarse. Se ve en los nombres de los establecimientos; en los carteles de las lavanderías y las fruterías y las mercerías, en los pequeños restaurantes y en el puesto de prensa junto al que Tom acaba de pasar. Gentes que compartían el sueño de una tierra en la que vivir a salvo o en la que vivir con prosperidad. Un sueño frágil y costoso; pero un sueño de todos modos. Una ilusión con la que poder seguir adelante; una razón para levantarse después de haber caído.

La calle se corta aquí; hay un par de policías redirigiendo el tráfico. El profesor de Arte termina de bajar Paris Street, cruza Reuben Avenue y llega a la esquina con Haven Square. La iglesia queda a su derecha, a unos veintitantos metros. Desde lo alto de su torre, la campana hace una última llamada a los vecinos. Y hay un buen puñado de ellos reunidos delante de las puertas abiertas…

El reloj en la fachada de la iglesia da las once de la mañana. Y entonces Tom se da cuenta.

"Vaya. Por lo visto, debe de haber un servicio justo ahora."

Casi todo el mundo ha traído flores: en vasos, en jarras pequeñas o en simples ramilletes. En las manos de algunas personas se ven velas, nuevas o usadas. Y otras llevan hojas de papel cuyas

puntas mueve no se sabe si la brisa o la inquietud.

Ha venido un grupo de niños y niñas de alguna escuela cercana. Son bastante pequeños, de los primeros cursos. Una de las dos maestras que los acompañan manda bajar la voz a uno especialmente ruidoso cuando el párroco sale a la puerta, saluda a los presentes y empieza en voz alta la oración.

Tom se acerca al grupo de los fieles. Los papeles que llevan los niños parecen dibujos coloreados…

Hay una rosa caída en la calzada. Una que alguien ha perdido. Tom la recoge, intentando no pincharse con las espinas que quedan en el tallo roto. Pone los dedos bajo el cáliz y alrededor de los pétalos suaves. El olor de la rosa aún es profundo; una flor recién cortada.

El rezo termina y su eco en la plaza desaparece, fugaz.

-Algunas personas me han preguntado si pueden pasar a dejar sus ofrendas. De acuerdo, podéis pasar; pero solamente hasta el círculo que hemos hecho con los bancos, donde está Bill. Que nadie se acerque más a la pared rota. Es peligroso…

En grupos pequeños, la gente del barrio va entrando a la iglesia. Luego salen con las manos vacías, pero nadie se va. Se quedan allí, en la plaza, callados o hablando en voz baja.

Caminando despacio, intentando no llamar la atención, Tom rodea la multitud y sigue el lateral del edificio, buscando el sitio donde se produjo el accidente.

El camión ya no está allí. En el suelo se ven puntos que brillan, posiblemente cristales pequeños mal barridos; y un par de manchas de serrín sucio, Tom quiere suponer que quizá sobre aceite derramado por el camión. Han sacado bancos del interior de la iglesia alrededor de la pared rota para que la gente no se acerque allí.

Sí, la pared está agrietada y ligeramente hundida en lo que parece ser el lugar donde impactó el camión. También hay grietas por los lados. Sobre la grieta principal hay muchos ladrillos dañados: rotos, rajados o medio pulverizados. Y faltan unos cuantos, caídos al parecer, así como los cristales de las vidrieras sobre ellos. En lo alto faltan algunas tejas…

Tom se vuelve y estudia la calzada por la que vino el camión. Recta y larga, una paralela a Paris Street, por donde ha llegado él mismo desde la parada del autobús.

Hay una señal de Ceda el Paso al entrar a la plaza…

Y Tom empieza a pensar. El conductor debió de sufrir el ataque al corazón cerca de la plaza. De otra manera, el camión habría ganado más velocidad y el impacto habría sido mucho mayor.

Siente una punzada de remordimiento por pensar en eso. “Pobre hombre.”

Se le ocurre que el bordillo de la acera de la iglesia no es muy

alto, pero hubo de hacer de tope; las ruedas se lo saltaron, pero aún así sirvió para frenar un poco el camión. Quizá lo suficiente, lo necesario para no tirar la pared…

Aunque ya no importa, claro. ¿De qué sirve darle más vueltas? Ya ha sucedido.

Y decide volver a reunirse con el resto del gentío que llena la plaza. La cosa va para largo, porque aún quedan bastantes personas por entrar.

La mayor de las dos maestras recoge los trabajitos de manos de los niños y niñas de la escuela y entra sola. Uno de los más pequeños ve a su madre entre la gente, sonríe y se acerca correteando a darle un abrazo.

Al rato, todo termina. El párroco da las gracias a todos por venir, los bendice y los deja marchar.

Y la gente se dispersa, de vuelta a sus tareas de cada día.

Pero no todos. Quedan un par de vecinos, hablando aparte con el sacerdote.

Tom se les acerca.

-Disculpe, ¿reverendo? Me llamo Tom Shyrup. Vengo de parte del director Rooney de la Academia Watterson…

El hombre que está justo al lado del párroco, un poco más rápido, se adelanta y le da la mano.

-¿Viene a ver nuestra pintura? Soy Jim Bailey, concejal del Ayuntamiento. Éste es el padre Danvers y el señor Mike Karzinsky, aparejador…

Tom les estrecha la mano a todos. Vaya apretón fuerte tiene el aparejador.

-Ojalá fuera en otras circunstancias… ¿Puedo ver la pintura?

-Acompáñeme –dice el párroco antes de entrar en el edificio.

La luz del día se filtra a través de las sencillas vidrieras de colores que coronan los laterales de la nave y el ábside al fondo. Las cristaleras se han roto y desprendido sobre el lugar del impacto, sí, pero aquí en el interior también han limpiado: ni quedan cristales por el suelo ni fragmentos de ladrillo desprendidos.

Han organizado otro amplio semicírculo de bancos de madera en el interior de la iglesia, un intento de barrera para que nadie se acerque a la pared dañada. Sobre esos bancos han puesto las flores y las notas y los dibujos. Las velas, recién encendidas, están sobre las baldosas del suelo en la zona despejada, algo más cerca de la pintura… Pero no demasiado.

-Habrá que apagarlas –dice el concejal.

-Sí, sí, lo entiendo. Deles unos pocos minutos más, y yo mismo…

-Padre... Cuanto antes, no lo compliquemos más.

El párroco suspira y pasa por el estrecho espacio entre los bancos. Se acerca a las velas, se agacha y, una por una, las recoge, las apaga soplando y las lleva aparte, junto a la relativa seguridad cerca de los bancos.

-Mike dice que convendría tirar la pared cuanto antes –dice el concejal.

-No es segura –dice el aparejador, con un encogimiento de hombros. -Imagino que les gustaría hacerlo de otro modo, pero así están las cosas.

-Entiendo –dice Tom.

Deja su rosa con delicadeza junto a las otras flores. Se acerca a las notas y les echa un vistazo.

"Gracias".

"Gracias por…"

"…mis hijos." "…Por el empleo que me diste el año pasado." "…Por ver partir a mi madre sin dolor." "…Por nuestra nueva casa." "Por velar por mi niña enferma." Y alguna que otra: "Necesito tu ayuda, justo ahora…"

Tom, conmovido, levanta la vista hacia la pintura en esa penumbra clara. El párroco sopla la llamita de otra vela. Sólo quedan dos encendidas.

El profesor de Arte se escurre entre los bancos como ha hecho antes el párroco. Se acerca a la pared rota. El reverendo Danvers se estremece al notar la mano de Tom sobre su hombro justo tras soplar la última vela.

"Mi prometido entiende de paredes pintadas", le dice una cansada Sophie a Smith, el contratista, allá en Stain Harbour.

Como en el exterior, hay una grieta larga allá donde la pared se hunde hacia adentro. La grieta ha partido y desconchado algunos ladrillos y perfila otros más arriba. La pintura se ha perdido en la parte alta de la pared y está rota en dos en la parte baja. Hay otras grietas menores sobre el yeso pintado. Da la impresión de que sí, queda la gran mayoría de la pared, pero no es segura. Y queda el agujero en lo alto, donde las vidrieras están rotas o han desaparecido…

Tom se muerde el labio. El aparejador tiene razón. Esta pared es un peligro. De momento se tiene en pie, pero a saber durante cuánto tiempo seguirá así…

Con suavidad, el párroco coge a Tom del brazo y señala hacia el fresco roto.

-Nuestra Señora de los Primeros Pasos –dice en un susurro emocionado.

Tom se adelanta solo un par de pasos. Mira la pintura. La bellísima pintura.

Una María joven y alegre, de rodillas, abriendo los brazos a un Jesús feliz de apenas unos meses que anda hacia ella con pasos torpes e inseguros. Al otro lado, un San José sentado en una banqueta, la sonrisa en su rostro gastado, las herramientas de su oficio de carpintero sobre una mesita y por el suelo. Tras ellos, un fondo de Nazareth; y, a los lados, los ángeles, que también querrían jugar con el pequeño. El manto azul de María es el mayor toque de frescura en una obra resuelta en su mayoría con colores cálidos o rotos.

Tom se acerca y roza con las yemas de sus dedos el yeso pintado de ocre claro. Baja la mirada y se deja llenar por la dulzura en el rostro de María. "Gracias por…"

Desde detrás de los bancos, el sacerdote, el concejal y el aparejador contemplan nerviosos la figura del profesor de Arte, bañada por el haz de luz directa del mediodía que entra por la brecha en lo alto de la pared.

-Señor Shivers –oye decir al concejal.

-Shyrup –le corrige con suavidad Tom.

-Quizá debería apartarse ya de la pared.

Tom se vuelve hacia ellos, separa los dedos de la pared y camina de vuelta a la seguridad del arco de bancos de madera cubiertos de flores.

-Hablemos fuera –les dice, con serena autoridad.

Ya en la plaza, Tom se para unos segundos a ordenar sus pensamientos.

-¿Cómo me ha dicho que se llama usted? –le pregunta al aparejador.

-Soy Mike.

-Mike. Estoy de acuerdo con usted, hay que derribar esa pared cuanto antes. ¿El resto se tendrá en pie?

-Sí. Las columnas siguen en su sitio y sostendrán el sistema de vigas. No debería ser un problema.

El concejal baja la cabeza, meditabundo.

-¿Y Nuestra Señora? –pregunta el párroco.

Tom mira al aparejador.

-Es una superficie bastante grande. ¿Qué serán, unos cien pies cuadrados…?

-Ciento ocho.

-Si la marcamos y encolamos por planos, hacerlo por partes… Quizá podríamos salvar lo que queda de la pintura, pero es arriesgado. Una vez entelada, habrá que marcar con un punzón y picar para separar la capa superior del yeso, la que lleva la mayoría de la pintura. Con los golpes, se podría venir la pared abajo… No lo sé. Lo veo muy difícil.

Tom calla un momento. Los rostros de los demás son la imagen

de la consternación.

-Yo estoy dispuesto a intentarlo. A lo mejor yendo despacio y con mucho cuidado… Lo que usted diga, Mike.

El aparejador se frota la barbilla.

-No me gusta. No sé. A la gente le importa mucho la imagen de María con el Niño…

El párroco calla, nervioso. El aparejador mira hacia atrás, al interior de la iglesia y la pared rota. Y luego a Tom.

-Si ponemos sacos de tierra apoyados en la pared por dentro y por fuera lo justo para que la sostengan y no se desplome mientras trabajamos… Quizá podamos conseguirlo. La pintura habrá que dejarla al aire, y está en la zona hundida hacia el interior… Esa es la zona que más fácilmente podría caerse, pero le queda poco peso encima. Y minimizamos el riesgo si el resto está sujeto. Y si tiene algún apoyo por fuera.

-¿Cuándo podría estar hecho lo de los sacos?

Mike y el concejal se miran.

-El Secretario del Obispo ha llegado a un acuerdo con el Ayuntamiento para resolver la situación y ha dicho que, por él, lo que haga falta. Si conseguimos unos diez o doce hombres y empezamos a trabajar hoy… Quizá podamos tenerlo para mañana por la tarde. Necesitaremos cascos de obra…

Tom asiente.

-En ese caso, me pongo en sus manos, Mike.

-Voy a organizarlo. No me he quedado con su nombre, profesor…

-Soy Tom –dice éste.

-Tom. Nos vemos mañana. Señores… -dice Mike hacia el párroco y el concejal.

-Adiós, Mike.

-Hasta mañana, Mike –dice Tom.

El concejal mira hacia arriba.

-En un rato va a empezar a apretar el calor.

-Desde luego –dice Tom. Y al párroco: –Lo siento, pero necesito un favor...

-Lo que usted diga.

-El artista que pintó ese fresco…

-Windcolt.

-El mismo. ¿Su viuda sigue viviendo en el barrio?

-Sí. Es ya una anciana…

-Por favor, llévenme a su casa. Tengo que hablar con ella.

31.

Mi querido señor Shyrup,

¡Qué alegría recibir su carta! Fue sacarla del buzón y subir corriendo a casa para poder abrirla y leerla una y otra vez.

Su amigo, el señor Rawlings, se pasó por la academia de los Stern hace unos días. Me contó lo de su viaje inesperado a Poet City; que estaría usted allí un par de meses, hasta el final de la primavera.

También me dijo lo de su prometida. Crea que lo siento mucho. Entiendo que ande perdido en la tristeza y que los días se le hagan cuesta arriba… Pero no sea tan duro consigo mismo. Es usted una buena persona, Tom, y estoy segura de que es un excelente profesor. No hay más que oírle hablar de dibujos y pinturas para entender que ama el arte con todo su corazón. Sus alumnos tienen suerte de poder contar con usted, incluso en estos días difíciles.

Y, desde luego, no hay nada que perdonar. Comprendo que esto del arte moderno no sea lo suyo. En gustos, ya se sabe…

Vendí bien aquel enorme cuadro de base blanca. Pero después, el entusiasmo por mis pinturas abstractas se ha enfriado. Aunque los clientes habituales de Ronnie (mi galerista y agente de circunstancias) están contentos con sus compras, de momento no les urge conseguir otro cuadro más. Hay uno que está pensando en hacerse con un ático en Lydia's Heights y Ronnie está tratando de convencerle de que le iría bien algo interesante en la pared del salón para darle envidia a sus amistades. Sin embargo, tal y como van las cosas, para entonces será septiembre u octubre… Así que, de momento, se acabaron los encargos y las fechas de entrega. Ha sido una racha inesperada y maravillosa, pero ya no da más de sí. Ronnie me ha dicho que vaya preparando con calma unos cuantos trabajos. Que le eche imaginación y, cuando tenga cuatro o cinco cuadros, haremos una pequeña exposición en la galería para volver a despertar el interés de todo el mundo.

A ratos, casi sin darme cuenta, me encuentro tomando apuntes escritos o abocetados y deseando volver a abrir mi caja de lápices de colores…

Con el dinero que he ganado, les he intentado alquilar a los Stern la habitación grande que tienen al fondo del local de su academia, pero no quieren ni oír hablar de eso. Dicen que están encantados de dejarme trabajar allí, que será mi estudio mientras lo necesite. Son una pareja encantadora. Intento corresponder a su amabilidad todos los días, pero tengo la sensación de que siempre voy a estar en deuda con ellos.

En casa tampoco me dejan contribuir. Que ahorre para el

futuro, me dicen. A mi tío Justo ya le han quitado el yeso de la mano; la tenía agarrotada, pero en un par de días dice haber recuperado la mayoría de su destreza para marcar, cortar y coser. Y la tía Eulalia ha estado cosiendo unas semanas en el taller de modista de la señora Reseco. La Reseco sabe que mi tía da unas puntadas de rechupete y le faltó tiempo para emplearla, aunque fuese algo temporal. Es lo que dicen las clientas, aquí, en Windborough: "Un Reseco siempre sienta bien."

Conque el temor a las estrecheces en el hogar de los Martínez ha pasado de largo como un mal sueño. Y ese dinero, que me quemaba en las manos y con el que quería hacer algo bueno, está ahora muerto de risa, dentro de un calcetín. Sin saber si acercarse al banco…

En fin.

Haga usted lo posible por estar bien. Me duele saberle tan abatido… Vaya a curiosear a la papelería y a la biblioteca, claro que sí. Y lléveles algo de pan seco a las palomas, que seguro que lo aceptarán como el mejor de los regalos. Tengo muchísimas ganas de volver a vernos y poder hablar. Escríbame siempre que quiera.

Le mando un montón de cariño. Cuídese mucho. Su amiga,

Lucy.

A la atención de la señorita Lucía Martínez.

Querida Lucy:

Acabo de leer su carta. Me ha encantado saber de usted. Me alivia saber que no está enfadada conmigo y me alegro un montón por todas esas buenas noticias: lo bien que fue la venta del cuadro, que ya esté pensando en su siguiente obra y, sobre todo, que sus tíos se encuentren bien. Dígale a su tío Justo que sea paciente: cuesta tiempo recuperar el movimiento y la sensibilidad de una mano rota. Se lo digo por experiencia.

Hoy ha sido un día extraño y emocionante. Tras estas semanas de no hacer sino meter la pata allá donde iba, he acabado en el despacho del señor Rooney, el director de la Academia Watterson. Es un buen hombre. Sabe que estoy pasando por una mala racha y quiere ayudarme… Así que me ha enviado a una misión. Debo salvar una pintura.

Se trata de un fresco de dieciocho pies por seis. Un camión chocó contra la pared de una iglesia y el fresco del interior quedó hundido y agrietado… La parte más alta de la pintura se ha perdido. Pero lo más interesante, la escena que muestra el resto, quizá podamos recuperarla.

Y es tan bonita. Oh, Lucy, le gustaría tanto a usted… Una imagen preciosa de la Sagrada Familia; un momento de su vida

cotidiana. Tan sereno, tan feliz, sin preocupaciones por lo que pueda traer el futuro…

Los vecinos del barrio le tienen una gran devoción y están muy preocupados, pues temen lo peor. Temen perderla.

Y yo también. Quiero estar a la altura, quiero salvarla. Quiero devolvérsela. Pero la pared está en tan malas condiciones… No lo sé. Espero conseguirlo.

He hablado con las autoridades locales. Van a traer una cuadrilla de trabajadores para apuntalar la pared y mañana por la tarde, mañana mismo, me pondré manos a la obra. Hay que arrancar esa pintura. Lo antes posible, pues el tiempo corre en contra nuestra.

He pasado el día preparándome. Verá, la pintura es obra de un artista local, ya fallecido. El párroco y yo hemos ido a visitar a su viuda, una anciana que todavía vive en el barrio. Me ha enseñado el cuarto donde trabajaba su marido: está tal como él lo dejó. Era cartelista e ilustrador de revista, ¿sabe? Un tal Windcolt, un hombre que sabía lo que se hacía… En 1917, dieron a su hijo por desaparecido en los campos de guerra en Europa. Entre las balas y la gripe… Imagino el miedo y la frustración en el hogar de Henry y Ada Windcolt. Días de silencio y pena. Hasta que él no pudo más, y fue a la iglesia de Santa María a hablar con el párroco de entonces. A enseñarle unos dibujos y rogarle que le dejase pintar aquello en la pared sur, porque ya no sabía cómo más pedir que su hijo volviera a casa. Que él pondría la pintura y el oficio y el corazón y las lágrimas y el dinero para el albañil y un par de sacos de yeso. Y sí, le dejaron hacer… ¿Cómo negarle algo así?

El soldado volvió, tiempo después; encallecido de ánimo, pero por su propio pie. Su madre lloraba al contar que la abrazó y cómo, después, abrazó a su padre.

He procurado darle tiempo, ¿sabe? Dejarle hablar y decirme…

La anciana me ha enseñado un pequeño álbum de fotos de la familia. Fotos con su marido y su hijo. Y luego me ha abierto las carpetas del estudio abarrotado de materiales. Las carpetas grandes y las pequeñas, con los bocetos del proyecto y los cartones, los que usó para punzar cada día sobre la mano nueva de yeso fresco y marcar los perfiles de las figuras a pintar.

He visto las portadas de revista enmarcadas en la pared del estudio de Henry Windcolt y los ejemplares en sus estantes, con señaladores de papel en las páginas donde aparecían sus ilustraciones. Y un retrato grande, a carboncillo, en el salón de la casa. Un dibujo sacado de una foto de la familia, en tiempos mejores…

Le he dado las gracias. Y le he dicho que es difícil pero haré lo posible por salvar el trabajo de su marido. Perdone, no lo había mencionado aún. Ese fresco se titula Nuestra Señora de los Primeros

Pasos. Ya le explicaré…

He llegado a la academia Watterson a tiempo de informar de la situación al señor Rooney. Le he pedido una cámara de fotos para documentar el trabajo y me ha conseguido una en menos de diez minutos. Me ha dado adelantado algo de dinero para gastos. Me he ido a casa y entonces he encontrado la carta de usted en el buzón. ¡Qué sorpresa tan agradable! La he leído dos o tres veces antes de prepararme algo de comer.

La tarde la he pasado un poco de aquí para allá. Comprando cola y gasa fina de algodón para pegar a la pintura, que he llevado a la parroquia de Santa María. Luego, he ido a que me pusieran un carrete de fotos en la cámara, el más grande posible. Y he vuelto a casa de la viuda Windcolt a estudiar las notas que tomó el artista durante la elaboración del fresco. Para saber dónde empezó y acabó cada día y poder acertar a la hora de picar el yeso y separarlo de la pared en ruinas. Y así minimizar el peligro para quienes estemos allí.

Huy. No quiero asustarla, Lucy. Es… tiene su riesgo, claro. Dejémoslo allí. Pero mañana o pasado, cuando la pintura esté a salvo y esté de vuelta en casa, le escribiré otra carta para que sepa que todo ha ido bien, ¿de acuerdo? No se preocupe.

Creo que esto es algo bueno y algo que debo hacer. Creo que irá bien. Es una corazonada. Saldrá bien, de una forma u otra.

He cenado algo por ahí y se me ha ocurrido escribirle esta carta. Estoy tan nervioso por todo esto… Tenía ganas de contárselo. Mañana por la mañana, de camino a clase, echaré la carta en la oficina de correos.

Gracias por todo, Lucy. Cuídese mucho y hasta pronto.

Su amigo,

Tom.

32.

Se hacen las cinco de la tarde del día siguiente antes de que llegue Tom a la iglesia de Santa María.

Mike Karzinsky se lo ha tomado en serio. Después de hablar con Tom, contrató una cuadrilla de quince obreros para cavar en un terreno de la periferia de Poet City, uno que pertenece al Ayuntamiento, y sacar tierra para llenar doscientos sacos. Fue una tarea titánica, de esas que se deben hacer sin mirar el reloj.

-Aquí pondremos la piscina para el verano –bromeó uno de los obreros cuando empezaron a cavar. Las ganas de broma se les pasaron a medida que transcurrían las horas y el montón de sacos vacío mermaba muy, muy despacio…

Esta mañana han hecho falta tres viajes para traer los sacos de tierra en camión hasta Haven Square y dejar una mitad dentro de la iglesia y la otra mitad fuera.

El aparejador también ha puesto a trabajar a cuatro carpinteros para hacer ocho grandes bastidores en forma de escuadra con maderos, tablones, clavos largos y cuerdas.

Cuando llegan a la iglesia por la tarde, los carpinteros terminan uniendo los bastidores de dos en dos con más tablones y más sogas gruesas. Pero nada de martillear allí. Se trata de apuntalar la pared herida. Los nuevos soportes parecen máquinas de ingeniería de los antiguos romanos.

El aparejador hace que coloquen los pares de bastidores a los lados de la pared; par contra par, sólo con la pared de por medio. Los hace sujetar con sacos en la base para que no se deslicen. El resto de los sacos los coloca dentro y fuera de la iglesia donde la razón le dice que pueden hacer más falta, siempre buscando el equilibrio.

Mientras tanto, Tom llega a la iglesia. Nada más verlo, Karzinsky se le acerca y le pone un casco en la cabeza.

-Mejor así –le dice a modo de saludo.

Tom sonríe. Saca los materiales para preparar la cola caliente. El padre Danvers y Bill, su sacristán, se ofrecen como ayudantes. Tras unas instrucciones sencillas, encienden unos hornillos de campo que les ha conseguido el concejal Bailey, ponen encima los pucheros y, cuando el agua está lo bastante caliente, echan la cola en polvo y se ponen a remover, todo bajo la supervisión de Tom.

Dos pucheros. Tom espera que sea suficiente, y si no…

Son cerca de las seis cuando Mike se acerca a hablar con Tom, que ha terminado de echar fotos a la pared y a la cuadrilla bregando.

-Hemos hecho lo que hemos podido.

-Parece mucho más seguro –dice Tom, por subir el ánimo.

-Ni hablar –replica Mike. –No se confíe, profesor. Con guantes blancos, no sé si me entiende. Vamos, que no resople cuando esté cerca de esa pared. ¿Está claro?

-Sí, Mike. ¿Con quién voy a trabajar?

-Yo me quedo hasta el final. Y los obreros… Tengo seis voluntarios.

-¿Seis?

-Todos quieren participar. Y es menos peligroso: se irán turnando. Menos rato cerca de la pared.

-Ah. Entiendo.

-Hey, Doone. Diles a los muchachos que ya pueden entrar –le dice Karzinsky a uno de los obreros que miraba desde la puerta abierta de la iglesia.

-Voy, jefe. ¡Eh, chicos…!

Tom le echa un vistazo al puchero de la cola caliente que está removiendo el padre Danvers por detrás de la línea de los bancos. Asiente, serio. Eso tiene buena pinta.

-Mike, ¿quién se queda fuera? –le pregunta al aparejador.

-Todavía tenemos el semicírculo de bancos de madera. Y habrá un par de agentes de la policía local vigilando que nadie se acerque más de lo conveniente hasta que acabemos y nos vayamos todos. El tráfico sigue cortado, así que un problema menos.

-Han pensado en todo.

-Menos en cómo diantres vamos a arrancar esa pintura sin que se nos caiga la pared encima. No sé cuánto aguantarán los bastidores si se hace una grieta en un mal sitio y cede al peso.

-Ya.

-Ya estamos todos aquí, jefe –dice Doone.

-Sentaos en los bancos, ¿queréis? Éste es Tom. Él nos va a ayudar a sacar la pintura fuera de la pared en peligro… Es nuestro experto. Así que todos a escuchar lo que tenga que decir.

-Buenas tardes a todos. Lo que vamos a hacer es peligroso, así que no quiero nunca a más de una persona conmigo junto a la pared.

-¿Cómo va a ir esto? –dice un tal Ferreira, hombre joven, pecoso y de rasgos toscos.

-Es fácil. Voy a encolar la pared con una brocha gorda. Sobre la cola recién puesta y aún caliente, pondré tiras de tejido, gasas de algodón. Que se empapen de cola. Varias capas así, cola y algodón. Tres o… Mejor cuatro capas mínimo sería lo prudente. Lo haremos de abajo a arriba y acabaremos subidos en la escalera para las partes más altas. Y no podemos hacer toda la pared entera, de un tirón; tiene que ir por partes.

-¿Y eso por qué?

-Primero, por culpa de la grieta central y la parte de la pared

más hundida. Eso crea… Al menos cuatro planos. Salvaremos la pintura en partes.

-Será más seguro –dice el aparejador.

-Claro –dice Tom. -Además, sobre el ladrillo hay tres capas de yesos y no sabemos lo dañada que está cada una. La primera, la más profunda, va armada con arena y gravilla. Pero es la más cercana al impacto y no sabemos como lo ha resistido. Eso es un problema, porque servía de soporte al resto del yeso. Una vez que la primera capa estuvo seca y firme, se puso encima una segunda capa más fina y pura encima. Esto es importante: cada capa es más fina y frágil que la anterior. En esa segunda, al secarse lo suficiente, se picaban puntos y se marcaban las líneas del dibujo y las áreas del plan de trabajo. Encima de la segunda capa, cada día se aplicaba una tercera capa delgada de yeso fresco sobre el área que se preveía pintar. Esa capa final se construía igual, igual que un puzzle.

-Un puzzle de una pieza al día –se le escapa a uno de ellos, un pensamiento en voz alta.

-Exacto. Cuando el camión chocó con la pared, el ladrillo del exterior se llevó lo peor del impacto. Pero las grietas pueden haberse extendido por las tres capas de yeso. El yeso puede hacérsenos migas cuando empecemos a trabajar: a encolar, a entelar o peor aún, a picar. Aparte, el yeso superficial se puede romper tanto por las grietas que haya dejado el impacto del choque como por las uniones entre las piezas que se pintaron de un día al siguiente, hace cuarenta años.

-¿Es la capa que lleva la pintura? –pregunta Mike.

-Sí. El yeso superficial es la capa que encolaremos; es la que lleva la pintura y la que nos vamos a quedar. Repito, sólo queremos llevarnos la capa fina, la más superficial. El resto no nos importa. Cuando la cola esté seca, marcaremos unas líneas con un punzón y luego ustedes tendrán que picar para arrancar esa capa. Imaginen el problema: lo bastante fuerte como para arrancar el yeso fino y sacar la pintura, lo bastante flojo como para no tirar la pared de una vez y por todas…

Los seis de la cuadrilla murmuran entre ellos, preocupados.

-Es casi imposible.

-¿Cómo no llevarnos la pared entera…?

-Les entiendo muy bien –dice Tom. –Yo me quedo. Pero nadie se lo reprochará si deciden dejarlo y marcharse.

-¿Qué dice?

-No, no. ¡Nos quedamos!

-Sí.

-Nos quedamos todos.

Se miran entre ellos, asintiendo, dándose valor.

-Por cierto, señor…

-Me llamo Tom.

-Tom, ¿cuántas veces ha hecho esto usted?

El profesor de Arte se lo queda mirando.

-He arrancado un fresco. Uno fácil y limpio, hace años. Cuando empezaba. Con mi maestro, Emilio Fuentes. Y he visto arrancar un par en el taller del Liceo Longbridge de Stain Harbour. Meras prácticas, lecciones de aula.

-Pero nunca uno como éste.

-No, nunca uno como éste. Éste parece imposible. Muy grande, varios planos y la pared muy dañada. Yo estaré junto a la pared todo el tiempo. Y, cuando haya que picar, lo hará uno de ustedes siguiendo mis indicaciones; a veces por arriba, subidos en la escalera, luego por los laterales y marcando la parte baja. ¿Aún quieren quedarse?

Se hace un silencio. Desde las inmediaciones de los pucheros, removiendo el mejunje despacio, el padre Danvers y un muy inquieto Bill miran a la cuadrilla de obreros. A Mike Karzinsky, el aparejador, sombrío; y al profesor, que parece más alto que de costumbre, más flaco aún, más duro.

-Hoy encolaremos y entelaremos la pared. Si nos deja. Y mañana por la tarde… Entonces la picaremos y arrancaremos la pintura.

Mike mira su reloj.

-Las seis de la tarde pasadas. Señores, manos a la obra.

-Empezaré encolando una parte. ¿Quiere alguien acompañarme para ver cómo lo hago?

-Yo –levanta la mano Doone.

-Doone. Bien, conmigo. Acerque la escalera un poco, ¿quiere?

Se acercan a uno de los lados de la pared.

-Empezaremos aquí, en la parte izquierda de la pintura: los ángeles y Nazaret al fondo. Lejos de la grieta y en el interior…Cuanto más lejos de la grieta, debería estar menos dañado y ser más sencillo. Traiga las brochas y ese paquete grande de gasas de algodón, ¿quiere?

Tom coge el puchero de cola caliente que cuidaba el padre Danvers. Usa un trapo entre el asa y su mano para no quemarse.

-¿Puede ayudar a Bill con el otro, por favor? –le pide al padre Danvers.

-Sí, profesor. Ahora mismo.

Tom deja el puchero sobre una piedra grande y plana en el suelo. Coge la brocha que le pasa Doone, la moja en la cola y da un brochazo lento sobre la pared. Luego otro encima.

-Así. Ni mucho ni poco y con cuidado. ¿De acuerdo?

-Es fácil –replica Doone.

-Pues a poner una capa de tiras de algodón antes de que se seque la cola. Y a solapar cada parte que haga con la anterior y la

siguiente. Cola y algodón.

El sol de la tarde de mayo va bajando, despacio. Les quedan casi tres horas de luz del día. "Podemos hacerlo", piensa Tom.

Siguen encolando ese plano de la pintura. Terminan de poner la última tira de la primera capa de algodón.

-Encima, otra vez cola. Un poco, la suficiente. Queremos que agarre a la tira de algodón y que se seque después, las dos cosas.

Y más tarde:

-Y otra capa de tiras de algodón…

-Antes ha dicho cuatro capas.

Tom suspira.

-No sé. Cuatro parece bien. No quiero arriesgarme a perder la pintura por cicatear en las capas. Ni hace falta exagerar. Una tela firme en la que esté pegado el yeso, ya está. Ferreira, venga por aquí. Fíjese en cómo trabaja Doone y ayúdele a terminar ese plano. Usted, ¿cómo se llama?

-Leroux.

-Coja la otra brocha y otro paquete de gasas de algodón. Usted y yo nos vamos al lado derecho de la pared.

-¿Por qué hacemos esto?

-Ah, buena pregunta. Dos equipos encolando y entelando. Terminaremos en menos tiempo y así se hacen a la fragilidad de la capa de yeso que lleva la pintura. Para tomárnoslo con mayor precaución mañana, a la hora de picar.

-Si es por eso, por mí, vale.

-Genial. Voy a por el otro puchero de cola…

Y levanta un poco la voz para decirle al primer equipo:

-Señores, al menor indicio de que algo se mueva, salgan corriendo de donde están. ¿Entendido? ¿Dónde está la otra escalera…?

Tom empieza a encolar bajo la mirada de Leroux. Entonces…

-Mike –dice Tom.

El aparejador se le acerca.

-Esta grieta ha aparecido al pasar la brocha con cola.

Es una grieta fina, pero alargada en la pintura.

Karzinsky suspira.

-No me gusta.

-A mí tampoco.

-Trate de encolar el resto con cuidado y ponga enseguida la gasa de algodón. Vamos a ver si se sujeta sin desprenderse…

El trabajo sigue en silencio. Otros obreros toman el relevo. Aparecen nuevas grietas a lo largo de la pintura. Pero, de momento, no se desprende ninguna esquirla de yeso seco.

Hay que mover los sacos y los bastidores en un par de

ocasiones. La madera de los tablones rechina contra el suelo. A todos los presentes les da escalofríos.

-De esta parte me ocupo yo –dice Tom al atacar los dos últimos planos, la parte de la pared que más se hundió con el choque del camión. El centro de la escena, con la Sagrada Familia.

-Le hago de ayudante –dice Mike.

-Bien. Gracias. Coja ese puchero de cola, por favor.

Mientras Tom pasa la brocha, se va revelando una telaraña de grietas finas. Termina de dar la cola y aplica una gasa de algodón con un cuidado inmenso.

Mike suda. Casi no se le oye ni respirar.

Van dando manos de cola y colocando tiras de algodón. La tela resultante se nota más y más compacta y segura.

De momento, todo ha salido bien.

-Por hoy hemos terminado. Señores, muchas gracias a todos y hasta mañana.

También el padre Danvers da las gracias. Los obreros se marchan.

Cinco minutos después, Tom y Mike están de pie, fuera de la iglesia. Respirando el aire limpio del final de aquella tarde de mayo.

-Si mañana se desprenden los ladrillos, esa fina capa de yeso se rajará y se pulverizará –dice Mike.

-Quizá aguante.

-Quizá. Pero, visto lo visto, me temo que la pared está mucho peor de lo que creíamos. El ladrillo roto y el yeso de detrás, también. Cuando piquemos…

-Quizá la tela lo sostenga.

El aparejador gruñe.

-Demasiados quizás. Buenas noches, Tom.

-Buenas noches, Mike.

El profesor de Arte se va despacio hacia Paris Street y la parada del autobús número nueve, cansado y perdido en sus pensamientos. “Querida señorita Martínez, tengo tanto que contarle…”

33.

Es un miércoles de mitad de mayo. El día en que toca arrancar la pintura de Santa María de los Primeros Pasos.

Es una mañana con el cielo raso. Hace algo de fresco a primera hora, mientras Tom va hacia la Academia Watterson. El sol de primavera acaricia con su luz cálida los altos de las casas en toda Poet City. Al pasar junto a la oficina de Correos, Tom echa su nueva carta para Lucy en una de las bocas de buzón que hay en la fachada del edificio. Luego sigue su camino hacia el trabajo, canturreando feliz para sí mismo. Los árboles del paseo están llenos de hojas de un verde nuevo; las acacias ya han echado sus manojos de frutos blancos, y las flores de las mimosas perfuman el aire con su olor dulzón característico. La gente anima las calles; se paran a comprar el periódico o a tomar un café rápido antes de entrar a la oficina. Los coches siguen, resignados, la secuencia de las luces de los semáforos. En su interior, conductores con restos de sueño en la cara. Muchos llevan la radio puesta y escuchan música o la charla de los comentaristas deportivos, a los que se les hace la boca agua esperando el partido de béisbol de hoy. A fin de cuentas, los Soarers están en racha…

-¡Señor Shyrup!

El director Ronney echa una carrerita para alcanzar a Tom a las puertas de la Academia.

-¿Qué tal va todo allá por Samson's Fields?

Y Tom pone al día a Rooney. Le habla de la magnitud de los trabajos llevados a cabo por Mike Karzinsky y su cuadrilla de obreros y carpinteros, de los progresos en el encolado y entelado del fresco, de las dificultades en forma de grietas y posibles daños que empezaron a descubrir al humedecer la pintura…

-Hemos quedado esta tarde para tratar de arrancar el fresco –remata Tom.

-Vaya –dice Rooney, impresionado. –Suena peligroso.

Tom se encoge de hombros. Ya no queda otra.

-Oiga, Tom. Si cree que no puede hacerse, déjenlo. La seguridad de ustedes es más importante que esa pintura, por entrañable que resulte…

-Gracias, señor. Pero todos estamos comprometidos. Al menos, vamos a intentarlo.

Rooney cabecea, dubitativo.

-No sé, muchacho. En fin. Es que me preocupa…

-Iremos con cuidado.

-Lo sé, lo sé…

Ronney le palmea la espalda, un gesto de afecto y ánimo, y marcha hacia su despacho.

Claro que es peligroso. Tom lleva desde ayer intentando no pensar en ello. Por suerte, en cuanto entra en el aula y empieza a charlar con sus alumnos, se le olvida la pintura en peligro y se centra en contar y mostrar maravillas.

La mañana pasa deprisa.

Tom va a almorzar al Maid of the Lake, donde se encuentra como en casa. Es casi, casi como volver a estar en el Barney's, en Stain Harbour, con Rawlings y sus elecciones de postres abundantes. Mientras come, los pensamientos del profesor de Arte vagan entre la ilusión que le hace haberle mandado otra carta a Lucy, la tensa camaradería con Mike y sus hombres, la claridad de la luz de primeras horas de la tarde de ese estupendo día de mayo y las grietas en la pintura de la pared de la iglesia de Santa María.

Y sí, pide una buena ración de tarta de manzana.

Luego se va a casa. Se tumba un rato, relee la carta de Lucy, la vuelve a guardar en su sobre y la deja sobre la mesita de noche. Cierra los ojos y trata de dormir. Para su sorpresa, de repente abre los ojos y nota que la luz ha cambiado. Mira el reloj y ve que son las cinco y diez. Se levanta, arregla un poco la cubierta de la cama y ahueca la almohada; pasa por el cuarto de baño, coge la regla de madera de un metro que se ha llevado de la academia esta mañana y que ha dejado apoyada en el marco de la puerta del piso y sale a coger el nueve.

Cuando Tom cruza el atrio de la iglesia ve que el resto de los conjurados ya están allí: Mike, los seis obreros, el padre Danvers y hasta Bill, el sacristán. Se les ve preocupados, ansiosos.

-Vamos allá –les dice Tom, a modo de saludo.

Mike se acerca y le vuelve a poner el casco, igual que el día anterior.

-Hoy dibujaremos unas líneas con lápiz grueso por encima de la parte encolada de la pintura y entre los planos. Que se vean bien porque sobre ellas rascaremos surcos para poder meter luego el escoplo. Recuerden: sólo dos personas junto a la pared, yo mismo y quien quiera que esté atacando el yeso. Así evitaremos reverberaciones y quizá la pared aguante hasta el final. ¿Está claro?

Se oye un coro de "síes" más o menos alto.

-Bien. Empezaremos por las zonas más lejanas al punto del impacto. ¿Le parece bien, Mike?

-Usted manda, profe.

-En marcha, pues. Doone, usted conmigo. ¿Tiene el lápiz…?

-Aquí tiene, como usted nos pidió. Nos lo han dejado los carpinteros…

Al lápiz de carpintero le han sacado punta usando una navaja afilada. Tom mira los cortes secos y sonríe. Esto valdrá. Se suben a las escaleras…

-A esta altura. Doone, sujéteme la regla –dice Tom.

El lápiz suena duro contra la pared cada vez que Tom lo pasa por el borde de la regla de madera de un tirón largo y preciso, allá en lo alto y por la estrechas vetas de pared libre de gasa encolada. Cuando acaban, están pisando el suelo de la iglesia, más seguro.

-Ya está. Coja el punzón y empiece a rascar el yeso siguiendo las líneas de lápiz desde abajo.

Doone se pone manos a la obra. Pero al llegar a la esquina superior, allá donde la pintura queda al aire…

-Agh. Se desprende.

-A ver…

-No por todo. Un poco aquí y allí.

-No importa. Es lo que queremos. No se desprenderá por el entelado y dejará hueco para meter el escoplo. Siga dándole. Suave, pero que progrese. Usted –dice Tom señalando a otro de los seis. -Usted es Kaye. ¿verdad?

-Sí, señor.

-Ayúdeme por allá –dice Tom, yendo al otro lado de la grieta, al extremo de la pintura. –Sujete la regla aquí… Vamos a marcar. Iremos plano a plano, pero si podemos adelantar algo de trabajo… Empecemos abajo y cuando Doone se baje de la escalera, cójala para ayudarme a hacer la parte de arriba…

Al rato, toda la pintura está rodeada por líneas de lápiz que marcan por dónde empezar a escarbar y picar.

-Mike, ¿le parece que pongamos los bastidores de madera apoyados a la izquierda de la grieta mientras picamos en ese lado?

-Sí, sujetarán mejor la pared. Buena idea, Tom. Chicos, echadme una mano con esto…

La cuadrilla acerca los dos grandes bastidores del interior de la iglesia al tramo de pared que queda a la izquierda de la gran grieta y recolocan los sacos. Es trabajo lento y pesado. Un rato después, todo está listo.

-De acuerdo, todo el mundo detrás de los bancos. Doone, usted aquí conmigo con un escoplo fino, una rasqueta y un martillo…

Desde detrás de los bancos, un pálido padre Danvers levanta su mano derecha hacia Tom, Doone y la pintura entelada y musita una bendición. Apenas se le oye mientras el albañil pica con el martillo y el escoplo, abriendo una fina herida más en la pared pintada.

-Vale. Ah, ha hecho una buena brecha. Mire, mire aquí. ¿Ve la línea entre las dos últimas capas de yeso?

-Sí.

-Apoye la rasqueta en la línea y dele con suavidad con el martillo. Por toda la línea, hasta que se desprenda. Yo sujeto por aquí…

Son alrededor de las siete menos cuarto de la tarde. En el interior de la iglesia de Santa María, sólo se oye el golpeteo bajo, seco y cuidadoso del martillo de Doone contra el tope del mango de la rasqueta y el ocasional crujido del yeso al abrirse.

-No se preocupe. Aunque se me escape un poco, se apoyará sobre los sacos del suelo. Siga adelante… Acabe de soltarlo por la izquierda.

Y sigue el martilleo. Doone alterna el escoplo y la rasqueta según le parece necesario. En algún momento, Mike cruza el semicírculo de bancos y se acerca a la zona de la grieta principal. Despacio y cauteloso, apoya la mano en la pared. En un par de minutos, se aparta de ahí y vuelve tras los bancos.

Tom se vuelve hacia el grupo de obreros.

-Vidal, acérquese, por favor. Doone, enséñele lo que ha hecho y que le releve. ¿De acuerdo?

Tom se acerca hacia Mike.

-Vibra mucho con cada golpe –dice éste.

-Acabemos de sacar esa primera parte y luego recolocaremos los bastidores y los sacos.

El aparejador asiente, sombrío.

Tom se reúne con Vidal.

-Acabemos por aquí –le dice.

Tardan un rato, pero sí. Ese plano del fresco se desgaja de la pared y Tom y Vidal lo sujetan y lo tumban en el suelo cerca de los bancos mientras el resto de los presentes los vitorean. Alguien, a Tom le parece Leclerc, aplaude; pero Mike lo detiene de inmediato, sujetándole un brazo.

-No tentemos más a la suerte.

El padre Danvers está a punto de lágrima. Bill le pone la mano en el hombro y le sacude, amistoso.

Es un momento de triunfo. Pero…

-Esto no ha terminado. Calmaos. Profesor, ¿por dónde…?

-Al otro lado de la grieta. El otro extremo de la pintura…

-Movamos esos bastidores –le dice Mike a la cuadrilla.

Con aquel tramo de pared apuntalado, Tom y Ferreira atacan el yeso sobre el entelado y a sus lados. El obrero apoya la rasqueta y martillea con golpecitos precisos, lo justo para cruzar la línea de contacto entre las dos capas superficiales del yeso. Intentan mantener la continuidad de la escena pintada, dañar lo mínimo. Avanzan despacio. Apenas un poco cada vez…

Casi tres cuartos de hora después, rescatan el segundo

extremo.

-Mike, ¿puede echarle un vistazo a esto?

El aparejador estudia las grietas en las capas intermedia y baja que quedaban bajo el yeso recién liberado. Su rostro se torna aún más serio. Mira a Tom en silencio, luego se pone en pie y se acerca a la cuadrilla.

-El resto lo picaré yo –les dice. Ve la contrariedad en el rostro de alguno de ellos y el gesto torcido cuando se muerden la lengua. Pero nadie replica. -Vamos a recolocar los bastidores y los sacos. Y después vosotros os quedáis aquí, atentos a cualquier cosa que haga falta. ¿Sí?

Los obreros asienten y se acercan a mover los maderos para apuntalar la zona cercana a la grieta principal.

-Poned un buen montón de sacos en la parte de abajo. Que toquen el entelado hasta casi un par de pies de altura…

Cuando todo está lo más protegido posible, el aparejador manda a la cuadrilla de vuelta a los bancos. Tom y él se quedan junto a la pared, subidos a las escaleras, rascando por encima del entelado. Perdiendo el cielo de la parte más alta de la pintura.

A cada embate de la punta del punzón tiene la sensación de que la pared se conmueve. Les lleva otros largos diez o doce minutos limpiar una brecha lo bastante amplia como para meter el escoplo o la rasqueta. Se bajan de las escaleras con cuidado, las llevan hasta la línea de los bancos y se toman un breve respiro antes de continuar.

-Se me ocurre que quizá podemos aprovechar y soltar el lado derecho, por la línea que ha abierto Vidal -dice Tom.

-Es tan mal sitio como cualquiera.

-Eso pienso yo.

-Sujete, profesor –dice el aparejador. Y empieza a picar en la brecha. Con golpes delicados, pero Tom los nota repercutir peligrosos en la palma de su mano, todos y cada uno de ellos. Se oye una voz alarmada, allá afuera, en la calle…

Todo es muy rápido. Un crujido, la pared moviéndose bajo la mano de Tom. El profesor de Arte empuja a Mike con todas sus fuerzas.

Y toda la altura del plano hundido de la pared se desploma sobre Tom con un ruido tremendo.

34.

Una polvareda cegadora y un montón de ladrillos caídos, rotos de muchas formas. La cuadrilla echa los bancos a un lado y entra en la zona del derrumbamiento.

-¡Jefe! –grita Vidal hacia el bulto que adivina es Mike Karzinsky.

-¡Sacad al profesor… de ahí debajo..! –responde como puede el aparejador, mientras intenta levantarse.

-No veo lo que hago… -dice Ferreira.

-¿Están bien ahí adentro? –grita uno de los policías locales desde la calle. -¡Joe, quédate ahí…!

-¡Lo tengo! ¡Tengo un brazo!

-¡Echad los ladrillos fuera!

Los obreros se afanan en quitar el peso de encima de la figura inerte de Tom, estorbándose entre ellos, golpeándose, haciéndose daño. Tosen por culpa del polvo.

-El casco se ha roto. ¡Está sangrando por la cabeza…!

-¡Padre! ¡Bill! Las tiras de algodón que sobraron ayer... –pide Mike, que ha conseguido ponerse en pie.

El párroco, nervioso, no sabe dónde mirar. Pero Bill encuentra el paquete que les han pedido y se lo acerca a los obreros.

-¡Tom! ¿Puede oírme…? -el aparejador se arrodilla junto al profesor de Arte. Aparta unos ladrillos más. Enfrente suyo, el policía local de antes se agacha y se pone a retirar ladrillos él también.

-¿Dónde tiene la herida…?

-¡En la sien! ¡No, al otro lado…!

Mike coge dos tiras de gasa de algodón, las dobla y las aprieta contra la cabeza de Tom.

-¡Sacad más tiras! ¡Hay que atarle esto a la cabeza y llevarlo al hospital! Tú, Kaye, ve a poner el camión en marcha…

-¡Jefe, las tiras…!

-Dame –dice Mike. El corazón le va a cien. Coge unas tiras, las anuda y las ata lo mejor que puede alrededor de la cabeza de Tom, intentando sujetar el vendaje.

-Leclerc, quítale esos ladrillos de encima de las piernas.

-Andy, échame una mano –le dice al policía. -Una. Dos. ¡Tres!

Levantan como pueden el montón de ladrillos y yeso del bajo de pared entelada caída y lo echan a un lado. Más polvo. Siguen tosiendo. El ruido aún los pone más nerviosos.

-¡Está libre!

-¡Saquémoslo de aquí!

-Vamos a intentar levantarlo…

-¡Tom! Tom, ¿me oye?

-Jefe, no puede… -dice Ferreira.

Kaye se asoma a la puerta y les echa una voz.

-¡Tengo el camión en marcha aquí en la puerta!

El padre Danvers está temblando de pie entre los restos de la pared caída, mirando el rastro de goterones de sangre en el suelo. Un poco más allá, las gafas rotas de Tom.

-Díos mío…

-¡Vamos, vamos, vamos…! Hay que subirlo al camión. Doone, Vidal, arriba. Tirad de él…

Alguien gime por el esfuerzo.

-Ferreira, ayúdame a sentarme delante, en la cabina –dice Mike, a punto de derrumbarse.

Veinte segundos. Una puerta que se cierra. Otra. Ferreira corre a subirse detrás. Dos palmadas fuertes.

-¡Dale, Kaye!

El camión sale a toda prisa de la plaza, camino del hospital.

35.

Por un camino de tierra entre vastas áreas de césped, Tom se acerca al banco de madera bajo las acacias, el banco que mira hacia el lago. Las palomas picotean el suelo alrededor de las patas del banco. En el asiento, alguien ha dejado bajo el peso de una piedra una hoja de papel amarillo, blando y con una pauta de líneas azules bien separadas.

-¿Qué pone aquí…?

"Gracias por la intención."

Tom mira a las palomas, que siguen a lo suyo. Arrullando y fingiendo que no tienen nada que ver con el mensaje.

Y entonces se da cuenta.

-Estoy soñando… Vaya. Y ahora, me despertaré.

Pero no.

Sigue allí. Al menos, un poco más.

El suelo y el cielo y el horizonte se ven lo bastante reales como para guardarse la nota en el bolsillo de la americana, echarse para atrás el sombrero viejo, gastado y cómodo, y decidirse a continuar el paseo.

Es otro maravilloso día de primavera. Tom sale del parque y comienza a caminar por las calles de la ciudad. Piensa en la suerte que tiene al poder disfrutar de la luz de la mañana en vez de pasar esas horas encerrado en un aula u otra. Levanta la cabeza, cierra los ojos y sonríe. Nota en la cara un ligero toque de brisa fresca. Se siente de maravilla.

Conoce estas calles. Las conoce bien, porque está de vuelta en Stain Harbour. Allá adelante, a tres manzanas, está uno de sus edificios favoritos, el de Caldwell & Rain Insurance Ltd. Airoso, espigado, pero no demasiado alto. Con sus toques Art Nouveau en las cristaleras alargadas que surcan la fachada principal de arriba a abajo y en las barandillas curvas de la azotea. Y enseguida a la derecha, en la avenida Winslow, el Grant Theater, donde vio su primera película con siete años de edad. Esto es el corazón de Fairsay.

Está en casa.

Cruza la plaza del Ayuntamiento y sigue hasta la calle 17. Allí se deja llevar por el impulso de subir la escalinata del Museum of Lesser Masterworks y entrar un rato. Hace mucho que no viene por aquí.

Es un pequeño laberinto de pasillos bien iluminados en cuyas paredes cuelgan paisajes y retratos hechos por algunos artistas locales bien considerados… Y, en el centro del laberinto, la sala principal: la que llaman la Caja de Cristal. Su suelo es un ajedrezado, un cuadrado

de unos veinticuatro pies de lado. De las paredes cuelga lo que se conoce como la Colección Dipson: una plétora de dibujos, estudios y bocetos enmarcados hechos por artistas americanos, algunos de renombre y otros no tanto. No se pueden tocar; a treinta pulgadas de la pared, una barrera de cristal grueso los protege. A la vista, pero a buen recaudo.

Pese a esa… Muestra de desconfianza, resulta que es uno de los lugares favoritos de las gentes de Stain Harbour. Vienen padres y madres con sus hijos, que se quedan con la boca abierta admirando los dibujos. Vienen de punta en blanco los Gunners una vez al año a donar algún original reciente de los hermanos Satszberg, los que dibujan los cromos de béisbol para el OH. Vienen marineros de paso por la ciudad. Vienen los Stern con sus alumnos de la academia de pintura el martes después del Día del Trabajo, para darles inspiración a principio de curso…

Tom no tiene prisa. Vaga por el laberinto del Museo, la mirada perdida en un cuadro y luego en otro, y otro más. Lleva así un rato cuando oye una voz alegre a su espalda. Una voz conocida.

-¡Shyrup! ¡Tom Shyrup!

-¡Señor Fuentes!

-¡Cómo me alegro de verle…!

El viejo maestro le abraza, risueño.

-¡Cuánto tiempo! ¿Cómo está…?

-Bien, bien. ¿Y usted? –dice Tom.

-Aquí, disfrutando de estas pequeñas maravillas… Vengo a menudo.

-Yo no tanto como me gustaría.

Fuentes ríe, encantado.

-Pues creo que han adquirido un par de dibujos nuevos para la sala central. ¿Me acompaña, Tom…?

-Claro.

-¡Estupendo…!

Avanzan tranquilos por el laberinto, devanando la madeja de pinturas, charlando y bromeando, hasta llegar a la Caja de Cristal. Buscan entre las decenas de dibujos en sus cuatro paredes, jugando a distinguir qué han visto en anteriores visitas y qué no.

-¡Mire, Tom, están aquí…!

Y se asombran de la buena mano y la soltura del trazo, del equilibrio de la composición y del peso de las figuras. De la belleza y la diversión. Del acierto de un par de artistas en estado de gracia simplemente dibujando.

Hacía tiempo que Tom no se lo pasaba tan bien. Intenta recordar cuándo, pero no es capaz de precisarlo. Piensa en el tren elevado, cruzando el río Taste Sur… Es inútil. No importa. Ya le

vendrá.

Vuelven al laberinto, en busca de la salida.

-Pero mire qué hora se nos ha hecho… -dice Fuentes.

-¿Se le hace tarde?

-Un compromiso. Qué le vamos a hacer… Debo dejarle, amigo mío.

-¿Volveré a verle pronto?

-Me encantaría. Cualquier día de la semana, por aquí o en el Café de la Serenidad, en la tercera avenida con Loveside. Cuando quiera –dice Fuentes, ofreciéndole la mano. Conque Tom se la estrecha y el viejo maestro le pone la otra en el hombro.

-Cuídese, señor Shyrup.

-Lo mismo digo, señor Fuentes.

Emilio Fuentes sale a la calle y se vuelve a despedirse con la mano antes de perderse tras una esquina.

Qué gran día… Tom se encoge de hombros, feliz, y sigue su paseo sin prisa, una manzana tras otra. El tiempo vuela; el mediodía ya queda atrás… Vaya, está en la 12. Benson, aparentemente de muy buen humor, echa la persiana de su sombrerería. Sophie se gira, ve al profesor de Arte y sonríe.

-Hola, Tom.

-Hola.

-¿Estás bien?

-Claro. Es un día estupendo.

La joven se le acerca.

-Siento que no saliera bien –le dice en voz baja.

-Yo también –dice él, desarmado.

Ella lo abraza.

-Por favor, perdóname.

-Y tú a mí –susurra él, cerrando los ojos y abrazándola a su vez.

Se quedan allí un rato, saldando las cuentas de sus tristezas. Tanto tiempo como hace falta.

Otra voz que Tom conoce, pero no llega a precisar, viene desde detrás de Sophie.

-Querida, es hora de irnos.

-Un momento.

Sophie se suelta un poco del abrazo y mira a Tom con cariño.

-¿Estás contento? ¿Estás bien?

Y Tom busca, pero ya no encuentra el dolor.

-No lo sé. Esto es nuevo.

Sophie le sonríe, dulce, y se gira para marcharse.

-Todo llega, Tom. Adiós.

-Adiós, Sophie.

La ve marcharse de la mano con esa otra persona. Tom suelta aire despacio, se da la vuelta a su vez y sigue su propio camino. Y sí, se siente bien. Es en verdad un gran día.

Está en paz.

Es otro momento. De una boca de metro en Windborough ve salir corriendo a Rawlings, que se choca con él sin reconocerlo. Tom tiene que agarrarlo del brazo para evitar que se marche. Nunca ha visto al joven tan agitado.

-Pero ¿qué ocurre? Rawlings, ¿está usted bien? ¿Qué está pasando?

Los ojos del becario se llenan de lágrimas.

-¡Vamos! ¡CORRA!

Tom alarmado, echa a correr tras él. Una manzana, dos, tres, sin aliento, cinco… Hasta las puertas de la Academia de Arte Stern. Rawlings las abre de un empujón y entra sin esperarlo. Tom, varias zancadas detrás suyo, lo sigue como puede. Las puertas batiendo le golpean su hombro y su brazo izquierdos.

Hay un grupo de gente delante con batas blancas salpicadas de manchas de pintura, charlando. Rawlings llama a alguien. Una mujer joven se vuelve. También ella se alarma al ver el miedo en la cara del becario.

-¡Señor Rawlings…!

-Ha habido un accidente… -y algo más, pero la voz se le rompe y Tom no llega a entenderlo.

A ella se le escapa un grito, un "¡Dios mío…!" Tom se asusta al oírla. Se asusta mucho.

-¡Julius…! –llama angustiada Mabel Stern hacia la profundidad del local de la academia. Tom intenta seguirlos, pero se despista. De alguna parte le llega su voz otra vez. –Es Tom…

Y Tom busca en la irreal penumbra del sótano.

Ve una rendija de luz, una puerta entreabierta, y se asoma. Pero la mano que empuja la puerta es la de Ada Windcolt, hace cuatro décadas.

Ve a Henry Windcolt, sentado en un taburete, encorvado sobre su tablero de dibujo y trabajando. Sus ojos, cansados, febriles.

-Es tarde. Déjalo ya por hoy… -dice ella, con voz débil.

-No me acaba de salir como debe. Es importante…

Y ella, llorando en silencio, le besa en la coronilla y se abraza a su cuello y se medio derrumba sobre él, sin fuerzas con las que seguir adelante. Windcolt borra una vez más ese rostro de María que no acaba de conseguir y se fija en las fotos de Ada, más joven, ésas que tiene pegadas al tablero a dos pulgadas de la hoja de papel. Con aquella sonrisa bondadosa y dulcísima que tenía, aquella como no ha visto otra; la que lo podía todo. Prueba con el lápiz una vez más y no

hay forma y se desespera. Porque sabe que ahora necesita un milagro.

Ella se suelta, vencida, y se va sin decir más. Lo deja donde lo ha encontrado, obsesionado, buscando el camino.

Allá afuera, las últimas claridades del día se pierden tras el horizonte. Arriba, las primeras estrellas chispean en el azul apagado de la caída de la tarde.

Aquí, en Paris Street con la esquina de Haven Square, una a una van prendiendo las bombillas de las farolas (un hilo de blancura hiriendo la vista hasta hacerse un globo de luz) mientras Tom se acerca a la iglesia de Santa María.

No queda nadie en la calle. Quien más, quien menos, está ya en casa, con su familia: Mike y Doone y Vidal y Ferreira y Leclerc y Kaye y Leroux y Bill, todos ellos. Es un consuelo.

Pero las puertas de la iglesia están abiertas. Tom cruza el atrio y mira dentro. Los bancos de madera han vuelto a su sitio. Y en uno de ellos está sentado el padre Danvers, una velita encendida en sus manos, mirando hacia la enorme brecha abierta a la calle vacía.

Poco queda sin caer de la pared rota. El fresco de Santa María de los Primeros Pasos ya no está.

-¿Padre Danvers? -dice Tom.

El párroco se vuelve a mirarlo un momento con ojos tristes. Luego, vuelve la mirada otra vez hacia la llamita vacilante. -Todo ha terminado –musita.

Sopla y la vela se apaga.

La iglesia en ruinas se llena de oscuridad y silencio.

36.

No sabe cuánto dura la oscuridad.

Con dificultad, abre los ojos. Le cuesta enfocar.

-¡Tom…!

Alguien coge su mano. Alguien que está allí mismo, a su lado. Oye pasos apresurados y voces algo más lejos.

-Ya está. Ya está. Lo peor ha pasado –le dice ella con dificultad por la emoción.

A Tom, tras unos segundos de confusión, se le ocurre un nombre.

¿Lucy…?

37.

-Nos tenías muy preocupados. El señor Rooney ha salido corriendo a avisar a los médicos. Vendrán enseguida…

-¿Lucy…?

-¿Sí, Tom?

-¿Dónde estoy?

A Lucy le sale una media risa, entre el estupor y el alivio.

-Claro. Perdona. Estás en el Hospital Roscoe G. Russell, en Poet City –y vuelve a reírse. -Quinta planta, habitación 59, puestos a dar detalles. Se ve el lago desde la ventana.

-Poet City.

-Sí.

Ella sigue cogiéndole la mano.

-Estás aquí. Conmigo.

-Sí, sí. Espera. –Ella se pone tensa de repente. –No te parecerá mal, ¿verdad?

-¿Qué? No. No, no, no, qué va. Estoy encantado de tenerte aquí. En… En este lugar. Donde sea. Encantado de verte y estar contigo… -dice con voz ronca. –Hay que ver, qué seca tengo la garganta.

-Tienes un vaso y una jarra de agua. Dame un momento…

-¡Tom!

El profesor de Arte se gira con dificultad hacia la puerta de la habitación.

-¡Señor Rooney! Me alegro de verle…

-Es el doctor Pelletier, Tom –dice Rooney, dejando paso a un hombre con bata blanca.

-Buenos días, señor Shyrup.

-Iba a darle agua, doctor.

-Déjeme ayudarle a incorporarse un poco… Sorbos pequeños, señor Shyrup.

Tom se atraganta, pero tose y se le pasa rápido.

-Ya está, ya está… -dice Lucy.

-¿Seguro? –dice el médico. Tom asiente como puede. –De acuerdo. Entonces, a tumbarse otra vez. Mavis, por favor…

-Yo me encargo –dice la enfermera que los acompaña. Pasa por detrás del médico y pone un par de almohadas más detrás de Tom, para que le sujeten un poco la espalda y la cabeza.

–¿Así está bien?

Tom se remueve como puede, intentando acomodarse. Se siente sin fuerzas. Por fin se rinde, incapaz de hacer nada mejor.

-Ya está –suspira.

-Estupendo. Quiero examinarle. ¿Le importa?

-No, lo que usted diga.

-¿Pueden salir un par de minutos, por favor…? –les pide el médico a Rooney y a Lucy.

-Sí, sí, doctor, ahora mismo.

-Estaremos aquí afuera, Tom –le dice Lucy.

-Gracias –musita éste, con una sonrisa débil.

El médico le hace unas cuantas preguntas: cómo se llama, cuántos años tiene, a qué se dedica, dónde vive… Le examina los ojos apuntándole con la lámpara que tiene junto a la cama. Le toma el pulso. Le ausculta. La enfermera sigue a un lado de la cama en la que está tumbado Tom, por si hiciera falta para cualquier cosa.

-¿Sabe por qué está aquí?

Tom se queda en blanco. Mira al médico y se inquieta.

-He venido a dar clases y… Oh. A salvar una pintura. Aquella pintura…

Pelletier y la enfermera callan, dándole tiempo.

La sombra de un recuerdo se asoma a los ojos de Tom.

-Algo salió mal…

-Se le cayó media pared encima. Algunos ladrillos le alcanzaron en la cabeza; eso fue lo más peligroso. El casco se rompió, pero está claro que le salvó la vida. Le cosimos esa herida de la sien. Ya veremos cuánta marca deja… Ha pasado usted casi cuatro días inconsciente. Parece que necesitaba tiempo para curarse…

-Cuatro días… -murmura Tom. –Por eso está aquí Lucy. Se lo dijo Rawlings, y ella…

La voz se le apaga. El tren de sus pensamientos va demasiado deprisa para seguirlo, pero se queda mirándolo marchar. Le viene despacio a la cara un gesto de comprensión y articula un "Oh" que no llega a pronunciar.

-Después de las primeras cuarenta y ocho horas, nos empezó a preocupar. En fin. Las cervicales, parece que bien. Qué más… Traía también un hombro dislocado y los dos tobillos algo hinchados. Le colocamos el hombro en su sitio y le vendamos los pies hasta media pantorrilla para que se quedaran quietos y se fuera recuperando.

-Dios mío. Mike.

El médico levanta la vista de la planilla del enfermo y se lo queda mirando.

-¿Quién?

-Mike… Karzinsky, el aparejador. Yo… Creo que… Le di un empujón al sentir que aquello se nos venía encima.

-Ah, Karzinsky. Poca cosa –interviene la enfermera. –Lo mandaron a casa unas horas después. Los últimos dos días ha venido a verle y a preguntar por usted. Se ha pasado un buen montón de

horas en esa silla de ahí…

-Pobre Mike –dice Tom, con su media voz.

El médico echa un vistazo más al informe.

–No tiene usted daños internos graves. Ni huesos rotos, ni lesiones en órganos blandos… Si quiere saber mi opinión, ha tenido mucha, mucha suerte. Eso *sí*, esos ladrillos le dieron una buena paliza. Lleva moratones por todo el cuerpo. De los grandes. Le hemos dado calmantes para ayudarle a descansar. Y, aparte de levantarse y dar unos pasos de cuando en cuando, *debe* descansar. Tómeselo muy en serio.

-De acuerdo –dice el paciente, agotado. -¿Cuándo podré salir de aquí?

-No tenga prisa. Le tendremos en observación un par de días más. Si todo va bien, entonces ya hablaremos. Cuídese mientras tanto. Nada de emociones fuertes ni de volver a la actividad. Necesita reposo, ¿me ha entendido?

-Entendido.

-Le veo mañana –dice el médico, saliendo de la habitación.

-¿Quiere tomar un poco más de agua? –le pregunta la enfermera.

-Sí, por favor.

La enfermera le ayuda a incorporarse un poco, lo suficiente para quedarse medio sentado, y le acerca el vaso con mucho cuidado. Apenas le moja los labios las primeras tres veces. Después, le permite tomar unos sorbos muy cortos. Con paciencia y tiempo, Tom se acaba el vaso.

-Gracias.

-De nada. Si nos necesitan, estamos allá afuera, en el rincón del control.

La enfermera sale de la habitación. Al poco, vuelven a entrar Rooney y Lucy.

-No sabe cuánto me alegro de tenerlo de vuelta con nosotros, muchacho.

-Gracias, señor Rooney.

El director sonríe, emocionado.

-Bueno, ustedes dos tendrán mucho de qué hablar. Vuelvo a casa, pero antes me pasaré por la academia. Me acercaré un rato a verlo a eso de media tarde, ¿le parece?

-Claro.

-Entonces hasta luego.

-Gracias, señor Rooney –dice Lucy.

Rooney asiente y se marcha.

Lucy acerca una silla a la cama para sentarse a su lado. Pero antes de hacerlo, le recoloca el pelo y la abertura de la chaquetilla del

pijama de hospital a Tom.

-¿Así está bien? –dice ella.

Y él se queda mirándola como si, de algún modo, fuera de nuevo la primera vez.

Hablan durante un par de horas. Él, poco; ella se asegura de que él no se canse y no se levante. La ventana de la habitación está abierta y la persiana, medio echada. Entra un poco de sol y una brisa suave. De vez en cuando, Lucy le da un poco de agua. Tiene que ponerle al tanto…

-Llegué anteayer, el viernes por la noche. Vine con la maleta directa al hospital, para llegar a tiempo a verte. Estaban los Rooney…

-¿Los dos? –dice Tom, asombrado.

-Sí. El señor Rooney estaba muy preocupado por ti. Creo que se siente culpable por todo esto.

-No es culpa suya…

-Creo que todo el mundo se lo ha dicho, pero él no acaba de creérselo. Pasó aquí la primera noche velándote. También el padre Danvers. Luego se han ido turnando con las noches, pero además han echado muchas horas de día sentados a tu lado o paseando taciturnos e inquietos pasillo arriba y abajo.

-¿Cómo sabes todo esto…?

-Me lo contaron. Las enfermeras un poco por aquí, la señora Rooney un poco por allá. La señora Rooney… Quiero buscarme una casa de huéspedes. De hecho, pasé por el Liceo Longbridge a preguntar por ti y cuando le dije a la señorita Ogilvy que me venía para acá, le faltó tiempo para llamar a… ¿Thelma, creo? A la academia Watterson. A preguntar por algún buen sitio donde alojarme. Me consiguió la dirección de una amiga de la madre de Thelma… Pero la señora Rooney dijo que me quedaba con ellos. Fue… Muy tajante. Al menos, por el momento. Me hizo un favor, la verdad. Yo venía agotada por la preocupación y el vuelo y el último tramo del trayecto en autobús hasta Poet City… Y no hubiera podido discutir. Esa primera noche me quedé aquí, contigo, en esta silla. Eso lo entendió. Ayer al final del día yo estaba muerta de sueño…

-Lucy, ¿estás bien…?

-Sí, he conseguido dormir tres o cuatro horas esta noche pasada. Y tras verte consciente y bien… Creo que esta noche coger el sueño no va a ser problema.

-La enfermera de antes… Me ha dicho que ha venido Mike…

-Otro que no ha debido de dormir mucho estas últimas noches… Lleva los ojos enrojecidos. Está muy afectado... No habla mucho, ¿verdad?

Tom intenta encogerse de hombros, pero no le sale.

-No. Supongo que no habla mucho.

-Ayer estaba allí, callado, con las manos apoyadas en el borde metálico del pie de la cama. Se volvió, me miró como medio minuto y luego dijo: "Es un buen hombre."

A Lucy se le enturbia la mirada. Se acerca a Tom y le posa un beso largo en la frente.

-Necesito salir a tomar el aire.

-Claro –dice Tom, la voz temblorosa, rendida al momento.

Pasa un rato bastante, bastante largo hasta que Lucy vuelve.

-Se me ha ocurrido que allá en Stain Harbour quizá aún no supiera nadie nada. He llamado a Rawlings y he llamado a los Stern. También al Liceo. Ahí habían hablado con Rooney. Todos te mandan su cariño y sus mejores deseos. Que te pongas bien, dicen. Que mucho ánimo y que piensan en ti.

Tom vuelve la cara hacia la ventana.

Ella se sienta en la silla, cansada, y le coge la mano.

-Rawlings lo dijo en su carta. "No nos olvide."

-Ellos no se olvidan de ti.

-Quiero hablar con ellos…

-Todavía no. El médico ha dicho "Reposo". Quizá mañana. O mejor, pasado mañana. Ahora ya están tranquilos.

-Gracias.

-De nada.

Pasan un ratito callados, mirándose.

Lucy le echa un vistazo al reloj.

-Por la tarde, suelen venir Mike y algunos de los muchachos.

-Los había olvidado. También a ellos –dice Tom, con una punzada de remordimiento.

-Les alegrará saber que estás bien.

-Quiero decirte sus nombres –dice Tom, apurado. -Doone y Kaye. Ferreira y Leroux…

-Calma, Tom. Descanso, ¿recuerdas? Sí, sí, que ya los conozco. Y, con el padre Danvers, estuvo ayer un tipo bonachón llamado Bill…

-Bill. Bill preparaba la cola para entelar la pintura. Lucy, ¿la has visto? ¿Has visto Santa María de los Primeros Pasos…?

-Tom…

-¿Qué se ha salvado…?

Sin soltarle la mano, ella se incorpora, se acerca a él y le acaricia el rostro.

-Ahora no es lo importante.

Él jadea, agotado.

-Lo siento. Son días extraños…

-No pasa nada.
Y su voz es un bálsamo.
Entra en la habitación una enfermera empujando un carrito.
-¡La comida…! –dice alegre.

38.

Al ir a dejarle la comida, las enfermeras ven los vendajes de las torceduras de los tobillos.

-Esto ya toca quitarlo.

Una de las enfermeras retira las vendas con cuidado.

-Mavis, ya me quedo yo –le dice a la otra.

Y la compañera se va a seguir repartiendo bandejas de comida por la planta.

La enfermera que sigue con Tom le masajea los pies con alcohol para ayudar a reactivar la circulación y darle un poco de tonicidad a los músculos dormidos tras todos estos días de inmovilidad.

-Ahora las piernas…

Y tumbado sobre la cama le ayuda a doblar las rodillas. Todos los movimientos son lentos y seguros.

-¿Nota bien las piernas?

-Empiezo a notarlas.

-Nota la paliza, ¿eh?

Tom resopla.

-Ya lo creo.

-Deles un par de minutos.

La sesión de ejercicio sigue un poco más. Pronto es aparente que Tom está moviendo las piernas por sí solo.

-Esto va bien. Bueno, de momento es suficiente. Lo sentamos y a comer, ¿le parece?

-Vale.

-Un último esfuerzo…

Lucy le pone delante la bandeja. Tom se sienta y coge la cuchara. Le tiemblan un poco las manos.

-Creo que podrá solo. Pero tómese los descansos que necesite.

-Gracias.

La enfermera se va.

-Eso huele bien –dice Lucy.

Tom se da cuenta del hambre que lleva. La boca se le hace agua y las tripas vacías le suenan con urgencia.

-Vaya.

Lucy se echa a reír.

-Come despacio, anda.

Al rato, otra enfermera pasa a recoger la bandeja de la comida.

-¿Ha probado ya a caminar?

-No, todavía no.

-Vengo en cinco minutos –dice la enfermera.

Y sí, vuelve enseguida.

-¿Nos ayuda? –le dice a Lucy. Y a Tom: -Lo primero, sacar las piernas. Quedarse sentado al borde de la cama. Muy bien…

-Uf.

-Cuesta al principio. Ahora, intente levantarse. Apóyese en nosotras. Eso es… Y vuelva a sentarse.

-Caramba –dice Tom a cuenta del esfuerzo.

-Sí, bueno. Vamos a hacer esto unas cuantas veces. Levantarse, tenerse de pie un momento, volverse a sentar. Hale, otro intento…

Total, que se levanta y se sienta un par de veces más.

-Ahora, nosotras le cogemos de los brazos pero se levanta y se sienta usted solo. ¿Listo? Muy bien… Muy bien. Descanse un momento. ¿Quiere agua?

-Sí, gracias.

-Beba.

Tom coge el vaso y bebe. Despacio, pero sin problemas.

-Gracias –dice al devolver el vaso.

La enfermera le mira de frente.

-¿Se atreve a dar unos pasos?

Tom se encoge de hombros.

-Sí, claro. Vamos a intentarlo.

-Igual que antes. Le sujetamos un poco de los brazos, pero lo hace usted solo.

-De acuerdo.

Tom se pone de pie. Cuando se nota lo bastante seguro, adelanta un poco el pie derecho. Luego el izquierdo.

-Muy bien. Siga así.

Otro paso y otro más. Camina hacia la puerta de la habitación.

-Y nos damos la vuelta…

Enseguida llegan hasta la cama y Tom se sienta.

-De maravilla. Descanse un minuto y lo hacemos otra vez.

-Santa María de los Primeros Pasos –le dice Lucy a Tom. Y él se queda pasmado de la ocurrencia. La ve sonreír. Es una sonrisa preciosa; y a él le sale otra sin pensar. Una sonrisa inocente y divertida.

-Así me gusta, con ánimo –dice la enfermera. -¿Vamos?

-Vamos.

Y Tom da otro paseo corto, sintiéndose algo más fuerte, más seguro. Cuando le faltan dos pasos para llegar a la cama y sentarse, la enfermera le suelta.

-Ha ido bien. Vuelva a tumbarse, pero sigan probando de vez en cuando. Y cuando lo haga, usted lo acompaña de todos modos –le

dice la enfermera a Lucy.

-Muy bien.

-Muy bien. Les dejo un rato –dice la enfermera antes de volver al control.

Tom se tumba a descansar. No pasan ni diez minutos cuando llega el padre Danvers con Bill.

-El relevo –dice el párroco, feliz. Está claro que el director Rooney ya le ha llamado y le ha contado lo sucedido a primera hora de la mañana. –Profesor, me alegro de verlo despierto.

-Y yo de verlos a ustedes. –Tom señala a Lucy. –Ya se conocen, ¿verdad?

-Sí, sí, desde luego. Ha sido una bendición para todos.

Lucy sonríe y coge su chaqueta y su bolso.

-Bueno, hora de comer. Tom, vuelvo luego, ¿de acuerdo?

-Claro.

Ella se acerca, lo besa en algún lugar entre la sien, la frente y el pelo y sale de la habitación. El beso duele un poco. La herida cosida tira.

-Una persona extraordinaria –dice el padre Danvers.

-Sí –contesta Tom. -¿Están ustedes bien?

-Contentos de verle a usted así de bien –dice Bill. El párroco asiente. Se puede leer el alivio en su rostro cansado.

-¿Y la iglesia…?

El padre Danvers hace un gesto de resignación.

-Mañana lunes, Dios mediante, volverán a levantar la pared que se cayó. Mike dice que se va a encargar de hacerla más recia, más fuerte. Más resistente. Y el concejal Bailey me ha comentado que piensan poner unos poyos de piedra en el bordillo de la acera. No quieren que se vuelva a repetir algo así nunca más…

-Comprendo –dice Tom. -¿Están bien los muchachos de la cuadrilla?

-Sí, todos bien. Mike me ha dicho que se acercará esta tarde a verle, y también Doone. Se han alegrado mucho al saber que ya estaba usted despierto.

-Nos dio un buen susto, profesor –dice Bill.

-No era mi intención –dice Tom, algo avergonzado.

Bill se echa a reír y el padre Danvers le da una palmadita afectuosa en el hombro a Tom.

-Au.

El sacerdote, alarmado, recoge la mano.

-Perdone, amigo mío. Perdone.

39.

Es una tarde agotadora para Tom en el hospital.

Y es que tiene un montón de visitas. Es domingo por la tarde y vuelven los Rooney. Y sí, parece que la señora Rooney lo vuelve a mirar como cuando se conocieron en la estación, antes de la maleta a destiempo. Viene Mike y se trae consigo a la señora Karzinsky, que mira a Tom con curiosidad, ya sabéis, es ese tipo del trabajo del que todo el mundo habla y al que nunca antes ha tenido ocasión de conocer. Vienen los muchachos de la cuadrilla y lo saludan efusivos, para dolor del pobre Tom, que aún no está tan firme como querría. Suben a verlo de dos en dos y no se quedan más allá de cinco minutos, pues Mike les tiene avisado que no deben cansarlo y las enfermeras se han plantado como cancerberos en la entrada al pasillo de esa planta al oír llegar al ruidoso grupo, más alegre que prudente.

-Tres líneas de ladrillo para grosor de la pared –dice Mike. -Tiraremos todo entre las dos columnas principales, pero antes meteremos hormigón y unos hierros largos en el suelo y construiremos sobre eso.

-Suena a que va a llevar su tiempo –dice Tom.

-Lo que haga falta. No será tanto. Empezamos mañana.

-Mike, ¿qué quedó de las pinturas?

El aparejador aprieta el gesto, frustrado.

-Hemos guardado los laterales, ya sabes, Tom: los ángeles, Nazaret y el banco de herramientas de San José. Están en la sacristía de la parroquia, a la espera de que te pongas bien y las liberemos.

-¿Y el resto…?

Mike niega con la cabeza.

-Cuando se vino abajo, muchos ladrillos se rajaron o se hicieron pedazos. El yeso que iba detrás también y el daño llega hasta lo entelado. La mayor parte se hizo polvo. Lo siento, Tom. Lo hemos perdido.

Tom baja la mirada y acaba asintiendo.

-Quería hacerme ilusiones, pero sabía que era lo más probable…

Mike se sienta junto al profesor de Arte.

-Míralo por el lado bueno. Con esa pared levantada tan fuerte, podemos volver a enyesar y colocar en la pared los laterales con los ángeles. La gente lo entenderá. Y seguro que querrán verlos allí…

-La gente lo cuenta en la calle –dice la señora Karzinsky. –"Salvaron la parte de los ángeles", dicen. Es difícil de aceptar, lo que ha ocurrido todos estos días… Pero saben que volverán a ver esos ángeles. Se aferran a eso.

-Una victoria algo amarga, pero algo es algo -dice Mike.

Y Tom calla, la mirada perdida.

El padre Danvers suspira. Tom lo mira, como si hubiese vivido ese momento antes.

-Esto aún no ha terminado –dice Tom, casi para sí.

-No, claro. Cuando estés bien, Tom. No antes.

Y, no sabe por qué, pero algo no está del todo en su sitio en esa conversación.

Al final de la tarde, Lucy despide a todo el mundo antes de que se acerquen las enfermeras a hacer lo mismo.

Tom se levanta con esfuerzo.

-Tú también, Lucy. A descansar.

-Puedo quedarme en esa silla un par de noches más.

Él se le acerca con pasos lentos pero seguros.

-Ve a dormir. Te hace más falta de la que crees.

Ella le pone las manos en las mejillas y le mira a los ojos; y, sin querer, a la cicatriz grande y reciente en la sien.

-Me da miedo irme.

Y él la abraza.

-Mañana seguiré aquí. Y esperaré a que vengas.

Ella lo besa y él le corresponde. Se toman su tiempo.

-Entonces, hasta mañana.

-Hasta mañana.

Ella coge sus cosas y se vuelve en la puerta a mirar como él se sienta una vez más en el borde de la cama. Luego, sus pasos se pierden pasillo adelante. Tom cree oírle dar las buenas noches a las enfermeras del control.

Tom duerme. Oh, no tan bien como le gustaría; uno se cansa de estar tumbado en la cama. Además, aún tiene molestias, pese a los calmantes.

Pero duerme. Y sueña. Un sueño inquieto.

Y vuelve al museo de los dibujos…

-¿Qué está buscando, muchacho? –dice Fuentes.

-Si le digo la verdad, no estoy seguro.

Recorren el laberinto de paisajes y retratos hasta la Caja de Cristal, pero sin fruto.

-¿Sabe qué se me ha ocurrido? Quizá debe buscar en otro lado…

-Puede ser. ¿Nos vemos otro día, maestro?

-Me encantaría.

Tom vaga por Fairsay, perdido. Hasta que en una esquina se encuentra con Rawlings.

-Ah, aquí está, profe. Tenga, su billete.

-¿Mi billete…?

Rawlings levanta el brazo y señala al tren elevado que aún cruza el Río Taste Sur hasta Windborough. Al momento, desde su asiento en el tren, Tom mira por la ventanilla al joven que le dice adiós con la mano, allá abajo…

Tom mira su billete. Ya está picado y oh, sorpresa; tiene un croquis hecho a lápiz deprisa y corriendo en la parte de atrás. El croquis de un camino con un destino.

Lucy no está en casa de sus tíos.

-Pero nos ha dicho que vendría usted. ¡Vaya, qué flores tan bonitas! Ahora mismo las pongo en agua… Ah, las carpetas de Lucy están en el taller –dice la tía Eulalia, señalando al cuarto del fondo.

Tom busca en las carpetas, pero aparte de los estudios de los últimos cuadros de Lucy, no hay nada. Una de las carpetas, la de abajo del todo, está vacía.

-Deberías preguntarle a Lucy –dice el tío Justo.

Tom se alegra de oírlo.

-Tiene razón. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

Tom corre feliz por las calles del barrio. Abre de un empujón las puertas de la academia Stern y saluda levantando la voz:

-¡Hey, Mabel! ¡Julius!

Mabel Stern está atendiendo a su grupo de las cinco de la tarde, pero llega a girarse, levantar la mano y dedicarle una sonrisa. Tom no la ve; va demasiado deprisa, camino del rincón donde Lucy pinta sus cuadros grandes.

Allí está, rodeada de bocetos y mirando un lienzo aún en blanco.

-¡Tom!

Se abrazan fuerte, fuerte, fuerte. Y Tom siente que no puede haber mayor felicidad.

Cuando ella se suelta un poco del abrazo y lo mira…

-¿Y bien?

Tom resopla, sonriente.

-No lo sé. No lo encuentro, querida. No sé qué y no sé dónde…

-Pero, hombre, ¡qué tontería! ¿Cómo que no?

Ella sonríe pícara, lo coge de la mano y lo lleva por el laberinto del sótano en penumbra. Lucy toca en una puerta entreabierta con los nudillos.

-¿Podemos pasar?

Lucy abre la puerta y tira de la mano de Tom para que entre en la estancia.

Todo encaja de nuevo. Es el estudio de Henry Windcolt, tal como lo vio hace unos días.

Y Tom se lleva las manos a la cabeza.

-¡Madre mía! ¡Pues claro!

40.

Es lunes por la mañana. Allá afuera el aire que viene del lago es tibio y húmedo y desde el cielo nublado se oye venir de cuando en cuando el retumbar largo y sordo de truenos lejanos.

Tom está levantado, mirando por la ventana entreabierta de su habitación en el hospital de Poet City. Le duele todo el cuerpo, pero no le importa demasiado porque recuerda su sueño y, lo más importante, la solución a su desazón por la pintura perdida.

Oye caer las primeras gotas de lluvia. Sobre el alféizar blanco de la ventana, empieza a aparecer un jaspeado de manchas de un gris claro.

-Por los pelos –dice Lucy al entrar por la puerta de la habitación de Tom. Él se vuelve a mirarla. Cómo ha podido estar tan colado por ella y no darse cuenta hasta ayer mismo le resulta inexplicable. Absurdo, ahora que se para a pensarlo.

Pero no importa. Ya no.

-Buenos días, señorita Martínez –dice Tom.

-Buenos días, señor Shyrup –dice ella, acercándose y dejando un beso suave en sus labios. –Vaya, te veo bien.

-Entonces es mucho peor de lo que se ve –dice Tom. Los dos se echan a reír.

-Pobrecillo. Perdona.

-No pasa nada. ¿Has dormido?

A Lucy se le ensancha la sonrisa, se le entrecierran los ojos y aprovecha para estirarse y luego rodear con los brazos el cuello de Tom.

-Yo, de maravilla. ¿Y tú?

-Oh, he dormido, he dormido. Y he soñado.

-¿Has soñado conmigo? –le susurra ella.

-Lo cierto es que sí.

La lluvia arrecia en el exterior. Al oírla, vuelven la cabeza hacia la ventana.

-Baila conmigo –dice Tom. Lucy ríe cuando él coge su mano y pone otra en su espalda, abrazándola.

-Pero si no tenemos música –finge protestar ella.

-Tenemos la lluvia. Y, si quieres, tarareo algo…

Y empieza a canturrear una vieja canción amable.

Lucy vuelve a reír, pero trata de seguirle el paso.

Durante un par de minutos, bailan juntos despacio en la media penumbra de la habitación que la luz suave de esta mañana de temporal no acaba de deshacer. Sólo queda el hilvanar de las notas sabidas de aquella canción, los pasos cortos y algo torpes y la

presencia del otro en el abrazo.

Tom calla y sí, queda la lluvia. Siguen un poco más con aquel baile mínimo, resistiéndose a romper el hechizo del momento, tan dulce…

Al fin, ella se separa un poco y lo mira con curiosidad.

-¿Has desayunado ya?

-Sí, hace un rato.

-Vaya. Ha debido de ser un buen desayuno.

-No ha estado mal.

-¿Quieres contármelo?

-¿El qué? –dice él. -¿Lo que me han dado para desayunar…?

-Tu sueño. Está claro que te ha animado bastante.

Tom la mira a los ojos. Se pone serio.

-No te lo vas a creer, pero voy a pedirte un favor. O a hacerte una proposición. No estoy muy seguro de cómo empezar…

-Oh, una proposición. No te irás a poner de rodillas con esos moratones, ¿verdad?

A él le sale una sonrisa cansada y deja caer los hombros y la cabeza un poco hacia adelante, hasta que sus rostros se rozan.

-¿Podemos sentarnos? –le dice con media voz.

-Claro.

Tom se sienta en el borde de la cama y ella acerca una silla, se sienta a su vez y le coge la mano.

-¿Estás bien? –le dice, algo preocupada.

-Sí, estoy bien. Algo débil, pero mucho mejor que ayer. Tranquila. A ver, anoche…

Y Tom le cuenta su sueño. Lucy se emociona cuando le cuenta su encuentro con Fuentes en el Museum of Lesser Masterworks de Stain Harbour, se alegra cuando le menciona a Rawlings y a sus tíos. Y cuando la menciona a ella, ella le besa la mano y se la apoya en la mejilla, como una caricia.

-…Total, que entras por esa puerta y te sigo y resulta ser el estudio de Henry Windcolt, el artista que pintó el fresco de Santa María de los Primeros Pasos. Entonces comprendí y me desperté.

-¿La solución estaba en el estudio de Henry Windcolt…? –dice Lucy.

-Tú. Tú estabas en el estudio de Henry Windcolt –responde Tom. –Y las carpetas del artista. Con los bocetos originales, los estudios que hizo para preparar la pintura. Y el dibujo en grande, en papel y en cartón. Los cartones que usó para marcar la imagen en la pared; incluso las líneas de separación de lo que hizo cada día…

-La idea de la pintura. La idea completa –dice Lucy.

-Sí.

Ella se queda en silencio, pensativa.

-Se ha perdido. Pero aún quieres salvarla.

-No puedo hacerlo sólo. Yo no sé pintar. Ni como Windcolt, ni como tú. Pero sé cómo se construye un fresco; cómo se prepara la pared, la base general y la capa para cada jornada. Y luego, tú podrías dibujar en el yeso y pintar, un poco cada día. Un trabajo de restauración. Uno muy hermoso. Sólo si tú quieres.

-No sé, Tom. Nunca he hecho algo así.

-Sólo habrá que pintar la escena central… Y extender el cielo. Por lo visto, tenemos los laterales de la pintura original, la parte de los ángeles y el fondo de Nazaret. Si un día sale algo que no te convence, se pica y se hace otra vez al día siguiente. Las veces que haga falta. Sin prisas.

-Es… muy tentador, lo admito…

-Hoy empiezan a levantar la pared de nuevo. No sé cuánto les costará: un día, dos, cinco… No lo sé. Pero a mí me queda aquí el resto de mayo y casi todo junio hasta terminar el curso. Creo que Ada Windcolt nos prestaría los papeles de su marido. Quizá hasta sus pinceles y sus botes de pintura…

-Podría ser –admite Lucy.

-Contigo, no tengo ninguna duda –se le rompe la voz a Tom.

Ella lo mira con cariño y le da un suave apretón a la mano de él.

-Yo lo haría como profesor de la academia Watterson. Un favor a la comunidad y mi redención particular. Supongo que si nos ofrecemos, nos dirán que sí, que adelante…

-Me contaste que la pintura fue una ofrenda de Windcolt para la parroquia, ¿verdad?

-Sí. Estaba desesperado y…

-Tom, no podemos cobrarles el trabajo.

-Oh, creo que sí. Lo que vas a devolverles… Déjame hablar con el padre Danvers y con Rooney. Por una tarifa razonable…

Lucy niega con la cabeza.

-Tom, no. Para Windcolt, era una súplica y lo dio sin más. Para la gente, es su devoción. Y, para ti, amor mío, es una razón para levantarte cada mañana y luchar. –Ella suspira. –No me veo con ánimo para ponerle precio a algo así.

-Es una restauración. Una importante. Y Mike y la cuadrilla cobran por su trabajo…

-Sonaría sospechoso. ¿Se deshace la pintura y de repente aparezco yo para volver a pintarla y cobrar por ello? No. No vamos a hacer eso.

Tom calla, frustrado. Lucy lo mira con ternura.

-No importa, la verdad. Ahora mismo el dinero no es problema, cortesía de las ventas de aquellos cuadros a la flor y nata de

la alta sociedad de Stain Harbour…

-Sigo pensando que si hablo con el Secretario del Obispo…

-…Y sí, es un proyecto hermoso, Tom -le ataja ella. –Y claro que quiero hacerlo contigo. Aunque… No te mentiré, tengo mis dudas. No sé si le puedo coger el tino a eso de pintar sobre el yeso fresco. Pero habrá que probar, ¿verdad? No me atrevo a no probar y perdérmelo…

Él le aprieta las manos y se curva hacia adelante, agotado y en silencio, pero feliz. A ella se le escapa un resoplido y le apunta una lágrima y trata de seguir hablando como sea.

-Así que… No sé. Convénceme. Llévame a ver esa iglesia con una pared vacía. Llévame al taller de Windcolt, como en tu sueño. Y, por favor, por favor –dice ella cogiéndole la otra mano-, no dejes que mis miedos y mis dudas hagan que me quieras menos.

-No sabría cómo –dice él antes de besarla.

41.

El martes por la mañana viene el doctor Pelletier a ver a Tom.

-La herida de la cabeza ha cicatrizado bien. Y esos moratones tardarán en marcharse unos diez u once días… Quizá dos semanas; tiene mucho que absorber y limpiar. También le seguirá doliendo la paliza durante otra semana, al menos. Le voy a recetar unos calmantes. Trate de pasar sin ellos, pero tómese uno por la noche si no puede dormir. Y vuelva el jueves de la semana que viene y le quitaremos los puntos de la sien. Mientras tanto, siga curándolos con yodo una vez al día. Coma bien y duerma cuanto se le antoje. Debería descansar un par de días más y volver al trabajo como pronto este viernes. Aparte de todo eso, le voy a dar el alta hospitalaria. Puede recoger la documentación en el mostrador de control en diez minutos.

-¿Y la factura? –pregunta Lucy.

-El señor Rooney dejó dicho el primer día que la carguemos a la Academia Watterson. También intentaron hacer el pago desde el obispado, y hasta el Ayuntamiento de Poet City tenía interés… Conque dejen que lo discutan entre ellos. Puede vestirse y marcharse cuando quiera –le dice a Tom.

-Gracias, doctor.

-Cuídese.

Lucy y Tom se quedan solos.

-Y ahora, ¿qué?

-Le hacemos caso al médico. Vístete sin prisa. Yo voy a llamar a tu jefe y a contarle cómo están las cosas.

-Debería hacerlo yo…

-Podrías, pero así será más rápido irse de aquí. Y luego, cogemos un taxi y te acompaño a casa, te duchas, te afeitas y te pones ropa limpia. No, Tom, no me discutas esto. Te hace falta. Si entonces te encuentras bien, daremos un paseo corto y luego iremos a comer. ¿Sí?

Tom ve la lógica de las palabras de Lucy y se rinde con un encogimiento de hombros.

-De acuerdo.

La mañana pasa deprisa. Y sí, después de una ducha, un afeitado y un cambio de ropa, Tom se siente más en su ser. Cansado, pero a gusto.

-¿Te ves con fuerzas para salir a andar un poco?

-Sí. Sólo dame unos minutos… -dice Tom, sentándose en el sillón de la salita de su piso.

Media hora después abre los ojos de nuevo.

-Caramba.

-Hola, dormilón. ¿Mejor?

El profesor de Arte se pasa las manos por el pelo, malpeinándose.

-Supongo que sí. Vaya.

-No te apures. A mí me parece que el cuerpo te va pidiendo tregua y tú le haces caso sin darte cuenta. Es buena señal.

-Vaya –repite él. Tampoco nos pongamos muy exigentes, que se acaba de despertar. Y acto seguido, bosteza.

-Sí. Todo en orden –se ríe Lucy.

-Estupendo –dice él, en otro alarde de resumir la situación. Y se le contagia la risita de Lucy.

-¿Dónde quieres ir? Que no sea demasiado lejos. Algo para ver qué tal te manejas por la calle.

Tom se queda en blanco, pero sólo le dura un instante.

-Oh, hay unos jardincillos en una plaza a tres manzanas de aquí. Con bancos para sentarse, una fuente y un puesto de prensa.

-Eso servirá. Ponte la chaqueta, que nos vamos.

La tormenta de ayer sólo es un recuerdo. Hoy es un día de sol de los de bien avanzado mayo. Los árboles en flor siguen perfumando las calles animadas con gente que va a sus cosas, de aquí para allá. Tom y Lucy pasean cogidos del brazo, una historia más entre los miles y miles de la ciudad del poeta.

-Es raro -dice Tom.

-¿El qué?

-Estar tan baldado y sentirme tan bien.

-Hemos tenido suerte –dice ella, apretándose contra el brazo de él.

Eso duele un poco, pero Tom se lo calla. Le gusta sentirla cerca.

Al llegar a la plaza, Lucy ve una cabina telefónica.

-Se me ocurre… Llevo cambio de sobra y los números de nuestros amigos en Stain Harbour. ¿Quieres que los llamemos…?

-¡Sí! Qué buena idea.

Y llaman al Liceo Longbridge para hablar con Prudence Ogilvy y con Lou y hasta con Brown y Stansfield, que resultan estar en ese momento en la Secretaría del centro. Y luego llaman a casa de Rawlings, pero el joven ha salido y toman el recado de contárselo cuando vuelva. También a los tíos de Lucy, que se interesan por su colección de moratones, y hasta al Estudio de Arte de los Stern en Windborough, donde encuentran a un Julius Stern bastante alegre.

-Es la luz de los días largos. Me devuelve la vida –dice el pintor.

Le dan recuerdos para Mabel y le dejan volver a la faena.

Entonces Lucy se da cuenta de que no ha dicho ni "mu" a la señora Rooney… Llama a su casa, le explica cómo están las cosas y le promete que se acercarán los dos esa misma tarde, aunque sea unos minutos.

-Quizá deberías sentarte un poco.

-Buena idea. –Y al rato: -Se me ha ocurrido… Podemos ir hacia el lago. Hay de camino un sitio para comer que me gusta. Es como estar de vuelta en casa.

-Si te ves con fuerzas…

Es martes, así que el Maid of the Lake está tan lleno como cualquier otro día de la semana. Tom y Lucy pasan un buen rato charlando en vez de mirar el menú. El camarero tiene que venir tres veces hasta que se ponen serios y eligen qué quieren comer.

Cuando acaban, de vuelta al piso de Tom. Lucy lo pone a dormir un rato y él cae como un bendito.

Será cosa de la comida (casera y contundente, como la del Barney's) o la caminata justo tras salir del hospital, pero duerme una hora larga.

-¿Ya son las cuatro y media?

-El tiempo vuela, ¿a que sí? ¿Te animas a dar una vuelta hasta casa de los Rooney?

Tom se incorpora despacio. Su cuerpo le pasa lista de los golpes que más acusa.

-Habrá que ir, digo yo.

Al director de la academia le encanta ver a Tom con tan buen aspecto. Se sientan a charlar un rato. La señora Rooney saca café y galletas.

-Así que el médico me ha dicho que vuelva al trabajo el viernes…

-Que, *como pronto*, vuelva al trabajo el viernes –puntualiza Lucy. –Si se encuentra en condiciones.

La señora Rooney le echa un vistazo a Tom, chasquea los labios y luego los aprieta. Una forma como cualquier otra para expresar un "No sé yo…"

-De momento, Lucy me está sacando de paseo, a ver qué tal aguanto. Es raro. Me duermo a ratos.

-Tienes que recuperarte –le dice ella.

-Supongo que sí.

-¿Qué le parece si se acerca el viernes hacia el final de la mañana, se deja ver, saluda a la gente… Y se incorpora el lunes a todos los efectos? Así ganaríamos tres días para que se encuentre mejor.

-Parece buena idea.

-Es una idea excelente –dice Lucy. –Gracias, señor Rooney.

El director asiente para sí mismo. “Es lo correcto.”

-Así que ahora toca cuidarse… Tom, coma otra galleta –dice la señora Rooney.

-Oh. De acuerdo, gracias. Sí, aprovecharé para enseñarle un poco la ciudad a Lucy. Y quiero hablar con algunas personas. Visitar al padre Danvers en Santa María, pasar a saludar a Mike y los muchachos…

-Se alegrarán mucho de verlo –dice Rooney. –Pero hágame un favor…

-Claro, usted dirá.

-No se acerque a la pared mientras la levantan.

42.

-Me contaron que había tenido usted un accidente –le dice Ada Windcolt a Tom.

-Oh, ya me encuentro mejor.

-Pero pasen, pasen… Siéntense. ¿Les apetece un poco de café y unas pastas?

Tom va a salir con un "No, gracias, justamente ahora venimos de…", pero Lucy le da un tirón suave a la manga de la americana del profesor de Arte y se le adelanta antes de que hable.

-Nos encantaría. Muchas gracias, señora Windcolt.

-En ese caso, ahora mismo vuelvo.

"Hay que ver. Qué mal se me da el mundo", piensa nuestro amigo.

El saloncito de los Windcolt es un lugar acogedor. Entra la luz de la tarde a través de los visillos de la ventana abierta y se oye algún pájaro cantar desde la calle. Un pájaro alegre y, al parecer, incansable…

-Ya verán, estas pastitas están riquísimas. Las hacen en el horno de aquí abajo. Y tienen muy buena mano…

Conque Tom y Lucy se toman su café caliente y alaban las pastitas que sí, están riquísimas. La señora Windcolt saca el tema de la pintura perdida…

-Es una pena. Mi Henry trabajó tanto en ella, y era tan bonita… Me usó como modelo, ¿lo sabían?

-Vaya, qué bien.

-De unas fotos mías de cuando era joven. Ah, entonces tenía una bonita sonrisa. No como ahora, ¿qué queda de aquella muchacha? Una vieja triste.

-No diga eso, por Dios.

-¿Por qué no? Es la verdad. El tiempo se va tan deprisa…

-Verá, señora Windcolt. Lucy, aquí presente, es pintora también, como su marido.

-¿Ah, sí?

-Y no llegó a ver jamás el fresco de la iglesia. He pensado… ¿Me permitiría enseñarle el estudio de Henry? Seguro que le encantaría ver su trabajo.

-¡Oh, por supuesto! Vengan conmigo…

Y Ada Windcolt, como una foto congelada en el tiempo, vuelve a abrir la puerta del estudio igual que aquella tarde en 1917, igual que en los sueños de Tom.

-Déjeme mostrarle estas carpetas…

Ciertamente, el tiempo se va deprisa mientras la señora

Windcolt va pasando una hoja de papel tras otra; cada una, una sorpresa, una razón para disfrutar y asombrarse del ingenio y la buena mano del ilustrador. La voz se le tiñe de nostalgia y ternura mientras cuenta anécdotas que se le van ocurriendo: "Cuando pintó esto…", "Se le ocurrió porque…", "Fue un encargo para el día siguiente y se pasó la noche en su tablero…", "¿…No les parece precioso?"

Así pasa volando una hora. Y en ese tiempo se asoman a la luz de esta hermosa tarde los estudios y el material de trabajo del fresco de Santa María de los Primeros Pasos.

Lucy se deja llevar y sigue con los dedos las líneas marcadas en los cartones, como queriendo cogerle el ritmo a cada curva, a cada trazo. A la sensibilidad del artista, que dejó cuanto sabía en aquel dibujo.

Y no puede guardárselo más.

-Señora Windcolt… -dice Lucy-, no sé si sabe usted que aquí, mi Tom, consiguió arrancar de la pared los laterales de la pintura. El padre Danvers los guardó en la parroquia; y la intención es volver a colocarlos allí. Por desgracia, la escena central se perdió cuando cayó la pared.

-Rota. En parte, pulverizada. Eso me dijo Mike Karzinsky, el aparejador. Una pena –añade Tom.

-Ay, Dios mío. Sí, algo me habían dicho…

-Pero, verá… Tom y yo tenemos una idea –sigue Lucy.- Con el permiso de usted, si nos prestara estos materiales… Nos gustaría volver a pintarla. La dejaríamos tal como su marido la pensó. Sin cambiar nada.

-Una restauración –añade Tom. -Volver a tenerla completa. Para que no se pierda el legado de su marido. Y a la gente le gustaría tanto volver a tenerla…

-Ah. Sería maravilloso.

-Tom sabe preparar la pared. Yo creo que podré pasar el dibujo. Nunca he pintado sobre yeso fresco, pero…

-Probaríamos un tiempo. Si no sale, dejaríamos sólo lo que queda de la pintura original. Pero, si pudiéramos completarla…

-Sería casi como si nunca le hubiera pasado nada –dice la señora Windcolt, con los ojos brillantes, la mirada perdida en su propia imaginación.

-Eso mismo –dice Lucy, con un rápido vistazo de reojo a Tom. –Pero, por supuesto, sólo si a usted le parece bien y nos presta estos materiales, para que salga igual que la primera vez. Tal como su Henry la imaginó.

-Por supuesto, querida. Lo que necesiten. Y, si puede ayudar… Ahí tienen los botes de pintura y las brochas y pinceles de mi Henry. Dios los bendiga.

-Entonces, en eso quedamos. Pero debemos proponérselo primero al superior del padre Danvers… También necesitaremos su permiso.

-Suponemos que le parecerá bien…

-¡No se atreverá a negarse! –se sofoca Ada Windcolt.- La gente quería mucho a esa Virgen con Niño. Aquí tienen. Cojan las carpetas y llévenselas. Ya me las devolverán cuando acaben. Y, si necesitan más materiales, vuelvan a por ellos. Vuelvan cuando quieran…

De casa de la señora Windcolt a la iglesia de Santa María no hay más que cuatro manzanas. Cuando Lucy y Tom entran por las puertas abiertas y los ve la cuadrilla, se desata una barahunda de voces de alegría.

-¡Profe…!

-¡Y la señorita Martínez…!

-Esto se ve distinto –dice Tom señalando a la obra, donde estaba antes la pared.

Mike se acerca a ellos y le da la mano a Tom con su energía de siempre.

-Ay. Mike, cuidado, que se tiene con alfileres.

Y el aparejador rompe a reír.

-¿Qué pasa? ¿Qué es todo este vocerío…? -dice el párroco, asomándose desde la puerta de la sacristía. -¡Ah, Tom y compañía…!

-¡Padre Danvers! Tenemos que hablar con todos ustedes…

-¿Y eso?

-Se nos ha ocurrido una idea –dice Lucy. Una sonrisa traviesa le ilumina la cara. -¿Nos sentamos?

Se sientan en los bancos largos de madera: Tom, Lucy y Doone en uno, el padre Danvers, Ferreira y Leroux en el que tienen delante y vueltos hacia ellos. Y Mike y el resto de la cuadrilla se quedan en pie a su lado, expectantes.

-Hemos hablado, Lucy y yo –les dice Tom. –Sobre la mala suerte de perder la pintura por el derrumbamiento de la pared. Y, bueno… Yo sé cómo hay que disponer los yesos en la pared y cómo marcar las líneas, Lucy es una pintora excelente… Y hemos conseguido que Ada Windcolt nos preste los dibujos y cartones originales que creó su marido…

Tom pierde la voz, agotado. Es difícil de creer, pero ha salido del hospital hace un rato, por la mañana. Han pasado tantas cosas en este día…

No importa. La idea corre como electricidad entre todos los presentes y se desata la euforia.

-¡Vais a volver a pintarla…!

-Sólo Lucy, en realidad. Yo…

-¡Vamos a recuperarla! ¡Vamos a salvarla entera…! –dice Kaye. Es lo que hay en las cabezas de todos.

Esto no ha terminado.

Y esta vez, va a salir bien.

Bailan, saltan, se abrazan, le dan otra vez la mano a Tom, a alguno se le escapa una palmada en la espalda que lo deja temblando. Ríen y uno de ellos hasta rompe a cantar. Es una gran noticia…

-En realidad –trata de levantar la voz Tom-, esa es nuestra intención. Pero, padre Danvers, necesitamos permiso del Obispado para poder hacerlo… Quizá que nos cubran algunos pequeños gastos en pintura y pinceles nuevos. Y el jornal de, al menos, uno de estos caballeros para que nos ponga los yesos cada día o los pique si algo no sale bien.

-¡Será un placer! –dice alguien de entre la cuadrilla.

-¡Yo me apunto! –dice algún otro.

-Yo, desde luego, voy a llamar al Secretario del Obispo ahora mismo para contarle esta buena noticia. Lo arreglaremos enseguida… -dice el padre Danvers, entusiasmado.

Mike le pone con cuidado una mano en el hombro a Tom.

-Dijo que la salvaría y va a hacerlo -dice, no tanto a Tom como al resto de los allí reunidos.

-No. Qué va. Yo quiero volver a poner en esa pared los fragmentos que salvamos de la obra original, aquellos ángeles y el fondo de Nazaret. Y, entre ellos, Lucy recreará la escena central. Lucy es la que va a salvar el fresco. Si alguien puede, es ella…

-Tom –dice Lucy, incómoda.

-¿Sabes, Lucy? –le dice él, en voz baja y cariñosa. –Creo que todo va a salir bien. Creo que, después de esta primavera tan difícil, veo acercarse el verano. Un tiempo mejor. La verdad, creo que ya está aquí.

-Tom…

-Y creo en ti.

A Lucy se le humedece la mirada, conque la desvía para otro lado. La cuadrilla rompe a aplaudir y a dar vítores (y el de antes, a cantar otra vez).

43.

Tom dedica el miércoles y el jueves a pasear con Lucy. Y a dormir. Y a almorzar con Lucy. Y a dormir. A descubrir los rincones de Poet City mientras los dos charlan de asuntos grandes y pequeños con el corazón encendido. Y, sorprendentemente, a cenar y, sí… A dormir. Tanto como puede.

Cómo duerme, qué tío. Ya lo dijo el doctor Pelletier: está teniendo mucha, mucha suerte. De la buena. Que ya era hora. Dormir cura una barbaridad y Tom está en racha. Sólo le hacen falta los calmantes que le dio el médico las primeras dos noches. Luego, sencillamente los olvida. Así da gusto.

Y llega el viernes…

Vamos a situarnos. Volvamos a la Academia Watterson, en Poet City. Mientras suena el timbre que indica el final de la mañana, un baqueteado Tom Shyrup entra por la puerta principal cogido del brazo de Lucy, que está deslumbrante de pura felicidad. Y, al descubrir su presencia en el hall del edificio, los profesores y los alumnos que acaban de salir de clase (y ya se marchaban) los ven y rompen a aplaudir.

Aquello es un no parar, pues todo el que se asoma a la gran escalera y los ve se acaba sumando al aplauso. Hay vítores aquí también, sí, porque en un grupo grande de gente siempre hay alguien que se anima lo suficiente. Esa clase de personas suelen tener algo más de sitio a su alrededor.

Y también hay quien palmea y tamborilea con los dedos contra sus carpetas, contra sus libros o contra la barandilla de la escalera. Vamos, que se monta otro alegre zapatiesto. Y a nadie le parece mal.

En medio de aquel chaparrón de aplausos, Lucy nota que a Tom, en pie y bien erguido, le empieza a temblar el brazo del que va cogida.

-Ya te van conociendo –le dice cariñosa y bajito al oído, mientras la entereza del profesor de Arte se desmorona.

Y es que esa misma mañana en primera plana del periódico venía una columna corta diciendo: "…Se espera que muy pronto continúe la recuperación de la pintura mural de la iglesia de Santa María a cargo de la pintora Lucía Martínez y el experto en Arte Thomas G. Shyrup, de la Academia Watterson. Una restauración respetuosa, siguiendo a rajatabla los patrones del artista Henry M. Windcolt, nuestro ilustre y añorado paisano".

¿A qué velocidad corren las noticias…? Lo que es por Samson's Fields, el entusiasmo de la gente le ha dado alas a aquella nota de prensa.

¡Ah, qué día tan estupendo!

La primavera avanza, inexorable. Llegará la semana siguiente y Tom volverá a las aulas de la Academia a terminar el temario, a maravillar a sus alumnos de Poet City con su erudición y su simpatía. A poner y corregir exámenes. A cerrar el curso, en definitiva. Un curso más, un año más. No, esperad. No un año más. Uno especial.

A acabar mayo y rendirse a junio. Cada mañana, muy temprano, se acercará a la iglesia de Santa María a supervisar cómo se van poniendo los yesos en la pared nueva. A marcar en la pared las líneas del rompecabezas que es el fresco de Santa María de los Primeros Pasos; a colocar donde se debe los fragmentos originales que salvó gracias a su valentía y voluntad, aquellos de los ángeles y el pueblo antiguo en Galilea y el banco de carpintero. Y por las tardes, a disfrutar viendo a Lucy mostrar su maestría con el pincel.

A vivir como nunca antes ha vivido. Y a celebrarlo.

A Mario Emilio Fuentes le hubiera encantado verle así.

AVISO LEGAL

Hay que salvar ese fresco © 2022 Carlos Pueyo Montañés.
Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del Copyright.